

MANUEL BIEDMA O.F.M.

LA CONQUISTA FRANCISCANA DEL ALTO UCAYALI



EDITORIAL MILLA BATRES

**LA CONQUISTA FRANCISCANA
DEL ALTO UCAYALI**

FRAY MANUEL BIEDMA

LA CONQUISTA FRANCISCANA DEL ALTO UCAYALI

Introducción y notas: ANTONINO TIBESAR O.F.M.

Editor: CARLOS MILLA BATRES

EDITORIAL MILLA BATRES

Primera edición, mayo de 1981

(c) Carlos Milla Batres / editor, 1981.

Derechos exclusivos de edición para todos los países de habla española y otros idiomas Editorial Milla Batres, S. A.

Avenida Petit Thouars 1749, Lima, conforme la Ley peruana de derechos de autor 13714. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra.

Impreso en Lima, Perú *

Printed in Peru

Edición dedicada a la memoria de
Fray VICENTE VIECO
seráfico misionero de los Merendones de Ocotepeque.
Era la paz y el bien andando.

El editor

NOTA EDITORIAL

La Relación de fray Manuel Biedma fue escrita a finales del siglo XVII, sin embargo conserva la novedad y un tono histórico semejante al de las crónicas del siglo XVI sobre la conquista del Perú; esta razón motivó el título que dimos a este libro que con tanto empeño ha trabajado el historiador peruanista fray Antonino Tibesar O.F.M., autor de la exhaustiva introducción que ofrece una amplia visión de los primeros contactos culturales de las órdenes religiosas con las poblaciones aborígenes de nuestras selvas orientales. La figura de Biedma es ciertamente señera, así lo reconocen las crónicas franciscanas de los padres José Amich, cuya *Historia de las misiones de Ocopa* editamos en 1975, y Fernando Rodríguez Tena en su crónica inédita, la cual proyectamos publicar en ocasión de conmemorarse el octavo centenario del nacimiento de san Francisco de Asís. Los referidos historiadores de la orden franciscana no llegaron a conocer la Relación de Biedma al virrey Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Palata, ella contiene una información primigenia así de la cristianización de las etnias amazónicas como de los descubrimientos geográficos y fundaciones de pueblos en el trascurso de las expediciones evangelizadoras, a las cuales debe el Perú, indudablemente, su vasta geografía amazónica.

La personalidad de Biedma, como se ha dicho, no es absolutamente nueva en la historiografía peruana, el mismo sabio italiano Antonio Raimondi, célebre viajero y profundo estudioso del Perú del siglo XIX, calificó a Biedma no solo de "genio de la selva" sino

también de intrépido misionero que contribuyó a la ciencia geográfica con sus mapas y planos sobre las vírgenes regiones que devendrían al Perú. Es de admirar cómo Biedma, a pesar de su fragil salud, expedicionó infatigablemente entre 1676 y 1686, sobrellevando grandes sacrificios hasta rendir la vida martirizado por los Piros hacia julio de 1687, justamente cuando emprendía viaje para fundar la misión de San Francisco Solano en el Ucayali. Ignoramos aún las razones de la resistencia aborígen a la penetración misionera sobre todo en Sonomoro; resistencia asaz cruenta a lo largo de los siglos XVII y XVIII, es probable que la presencia de la fuerza oficial represiva fuera acaso el fundamento más importante de la tenaz oposición de grandes sectores de muy importantes grupos étnicos que tempranamente visualizaron la quiebra de su autonomía étnica y cultural al ser avasallados por el Estado político que penetraba a la sombra de fervorosos evangelizadores; pero cualquier cosa que se diga sobre el tema se queda en la pura conjetura ante la falta de investigaciones sobre un asunto de tanta trascendencia, que solo recientemente ha cobrado inusitada importancia con la tesis sobre el etnocidio, originalmente planteada por el gran hispanista profesor Marcel Bataillon, irreparablemente ausente.

Las expediciones de Biedma al majestuoso Ucayali están fidedignamente documentadas en su estupenda *Relación*, la cual no requiere de la hipérbole religiosa o de la apología sectaria sobre tan abnegados empeños. Se habla de que fray Manuel no fue el primero en divisar el gran río, pero la *Relación* prueba de que él fue su descubridor para la historia al describirlo detalladamente, ofreciendo preciosos datos sobre su gente, paisaje y complicada maraña de sus ríos tributarios. El valioso documento que hoy tienen los lectores a la vista permite ampliar el horizonte histórico de la gesta misionera de los franciscanos descalzos y la consiguiente conquista geográfica para el Perú.

El manuscrito de la *Relación* lo conservaba inédito el benemérito historiador peruano Rubén Vargas Ugarte S.J., él lo donó al convento de Ocopa en 1950, aquí fue estudiado y transcrito por

Tibesar con la colaboración del bibliotecario del convento fray Julián Heras. Por nuestra parte solo hemos reparado la ortografía del texto, conforme los usos modernos de la lengua para hacerlo asequible al lector no especializado, de ahí también nuestro interés en que se tradujeran del latín todas las citas, principalmente bíblicas, que hace el autor; también pusimos algún cuidado en incluir las ilustraciones que documentan gráficamente, siquiera en parte, las expediciones franciscanas, así mismo reproducimos facsímiles, mapas y portadas. Todo este material lo debemos íntegramente al padre Heras, lo mismo que las traducciones del latín; con él hemos de editar próximamente otro volumen que contendrá la Relación del capitán Francisco de Rojas; las cartas de Bartolomé de Beraún al gobernador Francisco de Elso Arbizu (1686), y la Relación de la entrada de fray Antonio Vital a las montañas de los cunibos y campas (1687); documentos todos relacionados con los viajes de Biedma al Ucayali.

Finalmente, cabe informar que siendo del todo importante para este libro las seis cartas hológrafas del padre Manuel Biedma al comisario general de los franciscanos descalzos en el Perú fray Félix de Como, decidimos con el padre Tibesar incorporarlas íntegramente; estos documentos los conserva el Archivo General de las Ordenes Menores en Roma, Misiones Peruviae. Su transcripción y estudio se deben a fray Antonino Tibesar, quien ha soportado la paciencia de esperar largamente la aparición de este pequeño libro que los estudiosos de la amazonía habrán de agradecérselo algún día.

Carlos MILLA BATRES
editor

Lima, mayo de 1981.

INTRODUCCION

LA CONQUISTA DEL PERU Y SU FRONTERA ORIENTAL

Todavía nos asombra el repentino derrocamiento del Inca por un puñado de europeos con la rapidez de un crepúsculo tropical (16 nov. 1532). Igualmente sorprendente es, a primera vista, la ocupación total del imperio Inca en unos pocos años sucesivos. Sin embargo, si se considera la situación se comprenderá más fácilmente por qué los invasores lograron la conquista y la ocupación. En efecto, poseían muchas ventajas; se encontraron con que en el campo abundaban los tambos bien pertrechados de alimentos y ropa, con caminos que permitían unas comunicaciones relativamente rápidas y, por último, con una población arraigada a su estilo de vida de agricultores sedentarios. Por añadidura, los invasores disponían de caballos —animales desconocidos por el inca— y navíos para transportar más hombres y suministros¹.

Ahora bien, cuando los españoles trataron de expandirse en el territorio inca del que tan fácilmente se habían apoderado, fracasaron de manera rotunda. En la sierra lograron dominar con las armas a los habitantes, pero no ocurrió lo mismo en la selva, donde no había caminos, ni tambos provistos de forrajes y alimentos, ni tampoco estaba habitada por agricultores sedentarios. Los caballos en esos lugares constituían más bien una carga que una ventaja.

Los fracasos en la selva se repitieron con la misma monotonía, desde la primera entrada armada registrada de Gonzalo Pizarro en la tierra de la Canela (1540-42) hasta las diversas expediciones autorizadas por el marqués de Cañete, transcurridos poco más de diez años.

Pero los fracasos también deben estudiarse. No todos los héroes llegan a triunfar. La adversidad puede exigir así mismo las cualidades excepcionales del hombre que debe convertir incluso sus derrotas en hechos realmente memorables.

El virrey Toledo, en una carta a la corona de 1572, especifica estos fracasos. Deseaba que terminara la sangrienta conquista por muchas razones, en su mayoría muy prácticas² En aquellas fechas la corona, por sus propias razones, ya había decidido que así fuera. A partir de 1573 no habría más que la entrada pacífica³. En lo sucesivo el conquistador, el adelantado e, indirectamente, el encomendero se convertirían principalmente en títulos. El avance de la frontera requeriría de otro tipo de hombre: un hombre de paz.

La real cédula de 1573 indica claramente que la corona pretendía la expansión del imperio por la persuasión, seguida del asentamiento de las poblaciones pacificadas en aldeas; el decreto incluso aconsejaba acerca de los lugares para fundar las ciudades y sobre las plantas de los edificios que se construirían. Sin embargo, no se incluían directrices concretas para alcanzar esos propósitos. Tal vez ello se debió simplemente a la vaguedad de las instrucciones reales. Cabe dudar de que en España se pudiera comprender la diversidad de problemas que planteaban las diferencias ecológicas de la frontera de ese vasto imperio, que se extendía desde las áridas llanuras del noroeste de México hasta las selvas tropicales de intensas lluvias de Panamá y la selva de Perú. Lo más probable es que mantuvieran todavía el recuerdo de los gloriosos días de los frailes a principios del siglo XVI en México y, en menor grado, Perú, con la esperanza de que retornarían. Si nos tomamos la molestia de comparar el mapa que figura en el libro de Ricard sobre la conquista y el de Chevalier sobre las grandes haciendas de México, observaremos una estrecha relación entre los dos⁴. Los conventos de frailes se encuentran agrupados en gran parte en las mismas zonas, donde iban surgiendo grandes hacendados atraídos por los mismos factores: población densa, tierra fértil y superproducción de alimentos. Pocos de esos factores se encontrarán en la nueva frontera: los habitantes eran, en una gran mayoría, nómadas y, por lo tanto, escaseaba el cultivo intenso. De ahí que fueran muy pocas las zonas densamente pobladas y con superproducción alimentaria.

Así ocurría particularmente en la frontera peruana, la zona de nuestro interés.

La expansión de la frontera peruana exigiría una gran inversión monetaria, con solo una ligera esperanza de éxito. No se trataba de una empresa autosuficiente, como el caso de la conquista del imperio Inca, en que la corona invirtió solo en títulos para Pizarro y sus compañeros y pronto recaudó el quinto. El avance en la selva no era, por ningún concepto una experiencia semejante. La existencia de tesoros no pasaría de *rumores*; jamás se hallaron cantidades considerables. Los indígenas no deseaban establecerse en aldeas; les agradaba su modo de vida y se resistían al asentamiento, a menos que un enemigo poderoso amenazara su existencia. Tampoco podía disponerse fácilmente de soldados españoles a los que tanto criticaron los primeros frailes y que, sin embargo, hicieron tantos servicios cuando la población indígena emprendió la resistencia. Mientras los frailes tuvieran que conseguirse sus propios alimentos a un costo y dificultades considerables, era inconcebible que se pidieran soldados, que no producían nada sino que simplemente consumían.

En el Perú había otra circunstancia que acrecentaba las dificultades de la expansión de la frontera y por lo tanto sus costos: la ceja de la cordillera Andina. Así ocurría especialmente en la provincia de Jauja. A este respecto Antonio Raimondi expresa el siguiente comentario: "En pocos lugares se presenta el terreno más quebrado que en la provincia de Jauja, siendo formado el camino de continuas subidas y bajadas⁵". Biedma, en su *Relación*, no podía haber descrito de manera más gráfica el camino que siguió.

Generalmente, la cordillera descende suavemente hasta que las extensas estribaciones se juntan en las llanuras. No ocurre lo mismo en la vertiente oriental de los Andes, especialmente al este de Jauja, pues el declive normal se corta bruscamente a una altitud de 2 a 2,300 metros por una escarpada cresta, la ceja, que marca el comienzo de un descenso precipitado de varios cientos de metros⁶. Los indios de la selva vivían a una altura de 500 a 700 metros. La ceja es una franja accidentada, cubierta de nubes, en exceso lluviosa, atravesada por profundos abismos, cañones, cañadas con tumultuosos torrentes y sembrada de pantanos, árboles caídos y restos de

desprendimientos de rocas de las montañas. No es de extrañar, pues, que las mulas de Biedma se desplomaran y fueran incapaces de transportar la carga acostumbrada. Y, sin embargo, Jauja era una zona en la que los franciscanos habían trabajado con cierto éxito desde los comienzos de la conquista⁷.

Pese a numerosas y profundas diferencias entre el altiplano y la selva, eran frecuentes y, por lo común, cordiales las comunicaciones entre las dos regiones. Los indios de la selva visitaban los poblados españoles de la frontera para asistir a las fiestas, o intercambiar los productos de su región: cacao, animales, aves, plumas, sal, por las herramientas de metal de los españoles⁸. Los habitantes del altiplano avanzaban cautelosamente en la selva para cazar y plantar.

Pero fueron especialmente los frailes y clérigos los que exploraron la selva, sin duda seducidos en parte por los mitos del reino de Paititi y las glorias del rey de Enim, y en parte también por un verdadero afán de salvar almas, así como por la simple curiosidad de lo que encontrarían allí. Así, fray Antonio Jurado en 1557 se unió como intérprete a la expedición de Gómez Arias Dávila a Rupa-Rupa, unas cuantas leguas fuera de Huánuco. Jurado, antes de la expedición, debió de haber pasado algún tiempo en esa zona, puesto que hablaba la lengua de ese pueblo (chupachos), incluso poseía un vocabulario escrito.⁹ Rippy menciona a un tal fray Juan Ramírez, un franciscano por lo demás desconocido, que trabajó en la selva cerca de Jauja en el decenio de 1560.¹⁰ Y en 1580 los franciscanos hicieron una entrada en los indios motilonos desde Moyobamba.¹¹ Aproximadamente en las mismas fechas varios franciscanos se introdujeron en la frontera desde la doctrina de Jauja de Andamarca para averiguar lo que allí había.¹² Pero indudablemente los franciscanos no fueron los únicos. También los agustinos de Cusco desplegaron cierta actividad en el valle de Urubamba, donde dos de ellos hallaron al último inca en Vilcabamba, según la narración de Calancha.¹³ Igualmente en el Perú central los dominicos se desplazaron de su doctrina de Tarma, la hermosa ciudad fundada por Pizarro en 1538.¹⁴ Tarma ofrecía el acceso más fácil a la selva, porque en ese lugar el Chanchamayo había suavizado la ceja. En una fecha anterior (por lo menos en 1597) los dominicos eran allí los doctrineros.¹⁵ Ya en 1605 fray Diego de Escobar, O.P., había

fundado una misión para los indios andinos de la selva.¹⁶ Al poco tiempo ya poseían una hacienda junto al río Chanchamayo, parte de la dotación del colegio de Santo Tomás en Lima. Esta hacienda atraía a los indios de la selva para trabajar alrededor de un mes al año y ganarse unos jornales cortando caña para el ingenio de la hacienda. Al otro margen del Chanchamayo se encontraba la hacienda de Ocsabamba, con huertos de árboles frutales castellanos, papayales, yucales, hortalizas y una fragua y una carpintería. Estaba comunicada por un camino ancho, siempre transitable, a Picoy a una distancia de 14 leguas. Se encontraba también a pocas leguas de Quimiri y el Cerro de la Sal.¹⁷ Los dominicos se daban cuenta de las ventajas de su ubicación y empezaron a fundar los pueblos de Vitor (también llamado Vitoc), Monobamba, Collar, Sayria, Sibis, Pucarayo, Chanasapampa.¹⁸ Algunos de estos poblados tuvieron una vida efímera, pero otros como Vitoc y Monobamba existían desde antes de 1582 y se convirtieron en comunidades estables.¹⁹

Evidentemente, estos pueblos representan un gran empeño de los dominicos, que si bien nunca cesó durante todo el período colonial, parece haberse estancado de vez en cuando, de suerte que hoy es imposible hacer una relación de los pueblos y de los celosos frailes. Individualmente, los frailes trabajaron con verdadero afán, pero, por alguna razón, con frecuencia no había quién continuara y ampliara su labor. Al parecer lo mismo sucedió con los mercedarios. El investigador solo puede localizar hechos aislados del esfuerzo mercedario en la selva. De todas maneras, todo parece indicar que siguieron una pauta semejante a la de los dominicos: las doctrinas cercanas a la selva administradas por mercedarios se convirtieron en centros de penetración en esa zona virgen. Así vemos que el mercedario fray Francisco Cabezón, doctrinero de Taulia, cerca de Chachapoyas atendió a "otros muchos pueblos" en 1593²⁰, pese a la amenaza de los motilones y los jívaros. Convendría estudiar hechos aislados como este para formarse una idea más cabal de la frontera peruana.

Más notable aún que la curiosidad de los frailes y los españoles, en general, por conocer la selva era el afán de ciertos indígenas de la selva de familiarizarse con los europeos. Nos referimos no simplemente a las visitas a las ferias y

fiestas de la frontera, sino a los viajes a la propia Lima. La primera llegada de un gran número de indígenas selvícolas de que tenemos noticia data del período de La Gasca. Existen tres relaciones de este acontecimiento, con algunas discrepancias entre ellas. Dos coinciden en que los indios llegaron cuando La Gasca preparaba su regreso a España. Calvete que presentó un mensajero de Chachapoyas para informar a La Gasca en nombre del capitán Juan Pérez de Guevara, encomendero de la región, que un nutrido grupo de guerreros (150) habían llegado, con sus mujeres e hijos, desde Brasil por el río Paraguay, después de un recorrido de más de 800 leguas.²¹ Iban acompañados de innumerables criados, así como de cautivos para comérselos. El viaje fue tan largo que los que eran niños de pecho, al salir de su país, ya tenían 12 años. La segunda²² relación da cuenta de que 300 de estos indios visitaron realmente a La Gasca en Lima y que el viaje les llevó 10 años. La tercera versión es la de la audiencia de Lima en un informe de 6 de julio de 1550²³ y, por lo tanto en tiempos del Virrey Mendoza. Los oidores informan que el corregidor de Chachapoyas, capitán Gómez de Alvarado, manifestó que habían llegado 100 guerreros desnudos, después de un viaje de 14 años. Deseaba utilizarlos de guías para un viaje de regreso a sus opulentas tierras, pero la audiencia denegó la petición.

A juzgar por la reacción de sorpresa e incluso de temor por parte de los oficiales españoles, ésta pudo haber sido la primera vez que los aborígenes de la selva hicieron una visita de esta naturaleza a Lima. El virrey Toledo, en un informe desde Cusco, de marzo de 1572, parece creer que esas visitas se efectuaban con bastante frecuencia, y protestaba de que no se los aprovechara o ganara para la fe católica y el rey, de manera más sistemática. Toledo se refería particularmente a los caciques *chunchos*, que lo visitaron mientras se encontraba en Jauja en 1570, y añade: "...venido el verano tengo tratado dembiar doctrina..."²⁴ Toledo cumplió su promesa al confiar estos indios a los franciscanos en el pueblo de Uchubamba, situado junto al río Monobamba a unos mil metros de altura. En 1596 había allí 42 tributarios indios, con una población total de 108 habitantes. Se advierte que "es de los Andes". En 1602 los tributarios eran 37 y se esperaba que unos 100 se confesarían.²⁵ En 1637 Uchubamba estaba todavía a cargo

de los franciscanos, pero ello, al parecer, no desempeñó un papel destacado en la actividad de estos frailes en la frontera.²⁶

De gran importancia fue la llegada a Lima en 1594 de cinco o seis caciques campas, quienes manifestaron que querían religiosos para que los instruyeran. El virrey era el marqués de Cañete, y su hermano Hernando acababa de llegar de Roma para asumir el cargo de rector de la casa de la Compañía²⁷ (G. P. xiii, p. 153). La llegada de los caciques de Jauja se ajustaba muy bien al interés del virrey y de los superiores de los jesuitas. Según Cañete, y los jesuitas que informan (ambos hermanos sentían nostalgia de España y deseaban regresar lo más pronto posible) (G.P. xiii, pp. 348 y 349); estos religiosos habían estado sondeando la frontera desde Carabaya, pasando por Cusco y La Paz hasta la región de Potosí, en busca de un lugar donde ejercer su misión entre los indios, pero no en parroquias.²⁸ A los jesuitas no les interesaban las parroquias, y, en efecto, el provincial p. Antonio Vásquez escribía explícitamente en diciembre de 1637 que "pues siempre . . . , nos hemos procurado excusar de esta ocupación". La única doctrina que Vásquez deseaba retener era Juli, adonde se enviaban los europeos recién llegados para que aprendieran aymara.²⁹

De tal modo, los caciques campas recibieron muy buena acogida, pues ofrecían a los jesuitas una oportunidad para familiarizarse con otro sector de la frontera, que hasta entonces desconocían. El virrey tomó todas las disposiciones necesarias: provisión de un guía, pertrechos y órdenes a los oficiales locales de que cooperaran. Los jesuitas seleccionaron al padre Juan Font (a veces escrito Fonte), posiblemente el mismo hombre que había sido rector de sus instalaciones en Juli.³⁰ Su compañero jesuita era el p. Nicolás Mastrillo.

Ambos salieron de la *doctrina* franciscana de Andamarca el 29 de octubre de 1595 y, a los pocos días llegaron a su destino. Los indios de ese lugar nunca habían visto a un jesuita, sólo dominicos y franciscanos, y al principio los tomaron por españoles disfrazados. Intervinieron los caciques que habían estado en Lima, y las sospechas de los indígenas, al parecer, se desvanecieron. Pero quizás no fue así, pues Font se desalentó ante el número relativamente limitado de habitantes y, al terminar la cuaresma en 1596, regresó a Lima diciendo que la región de Jauja "no era una cosa de importancia".³¹

Con la ayuda del sucesor de Cañete, Luis Velasco, Font organizó seguidamente una entrada en la región de Ayacucho; los detalles de esta empresa no nos conciernen ahora, sin embargo, la reacción de los superiores de los jesuitas es de gran interés.

Velasco había escrito al provincial de los jesuitas informándole de esta entrada de Font. El provincial, Rodrigo Cabredo, en aquellas fechas se encontraba en Cusco y la contestación a la carta de Velasco cayó en manos del padre Luis Teruel, rector de San Pablo.³² La carta decía, en parte, que:

1. Los indios en cuestión no eran numerosos;
2. No mostraban indicaciones de querer a los misioneros. La Compañía les había mandado misioneros en siete ocasiones, en todas las cuales la empresa fracasó. A menudo los misioneros se veían obligados a huir para salvar su vida.
3. Los misioneros que penetraban en el territorio de esos indios corrían un peligro constante debido a la barbarie y veleidad de los habitantes. El territorio era de tan difícil acceso que en caso de cualquier peligro los misioneros no podían recibir ayuda en el momento oportuno.
4. El asentamiento de estos indios en pueblos cerca de los cristianos era imposible, de ahí que no hubiera esperanza alguna de lograr una situación permanente.

En otras palabras, el padre Teruel buscaba poblaciones indígenas muy numerosas y dóciles, residentes en tierras fácilmente accesibles y dispuestas a asentarse cerca de los cristianos. Estas poblaciones se hallaban en Santa Cruz de la Sierra (las misiones de los mojos y chiquitos), pero no en la frontera de Jauja. Por fortuna para él, la provincia jesuita de Lima comprendía también esa zona, de suerte que pudo llevar a cabo su plan. Los franciscanos de Lima no tenían jurisdicción en Bolivia. Pero Jauja se encontraba en su territorio, y trataron de vencer todos los obstáculos mencionados por Teruel con un enorme esfuerzo y sacrificio.

LOS PRIMEROS CONTACTOS FRANCISCANOS CON EL CERRO DE LA SAL, 1635-1644: LA IMPORTANCIA DE HUANCABAMBA

De todo lo expuesto se deduce que hubiera sido muy difícil para los franciscanos penetrar en la selva desde Jauja. Igualmente descartaban la posibilidad de entrar a través de Tarma, mientras los dominicos residentes continuaran trabajando entre los indios de la selva de ese territorio. Por consiguiente, los franciscanos tenían que buscar alguna ruta para ponerse en contacto con los indígenas del Cerro de la Sal, al este de Tarma y de Jauja. Y pudieron hacerlo a pesar de que la nueva ruta iba de Huánuco al Cerro, pasando por Huancabamba. Era una ruta tortuosa pero efectiva.

En mayo de 1631,³³ los franciscanos dirigidos por fray Felipe de Luyando, antiguo secretario de la provincia de Lima, comenzaron o quizás simplemente revivieron una serie de misiones entre los indios panataguas que habitaban a lo largo del río Huánuco, al este de la ciudad del mismo nombre. Entre los compañeros de Luyando se encontraba fray Jerónimo Jiménez, hermano lego natural de Lima.³⁴ En 1635 salió en busca de otras tribus que todavía no pudieran haber recibido el Evangelio. Recorrió las tierras de los indios chupachos, atendidos por los franciscanos, quizás desde la entrada de fray Antonio Jurado en 1557. Al pasar por Huancabamba, fray Jiménez descubrió una entrada fácil a lo largo de los lechos de ríos que lo llevarían al Cerro de la Sal en cinco días.³⁵ El se encontraba al este de Tarma y Jauja. Por fin los franciscanos de Lima habían hallado una ruta posible: Huánuco, Huancabamba, Cerro de la Sal,³⁶ más allá del monopolio dominico de Tarma y exento de los peligros físicos de la ceja de Jauja.

Los indios de la región acogieron bien al fraile, quizás por sus contactos comerciales anteriores y frecuentes con los cristianos. Como demostró la expedición de Font, estos indios conocían el hábito franciscano. Con la ayuda de los jefes locales pronto se construyó una pequeña capilla con techo de palma y una residencia, también pequeña, a su lado y recibió el nombre de San Francisco de las Salinas. Esta capilla se convirtió en el centro de la misión, alrededor de la cual Jiménez intentó asentar a los indígenas de las inmediaciones. Bauti-

zó a numerosos niños con el consentimiento de sus padres. Estos últimos no recibieron el sacramento hasta que hubieron terminado el curso de instrucción y después de un período de prueba de aproximadamente un año.

Al cabo de seis meses de residir en Las Salinas el fraile fue invitado, a establecer una segunda misión, por un cacique de las cercanías, Andrés Zampati, quien había sido ya bautizado por los dominicos de Tarma.³⁷ Jiménez aceptó gustoso la invitación, pues le hizo abrigar la esperanza de que todo el grupo de indígenas de Andrés Zampati se convertiría al cristianismo y, por añadidura, el jefe dominaba un lugar que ofrecía grandes ventajas. Andrés era cacique de Quimiri, un hermoso valle situado en la ribera del Tarma, a unas pocas leguas río abajo de la hacienda dominica de Chanchamayo y en la ruta directa de Tarma a la selva. También en ese lugar el fraile erigió una iglesia, en torno a la cual trató de establecer a las familias indias y en la que empezó a ofrecer con regularidad instrucción a los niños y adultos. Igualmente fueron bautizados muchos niños y algunos adultos, entre ellos el hermano del cacique, Domingo Zampati. Esta misión se llamó San Buenaventura de Quimiri.

A fines de 1636 fray Jiménez, satisfecho de los progresos logrados, se trasladó a Huánuco para buscar un sacerdote. El padre Cristóbal Larios se ofreció para la tarea, y los dos frailes regresaron a las misiones en donde trabajaron la mayor parte del año 1637. En el transcurso del año surgió una crisis que acabaría con las dos misiones. El problema estribaba en que Andrés Zampati, aunque cristiano, tenía tres mujeres y estaba decidido a conservarlas.³⁸ Naturalmente los frailes no podían consentir tan mal ejemplo, especialmente en un hombre de prestigio, y reprocharon al cacique por su conducta escandalosa. Andrés, furioso por esa censura, determinó deshacerse de los frailes en la primera oportunidad. Ocultando sus intenciones, bajo un fervor ficticio, el jefe indicó a los frailes que le agradaría llevarlos al interior donde había un gran número de indios deseosos de abrazar el cristianismo. Los misioneros, ajenos a toda sospecha, emprendieron el camino río abajo. Cuando llegaron a los Autes, el cacique explicó a sus secuaces el plan que tenía de matar a los frailes, pero uno de ellos, el fiscal de Quimiri, a cuya esposa el cacique había

querido unir a su harem, avisó a los frailes, quienes escaparon sanos y salvos a Quimiri.³⁹

Más entrado el año, un grupo de 30 españoles acompañados de un sacerdote dominico, fray Domingo Chávez, llegaron a Quimiri, camino del interior de la montaña que iban a explorar. Aunque Andrés Zampati iba a servir de guía a la expedición, los frailes aceptaron la invitación de unirse al grupo, tal vez confiados en que el gran número de españoles les protegería. El cacique, a quien los españoles no conocían, había enviado por delante a algunos de sus seguidores más fieles — que también se habían haviado de los misioneros— para que prepararan una emboscada. Para asegurarse de su cooperación, Zampati les prometió las ropas y el equipo de los españoles que debían matar. Por fortuna fray Chávez se enfermó y tuvo que quedarse en Quimiri. Sus compañeros partieron en dos compañías, una en balsas río abajo con fray Jiménez y otra que viajaría a pie con fray Larios.⁴⁰

En un lugar llamado Avitico, el 8 de diciembre de 1637 los remeros indios, respondiendo a una señal de su cacique, hicieron zozobrar las balsas y de esta manera lanzaron al agua a los españoles donde se hallaron en una difícil situación. El propio Zampati asesinó a fray Jiménez mientras se esforzaba desesperadamente por salir del agua, a pesar de los ruegos de su esposa que lo acompañaba y de los gestos de desprecio de algunos de los demás indios por la cobardía de matar a un hombre que se vestía de mujer. Terminada la fechoría, el cacique se regresó con sus hombres por tierra para encontrarse con el segundo grupo de españoles que avanzaba a pie con Larios. A los cuatro días de la muerte de Jiménez los soldados españoles, mientras se esforzaban por subir a una empinada colina en medio de un fuerte chaparrón, se vieron sorprendidos por una lluvia de flechas.⁴¹ Larios, creyendo que se trataba de una confusión, se puso delante de los soldados pero fue acribillado por tantas flechas que murió casi inmediatamente.⁴² Sólo lograron salvarse cuatro de los treinta españoles, dos de cada grupo.⁴³

Los indios del Cerro se sintieron tan dolidos del asesinato de los misioneros que se dedicaron a la busca y captura del miserable cacique. Y en cuanto lo atraparon le dieron muerte.

Luego los indígenas recogieron los cálices y los ornamentos sagrados para protegerlos de cualquier profanación.

Posiblemente la muerte del cacique satisfizo a las autoridades españolas, pues no hay ninguna indicación de haberse organizado una expedición punitiva, y los franciscanos pronto volvieron a prestar servicio a los indios. En 1639 llegaron al Cerro, desde Huánuco, dos frailes experimentados con cuatro donados, a fin de reanudar la labor. Los indígenas les dieron tan buena acogida que en 1640 fray José de Santa María se vio obligado a ir a Lima para pedir ayuda. En aquellas fechas (julio de 1640) la misión contaba con siete capillas, con una concurrencia de alrededor de 3,000 indios, en su mayoría catecúmenos.

En Lima, tanto el virrey marqués de Mancera, como el provincial, fray Pedro Ordóñez Flores, recibieron amablemente a fray José.⁴⁴ El provincial envió inmediatamente a tres sacerdotes y dos hermanos legos para que ayudaran a la misión y más adelante incluso trasladó allí al famoso exprofesor de leyes de la universidad de San Marcos, fray Gonzalo Tenorio.⁴⁵ El virrey colaboró en igual medida. Traspasó a los franciscanos (sin la venia del arzobispo, debido a la sede vacante, si bien el cabildo eclesiástico tenía jurisdicción para resolver el asunto) la doctrina de Huancabamba, lo que permitiría a los misioneros tener una entrada segura a la misión. Este pueblo fue designado sede de la misión, donde residiría el superior y se almacenarían los pertrechos necesarios. El 18 de agosto de 1640 el virrey ordenó que los suministros de la iglesia y otros artículos hasta un valor de 4,381 pesos se entregaran a fray Matías Illescas,⁴⁶ primer superior franciscano residente en Huancabamba. Otros 7,000 pesos fueron asignados por el virrey a las misiones, el 6 de diciembre de 1640.⁴⁷ La visita de fray José a Lima había sido provechosa, y el futuro de la labor parecía ofrecer muy buenas perspectivas. Pero al poco tiempo dos incidentes convirtieron esas esperanzas en vanas ilusiones.

El primer incidente fue ocasionado por un viaje fuera de la realidad emprendido en 1641 por fray Matías Illescas, quien partió de Huancabamba poco después de tomar posesión de ese puesto estratégico. Esperaba que navegando aguas abajo por el Perené y el Ucayali llegaría a las misiones dirigidas por

los franciscanos de Quito entre los indios quijos.⁴⁸ Esta empresa fue realmente impulsada por dos hermanos legos, fray Pedro de la Cruz y fray Francisco Peña,⁴⁹ quienes habían llegado a Lima procedentes de Quito poco tiempo antes; Illescas les acompañó en calidad de capellán. Los dos hermanos habían trabajado durante varios años entre los indios quijos y regresados a Quito para obtener abastecimientos, cuando les dijeron que no podían regresar al territorio de los quijos por la ruta en que habían venido, pues se temía que ello crearía un conflicto con las misiones jesuíticas. Así, pues, los dos hermanos decidieron tratar de llegar a su destino por los ríos de Perú y fueron a Lima para hacer los preparativos necesarios. En la capital virreinal discutieron sus problemas con las autoridades locales, quienes les animaron a que ejecutaran su plan.⁵⁰ Desde Lima prosiguieron hasta el Cerro en donde se les unió Illescas, al parecer con algunos suministros almacenados en Huancabamba. El 3 de agosto de 1641 el pequeño grupo acompañado de varios indios zarpó en balsas aguas abajo del Perené y desapareció para siempre.⁵¹

Con la salida de fray Illescas de Huancabamba, según parece por capricho y sin órdenes, quedó abandonada esa doctrina fundamental.⁵²

OTRA CLASE DE ENTRADA PACIFICA

Un segundo acontecimiento fue la entrada de Pedro Bohórquez en el territorio de la misión del Cerro de la Sal en 1643.⁵³ Bohórquez no era fraile y, naturalmente, los religiosos, resentidos por lo que ellos consideraban intrusión en sus misiones, hicieron todo lo posible para oponerse a esta acción. Y como no lo lograron, trataron por todos los medios de denigrar su nombre. Eguiguren considera que la actitud de los frailes y sus partidarios fue injusta. Indudablemente la ley de 1573 no otorgaba al clero un monopolio de la entrada pacífica, si bien en el Perú parece que lo interpretaron en ese sentido. En el noroeste de México, el minero, el rancharo y el soldado desempeñaron un importante papel en el avance de la frontera en esa región. Cada uno de ellos tenía sus propios intereses, pero cuando llegaba un momento de crisis procuraban ayudarse unos a otros y de esta manera contribuían a

estabilizar toda la frontera.⁵⁴ Quizás si la frontera en el este de Perú en el siglo XVII hubiera atraído a hombres no religiosos con las mismas cualidades y virtudes que los del noroeste de México, los frailes hubieran logrado mucho más sin el enorme derramamiento de sangre que sufrieron, para no mencionar la gran pérdida de mano de obra y tesoro. Por ejemplo, Miguel de Reten aportó una considerable ayuda a las misiones franciscanas de Panataguas.

Bohórquez había llegado a Lima en 1620, procedente de Cádiz, a la temprana edad de 18 años y pronto se identificó con la turbulenta vida de la frontera. En 1635 encabezó, con la autorización oficial, una expedición a la selva cercana al Cerro, en busca del fabuloso reino de Paytiti, con su igualmente legendario rey de Enim. Bohórquez sostenía que esta empresa había sido un éxito e incluso enseñaba a los curiosos un mapa que pretendía mostrar el legendario reino. Nuevamente en 1643, con autorización oficial,⁵⁵ reunió a un grupo de españoles con el fin de conquistar y ocupar el Cerro de la Sal, al que se le suponía abundante en oro y plata. A su llegada al valle de Tarma los frailes se mostraron recelosos, pero ante la sanción oficial, poco pudieron hacer fuera de tratar de persuadir a Bohórquez de que no existían tales depósitos de metales preciosos en el Cerro. El esfuerzo fue en vano.

Pedro Bohórquez hizo su entrada con una fuerza de unos 36 españoles. Como primera medida tomó posesión de los asentamientos fronterizos de Sibis, Collar y Pucará alegando que eran parte de su concesión. Se obligó a los habitantes a que ayudaran en la búsqueda de metales preciosos. Mientras los expedicionarios se encontraban en esos pueblos, un desprendimiento de tierras cerca de Collar dejó al descubierto un gran yacimiento de mineral que parecía ser plata. En su afán de riqueza, los aventureros aclamaron jubilosos el hallazgo creyendo que era plata pura, pero luego se demostró que se trataba de cierta forma de plomo. La desilusión despertó en esos hombres nuevas ansias de adentrarse en la montaña, con la esperanza de que en una región que poseía un yacimiento tan grande de plomo, hallarían también otros igualmente importantes de plata y otros minerales. Los habitantes de los tres pueblos ocupados, deseosos de que los intrusos abandonaran

el lugar, afirmaban acaloradamente que, en efecto, en la montaña se encontraban grandes cantidades de plata.

Al avanzar río abajo, Bohórquez y sus hombres se encontraron con los habitantes de Quimiri, cuyo jefe era Santuma, cerca de la hacienda de Chanchamayo. Estos indios que ya habían sufrido graves saqueos de los aventureros no tenían deseo alguno de atenderlos. Se libró una batalla feroz, y los indígenas se defendieron bien hasta que su jefe cayó herido. A continuación se derumbó la resistencia y los supervivientes se rindieron en masa a los invasores. Entre los prisioneros estaba el mestizo Francisco Villanueva, quien después de salvarse de la masacre de 1637, se había casado con una india y vivía cerca de Quimiri. Al poco tiempo Villanueva se convertiría en el amigo leal y apreciado de Bohórquez.

A partir de entonces el Cerro fue el centro del que partían los soldados, en una serie de expediciones en busca de oro o plata, que nunca se encontraron en cantidades apreciables. Pronto se dejó sentir el hambre, y comenzaron las frecuentes correrías para conseguir ganado y, a veces, también mujeres, no sólo en las haciendas cerca de Tarma sino incluso en la provincia de Jauja. Esta conducta sublevó a la población de las dos provincias y, por último, el virrey encomendó al capitán Juan López Real, con una fuerza de milicias, la misión de capturar a Bohórquez y sus hombres para enjuiciarlos en Lima. Una vez más Quimiri fue el escenario de una batalla, puesto que Bohórquez no tenía la menor intención de ceder sin lucha.⁵⁶ En 1644, mucho antes de esos acontecimientos, los frailes habían abandonado sus misiones del Cerro,⁵⁷ pues consideraron que en medio de unos hombres tan desenfrenados su labor sería estéril.⁵⁸

Bohórquez fue trasladado a Lima para ser enjuiciado y castigado,⁵⁹ pero su lugar fue ocupado, con autorización oficial, por otro buscador de tesoros, el capitán Andrés Salgado de Araujo, quien llegó al valle de Quimiri en 1649. Al llegar allí fundó un verdadero pueblo español de unos cincuenta habitantes españoles al que se le dio el nombre de San Miguel Arcángel de Quimiri, en honor del santo patrón del entonces virrey conde de Salvatierra, quien había favorecido su empresa. Transcurridos dos años y medio, el propio virrey, ante las quejas de los pobladores, obligó a Salgado a que se retirara. El

capitán obedeció la orden pero no cedió sus derechos y apeló una vez tras otra al virrey y a la corona en su empeño por obtener permiso de reanudar su empresa.⁶⁰ La causa se prolongó hasta 1665, cuando finalmente el virrey, conde de Santisteban,⁶¹ denegó la última apelación, dando así entrada a este territorio a otros interesados, pero que no fueran aventureros. A los pocos años, los frailes aprovecharon esta oportunidad para regresar a Quimiri y al Cerro.

OTROS CONTACTOS FRANCISCANOS 1671 - 1687

Durante las intrusiones de Bohórquez y Salgado los franciscanos habían concentrado sus energías en las misiones más cercanas a Huánuco, con tal éxito que en 1661 habían iniciado la conversión de las tribus panoa en el curso medio del río Ucayali. Pero los resultados alcanzados en esas tribus resultaron ser temporales, pues los indios pronto se cansaron de los misioneros y conspiraron para asesinarlos, especialmente después de que una epidemia de viruela en 1670 había diezmado la población, epidemia que los curanderos indígenas atribuían a la presencia de los misioneros.⁶² Esta actitud hostil de los panoas cerró la posibilidad de continuar avanzando entre ellos. Sin embargo, hacia la misma época, los campos de Quimiri parecían deseosos de que retornaran los frailes. Por fortuna uno de los misioneros que prestaba servicio en el sector del medio Ucayali se había estado preparando durante varios años para comenzar una misión entre los campos. El cambio de la situación en Quimiri le ofrecía la oportunidad. Este misionero era fray Manuel Biedma,⁶³ uno de los grandes héroes de la misión franciscana del Perú.

LA LLEGADA DE MANUEL BIEDMA AL TERRITORIO DE LOS CAMPAS

Biedma, como él mismo relata, había sido enviado al sector de los callisecas o shipibos, cerca del río Ucayali en 1665. Estos indios estaban acostumbrados a esclavizar a los campos y utilizarlos para los tediosos trabajos alrededor de la casa y en los campos. A instancia de los misioneros muchos de es-

tos esclavos se hicieron cristianos, y su leatad y fervor causaron una impresión favorable a los frailes, especialmente a Biedma, a quien los callisecas habían entregado un muchacho campa para que lo acompañara.⁶⁴ Biedma pensó que los campos serían cristianos ejemplares y se sintió muy complacido cuando le informaron de que sus gentes recibirían con agrado a los misioneros. Con los esclavos aprendió la lengua campa en la esperanza de que podría ser elegido para dedicarse a ese pueblo. En dos ocasiones salió del territorio de los callisecas con la idea de ese plan, pero en ninguna de ellas logró encontrar un solo campa. Uno de los esclavos le había dicho que todos los años llegaban al Cerro muchos campos para conseguir sal, y el fraile decidió que sería más fácil entrar en contacto con la tribu en aquella oportunidad.

En consecuencia, en 1671 fray Biedma formó parte de un grupo de seis personas que salieron de las misiones de Huánuco para explorar las condiciones en las cercanías del Cerro.⁶⁵ Los indígenas de esa zona dieron buena acogida a los misioneros, y casi 800 amueshas y pacanes se establecieron gustosos en un pueblo —muy probablemente Uñuti— y permitieron que sus hijos fueran bautizados.⁶⁶ Una vez terminada la exploración, fray Alónso Robles, que había sido designado superior de la empresa, seleccionó a Quimiri como cuartel general, mientras Biedma seguía hasta Comas, en la provincia de Jauja, para tratar de ponerse en relación con los campos desde esa doctrina.⁶⁷

Robles había sido persuadido de elegir a Quimiri como sede de su primera misión, porque en sus inmediaciones había muchos poblados de indios de la montaña algunos de los cuales habían sido parcialmente cristianizados por los padres dominicos. Estos cristianos viejos constituían un núcleo, ya existente, en torno al cual Robles podía asentar a los que fueran llegando de la selva. Aunque, naturalmente, los dominicos consideraban que estos asentamientos estaban a su cargo, permitieron al franciscano que hiciera lo que considerara mejor. Así, pues, en 1673 los habitantes de Soriano y posiblemente de otros poblados fueron trasladados a otros asentamientos en el lugar de la nueva misión, Santa Rosa de Quimiri.⁶⁸ Con la ayuda de este grupo original integrado tal vez por 41 ó 42 familias, Robles planeó un pueblo normal, con una gran plaza

en el centro, una iglesia, la residencia de los padres, escuela y chozas para los indios. Se construyó un puente sobre el río para facilitar la comunicación con la hacienda de Chanchamayo y se plantó caña, frijoles, maíz, yuca, algodón, cacao, achiote, plátanos, etc., en el fértil valle de los alrededores.⁶⁹ Antes de terminar el año, había más de 80 familias campas en la misión y, según testigos presenciales, la población recibía buena instrucción y los indígenas, especialmente los niños, mostraban una conducta ejemplar.⁷⁰

Mientras tanto Biedma con su compañero fray Juan de Ojeda y dos donados habían salido de Comas el jueves de la Ascensión (11 de mayo de 1673) para dirigirse a la selva. El viaje fue tan accidentado que a los tres días el mulero que habían alquilado para transportar los pertrechos se negó a seguir adelante por el temor a los daños que podían sufrir sus animales. Varios de ellos ya habían muerto debido al terreno tan escabroso. Por donde los burros no podían pasar, lo hicieron los frailes, a veces en posturas poco dignas, hasta que el 18 de mayo hallaron a los primeros campas, encabezados por Diego Tonte, quienes al parecer habían estado esperando a los frailes e incluso es posible que fueran los mismos indios que, con anterioridad, habían ido a Comas a pedir un sacerdote. La primera unión fue muy solemne, pero después de las debidas presentaciones, Biedma permitió el festejo y comenzó la danza. La fiesta continuó durante dos días sin interrupción hasta el sábado en que el fraile pidió a Tonte que hiciera construir a su gente un pequeño albergue que pudiera servir de capilla. Los indios pusieron manos a la obra con tal entusiasmo que el primitivo santuario quedó terminado para celebrar la primera misa el domingo de Pentecostés, el 20 de mayo de 1673.⁷¹

La noticia de la llegada de los misioneros atrajo a delegaciones de indígenas de todas partes. Sentían curiosidad de ver a los frailes y éstos deseaban causarles buena impresión. Con ese objeto Biedma les ofreció machetes, navajas, anzuelos, trampas, botones, etc., según el prestigio del visitante. Sucedió a estos amistosos visitantes otros del sector del río Ene, más alejado, que eran hostiles y trataron de persuadir a Tonte para que matara a los frailes o para que, por lo menos, los expulsara. La negativa de Tonte provocó un ataque nocturno con-

tra él y los misioneros que duró desde las cinco de la tarde a las seis de la mañana del día siguiente. La lucha consistió en su mayor parte en lanzar insultos a gritos, de suerte que a las primeras horas de la mañana la mayoría de los participantes estaban tan roncós que ni podían hablar. Biedma aprovechó este silencio forzoso para dirigirse a los forasteros en su propia lengua y explicarles la razón de su presencia. Apaciguados por sus palabras, trocaron su hostilidad por la amistad y se acercaron a conocer al misionero y a recibir el presente acostumbrado de los instrumentos de hierro. Los indígenas, a su vez, invitaron a los frailes a que visitaran sus hogares, invitación que Biedma aceptó complacido porque ansiaba explorar el interior de la selva. Biedma pidió a los indios, antes de partir, que cultivaran más tierras para que cuando él llegara hubiera suficientes víveres para establecer un pueblo de misión.⁷²

En cuanto cedió la conmoción provocada por la llegada y partida de los visitantes, Biedma estableció su primera misión en el territorio de Tonte, cerca del río Mazamirique, llamado también Laclla, y le dio el nombre de Santa Cruz del Espíritu Santo. Una vez puesta en marcha la misión, se encomendó a fray Juan de Ojeda que, acompañado de un grupo de indios, explorara la selva con el fin de determinar si había posibilidad de unir Santa Cruz y Quimiri con un camino directo a través de la selva, para evitar la larga desviación por la sierra que Biedma había seguido. El propio Biedma hizo frecuentes excursiones de dos o tres días al territorio de los panoas, menearos, anapatis, para devolverles la visita y mantenerse en contacto con ellos. Así, en setiembre ya había visitado a casi tres mil aborígenes, unos quinientos de los cuales se habían regresado con él, estableciéndose en la misión de Santa Cruz y sus alrededores. En ese mismo mes Ojeda volvió de su viaje con la buena noticia de haber llegado al Cerro y Quimiri y como prueba llevaba consigo a los frailes Francisco Izquierdo, Diego de Paz y José de la Concepción.⁷³ Todo parecía ir por buen camino en Santa Cruz, y no era de extrañar que Biedma se sintiera aún más esperanzado.

Sin embargo, poco después de la llegada de los hombres de Quimiri, estas esperanzas se vieron frustradas por una gran epidemia que durante casi tres meses asestó un duro golpe

a la misión. Los síntomas de la enfermedad consistían en intensa cefalagia y sed.⁷⁴ Para los indios, el único remedio en estos desastres era la huida a la selva y el abandono de los familiares, incluso los más cercanos. Si bien los frailes trataron de auxiliar a los enfermos y de calmar el pánico de los que estaban sanos, sus esfuerzos fueron infructuosos. Cuando terminó la epidemia, el 8 de diciembre sólo quedaba un aborigen en la misión. Se habían bautizado 70 adultos inmediatamente antes de morir. Se desconoce el número de los que fallecieron en la selva. Biedma se lamentaba de que "plantar el santo evangelio es convocar a las pestes".⁷⁵

Al cesar la epidemia, algunos de los indios que huyeron volvieron a la misión y la vida se reanudó, incluso con más actividad que antes. En el momento de mayor crisis, Robles fue desde Quimiri a consultar con Biedma acerca de la posibilidad de mejorar la organización de las misiones. Se acordó construir un camino que uniera Santa Cruz con el Cerro, a fin de eludir la tediosa vuelta por Comas, y establecer otra misión hacia la mitad del camino entre Quimiri y Santa Cruz, lo que facilitaría la comunicación entre los dos extremos. Así, en cuanto se extinguió la epidemia, Robles y Biedma, junto con unos 40 indígenas empezaron a construir el camino proyectado. Fray Izquierdo, a quien se le había encomendado el establecimiento de la mencionada misión, se trasladó a Quimiri para reunir los suministros necesarios, ocupando su lugar en Santa Cruz fray Francisco Gutiérrez.⁷⁶

Una vez terminado el camino al Cerro, Biedma con la ayuda de Robles y un donado, Andrés Pinto,⁷⁷ decidieron abrir otro hacia Comas, que era la base de suministros. En la primavera de 1674 comenzaron los trabajos y con la entusiasta cooperación de Tonte y sus indígenas avanzaron a un ritmo más acelerado. Puesto que el terreno era excesivamente accidentado la tarea resultaba muy ardua. Esta dificultad vino a complicarse aún más a medida que el camino se aproximaba a la sierra, porque los indios, acostumbrados al clima cálido y húmedo de la selva, sentían los efectos de la altitud y el frío, con un intenso sufrimiento. A menudo, cuando Biedma distribuía cigarrillos, los trabajadores no podían sostenerlos porque tenían las manos entorpecidas por el inclemente frío.⁷⁸ Pese a estas penalidades y sufrimientos, los indios perseveraron en

su tarea hasta que se alcanzaron las rutas de Andamarca y Comas.⁷⁹

Durante la construcción del camino a la sierra se presentó una segunda epidemia en la misión de Santa Cruz, formada entonces por unas 800 personas. Este episodio sólo duró aproximadamente un mes y medio, y atacaba a sus víctimas sin advertencia alguna, o como Biedma la describe "...acostándose buenos, sanos, gordos, sin achaque ni dolor alguno, a la media noche tan repentinamente les asaltaba la muerte".⁸⁰ La mortalidad registrada durante esta plaga era de unos tres adultos por día. Pero es curioso que en esta ocasión los indios no huyeran despavoridos, y después de que Biedma trasladó la misión desde la tierra baja a una colina cercana al río, donde la brisa fresca del atardecer mitigaba el calor, la enfermedad cesó casi repentinamente.

Después de este traslado, Biedma empezó los preparativos para fundar otras porque estaba convencido de que, gracias a los caminos del Cerro y de Comas, podría llevar suministros a un mayor número de neófitos. Durante el verano de 1674 el fraile visitó en siete ocasiones las tribus que habitaban en el este. En cada ocasión el misionero se adentró más en la selva, y siempre regresó acompañado de un nuevo grupo de 50 a 100 indígenas. Biedma instalaba a estos recién llegados cerca de su misión, tratando por todos los medios de que se sintieran a gusto, pues esperaba volver con ellos a sus propios territorios y que formaran un núcleo para una nueva misión.

El 2 de agosto de 1674 el fraile efectuó la última visita del año, durante la cual esperaba hacer los preparativos finales para la fundación de dos misiones a comienzos del año siguiente. Estos preparativos no podían aplazarse mucho más porque en setiembre comenzarían las lluvias y antes de esas fechas había que plantar los campos nuevos. Una de las misiones estaría situada entre los ríos Satipo y Perené y la segunda se fundaría en Cachegori para los Pangoas y los menearos. Los misioneros vieron con satisfacción que en ambos lugares ya estaban cultivando las tierras como ellos habían indicado.⁸¹

Satisfechos de que todo marchaba bien, Biedma y sus acompañantes prosiguieron hacia el este para visitar a otros aborígenes y ofrecerles los acostumbrados regalos, para ganarse su aceptación. Por último, Biedma alcanzó su meta, el río Ene,

a cuyos habitantes había prometido una visita. En ese lugar la grave enfermedad de uno de los guías indígenas obligó a los expedicionarios a acampar durante casi un mes en la confluencia del Ene y el Perené. Biedma estaba impaciente con la demora causada por este incidente que, en definitiva, fue una bendición, pues llegaron numerosas delegaciones del interior a visitar a los forasteros. Todos los grupos recibieron machetes, hachas, navajas, etc., y prometieron que al llegar a su territorio desbrozarían las tierras necesarias para iniciar los cultivos que requería una misión. Biedma quedó tan impresionado con los deseos de esos visitantes que envió a Ojeda a Lima para que informara a los superiores y les pidiera refuerzos inmediatos a fin de aprovechar esta favorable oportunidad.⁸² Pero antes de que Ojeda regresara de Lima e incluso primero que Biedma pudiera reincorporarse a su misión en Santa Cruz, llegó un mensajero con la orden de que volviera inmediatamente a Comas. El misionero, descorazonado por esta orden y los indios embargados de tristeza porque los dejaba, no podían comprender la razón de este cambio tan repentino. En Comas, Biedma se enteró de lo que había provocado la orden en el preciso momento en que parecía estar al umbral de un éxito extraordinario.

LA RESISTENCIA INDIGENA

Como ya se ha mencionado anteriormente, a fines de 1673 se encomendó a fray Izquierdo que fundara una misión situada entre el Cerro y Santa Cruz. En marzo de 1674 este fraile, junto con Robles, Andrés Pinto y algunos de los indios de Tonte empezó a buscar el mejor lugar para la nueva misión, y al mes siguiente decidió fundarla en un sitio denominado Pichana en el río Perené, a mitad de camino entre el Cerro y Santa Cruz. En junio de 1674 se construyó la iglesia y otros edificios al estilo del país, primitivos, pero suficientes para atender las necesidades del nuevo establecimiento.⁸³ Más adelante podrían hacerse mejoras.

No todos los indios de la zona recibieron con agrado el progreso misionero que representaba esta nueva misión y los preparativos de Biedma para sus nuevas fundaciones. Algunos de los que se oponían al avance de los frailes eran conserva-

dores y no se resignaban a que se abandonaran las antiguas costumbres, otros estaban atemorizados por las enfermedades que tan rápidamente se propagaban entre sus gentes y había algunos a quienes les fastidiaban las limitaciones impuestas a su libertad por el sistema misionero. Además para ciertos indios el establecimiento de la misión en Pichana fue una provocación, pues desde allí los padres estarían en situación de controlar el lucrativo comercio de la sal que hasta entonces había sido casi un monopolio de los campos. Cualquier restricción de ese comercio crearía así mismo un resentimiento en las tribus del interior, ya que para abastecerse de este artículo tan necesario dependían de los mercaderes campos. Todas estas razones fueron utilizadas por los curanderos con el fin de promover dificultades a los misioneros, si bien es evidente que muchos de los habitantes indígenas no se dejaron influir, al parecer, por los celos de estos frustrados rivales.⁸⁴

El descontento latente encontraría un instrumento en Mangore, uno de los líderes indígenas de la nueva misión de Pichana. Cuando los frailes llegaron a este lugar, Mangore ya había sido bautizado unos años antes en el asentamiento de Vitoc. Sin embargo, su conversión no parecía haber ejercido gran efecto sobre la moral privada del jefe a quien cuando llegaron los misioneros se le atribuían tres esposas.⁸⁵ La reputación de Mangore era bien conocida en la región e incluso los indios de Santa Cruz habían citado el caso a Biedma cuando éste luchaba por inculcar la moral cristiana. Indudablemente había que tomar alguna medida con respecto a Mangore.

A primeros de septiembre de 1674 Izquierdo habló al jefe en la casa del cura acerca de su conducta escandalosa y trató de persuadirlo de que se enmendara. Pero Mangore no toleró la amonestación y salió furioso de la casa. Siquinche, el cabecilla del Cerro, que dominaba a Mangore en cierto modo por causa del comercio de la sal,⁸⁶ incitó al humillado indio a que matara a los frailes para acabar con su intromisión. El 21 de setiembre de 1674 Mangore y algunos de sus secuaces entraron en el convento durante la noche con antorchas de hierba retorcida. El fraile y sus compañeros se despertaron con el ruido de los intrusos y al encontrarse con la enfurecida banda se arrodillaron humildemente para recibir los golpes.⁸⁷ El padre Izquierdo, el donado Andrés Pinto y un muchacho indio

de unos 12 años fueron asesinados. Sus cadáveres mutilados se arrojaron al río. Luego profanaron los artículos del culto de la iglesia y la destruyeron.⁸⁸

Envalentonados por esa fácil hazaña, Mangore y sus hombres salieron al día siguiente para Quimiri con el propósito de matar también a los frailes que allí residían. El 24 de septiembre, dos frailes que estaban descansando debajo de un árbol a la orilla del río saludaron a la balsa de Mangore. Eran fray Francisco Carrión y fray Francisco Cepeda a quienes Robledo había enviado para que ayudaran a Izquierdo. Habían salido al día siguiente de la matanza, y como ignoraban lo que había ocurrido en Pichana suponían que Mangore era un amigo. Cuando el cabecilla se acercó a la orilla, los frailes lo recibieron con los brazos abiertos. Ambos recibieron disparos mortales en el pecho y sus cadáveres se desplomaron al río.⁸⁹ Mangore, asesino por segunda vez, continuó el viaje a Quimiri para llevar a cabo su funesto plan.

El 26 de septiembre, hacia las cuatro de la tarde, los conspiradores llegaron a su destino. Mangore ordenó a algunos de sus hombres que permanecieran escondidos en las balsas mientras él con otros tres se iban a inspeccionar el pueblo. Su llegada no causó sorpresa alguna, y en cuanto Robles se enteró, salió a saludar al cabecilla. Después de una breve y grata conversación, Robles se retiró porque se acercaba la hora de oración de los frailes. De esta manera Mangore quedó en libertad para perfeccionar sus planes.

El cacique esperaba encontrar en la aldea algunos de los hombres, particularmente su cuñado Tomás. Pero todos estaban de cacería y sólo quedaban las mujeres y los niños. Para hacer tiempo, Mangore fue a visitar a su hermana y envió un mensajero a buscar a su marido. Mientras esperaba, empezó a jactarse de sus hazañas y a despotricar contra la gente de Quimiri por no haber matado a sus frailes. Al oír todo eso las mujeres, encabezadas por la propia hermana de Mangore, echaron mano de palos, piedras y cualquier arma a su alcance y se lanzaron sobre los desprevenidos asesinos. A Mangore su propia hermana le partió la cabeza.⁹⁰ Mientras tanto llegaba Tomás con unos cuantos hombres que asestaron unos golpes más a los acompañantes cuando vieron que se habían cambiado los papeles. Los gritos de las mujeres hicieron que Robles y

fray José de la Concepción se olvidaran de sus oraciones, saliendo apresuradamente de la capilla para averiguar lo que ocurría. Al enterarse de la causa de tal alboroto fray José corrió en busca de su fusil y disparó al aire para espantar a los que se habían quedado en las balsas, al mismo tiempo que Robles imponía el estado de defensa en el pueblo y enviaba un mensajero a la hacienda vecina de los dominicos para pedirles ayuda. Esa misma noche el padre Juan de Pereira llevó a todos los trabajadores de la finca a Quimiri⁹¹ y a los pocos días llegaba una fuerza de unos 30 españoles de Tarma para pacificar a los indios.⁹²

Una vez pasado el peligro en Quimiri, Robles empezó a preocuparse por la suerte que podía correr Biedma. Temía que se hubieran sublevado todos los indios del interior y que Biedma hubiera caído en una trampa en una de sus exploraciones en la selva. En consecuencia envió al mensajero, que había conocido a Biedma durante su último viaje al río Ene, con la orden de que se trasladara inmediatamente a Comas y permaneciera allí en espera de instrucciones.

BIEDMA OBLIGADO A RETIRARSE

Biedma y algunos de sus compañeros se quedaron casi un año en Comas, impacientes por la demora forzosa, si bien de vez en cuando recibieron la visita de algunos indios de la misión. Por último en el verano de 1675 llegó la autorización para regresar. Biedma se quedó asombrado al ver los cambios ocurridos entre una gran parte de sus gentes. En su mayoría habían abandonado la misión, permaneciendo sólo un centenar, entre ellos el leal Tonte. Los demás habían vuelto a su lugar de origen y se negaban a dejarlo "para no perder de nuevo la libertad que habían recuperado".⁹³ La actitud de curiosidad amistosa se había trocado en odio silencioso, de tal suerte que Biedma se dio cuenta de que debía renunciar a su deseo de sondear los secretos de la selva y localizar los populosos asentamientos de indios que él creía encontrar allí. En vista de que sólo quedaban unos cuantos indígenas en la misión, Biedma regresó a Comas y pidió que esta misión se confiara a otros frailes, a fin de quedarse en libertad para la tarea de buscar otras rutas que lo llevaran a los grandes po-

blados de la selva sin pasar por la zona hostil. Concedida esta petición, se asignaron dos frailes a Santa Cruz, pero abandonaron el puesto en 1676 por razones desconocidas, pero fáciles de suponer.⁹⁴ Así terminó temporalmente la llamada misión de los Campas de Jauja, pese a que unos cuantos indios seguían compareciendo varias veces al año en Comas y Andamarca para pedir la asistencia de un sacerdote y recibir los sacramentos.

Las misiones de Quimiri y el Cerro dejaron de existir, aproximadamente en la misma época que la de Jauja, de esta manera. Cuando Manuel Suárez de Andrade era corregidor de Tarma, en los primeros años del decenio de 1670 había nombrado al mestizo Juan de Villanueva como su lugarteniente en los pueblos de la frontera del valle de Vitoc. Asimismo Andrade prestó a su lugarteniente unos 2.000 pesos, quien al ver que no podía liquidar la deuda se fue a la misión de Quimiri. Al terminar su mandato, Manuel Suárez de Andrade quedó debiendo dinero a su sucesor, Bernardo de Monleón. Era una curiosa cadena de compromiso económico con los dos españoles cuya solución dependía del mestizo. Villanueva esperaba y prometía que pronto saldaría la deuda no solo de capital sino también de intereses, pues acababa de descubrir una abundante fuente de coca en la montaña. Desafortunadamente, alrededor de esas mismas fechas, los indios de la misión se quejaron ante Robles de la presencia de Villanueva y pidieron que fuera expulsado, ya que no trabajaba y vivía a expensas de sus gentes. Puesto que la queja de los indios estaba justificada, Robles la trasmitió, con su recomendación personal, al corregidor pertinente, que era Bernardo de Monleón. Las circunstancias eran muy desagradables, pues, con toda seguridad, si Monleón, en su condición de corregidor, expulsaba a Villanueva nunca podría, como acreedor, cobrar la cantidad adeudada. Por eso pensó que no había más remedio que Villanueva se quedara en Quimiri y que, en caso necesario, los frailes se tendrían que ir.

Monleón sugirió al padre Ignacio Gutiérrez, sacerdote diocesano, cura de Huancabamba, que incorporara Quimiri y el Cerro a su parroquia. Gutiérrez estaba dispuesto a aceptar la sugerencia, pues el salario como párroco se calculaba, en parte, a base del número de feligreses. Así, pues, presentó

una petición al virrey, el conde de Castellar, para que los dos pueblos de misión se incorporaran a su parroquia, alegando que muchos de los indios de esos pueblos habían residido anteriormente en Pucará, Sivis, Collar y otros asentamientos, todos los cuales se encontraban dentro de los límites parroquiales de Huancabamba.⁹⁵ El virrey, con arreglo al procedimiento acostumbrado, sometió el asunto a la consideración del corregidor local, que era el propio Monleón, quien, como era de esperar, confirmó las razones aducidas por el cura de Huancabamba.⁹⁶ En consecuencia, el virrey y el arzobispo promulgaron el respectivo decreto transfiriendo de los frailes al cura de Huancabamba la labor pastoral para los indios de Quimiri y el Cerro. De nada valieron las protestas de Robles, quien se vio obligado a ceder durante 1676.⁹⁷ Disgustado por todo lo ocurrido, pidió regresar a España.

Este traspaso de los indígenas de la región de Quimiri al cura de Huancabamba, fue un duro golpe para las actividades misioneras de los franciscanos, pues mientras estos indios permanecieron bajo la jurisdicción de Huancabamba, los frailes se verían privados de utilizar esta excelente entrada del Perú central a la selva. A pesar del fallecimiento de tres frailes, un donado español y varios indios cristianos, los franciscanos se veían obligados a abandonar la entrada de Tarma y volver a la ruta mucho más difícil desde las doctrinas de Jauja. Y fue precisamente Biedma quien reanudaría el avance con esa dificultad.

Después de regresar a Santa Cruz en 1675, Biedma se dio cuenta de que la actitud hostil de la población de la zona le impediría llevar a cabo los planes de penetración misionera en el interior de la selva. Por eso había pedido que se le dejara libertad para dedicarse a la búsqueda de otras rutas que llevaran al territorio del interior más densamente poblado. En su juventud, Biedma había trabajado en el curso medio del río Ucayali, donde le hablaron del fabuloso rey de Enim, supuesto descendiente del último Inca quien había huido antes de la conquista de los españoles y organizado un nuevo reino en el corazón de la selva. Biedma ambicionaba llegar hasta ese reino y convertir a sus habitantes que suponía muy numerosos. Al principio, cuando los esclavos campos de los callisecas le contaron que el pueblo de su nación ocupaba una

gran extensión de terreno, pensó que podría tratarse de los habitantes de Enim.⁹⁸ Sin embargo, las experiencias en Santa Cruz y la información reunida en sus numerosas excursiones al interior le habían convencido de que la ceja andina no podrá ser el lugar de Enim,⁹⁹ sino que debía hallarse más hacia el interior. En su último viaje, en agosto de 1674,¹⁰⁰ cerca del río Ene había conocido a algunos indígenas que, según ellos, conocían el lugar y le prometieron llevarlo. Cuando Biedma creía estar casi al alcance de su meta, la traición de Mangore le había obligado a retirarse y a cancelar sus exploraciones desde Santa Cruz.

Pero estaba decidido a llegar a ese reino por alguna otra vía. Durante varios años, con el permiso de sus superiores, arriesgó la vida para descubrirla, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Ninguna de las nuevas rutas que intentó seguir ofrecía las buenas perspectivas de la que partía de Santa Cruz.¹⁰¹ Forzosamente Biedma tenía que volver a pensar en esa misión, donde algunas de sus gentes, en especial Tonte, habían continuado yendo a la sierra a solicitar sacerdotes y en fechas recientes habían asegurado a los frailes que su regreso sería muy bien recibido. Por eso Comas, pese a sus dificultades, parecía en definitiva el mejor lugar desde donde emprender la búsqueda de Enim.

En 1680 Manuel Biedma fue nombrado por sus superiores doctrinero de Comas, con instrucciones concretas de atender también a la población de la selva contigua. El puesto oficial de doctrinero ofrecía ciertas ventajas al fraile en esta labor, pues le permitiría recurrir a la ayuda de sus feligreses para la construcción de caminos y otras tareas. Al mismo tiempo, por dispensa especial, el sueldo¹⁰² que se le acumulaba como párroco se depositaba a su favor en Lima para que pudiera retirar fondos destinados a la compra de herramientas y otros suministros.

Poco después de tomar posesión de la parroquia de Comas, Biedma visitó a sus fieles amigos e inspeccionó los senderos de la selva que le habían sido tan familiares. Al regresar de esa excursión, el misionero volvió a emprender el plan de construir un buen camino desde Comas a la tierra de las misiones. Sus superiores apoyaron el plan, pero insistieron en que no utilizara para esta tarea a los indios de la montaña

para no perder su buena disposición. Uno de los amigos del fraile, Francisco de la Fuente, rico terrateniente de las inmediaciones, donó el dinero necesario, lo que permitió a Biedma contratar voluntarios de Comas y Andamarca con el salario normal. La construcción del camino empezó a fines de 1680 y quedó terminada en el verano del año siguiente.¹⁰³

EL AVANCE DESDE COMAS

Antes de terminar el camino, Biedma volvió una vez más a la selva en busca de indicios de la tierra que buscaba. A fines de 1681 habló con indígenas del Ucayali, quienes le prometieron facilitarles instrucciones más precisas para llegar a la tierra fabulosa.¹⁰⁴ Para esa época, los indígenas de la ceja andina habían pasado a segundo plano en los proyectos del misionero, pues en lo sucesivo ellos solo serían útiles porque para las misiones sus tierras servirían de base para la reunión de pertrechos, desde donde partirían las expediciones al Ucayali y Enim. Hasta la fecha de su encuentro con los indios del Ucayali, Biedma no había vuelto a establecer ninguna misión, aunque atendió a los indígenas cristianos que encontraba en sus viajes.¹⁰⁵ En 1682, después de aquel encuentro, proyectó tres misiones principales. La primera estaría situada cerca de la antigua misión de Santa Cruz, la segunda a una distancia aproximada de dos días de viaje hacia el este y la tercera en las proximidades de la confluencia del Perené y el Ene, a fin de que sirviera de puerto de embarque. De esta manera tendría garantizada una entrada en el interior. Un camino de mulas a partir de Andamarca comunicaría las tres misiones. La primera, San Buenaventura de Sonomoro, se comenzó en 1683¹⁰⁶ cerca del antiguo lugar de Santa Cruz, y la segunda, San José de Chavini,¹⁰⁷ se fundó en 1684.

Este mismo año, el fraile presentó un informe de los progresos realizados y de sus planes a las autoridades civiles y eclesiásticas de Lima.¹⁰⁸ El virrey ordenó al corregidor de Jauja, Francisco Delso y Arbizu, que diera toda clase de ayuda al fraile, lo que el corregidor estaba muy dispuesto a hacer, pues si el proyecto llegaba a buen término su provincia adquiriría nueva importancia, como centro de comercio con la selva, de modo que si las cosas salían bien, el propio corregidor

pasaría a la historia como el hombre que, con su cooperación había hecho posible el descubrimiento de la tierra de Enim. En el verano de 1685, se abrió un camino desde Chavini hasta un punto situado a unas tres leguas por encima de la confluencia del Perené y el Ene, denominado San Luis de Perené, lugar que anteriormente había seleccionado Biedma para su tercera misión.¹⁰⁹ El franciscano había alcanzado su primera meta. Ahora esperaba comenzar su verdadera tarea.

Originariamente se había proyectado que todos los españoles,¹¹⁰ incluido el corregidor de Jauja, que hubieran trabajado en la construcción del camino, emprenderían el regreso en cuanto llegaran a San Luis. Sin embargo, una vez allí, resultó que el trabajo de construir las balsas para un grupo tan numeroso y de reunir los suministros requerían tanto tiempo que se corría el riesgo de que comenzaran las lluvias y todo quedara paralizado. De ahí que se decidiera enviar por delante ese año a un pequeño grupo compuesto de exploradores veteranos. Se eligió a fray Juan de Navarrete, porque vestía el hábito, a Pedro Laureano, porque conocía muchas lenguas indias, y a Juan Alvarez, porque había acompañado a los frailes desde 1673 en sus exploraciones de la selva.¹¹¹ Zarparon río abajo el 15 de septiembre de 1685 con órdenes de volver a San Luis en el plazo de 30 días, donde les esperaba el resto del grupo.

Los exploradores bajaron por el Perené, luego por el Tambo y continuaron hacia lo que los indios llamaban el Apo Paro (el río grande), hoy el Ucayali. Poco después de entrar en el Ucayali se encontraron con una avanzadilla de indios cunibos que les dieron una cordial acogida.¹¹² Escoltados por estos indios, los españoles siguieron aguas abajo hasta la aldea de los cunibos, en donde desembarcaron el 29 de septiembre de 1685. La aldea tenía una población de 1,500 a 1,800 habitantes y unas 40 casas grandes.¹¹³ Era extraordinariamente grande por lo que los viajeros debieron de pensar que tal vez habían llegado a los límites de la tierra de Enim.

SAN MIGUEL DE LOS CUNIBOS

Los jefes de la aldea recibieron gentilmente a los viajeros y aceptaron jubilosos las hachas, machetes, navajas, agujas,

etc., que les ofrecieron. Puesto que no había señal alguna de que otros españoles hubieran llegado al lugar, los visitantes, con la entusiasta aprobación del pueblo, tomaron posesión de la zona en nombre del rey y alzaron una gran cruz de madera para simbolizar el acto. Los exploradores no podían quedarse mucho tiempo ya que su grupo les esperaba en el término de 30 días. No obstante, explicaron a los cunibos que el próximo año les visitaría un grupo mucho mayor, con numerosos sacerdotes y regalos en forma de instrumentos de hierro. Antes de una semana los españoles se disponían a salir. Los cunibos, para no ser menos, organizaron un grupo que transportaría a sus huéspedes en canoas ligeras de regreso a San Luis. El convoy salió de San Miguel el 4 de octubre y llegó a San Luis el 13 del mismo mes. Es fácil de imaginar el júbilo con que Biedma y sus compañeros recibieron a los expedicionarios. ¿Era esa populosa aldea el comienzo del reino de Enim? Los tres viajeros fueron trasladados apresuradamente a Lima para que informaran personalmente al virrey y a los superiores religiosos.¹¹⁴ El informe por escrito que preparó Biedma llegó un poco más tarde.

EL PLAN DE ORGANIZACION DE BIEDMA

Biedma aprovechó el interés mostrado por las autoridades¹¹⁵ para impulsar no sólo otro avance en el Ucayali, sino también un plan bien integrado de desarrollo para las misiones de la zona de Tarma - Jauja. Sugirió que se intentara de nuevo entrar por Tarma; aunque primero había que dar posesión de Huancabamba a los frailes. Así mismo indicó que, para que las misiones prosperaran, había que conseguir de algún modo darles estabilidad y protección a los misioneros. Con ese fin recomendó que las misiones se planearan de forma que pudieran prestarse auxilio mutuo, sin pérdida de tiempo, en caso de dificultades, que cada misionero llevara un arma y supiera emplearla y que en todas las misiones se montara una guardia suficiente de soldados o, de preferencia, que se adjudicara el territorio de la misión a un encomendero, quien se encargaría de conservar abiertos los caminos y de mantener la paz entre los indígenas, incluidos los de la misión. Por último, que el encomendero, o el oficial real, en el caso

de que el nombramiento se rechazara, debería administrar los depósitos de sal del Cerro, parte en beneficio propio, como medio de dominar a los indígenas. Con arreglo al sistema recomendado por el fraile, los indios que vinieran del interior a buscar sal al Cerro deberían abonar una pequeña cantidad en especie al encomendero, y entregarle una carta de un misionero que atestiguara su buena conducta y su asistencia con regularidad a la misión. Este sistema no sólo serviría de salvaguardia a los frailes que trabajaban con los indios de la encomienda, sino también de cierta protección a los que prestaban servicio en las tribus recién descubiertas del Ucayali. Sin dejar de reconocer el heroísmo de los frailes que habían dado su vida en cumplimiento del deber, Biedma consideraba que estas muertes constituían también una pérdida. Así en una ocasión se expresaba en los siguientes términos: "...si estas consiguen la gloria de derramar su sangre por la extensión y exaltación de nuestra santa fe, se pierden infinidad de almas que pudieran merecer alabar eternamente a su Creador".¹¹⁶ Cada mártir representa un trabajador menos. Como quiera que fuera, sus planes eran tan arrolladores que no cabía esperar que se ejecutaran en unos pocos meses, pero sirvieron de guía para una gran parte de la futura actividad misionera de los frailes en el Perú central.

Mientras tanto, proseguían los preparativos del viaje prometido a los cunibos en 1686. El comisario general, fray Félix de Como, hizo un llamamiento para conseguir voluntarios, al que respondieron ocho frailes. Se pidió al gobierno que proporcionara fondos para pertrechar la expedición.¹¹⁷ Después de prolongadas negociaciones las autoridades facilitaron una fuerza de 12 soldados con un oficial y 3,000 pesos para construir un fuerte en la aldea de los cunibos.¹¹⁸ Cuando se demostró que la cantidad era insuficiente, la audiencia entregó de mala gana otros 1,000 pesos.¹¹⁹ Los frailes hicieron todo lo posible para prepararse, sin causar una nueva carga al gobierno. Biedma trabajaba intensamente en la frontera con los serranos, desbrozando los caminos y construyendo puentes sobre las corrientes. Se sacrificaron 20 bovinos de los hatos de la misión para preparar cecina, y, además, se pusieron a secar al sol numerosos quesos. En preparación para el día de partida, se

almacenaron en Andamarca herramientas de hierro, picos, hachas, machetes, azadas, palancas, palas, brújulas y arados.¹²⁰

EL RETORNO A LA ALDEA DE LOS CUNIBOS

La expedición,¹²¹ encabezada por el capitán Juan de Huerta y fray Francisco de Huerta,¹²² partió de Andamarca el 13 de julio de 1686 y llegó a San Luis de Perené el 19 de agosto, en donde se vio que no eran suficientes los hombres del grupo que sabían manejar las balsas, para que toda la expedición viajara al mismo tiempo. En consecuencia, se acordó dividirla en dos partes: una que saldría primero con el equipaje y otra que emprendería el viaje al cabo de 30 días. El primer contingente salió el 25 de agosto, y el 29 del mismo mes ya había entrado en el Ucayali; poco después fueron al encuentro de los viajeros 35 cunibos que los escoltaron hasta la aldea. Durante el viaje, los españoles se detenían cuando encontraban agrupamientos de chozas y trataban de entablar relaciones amistosas con los indígenas, en general, por mediación de Biedma.¹²³ El 4 de septiembre de 1686 llegó a San Miguel, la gran aldea de los cunibos, la primera parte de la expedición que fue recibida en medio del estrépito de los cuernos indígenas y de los mosquetes españoles.

La alegría y la sensación de alivio experimentada por los viajeros al llegar sanos y salvos, pronto se trocó en perplejidad y extrañeza cuando se dieron cuenta de que se había construido una gran iglesia en el tiempo transcurrido desde la primera visita el año anterior. El misterio se aclaró en seguida al observar la presencia de un catequista omagua en el pueblo y las pinturas de santos jesuitas en el altar. En efecto, los asombrados frailes y soldados, ante estos acontecimientos inesperados, se enteraron de que desde la visita de los franciscanos habían estado en el pueblo religiosos jesuitas de las misiones de maynas, en la desembocadura del Ucayali.¹²⁴ Los cunibos, por su parte, dieron una cordial acogida a los frailes y les pusieron una casa grande a su disposición. El grupo de Lima decidió quedarse por un breve tiempo en espera de los acontecimientos.

LLEGADA DE LOS JESUITAS A SAN MIGUEL

La llegada de los jesuitas ¿fue una curiosa coincidencia? Los cunibos tenían la costumbre de viajar todos los años a Laguna, una de las principales misiones de la Compañía de Jesús, cerca de la desembocadura del Ucayali, para baratar los cautivos y otro botín —producto de sus frecuentes incursiones en territorios vecinos— por sal y otros víveres. A fines de 1685 un grupo de cunibos que había ido a Laguna a traficar sus mercancías mencionó la visita de los tres franciscanos. La noticia desagradó a los misioneros de Laguna, pues los jesuitas habían proyectado ocupar por cierto tiempo el territorio cunibo, a fin de facilitar la conexión de las misiones maynas con los mojos y chiquitos. La falta de hombres no les permitió llevar a cabo el plan. Ahora bien, no hay indicación alguna de que los jesuitas hubieran visitado a los cunibos antes del viaje de los frailes en 1685. En las fechas de la visita de los cunibos a Laguna, o poco después, se incorporó a Laguna un joven y entusiasta jesuita, Heinrich Richter, para comenzar su carrera de misionero.¹²⁵ Era el hombre que se necesitaba para realizar el plan original de los jesuitas. En consecuencia, en enero de 1686 este joven jesuita, carente de toda experiencia misionera, zarpó aguas arriba del Ucayali hacia la aldea de los cunibos, acompañado de otro joven escolástico de Lima, Francisco Herrera, y dos intérpretes omaguas.

Richter y sus compañeros se presentaron en San Miguel hacia la mitad de la cuaresma de 1686 e inmediatamente se dispusieron a construir la iglesia. Con la ayuda de los dos intérpretes bautizaron a unos 50 cunibos, muchos de ellos adultos. Sin embargo, en su apresurada salida de Laguna, Richter no advirtió la necesidad de llevar herramientas como regalo para ganarse a los indios. Todo lo que había traído eran unas cuantas aves de corral. Aunque los indios agradecieron el regalo, consideraban más valiosos los de los frailes.¹²⁶ El jesuita se encontró con que no podía competir con los frailes, quienes no solo habían llevado herramientas sino que habían prometido otras más para el año próximo. Este descuido por parte del inexperto Richter le valió, oportunamente, el resentimiento de los indios. Por consiguiente no le quedaba más opción que conseguir herramientas o sufrir una pérdida total de influen-

cia sobre esos indígenas. Ante esta situación, Richter se dirigió hacia Laguna en julio de 1686 para buscar los regalos, dejando la aldea al cuidado espiritual del escolástico y los dos catequistas omaguas.

LOS FRANCISCANOS COMIENZAN SU LABOR

Se desconocen las instrucciones que Richter dio al escolástico antes de partir, pero debió de encomendarle que permaneciera en San Miguel, a fin de conservar las ventajas de la posesión real por los jesuitas. Pero Francisco Herrera no procedió así, a los pocos días de salir Richter hacia el norte, emprendió viaje por el sur, en la esperanza de llegar a Lima por la ruta que siguieron los frailes el año anterior; el 19 de julio de 1686, el escolástico y uno de los omaguas fueron asesinados por los piros en el río Tambo. El otro omagua, Bernardo, y los remeros cunibos, aunque recibieron heridas, lograron huir y regresaron a San Miguel.¹²⁷

Esta era la situación en el momento en que los frailes llegaban al territorio cunibo, el 4 de septiembre de 1686; tomaron nuevamente posesión del mismo en nombre del rey.¹²⁸ Los franciscanos entregaron hachas a cada uno de los principales indios y regalos, no tan importantes, a otros habitantes. En seguida organizaron clases por la mañana y por la tarde para instruir a los aspirantes a la fe católica. A pesar de que todo parecía seguir satisfactoriamente su curso normal, la posibilidad de que retornara Richter era motivo de constante inquietud por parte de los frailes. Temían que la presencia del jesuita ocasionara ciertas discrepancias que escandalizarían a los indios, aparte del posible riesgo de darles la impresión de que la enseñanza religiosa de los frailes difería de la ofrecida por los jesuitas. Esta preocupación se intensificó cuando, el 12 de septiembre, los cunibos que habían acompañado a Richter a Laguna volvieron con la noticia de que el jesuita pronto se reincorporaría a la aldea con un grupo más numeroso.

La noticia obligaba a los franciscanos a tomar medidas, y, en un consejo común se acordó enviar un emisario a Lima para que informara. Se decidió por unanimidad que fray Francisco de Huerta se trasladara a Lima y que fray Manuel de Biedma le sucediera como dirigente espiritual. El 22 de septiembre

Huerta salía para la capital virreinal, escoltado por 66 cunibos en 22 canoas. En el grupo iban dos muchachos cunibos que tenían el deseo de conocer al virrey.¹²⁹

Biedma y sus compañeros deseaban permanecer el mayor tiempo posible en San Miguel, en la esperanza de que Richter no regresara. Además, si los frailes abandonaban el lugar antes del retorno del jesuita, se exponían a que las autoridades de Lima, que habían contribuido a equipar la expedición a un costo considerable, los censuraran. A las pocas semanas de la salida de Huerta, el 8 de octubre, los mensajeros que habían llevado a Laguna la noticia de la muerte del escolástico jesuita volvieron a su aldea y dieron cuenta de que Richter iba a regresar con un gran contingente de soldados al mando del capitán Nicolás Sánchez para castigar a los piro. Los cunibos recibieron órdenes de prepararse para la llegada de estos hombres construyendo dos casas grandes y reuniendo víveres. A medida que los indios se dedicaban con más afán a cumplir esas órdenes presentaban menos atención a los frailes que, con la llegada del segundo contingente de los hombres que se habían quedado en San Luis, el 29 de septiembre, eran ya un grupo más nutrido. Evidentemente a los cunibos no les gustaba la idea de continuar alimentando a sus huéspedes mientras iban almacenando víveres para Richter y sus acompañantes que en breve debían llegar. Biedma temía también los resultados de un encuentro entre los soldados de Lima y los de Quito.

LOS FRANCISCANOS ABANDONAN EL TERRITORIO DE LOS CUNIBOS

El problema que se planteaba fue discutido en varias ocasiones en consejo abierto. Al principio parecía que la mayoría se inclinaba en favor de que Biedma y un compañero se quedaran en San Miguel, esperando a que llegara Richter. Luego se consideró que este encuentro con el jesuita de poco serviría, ya que la cuestión de jurisdicción no podía resolverse en San Miguel sino únicamente en Quito y Lima, respectivamente. La buena estación que permitía viajar estaba llegando a término, así que era preciso tomar de inmediato la decisión final. Los suministros disponibles no bastarían para todo el

grupo, y no podían esperarse otros antes del mes de agosto de 1687. Por fin, el 20 de octubre de 1686 se acordó la salida inmediata, decisión que se cumplió el 22 del mismo mes.¹³⁰ Los franciscanos, en medio de cordiales despedidas, partieron hacia San Luis escoltados por 180 indios al mando de Felipe Cayambay, uno de los jefes que había sido instruido y bautizado por Biedma.¹³¹

Poco días después llegaron al territorio del cacique Quebruno, quien los había acogido en su viaje a San Miguel en septiembre anterior. El cacique había pedido a los frailes que fundaran una misión para sus gentes, petición que fue aceptada a condición de que el cacique cultivara las tierras necesarias para sostener al gran número de personas que se reunirían en un pueblo. Puesto que se cumplió ese requisito, se fundó la misión de San José a una distancia de unos cuatro días de viaje más arriba de San Miguel. Fray Antonio Vital se ofreció a permanecer como misionero, y uno de los soldados, Juan Joseph de los Ríos, pidió quedarse con él.¹³² El resto del grupo continuó navegando aguas arriba hasta un lugar del Tambo que Bernardo, el omagua superviviente que iba con el grupo para este propósito, identificó como el sitio del asesinato del escolástico jesuita. Todos los expedicionarios desembarcaron para castigar a los piro que habían cometido el crimen. Los cunibos y los españoles lanzaron un ataque común contra el fuerte piro, cuyas paredes eran de chonta de un grosor de vara y media.¹³³ Se dio muerte a ocho piro y se capturó a una mujer y un niño. En el otro bando murió un cunibo y otros seis, dos españoles resultaron heridos. Bernardo identificó entre los piro muertos al asesino del escolástico. A continuación el viaje trascurrió sin novedad, el 24 de noviembre el convoy llegó a San Luis. En ese lugar Biedma entregó a Felipe Cayambay media fanega de semilla de trigo¹³⁴ y le prometió una visita para el año siguiente. El jefe, a su vez, le regaló una de sus canoas para que pudiera viajar rápidamente y sin riesgos, y de esta manera acelerar el viaje prometido.

Pese a la intrusión inesperada de los jesuitas en San Miguel, Biedma y los demás frailes consideraron que la expedición había sido fructífera, si bien se vieron privados, por lo menos temporalmente, de la posesión de la gran aldea de los cunibos. Habían viajado por el gran río, entablado relaciones

amistosas con muchas tribuas indias y establecido la misión de San José. A su juicio, si se podía dominar el Ucayali, las tribus de la región comprendida entre el río y los Andes acabaría sometién dose. Con la posesión de San Miguel se habían acercado a esa meta, y aunque un poco desalentados, los misioneros no se cruzaron de brazos mientras las autoridades reales resolvían la disputa.¹³⁵ Biedma y sus compañeros estaban deseosos de organizar su trabajo y regresar al Ucayali el año próximo.

LOS FRANCISCANOS PROYECTAN EL RETORNO

Casi inmediatamente a su regreso, los frailes empezaron a reunir fondos y suministros para el proyectado viaje de 1687. Por añadidura, se formuló un plan de organización de la frontera, de manera que constituyera una mejor base de operaciones para las excursiones al interior. Fray Félix de Como, en aquellas fechas comisario general de Perú, jugó un papel principal en la elaboración de este plan, y en este respecto permaneció durante un mes en la provincia de Jauja entrevistando a los misioneros que acababan de regresar. Siguiendo los consejos de estos frailes, propuso que aquella parte de la frontera en la que ya estaba en marcha la obra misionera quedara fuera de la jurisdicción de los corregidores y pasara a depender de un oficial especial, que sería propuesto por los misioneros pero nombrado por el virrey. Los habitantes de esta zona estarían exentos del tributo real y de la mita, pero tendrían la obligación de trabajar durante cierto número de días al año para mantener en buen estado los caminos y, en situaciones de urgencia, de prestar servicio en la milicia. Así mismo, propuso que la dirección de la labor de la misión se confiara a un fraile que se llamaría custodio, cuya situación sería casi independiente, de manera semejante a la de un provincial, y solo dependiente del comisario general. El propio fray Como hubiera visto con agrado su nombramiento para este cargo.¹³⁶

La reorganización de la frontera no era más que una parte de los planes de Como para 1687. Proyectaba también un avance simultáneo de dos cadenas de misiones, una que empezaría en San Buenaventura y otra en Quimiri. Las dos cadenas se unirían en San Luis, donde se construiría un verdadero puerto,

se montaría una fundidora y forja para elaborar el hierro bruto de las inmediaciones y fabricar herramientas tan apreciadas por todas las tribus del interior. Biedma tendría a su cargo las misiones de San Buenaventura, y, provisionalmente, fray Rodrigo Basabil fue designado para hacer los preparativos preliminares de la reapertura de las misiones de Quimiri.

Puestó que Biedma tenía que llevar suministros a la misión de San José, fue el primero que empezó a trabajar en el proyecto que se le había confiado.¹³⁷ El 20 de marzo de 1687 partió de Comas para dedicarse a las tareas anuales de desbrozar el camino a San Luis y reparar o reconstruir los puentes dañados o destruidos por las inundaciones invernales. En el curso de estas actividades Biedma se vio asediado por una serie de dificultades. Los curanderos indios empezaban de nuevo a soliviantar a los indígenas, el corregidor de Jauja se oponía a la labor de los misioneros, posiblemente debido a la sugerencia de Como en el sentido de que la montaña quedara fuera de su jurisdicción, y, por último, la salud de Biedma estaba muy quebrantada, tal vez por alguna forma de paludismo, hasta el punto que su estado de debilidad a veces no le permitía siquiera sostener una pluma.¹³⁸ Pero, a pesar de todo, los trabajos prosiguieron; en diez días se construyó un puente de 61 varas de longitud sobre el Mazamarique,¹³⁹ el camino había sido limpiado de maleza hasta más allá de Chavini, cuando en abril de 1687 el cacique de esa misión planeó una emboscada para matar a los misioneros. El complot, descubierto a tiempo, quedó frustrado, pero numerosos indios de la misión huyeron ante el temor de las amenazas por parte de los descontentos. Sin embargo, Diego Tonte y sus hijos continuaron siendo leales; el fraile, acompañado de una buena guardia de soldados, se daba cuenta de su peligrosa situación entre los indígenas, quienes se mostraban cada vez más contrariados, pero se negó a retirarse; por el contrario, pidió que le enviaran algunos indios panataguas para que le sirvieran de guardia, pues además de leales eran buenos tiradores.¹⁴⁰ Terminada la tarea, en julio de 1687, el grupo¹⁴¹ se encontraba de nuevo en San Luis listo para zarpar hacia San José; ese mismo mes salieron en la canoa que el jefe cunibo, Cayambay, había regalado a Biedma el otoño pasado. A los ocho días de la partida, el grupo entero cayó en una emboscada que les habían

tendido los piros y los simirinchés, y nadie salió con vida.¹⁴² Los indios que navegaban por los ríos del interior para recoger sal en el Cerro llevaron la noticia de la tragedia a los frailes cerca de Tarma, a las pocas semanas de haber ocurrido. Fue un duro golpe para la moral de los misioneros y todavía más para las perspectivas de éxito de los proyectos misioneros de Como. En efecto, los franciscanos del Perú habían perdido, de una vez, a la mayoría de los hombres que prestaban servicio entre los campas y los cunibos. Eran muy pocos los que hablaban la lengua de los campas y, con la posible excepción de Vital, quizás ninguno conocía la de los cunibos.

TENTATIVAS PARA ORGANIZAR UNA VERDADERA MISION, 1688-1708

La muerte de Biedma y sus compañeros, todos ellos expertos lingüistas y misioneros, afectó tan seriamente a los frailes del Perú que en el período de 1688-1708 se experimentó muy poco progreso. Hay que advertir que ello no fue por falta de interés en las misiones, pues, a pesar de lo poco que se logró en el Perú central, durante esos decenios, fue una época de estudio y experimentación, durante la cual por primera vez los franciscanos del Perú demostraron un conocimiento de las necesidades especiales del sistema misionero, distinto del de la encomienda-doctrina. Así mismo, y, aparentemente, también por primera vez se tomaron medidas concretas para satisfacer esa necesidad y adaptar la forma de vida franciscana del Perú, en beneficio de la obra misionera. Por eso es un período de importancia desproporcionada a los resultados efectivos alcanzados.

De conformidad con lo que se había planeado, en el período anterior, el arzobispo Liñán y Cisneros adjudicó en junio de 1689¹⁴³ la doctrina de Huancabamba a los franciscanos, y fray Félix de Como envió a fray Blas de Valera y fray Francisco Falcón a que la ocuparan, poco después de haber sido entregada. Antes de que Como pudiera aprovechar la oportunidad que se ofrecía a los frailes, por la decisión del arzobispo, fue retirado de su puesto. El 22 de marzo de 1690 fray Basilio Pons¹⁴⁴ tomó posesión del cargo de comisario general de Perú. Basilio Pons había sido enviado a Perú precisamente para co-

laborar en la reorganización de las misiones franciscanas de los territorios españoles de Suramérica. Poco después de empezar a ejercer sus funciones convocó a una reunión en Lima, a los frailes que habían prestado servicio en Jauja y Tarma, con el objeto de examinar los motivos de los fracasos anteriores en esas zonas. La reunión se celebró en noviembre de 1690 y duró varias semanas, después de una serie de debates, los participantes presentaron a Basilio Pons las siguientes recomendaciones para el éxito de la labor misionera en la montaña de Jauja y Tarma:

1º) Un número suficiente de frailes dedicados exclusivamente a las misiones.

2º) Unos ingresos financieros anuales con un total mínimo garantizado que permitiera a los superiores de las misiones una planificación bien ordenada.

3º) La formación de una entidad política y espiritual independiente que abarcara la zona de misiones activas, así como los asentamientos de frontera contiguos, que estaría regida por una autoridad especial propuesta por votación secreta de todos los misioneros y nombrada por el virrey. Los signatarios del informe consideraban que si estos objetivos podían alcanzarse, dentro de las estructuras de la tradición franciscana española, los frailes del Perú abrigarían una gran esperanza de éxito de sus misiones.¹⁴⁵

Basilio Pons, antes de su nombramiento de comisario general ya había empezado a preparar a los frailes que se dedicarían exclusivamente a la obra misionera. El 1º de marzo de 1689, con la autorización provisional del virrey, inauguró el primer colegio de misiones en Perú, San Sebastián de Huaraz. El único propósito de esta fundación consistía en recibir y educar a frailes que se hubieran comprometido a prestar servicio en las misiones por un período mínimo de diez años. Una vez incorporado en su cargo de comisario, Pons pudo impulsar esta y otras fundaciones, y propuso que se creara, por lo menos, uno de esos colegios en cada una de las provincias de Sur América bajo su jurisdicción. De esta manera, las provincias que no poseían misiones propias contribuirían a proporcionar frailes debidamente preparados a dichas provincias, como así lo hicieron. El comisario general llevó a cabo este plan con tal rapidez, que a comienzos de 1692 ya había colegios de misiones

en las provincias de Lima, Charcas (con sede en Cuzco y La Paz), Quito y Santa Fe de Bogotá. Antes de fin de año empezaron a funcionar instituciones análogas en Paraguay y Chile. De esta forma fray Basilio Pons introdujo en esas regiones de Sur América la institución que, oportunamente, satisfaría la necesidad de un número suficiente de misioneros.

A iniciativa de este fraile se trató también de resolver el problema del apoyo financiero a las misiones.¹⁴⁶ El informe del comité de noviembre de 1690 había reconocido que el real tesoro estaba en quiebra y que por lo tanto no cabía esperar ayuda alguna de esta fuente. Así, pues, se acordó nombrar recaudadores para las misiones en los sectores más poblados y ricos del Perú central, como Lima, Ica, Trujillo, etc., con la única función de obtener fondos de benefactores. Igualmente, se decidió crear una sociedad especial en Lima, llamada la Congregación o también el Colegio Apostólico de Nuestra Señora del Milagro.¹⁴⁷ Esta sociedad estaba integrada por ciudadanos prominentes de la ciudad que se comprometían a abonar, todos los años, una cantidad especificada de dinero para las misiones de la montaña del Perú central. Los miembros de la sociedad se dividieron en dos categorías, de acuerdo con la contribución que aportaban; a los más generosos se les llamaba los Doce Apóstoles, y a los contribuyentes ordinarios, los Setenta y dos Discípulos. El 3 de diciembre de 1693 Pons ratificó solemnemente los estatutos de la sociedad y colmó de gracias espirituales a sus miembros. Se esperaba que por medio de esta entidad las misiones recibirían anualmente la cantidad de 1,500 pesos; en el primer año la suma ascendió a 1,576¹⁴⁸ pesos, que sin ser magnánima bastaba para cubrir los gastos ordinarios y permitir una pequeña expansión anual. De este modo quedaron atendidas las dos primeras sugerencias formuladas por el comité.

La tercera, referente al establecimiento de una jurisdicción por separado, no se llevó a la práctica tan fácilmente por causa de los intereses creados. Los frailes hicieron todo lo posible para impulsar una acción en ese sentido, y, durante 1691, entrevistaron en varias ocasiones a las autoridades reales competentes, colonizadores de la frontera, soldados, curas, e incluso algunos indios. Todas las personas interrogadas por los frailes declararon que, a menos que se procediera a una

reorganización de la frontera de esta naturaleza, no había ninguna esperanza bien fundada de que las misiones prosperaran. Se advirtió que debido a las crueldades y exigencias de las autoridades españolas, con respecto a los indios cristianos y paganos, la población indígena se mostraba sumamente hostil a cualquier plan que pudiera expandir la esfera de influencia de la dominación española.¹⁴⁹ De ahí que los indígenas cristianos no contribuyeran a la extensión de las misiones, y los paganos temían que si abrazaban la fe cristiana sufrirían también la opresión a que estaban sujetos los españoles en condiciones semejantes a las suyas.¹⁵⁰ Favorecía esta actitud el creciente número de fugitivos de obrajes, fábricas y minas del Perú español; quienes a su vez, lograda su libertad, no pensaban en lo más mínimo someterse de nuevo al yugo español, ni de los misioneros, ni de las autoridades reales.¹⁵¹ El único medio de acabar con esta situación consistía en dejar la región totalmente fuera de la jurisdicción de aquellos hombres que hicieron odiar el nombre de español en ambos lados de la frontera.¹⁵² Esta sugerencia ocasionó fuerte oposición por parte de los que estaban más interesados en aprovecharse de los indios, que en ayudarles a salvar el alma; la hostilidad no impidió que el virrey escuchara favorablemente la petición de los frailes. El 23 de abril de 1693 el virrey autorizó el nombramiento de un funcionario especial para las misiones y para cualquiera de dos asentamientos contiguos de la frontera que los frailes seleccionaran. No obstante, no quedó revocado el poder de los corregidores de la frontera, como tampoco se liberaron los habitantes del pago del tributo real, ni de los períodos de trabajo obligatorio. Si lo deseaban, podían trabajar para los frailes durante esos períodos, cuando estuvieran libres de otras tareas, pero con la paga normal de tres reales por día.¹⁵³ Si bien esta concesión no destruyó la base de los abusos que se cometían y que habían puesto en contra de las autoridades oficiales a los indios de la frontera, fue el comienzo de una nueva situación y lo mejor que podían esperar los frailes, habida cuenta de las circunstancias. Pero los acontecimientos iban a demostrar que ello no era suficiente.

Por lo menos en parte se habían cumplido las tres propuestas del comité, y los frailes estaban casi listos para reanudar su labor en la montaña. El 4 de febrero de 1692, los misione-

ros habían aceptado hacerse cargo de los indígenas de la zona del Cerro de la Sal, y en 1693 los misioneros volvían a residir en Quimiri y en el Cerro.¹⁶⁴ Se tendió de nuevo un puente sobre el río Tarma, cerca de la hacienda de Chanchamayo, y, en general, se emprendió la labor de reconstrucción de las misiones de Robles. Esta renovación no iba a durar mucho, pues en 1694 los indios del área del Tarma organizaron una rebelión general instigados por los curanderos indígenas. Víctimas de esa rebelión fueron fray Blas Valera, en Huancabamba; y fray Francisco de Huerta, Antonio Vital y Pedro Navarrete, en las misiones del río Tarma, los tres últimos supervivientes de la expedición de 1686 al territorio de los cunibos.¹⁶⁵ Pocos años después otro desastre, todavía más importante, fue la real cédula de 24 de julio de 1696 ordenando la destrucción inmediata de todos los colegios de misiones que habían sido erigidos sin la autorización real. En efecto, Pons no había obtenido ese permiso para ninguna de las tres fundaciones, pero como el virrey le había autorizado provisionalmente, creyó en aquel momento que indudablemente le sería concedido el de la corona. Sin embargo, el decreto de 1696 no dejaba lugar a dudas de que este permiso había sido denegado, y casi todos los colegios fundados fueron desmantelados, cuando no destruidos, entre ellos el de Huaraz.

Después de la doble catástrofe, los superiores franciscanos decidieron, con la tenaz oposición de fray Domingo Alvarez de Toledo, el 17 de agosto de 1697, con arreglo a la moción de fray Rodrigo Basabil, que la misión del Cerro tenía que abandonarse, pues, por el momento, no ofrecía esperanza alguna. Se ordenó que las campanas, vestimentas y otros artículos del culto, que se encontraran en Quimiri, fueran trasladadas a Huancabamba.¹⁶⁶ En 1699 algunos frailes volvieron a visitar el Cerro, pero sólo recibieron desaires por parte de los indios, quienes les dijeron que preferían a los dominicos, aunque no parece que esta orden religiosa hubiera fundado ningún pueblo de esos indígenas en aquella época.¹⁶⁷ Al terminar el siglo XVII, los frailes se habían quedado en la frontera junto a Tarma y Jauja, sin que ello signifique que abandonaran las misiones de esas regiones, pues seguían atendiendo unos cuantos lugares. Así, en 1691¹⁶⁸ habían reanudado su labor en la misión de San Buenaventura, cerca de Comas, y en

1698 fray Juan Baños escribía al rey¹⁵⁹ informándole que los frailes prestaban servicio en tres pueblos de numerosos habitantes cerca del Cerro de la Sal (muy probablemente Huancabamba, Uñuti y Ninacaca). Pero, en general, los franciscanos habían desistido de sus intentos de penetrar en el interior de la montaña y, en su mayoría, se sentían satisfechos de atender a los habitantes de zonas marginales, fácilmente accesibles, cuyos residentes habían sido sometidos parcialmente a la influencia española. Continuaron prestando servicios en lugares como Huancabamba¹⁶⁰ y sus visitas gemelas ya mencionadas, y la antigua misión de Biedma, San Buenaventura, que en el futuro desempeñarían una importante función, como sitio de paso que admitirían nuevos grupos de frailes, que reanudarían la obra franciscana en las tierras consagradas con la sangre de tantos frailes. Pero el costo del esfuerzo y sus resultados en el siglo XVII no guardan proporción.

Fray ANTONINO TIBESAR, O.F.M.

NOTAS

¹ Edmundo Guillén, *Versión Inca de la Conquista*, (Lima, Editorial Milla Batres, 1974) menosprecia indirectamente la prudencia y el valor de Atahualpa en la defensa de su imperio. No compartimos la opinión de este autor. El inca era hombre valeroso e inteligente pero su experiencia no le permitió calibrar debidamente los nuevos elementos bélicos importados por los europeos.

² "Carta del virrey D. Francisco de Toledo a S.M., Cusco, 1º de marzo de 1572, en Roberto Levillier, *Gobernantes del Perú. Cartas y papeles, siglo XVI*, 14 vols., Madrid, 1921-26, IV, 85-100. José Rumazo González, *La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI*; Sevilla, 1946, p. 178 también examina este aspecto.

³ *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación*. Bosque de Segovia. Julio 13 de 1573. Edición facsímil y transcripción por José Ibáñez Cerdá; Madrid, 1973.

⁴ Robert Ricard, *La "conquête spirituelle" du Mexique*; París, 1933, mapa inserto. Este mapa no se encontró en las traducciones.

⁵ Antonio Raimondi, *El Perú*, II; Lima, 1876; p. 208.

⁶ Julian H. Steward, "Tribes of the Montaña: An Introduction", en Julian H. Steward, ed., *Handbook of South American Indians*, (Bulletin 143, Bureau of American Ethnology) 7 vols.; Washington, 1946-1959, II, 508.

⁷ Antonine Tibesar, O.F.M., *Franciscan beginnings in Colonial Peru*; Washington, 1953 *passim*.

⁸ Antonine Tibesar, O.F.M., "The Salt Trade among the Montaña Indians of the Tarma area of Eastern Peru" *Primitive Man*; XXIII, 1950, 103-108.

⁹ "Gobernaciones diversas y Rupa-Rupa", en *Juicio de límites entre el Perú y Bolivia: Prueba peruana presentada al gobierno de la república Argentina* (12 vols., Barcelona, 1906) V. 84-155, especialmente 117-143.

¹⁰ J. Fred Rippy y Jean Thomas Nelson, *Crusaders of the Jungle*; Chapel Hill, N.C., 1936, p. 199.

¹¹ "Memorial del padre fray Domingo del Portu, comisario general del Perú y del padre fray Martín de Aróstegui, ministro provincial, al señor conde de Chinchón sobre los Indios Mutilones y Tavaloxos". Lima, 8 de marzo de 1631. En *Archivum Generale Ordinis Minorum* (AGOM), *Missiones Peruviae*, XI/39, folio 81.

¹² Carta del p. Joan Font, S.J. al p. Joan Sebastián, S.J., 5 noviembre de 1595, en Marcos Jiménez de la Espada, *Relaciones Geográficas de Indias: Perú*; 4 vols., Madrid, 1881-1897, II, xciii, 2.

¹³ Antonio de la Calancha, *Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*; Barcelona, 1639, I, 138 pp.

¹⁴ Federico Philippe, "La Fundación de Tarma", en *Revista Histórica*, III, 1908, 29-38.

¹⁵ Relación sobre las doctrinas que tienen los frailes de todas las órdenes en el arzobispado de los reyes. Lima 6 de abril de 1598, Emilio Lisson Chaves, *La iglesia de España en el Perú*, IV, Sevilla, 1946, 216-222.

¹⁶ Lisson, *op. cit.*, IV, 530. Real cédula al conde de Monterrey, virrey del Perú, sobre que favorezca las misiones a las Indias Andes; Valladolid, 29 de noviembre de 1605.

¹⁷ Esta información figura en el testimonio de habitantes locales. (Véase "Títulos de las tierras de Ocxabamba del sargento mayor, Pedro Sánchez Guerra". "Oriente Peruano", folios 273-293. Pedro Sánchez Guerra afirmaba que la hacienda dominica existía mucho antes de que él recibiera la subvención. Por lo menos en 1665 los frailes poseían allí un ingenio de azúcar, si bien el sargento mayor ignoraba desde qué fecha.

Sánchez Guerra empezó a construir el camino en 1680-81, y prometió también abrir otro desde su hacienda a Quimiri, una distancia aproximada de una legua y media. A menudo se dirigía al Cerro con otros españoles para obtener sal.

¹⁸ Abundan las referencias a la actividad esporádica de los dominicos entre la gente de la montaña en las inmediaciones de su doctrina de Tarma y especialmente cerca de su hacienda. Incluso en Vitoc erigieron una iglesia oficial con retablos y campanas. En una representación a la junta de Hacienda, Lima, 19 de octubre de 1713, fray Lucas de Cuenca Tellado habla de un fray Bernardo de los Ríos que fue martirizado en Chanazaxampa "contiguo al Cerro de la Sal, por donde entra los padres de mi padre San Francisco..." Archivo General de Indias (AGI), 536. Véase también "Información de las misiones dominicanas del Cerro de la Sal, hecha por fray Antonio de Olmedo, año de 1657," en *Revista del Archivo Nacional del Perú*, XX, 1956, 66-84, 317-340.

¹⁹ Espada, *op. cit.*, I, 91-93.

²⁰ Libro de Visitas (1593), en *Revista del Archivo Nacional del Perú*, II, 1921, 49, 67-69.

²¹ Calvete, *Rebelión*, I, 322-323.

²² "Papeles del Perú". Biblioteca Pública de Nueva York. Colección Rich. Vol. 82, folio 45.

²³ "Carta de la audiencia de Lima al consejo de Indias, Los Reyes, 6 de julio de 1550", Roberto Levillier, *Audiencia de Lima: correspondencia de los presidentes y oidores*; Madrid, 1922, p. 13.

²⁴ Toledo al rey. Cusco, 1 de marzo de 1572, en *Gobernantes*, IV, 115.

²⁵ "Padrones de los pueblos del valle de Jauja, años de 1596 y 1602", Archivo de San Francisco de Lima (ASFL), Registro 14, Parte 5, Documento 5. El nombre Ande se empleaba, con frecuencia, en el Perú colonial como sinónimo de Campa.

²⁶ En 1637 se certificó la posesión de un sínodo de 400 pesos y pie de altar de 42 pesos; Comas, su vecino, contaba con uno de 400 y 100 pesos, respectivamente. No se ofrecen cifras de población. "Doctrinas de San Francisco de los Doce Apóstoles", AGI, Contaduría 1722A. Folio 178, ff.

²⁷ Marqués de Cañete a Juan de Ibarra. Callao, 12 abril de 1594, en *Gobernantes*, XIII, 153.

²⁸ Marqués de Cañete a su majestad. Los Reyes, 5 noviembre 1595, en *Gobernantes*, XIII, 348, ff.

²⁹ Antonio Vásquez al rey. Lima 22 diciembre de 1637. AGI, Lima 48.

³⁰ "Provisión de guías y auxilios al padre Joan Font, S.J. del virrey del Perú, don Luis de Velasco. AGI, Lima 321.

³¹ "Misión y entrada de los Andes de Xauxa", en Colección Jesuitas, tomo LXXV, folio 105. Real Academia de la Historia, Madrid. También "Entrada de los jesuitas en las Andes de Xauxa, 1595", en Espada, *Relaciones Geográficas*, Perú, II; Apéndice III, XCII-XCVII.

³² Las aventuras de Font suscitaron una minuciosa respuesta del superior de los jesuitas de Lima. El padre Rodrigo Cabredo era el provincial, pero estaba en el Cusco, y le tocó al padre José Teruel, superior de San

Pablo en Lima, contestar al virrey. En su carta examina las experiencias de Font en Jauja y Ayacucho. A continuación se transcribe esa carta. "Carta del padre Joseph Teruel a don Luis de Velasco, virrey del Perú", Lima, agosto de 1602. AGI, Lima 321. "Excmo. señor. En lo que vuestra excelencia se sirve mandar al padre provincial de la Compañía de Jesús desta provincia acerca de que se encargue de hazer mission a los indios infieles que están en las tierras no conquistadas a las espaldas de Jauja, Guamanga y Cuzco: por aver me dexado el dicho padre provincial sus vezes quando se partio deste collegio a la visita de la provincia, suplico a vuestra excelencia se sirva de passar los ojos por las cossas siguiente: las quales e comunicado con los padres más antiguos deste collegio, algunos de los quales an sido provinciales desta provincia y siendolo embiaron padres a esta misma mission, y assi tienen larga noticia de las cossas della.

Lo primero. Por el grande y devido deseo questa minima Compañía tiene de no faltar punto ni a la obligación de su instituto ni a la natural conque nascimos todos al servicio del Rey nuestro señor y porque hemos entendido que algunos de aquellos señores del real consejo de las Indias no estan bien informados de lo que hemos deseado y procurado hazer en servicio de ambas magestades especialmente en el cumplimiento de nuestra profession y ministerio con los Indios; ansi en misiones arduas, graves e importantes que se han hecho entre ellos como sirviéndoles en todos los puestos donde estamos y especialmente en las residencias y cassas que tenemos entre ellos mismos y en misiones que de todos estos puestos se hazen pa reducirlos a nuestra santa fee y conservar los en ella. Supplico a Vuestra Excelencia en nombre desta Provincia y de el Padre Provincial della se sirva de ver el papel que de esto doy aparte e informado de la verdad de lo que en el digo haga merced a esta Provincia en dar della noticia a los señores del real consejo de las Indias por el gran bien que esta Provincia recibira en que conste la devida afficion y diligencia con que acudimos assi a la obligación con que nacimos del servicio de su magestad, como a la de nuestro instituto y profession de la conversion de la gentilidad la qual en estas partes emos siempre entendido ser el todo, o lo mas principal de nuestra vocacion.

"Tras esto señor digo que con la larga experiencia y prueba que esta Provincia a echo desta mission de los Andes en quanto estos Padres y yo alcanzamos sera servicio de ambas magestades que Vuestra Excelencia la suspenda y no la mande executar por que de lo contrario resultara poco provecho de los Indios no convertidos y no poco daño de los que ya lo estan y mucho peligro de los ministros del evangelio que an de entrar a la dicha mission por las razones siguientes.

"La primera porque los dichos Indios son muy pocos y esto consta por la relación que dan algunos españoles que an entrado alla, y por la que tuvo el señor Marqués de Cañete el qual con alguna duda intento aquesta

mission, por esta relación que tuvo de que resulto confirmarse en que eran pocos; y la misma relación dió el Padre Juan Fonte en un papel frimado de su nombre para el Padre Provincial desta Provincia, el qual vieron algunos de los Padres que agora estan en este collegio e yo e escripto al Padre Provincial me lo embie para darlo a Vuestra Excelencia, como lo hare entimiendolo.

“La segunda. Porque esos pocos Indios que son no estan despuestos ni nos podemos probablemente prometer que querran recebir nustra santa fee antes lo contrario. Esto consta porque la Compañía a embiado por seis vezes en diversos tiempos sacerdotes predicadores muy buenas lenguas y zelosos del bien de los Indios, a que les prediquen, los quales todas estas seis vezes an entrado la tierra dentro y buscándolos y estado donde ellos estan y procurado por vías predicarles, catequizarlos y instruillos y atraellos al conocimiento de nuestro señor dios y al servicio de el Rey nuestro señor. No se ha seguido el efecto que se pretendia, antes de las dos primeras vezes les fue foroso retirarse y ponerse en salvo porque como bárbaros los quisieron matar a ellos y otros españoles que con ellos iban sin dar oido a las cosas que un Padre grave y que avia sido Provincial de nuestra Compañía les dezía, ni a otro sacerdote su compañero, ni a las que el Capitán Arbieta hombre de mucha madurez y christiandad les offrecia de parte del Rey nuestro señor. Antes el y todos los suyos los ubieron de dexar y escapar huyendo. Lo mismo sucedio segunda vez al mismo Padre que se llamaba el Doctor Montoya, hombre señalado, docto, y muy religioso y de quien la Compañía fiava cossas de mucho peso. Las otras tres vezes a entrado el Padre Juan Fonte, el qual en todas tres vezes no pudo hazer ni hizo ningún efecto de importancia. En la una dellas entro con el otro Padre de muchas letras y de raras partes en toda religión especialmente en el zelo y ferbor con quien siempre se ha empleado en predicar y catequizar los Indios; el qual dio la misma relación que aquí digo del ser esta mission del todo inútil y es religioso de tanta satisfacción que a días es Rector de una de las cosas que la Compañía tiene en esta Provincia a la qual e escripto me embie la relación y parecer que dió por escripto y lo dare a Vuestra Excelencia, que es puntualmente como aquí lo digo. [Otra persona agregó aquí en el texto el nombre Nicolás Durán] Ultimamente en tiempo de Vuestra Excelencia embio la Compañía sesta vez Padres a esta mission y sucedio peor que nunca. Por todo lo qual dos Provinciales pasados y el Padre Rodrigo de Cabredo que agora lo es, y el Padre Vissitador que actualmente visita esta Provincia unánimes y concordados an sido y son del parecer que aquí digo.

“Lo tercero es de mucho peso el peligro a que se pone con esta entrada no solo la vida de los religiosos que en ella entraren sino también la misma fee si la quisieren plantar en algunos de aquellos indios, porque demas de vivir ellos en tierras muy fragosas y asperas montañas y en arca-

bucos uno allí y otro aculla de difícilísima entrada y peor salida y donde los religiosos no podrían ser socorridos de los Españoles en ningún caso. Los dichos Indios son gente bárbara de naturales viles, viciosos y brutos y que entre otros vicios tienen el de emborracharse muy frecuentemente y estándolo, los sacerdotes están en manifiesto y cierto riesgo de sus vidas como se a visto. Aún sin estar los Indios borrachos están en el mismo riesgo casi continuo por su natural bruteza, barbariedad y crueldad de los qual tiene también la Compañía experiencia pues en esta sesta vez que se hizo esta mission a un Padre gran religioso, zeloso y prudente aviendo conversado con ellos sanctamente y predicado los y vivido sin ninguna offension por espacio de seis meses en cabo dellos bárbaramente lo mataron en tiempo de Vuestra Excelencia. El qual suceso reciente y fresco devria ser bastante aviso pues no ay razón para pensar que los que entraren agora tendran mas seguridad que la que estuvo y de aquí se ve también el peligro que podría correr la fee plantada en estos naturales sin amparo de los Españoles pues se ve en el que ella quedava si este Padre que mataron ubiera baptizado a algunos, porque no son estos Indios como las demás naciones que se puede esperar dillos que conservaran la fee sin sacerdotes; antes es más probable que en fantádoles llos faltaran a la fe y con oprobio y denuesto della y de nuestros sanctos sacramentos se volveran a sus idolatrías.

“Lo quarto vera Vuestra Excelencia el inconveniente que podrá tener el reducirse y fundarse de nuevo el pueblo de Indios cerca de los fieles sacándolos de sus tierras y quitándolos del amparo de sus encomenderos, lo qual por ambas partes es de consideración especialmente no se mejorando ellos en la seguridad de la fee, ni en los medios para conserbarla; antes empeorando su condición en todo y poniéndolos en ocasion de que algunos se pasen con los infieles como lo suelen hazer y todo esto no pudiendo nos prometer esperanza probable de ningún bien común con el qual se recompense estos daños particulares.

“Lo quinto en lo que toca al Padre de la Compañía que ubiese de ir por superior a tan lejos tierras y entre infieles tambien ay mucho que advertir de que tratare informar a Vuestra Excelencia de palabra.

“Supuesto todo lo qual, digo señor ultimamente, que si Vuestra Excelencia se resolviere de mandar se haga esta mission la Compañía no resistirá; antes sugetara todo su parecer y voluntad a lo que Vuestra Excelencia mandare; y si antes de la execucion no viniere otra orden del Padre Provincial y la respuesta suya que he procurado y espero, executare lo que Vuestra Excelencia se sirviere ordenar porque lo mismo entiendo hiziera el si estuviera presente y el aver advertido estas cosas que son algunas de las muy graves que este negocio tiene solamente lo he hecho por lo que toca al descargo de mi conciencia. Sirvase nuestro señor dar luz para en todo conocer su sanctísima voluntad y enteramente cumplirla y guarde a Vuestra Excelencia como yo se lo suplico. Joseph Teruel.”

Jay Franklin Lehnertz, en su trabajo titulado *Lands of the Infidels: Franciscans in the central montaña of Peru, 1709-1824* (Disertación doctoral inédita, Universidad de Wisconsin, 1974), no parece apreciar los efectos que las dificultades geográficas enumeradas por el padre Teruel ejercieron sobre las misiones. Seguramente viajó en automóvil por carreteras modernas, perdiendo así la oportunidad de percibir el hecho de que el primer impedimento con que tropezaron los misioneros para realizar una labor eficaz fue el de cómo trasladarse de un lugar a otro.

³³ Esta fecha está tomada, con cierto recelo, de Diego de Córdova Salinas, *Crónica franciscana de las provincias del Perú*; Washington, D.C., Academia de la Historia Franciscana Americana, 1957, p. 205. Luyando fue nombrado guardián del convento franciscano de Huánuco en 1630. Pero existen datos anteriores a esa fecha, sobre pagos efectuados a Luyando y otros frailes en 1629 y aun en 1624, (AGI, *Contaduría* 1720). El 15 de setiembre de 1631, Luyando se encontraba en Lima informando de que se habían establecido cinco iglesias. Solicitó a la corona que se hiciera cargo del pago de cinco óleos pintados por Agustín de Soto. Uno de ellos, el de la Concepción, quedó terminado el 24 de octubre de 1631 (AGI), *Contaduría* 1720, folios 491-492). En ningún lugar Córdova se refiere a tal labor, antes mencionada, de fray Antonio Jurado entre los chupachos, para quienes había preparado un vocabulario, lo que constituye una indicación de cierta permanencia.

Y viene a crear aún más confusión la alborozada carta de Gonzalo de Campo, arzobispo de Lima, con fecha 6 de octubre de 1626, referente a su empeño por convertir a los mismos indios. Incluso bautizó, a los pocos días de darle instrucción, al gran cacique de los panatahuas, Don Antonio Mullipussi Talancamincha, el 6 de agosto de 1625, en una ceremonia que comenzó a las 8 a.m. y terminó a las 3 p.m. (bautismo, matrimonio y misa pontifical). Campo instaló a los jesuitas para que continuaran esa obra. El último jesuita partió en 1642. "Copia de una carta" Colección Jesuitas, tomo LXXV, Nº 105 en la Real Academia de la Historia, Madrid.

Despierta cierta curiosidad una referencia a "La conquista espiritual de las provincias Panatahuas por los frayles menores" hecha en el manuscrito *América Austral*, Biblioteca Nacional de Madrid (BNM), MSS, 2950, fol. 88, escrito en 1653, al parecer por un franciscano del Perú. Es el mismo título que tiene el capítulo XXV de Diego de Córdova; pero el autor desconocido lo describe como el de una "colección de memoriales y libros relativos a la obra de los frailes en esa región". Córdova no cita ningún libro (¿diarios?) en sus capítulos sobre los panatahuas.

Por último, en su "Teatro de la iglesia metropolitana de Lima", NYPL, folio 89, Córdova afirma que los franciscanos iniciaron sus misiones panatahuas en 1627. Cabe preguntar ¿por qué el cronista nunca interrogó a los numerosos frailes de los panatahuas que iban a Lima para asuntos oficiales?

³⁴ Jiménez, perteneciente a una adinerada familia de banqueros, nació en Lima. Ingresó en la Orden Franciscana en el convento de Santa María de los Angeles, hoy conocida como los padres Descalzos. Córdova, *Crónica*, p. 173f.

³⁵ Huancabamba era uno de los primeros pueblos de la frontera, habitado por indios de la sierra y de la selva. En 1557 ya tenía una doctrina y un doctrinero residente. Véase Fernando Montesinos, *Anales del Perú*, I, Madrid, 1906, 225, f. En 1619, el número de habitantes había quedado reducido a cincuenta, pero todavía permanecía un doctrinero residente. Con respecto a esta doctrina, el arzobispo de Lima señala lo siguiente: "Acuden a ella algunos de los gentiles circunvecinos y piden el bautismo y se vuelven a sus tierras, adonde no se atreven a entrar los sacerdotes por ser tan Caribes". "Relación de las ciudades, villas, pueblos y doctrinas del arzobispado de los Reyes, año de 1619", AGI, Lima 301. Por su importancia geográfica, véase el mapa.

³⁶ El Cerro de la Sal era de importancia decisiva para la labor de la misión franciscana. Sus depósitos de sal satisfacían la necesidad de este elemento esencial para la alimentación de las tribus no solo de la zona, sino también de otras muchas del interior de la selva. Hasta que se fundaron las misiones, un grupo especial de campas tenía el control de ese producto. Todos los años acudían numerosos indios, que a veces llegaban a 1,000 a recoger su suministro anual de sal. Los franciscanos tenían la esperanza de que si controlaban el acceso a ese depósito podrían controlar también los indios. Posteriormente, los jesuitas de la región de Gran Cocama establecieron un plan semejante. Los indios no estaban dispuestos a ceder fácilmente el control del Cerro, y el gobierno real de Lima no sentía suficiente interés en el desarrollo de esa frontera, no amenazada, para conceder la ayuda solicitada por los frailes, con el fin de lograr un control eficaz y permanente. El autor abriga la sospecha de que el constante resentimiento de los indios, contra los entorpecidos esfuerzos de los franciscanos, por controlar la sal, constituyó uno de los factores predominantes de las frecuentes rebeliones indígenas.

Alan K. Craig, "Franciscan Explorations in the Central Montaña of Peru", en Vol. IV, pp. 127-144, en *Actas y Memorias del XXXIX Congreso Internacional de Americanistas*. (6 vols. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1972), dice que el "Cerro de la Sal no es, como su nombre parece indicar, una colina de sal, sino un afloramiento de sal jurásica impura, mezclada con materias terrígenas (página 128, nota 4). Para ciertos aspectos de la importancia de este comercio de sal, véase Antonino Tibesar, "The salt trade among the montaña Indians of the Tarma Area of Eastern Peru". *Primitive Man*, 1950, pp. 103-108.

³⁷ Fray Fernando Rodríguez Tena, "Misiones de la santa provincia de los Doce Apóstoles de Lima"; tomo segundo, BNP. Esta información está

contenida en un breve tratado titulado "Misión de Tarma", que Tena colocó al comienzo de su trabajo, incluso antes de la lista de autores. Evidentemente está fuera de lugar, y representa una información que adquirió después de haber terminado los capítulos referentes a las misiones de Tarma. Este tratado no está numerado. En adelante se hará referencia a él como Tena, "Misiones", con el correspondiente número de página.

Tenemos conocimiento de la existencia de tres ejemplares de la historia de las misiones manuscritos por el propio Tena: una en la Biblioteca Nacional de Lima, otra recién adquirida por el colegio de Ocopa, y, la tercera, en el Archivum Generale Ordinis Minorum, archivo central de la Orden Franciscana en Roma. El ejemplar de Ocopa está incompleto. El de Roma es más extenso que el de la Biblioteca Nacional, pero ambos están incompletos. Las últimas 200 páginas del ejemplar de Lima, manchadas por el agua, son casi ilegibles. Esencialmente los tres ejemplares son iguales. Hay todavía otro ejemplar, no manuscrito por Tena, en el Archivo de la Provincia de San Francisco Solano, una versión truncada que no merece confianza.

Tena, natural de Lima, era uno de los tres hijos de un general que ingresaron en la Orden Franciscana, era un trabajador prodigioso, dispuesto a alcanzar la meta no sólo de continuar la obra de fray Diego de Córdoba sino también de escribir una historia enciclopédica del Perú. Con este propósito escribió un volumen sobre la provincia franciscana de Lima, así como otros sobre la historia natural del país: sus ríos, montañas, volcanes y plantas. No estamos en condiciones de juzgar el valor de sus escritos sobre historia natural, pero los relativos a la historia de la Orden Franciscana en el Perú son muy inferiores a los de Córdoba. Este último, maestro de novicios durante muchos años, escribió realmente su historia con fines edificantes, y en sus descripciones no hay más que frailes buenos. Sin embargo, pese a esta limitación, ofrece al lector una buena narración directa basada en numerosas fuentes, bien asimiladas y organizadas. En cambio Tena es un simple copista, cuya historia es una concatenación de documentos y citas de otros autores, a menudo presentados sin ninguna observación propia y raramente con algún intento de explicación. A nuestro juicio, si pudieran localizarse todos sus escritos, se lograría esencialmente reconstruir los antiguos archivos de los franciscanos en Lima.

Una de las actividades de Tena ha sido de un valor imperecedero, a saber: su trabajo en los archivos del convento de San Francisco de Lima. En los primeros años del decenio de 1770, Tena organizó, encuadernó y catalogó los documentos existentes en San Francisco en aquellas fechas. Los volúmenes encuadernados ascendían a 48, cada uno de ellos de unas 1,500 páginas, y algunas veces mayores. Hoy se conservan la mayoría de esos documentos y los pocos que faltan han sido arrancados del volumen encuadernado, en algunos casos por individuos que fingieron interés en la historia para tener acceso al archivo, cuando en realidad lo único que querían

era apoderarse de los documentos, so pretexto de que los frailes no sabían cómo conservar el tesoro de sus archivos. La mayoría de los documentos sustraídos se destruyeron en el incendio de la Biblioteca Nacional en 1943, pero, en cambio, los frailes todavía conservan los suyos.

Únicamente uno de los numerosos volúmenes de Tena fue publicado. Es el que trata sobre animales y plantas, que apareció en México en 1909, con el título de *Historia natural de la América del Sur*, Tomo I, de cuya publicación se hizo cargo fray José María Bottaro, O.F.M., más tarde arzobispo de Buenos Aires. Al parecer, el manuscrito original de este volumen se encuentra en esta última ciudad.

⁸⁸ Tena, "Misiones", p. 108. Córdoba no menciona esta circunstancia, ni tampoco José Amich, *Compendio histórico de los trabajos, fatigas, sudores y muertes que los ministros evangélicos de la Seráfica Religión han padecido por la conversión de las almas de los gentiles, en las montañas de los Andes, pertenecientes a las provincias del Perú*; París, 1854, p. 21. La obra de Amich fue reimpressa, con notas, por Julián Heras en su *Historia de las Misiones del Convento de Santa Rosa de Ocopa*; Lima, 1975, Editorial Milla Batres. Amich había ido al Perú en calidad de ingeniero militar y trabajó en 1747 bajo la dirección de Godin en la construcción de los fuertes del Callao. Véase "Carta del virrey del Perú, marqués de Villagarcía, a S.M.", Lima, 16 de marzo de 1747, AGI, Lima 416. Su ciudad natal era Barcelona (1711) y sus padres fueron don Joseph Amich y doña Emerenciana Aranda. El 18 de marzo de 1750 recibió el hábito franciscano en el convento de San Francisco de Lima. "Libro de Novicios", II, ASFL, folio 7b; "Libro de Profesiones", II, folio 420b. Después de su ordenación, Amich se dedicó durante muchos años a la enseñanza en varios seminarios y colegios franciscanos de Lima. En 1765 pasó al Colegio de Ocopa y en ese mismo año encabezó una entrada en el río Pozuzo. Al año siguiente fue trasladado a las misiones de Cajamarquilla, como visitador general. A continuación desempeñó, en rápida sucesión, otros cargos. Para más detalles véase el "Libro de Incorporaciones", folio 14, Archivo de Ocopa. En cuanto a su historia de las misiones, el propio Amich dice lo siguiente: "El año de 1771, siendo escritor del colegio de Ocopa con las noticias auténticas que encontré en el archivo del colegio y alguna práctica que me asiste de las montañas y sus conversiones, compuse un *Compendio Histórico* de las conversiones de estas montañas del Perú, que comprende desde el año 1640 hasta el de 1771, obra muy digna de ser tenida prae manibus de nuestros hermanos, para precaverse en las entradas... y aunque mi ánimo... fue de entregarla al R.P. Custodio de esta provincia para que de paso que iba al capítulo general en España se diese a luz, con la ocasión de embarcarme al reconocimiento de las Carolinas, quedó dicha obra en el Hospicio de Lima, y últimamente se ha remitido al colegio de Ocopa". "Carta del padre José Amich al M.R.P. Comisario General de las Indias", Lima, 13 de enero

de 1774, AGI, Lima 891. Casi todos los documentos que utilizó Amich para su *Compendio Histórico* siguen en el Perú, y fueron consultados por el autor. Sin embargo, Amich no se sirvió de muchos documentos que hoy se encuentran únicamente en los archivos de España. Una de las facetas de la labor de Amich ha pasado, en general, inadvertida, a saber, sus mapas. Por su formación, era particularmente apto para esa tarea, y, muchos de sus mapas, dibujados en acuarela, están en la Mapoteca del ministerio de Relaciones del Perú, pero mal conservados.

³⁹ Tena, "Misiones" p. 109.

⁴⁰ Ibid., p. 107.

⁴¹ Se dice que esta segunda masacre ocurrió cerca de Epillo, que posteriormente formó parte de la misión de Eneno. Véase "Carta de Juan Fernández Durana a don Juan de Espinoza, corregidor de Tarma", reproducida *in extenso* en "América Austral", Biblioteca Nacional de Madrid (BNM), MSS, 2950, folio 110b-111.

⁴² Son varias las versiones de este incidente. La que se ofrece en este trabajo está tomada de Tena, *op. cit.*, p. 108, f., y se basa en las narraciones de los dos compañeros españoles de Larios, quienes huyeron y regresaron a Tarma. El capitán Sánchez Bustamante añade el detalle de que los indios habían persuadido a los españoles de que desmontaran sus mosquetes a fin de que pudieran avanzar "con más facilidad". Este capitán había pasado muchos años en la frontera de Tarma y visitado en varias ocasiones la montaña. Entre sus amigos íntimos figuraba un tal Francisco de Cozar, quien había prestado servicio en la frontera, como lugarteniente de varios corregidores, y cuando fray Jiménez fue asesinado estaba ocupando ese cargo. E. capitán Bustamante cita a Cozar como fuente de información. Véase "Testimonio del capitán Alonso Sánchez Bustamante", Los Reyes, 14 de septiembre de 1691, "Misiones franciscanas en el oriente peruano", folios 159b-160. Se trata de una colección de documentos que abarca los años 1650-1692, y es una fuente de valor inestimable. En adelante se citará como "Oriente Peruano". En la actualidad se encuentra en Ocopa. Amich, *op. cit.*, p. 22, manifiesta que todos los españoles viajaban en grupo, pero sin duda interpretó mal la información facilitada por el capitán Alonso Sánchez Bustamante, a quien cita, pues éste explica claramente que los españoles y los frailes viajaron en dos grupos distintos.

⁴³ Los cuatro que lograron escapar fueron Juan de Salas Valdez y Juan de Miranda, del grupo de Larios, ambos regresaron a Tarma, y Francisco Villanueva, un mestizo de Chachapoyas, y un gallego, cuyo nombre se ignora, pertenecientes al grupo de Jiménez. Ninguno de estos últimos regresó a la parte española del Perú. Posteriormente, Villanueva crearía una serie de dificultades a los misioneros.

⁴⁴ "Memorial del padre provincial, fray Pedro Ordóñez Flores, sobre la misión de los Indios Andes", Lima, 5 de julio de 1640, "Oriente Pe-

ruano", folios 56b-58b.

⁴⁵ Gonzalo Tenorio, natural de Jaén de Bracamoros, era hijo de don Lorenzo Núñez Tenorio y doña María Núñez de Tuesta, ambos descendientes de conquistadores. Más adelante la familia se trasladó a Chachapoyas. El 18 de julio de 1626, Gonzalo solicitó el ingreso en la Orden Franciscana. "Información del hábito de Gonzalo Tenorio", ASFL. Registro 19, número 42 bis. Eguiguren, *Diccionario Histórico*, I, 569, f., 857, da cuenta de que Tenorio era profesor de derecho en la universidad de San Marcos y dejó el puesto para convertirse en fraile. De haber sido así, no se comprende cómo es que no se mencione esta circunstancia en la Información antes citada. En 1650, Tenorio era provincial de la provincia de Lima. Fue un destacado teólogo, y uno de sus proyectados trabajos enciclopédicos de teología ha adquirido cierta notoriedad, porque la Corona española prohibió su publicación. Véase José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*; Buenos Aires, 1940, p. 68. Para un análisis de este trabajo de Tenorio, véase Antonio Aguiluz, "Gonzalo Tenorio and his providentialist eschatological theories in the Spanish Indies". *The Americas*, XVI, 1960, 329-356; véase también "Carta del arzobispo de Lima a S.M." Lima, 3 de abril de 1660, en AGI, Lima, 303.

⁴⁶ Matías de Illescas, hijo de don Diego de Illescas y doña Isabel de Bastidas, nació en Toledo. Se trasladó a Lima para ocupar un puesto con su tío, don Bernardo de Villegas, en aquella época uno de los banqueros más prominentes de la ciudad. El 23 de octubre de 1638, cuando cumplió los 21 años, recibió el hábito franciscano en el convento de San Francisco de Lima. Su asignación a Huancabamba debió de ser muy poco después de ordenado sacerdote. Entre sus compañeros, Illescas se hizo famoso por su gran celo y piedad. Véase "Declaración jurídica del padre fray Diego de Sotomayor", Lima, 26 de marzo de 1643, en "Proceso de las virtudes y santa muerte del padre fray Mathias de Illescas, sacerdote", ASFL, Registro 17, número 14.

⁴⁷ "Certificación del pago a favor de la misión de los indios andes, año de 1640". "Oriente Peruano", folios 63b-64.

⁴⁸ Fray Pedro de la Cruz era un hermano lego que había ingresado en la Orden Franciscana en el convento de San Diego, en las afueras de Quito. Tenía ya cierta edad y se había enriquecido como comerciante en Lima, pero cuando decidió hacerse religioso se trasladó a Quito con el fin de evitar las distracciones que sus antiguos asociados, y la riqueza, podían causarle si permanecía en Lima. Antes de entrar en la Orden hizo donación de sus bienes a los pobres de Quito.

Fray Francisco de Peña, fraile joven, nació en Latacunga, cerca de Quito. Había adquirido ya cierta fama como poeta, entre la gente de su época, cuando repentinamente abandonó todo lo que el mundo podía ofrecerle y se hizo franciscano. Cumplió la promesa que hizo cuando al otrear en un día de

fiesta en la plaza de Latacunga recibió una cornada; había prometido que si se salvaba entraría en la Orden. Véase "Declaración jurídica del padre fray Francisco Franco", Lima, 16 abril de 1643, en "Proceso de las virtudes y santa muerte del padre fray Mathias de Illescas, sacerdote", ASFL, Registro 17, número 14. Ambos frailes habían trabajado con el famoso fray Domingo de Brieva en las misiones de Encabelladas en 1634.

⁴⁹ Este extraño viaje está íntimamente relacionado con el que realizaron satisfactoriamente para redescubrir el Amazonas los frailes en 1636, a iniciativa de fray Domingo de Brieva. Los jesuitas de Quito habían recibido el permiso del rey en 1633, que les daba derecho a fundar misiones en la selva, al este de Quito. Puesto que en aquellos tiempos los jesuitas no contaban con hombres para realizar la tarea, los franciscanos de Quito se ofrecieron a enviar personas al servicio de los indios de aquella zona. Los superiores locales de los jesuitas aceptaron el ofrecimiento, y en 1634 los frailes emprendieron su labor que culminó en el famoso viaje por el Amazonas al Pará iniciado el 17 de octubre de 1636. Este viaje, y, particularmente el de regreso río arriba, con un grupo de soldados portugueses bajo las órdenes de Pedro Texeira, causó tal sensación en Quito y el Perú, que bien puede perdonarse a los jesuitas el que lamentaran su pasada generosidad. De todas maneras, se invocó la subvención anterior, y los franciscanos que se encontraban en el puerto de embarque dispuestos a emprender el viaje con Teixeira, recibieron la orden de regresar a Quito, y, en su lugar, se envió a Cristóval de Acuña, S.J. y a Andrés Artieda, S.J., con los portugueses. Únicamente y gracias a la intervención personal del capitán Teixeira, se obtuvo por fin el permiso para que fray Domingo de Brieva continuara el viaje. Véase Daniel Ortega Ricaurte, *La hoya del Amazonas*, I, Bogotá, 1940, 217-222. Y solo a consecuencia de una real cédula especial, expedida en Madrid el 31 de diciembre de 1642, en la que el rey examina la historia del descubrimiento y exploración del Amazonas y decide que los franciscanos residentes en Quito habían sido injustamente excluidos, pudieron los frailes regresar a la montaña al este de esa ciudad. Por consiguiente, el proyecto de Illescas se hizo en el período de 1637-1642, cuando los franciscanos de Quito tenían prohibida la entrada en la montaña ecuatoriana.

Hay que advertir que si bien los jesuitas estaban ansiosos por regresar con el capitán Texeira, no habían participado en los intentos de que los frailes quedaran excluidos. Esta circunstancia surgió de las ambiciones de otros hombres, como señala fray Laureano de la Cruz, uno de los franciscanos obligado a regresar desde el punto de embarque: "Supe también cómo el licenciado Pérez de Salazar, Presidente de aquella audiencia, pretendió la conquista de nuestro descubrimiento para un hijo suyo, en compañía de el general don José de Acuña, Corregidor de Quito, para la cual fue grande conveniencia que el Padre Christoval de Acuña su hermano hiciese este viaje, que otro ninguno sería tan a propósito para solicitar sus

pretensiones." Laureano de la Cruz, *Nuevo descubrimiento del río de las Amazonas, hecho por los misioneros de la provincia de San Francisco de Quito, el año de 1651*. (Biblioteca Amazonas, 7 vols., Quito, 1942, VII, 27. Esta opinión está confirmada por el padre Rodríguez, S.J., quién al referirse al viaje de los franciscanos en 1636, añade: "La hermandad que aora tiene esta sagrada religión con la Compañía en Quito, parece tuvo principio en las montañas". Manuel Rodríguez, S.J., *El marañón y Amazonas*; Madrid, 1684, p. 97.

El virrey de Lima se alarmó con el viaje de Brieva, emprendido "sin orden de su majestad" y dice que habló con el presidente Salazar acerca del peligro de una intrusión portuguesa. Tal vez Salazar eligió a Acuña después de esta intervención del virrey. Véase José Toribio Polo (ed.), *Memorias de los virreyes del Perú: Marqués de Mancera y Conde de Salvatierra*; Lima, Imprenta del Estado, 1899, página 63. El rey no apareció alarmarse tanto como su virrey. En la extensa cédula, ya mencionada, del 31 de diciembre de 1642, examinó los viajes de Brieva y Acuña por el Amazonas y manifestó que los franciscanos eran "los primeros que le descubrieron y navegaron todo". El resultado fue que el rey levantó el embargo impuesto por la audiencia de Quito en las actividades de la misión franciscana en esa zona.

⁵⁰ Este viaje fue bien planeado con todo detenimiento, y, de acuerdo con los conocimientos geográficos de aquella época se creía que bajando por el río Tarma del Perú se podía llegar al Napo. La geografía moderna demostró que esta idea era cierta. Gonzalo Tenorio explica por qué los frailes tenían esa creencia: "... aviendo escrito este declarant una carta al padre Pedro Dorado de la Provincia de Quito... en que le dava cuenta de que los indios de la tierra adentro avian dicho en el Cerro de la Sal de la subida de los Portugueses del Pará por el río arriba, para que cotejando lo que havian dicho en el dicho Cerro de la Sal con lo que alla se savia de los religiosos y Portugueses que llegaron a la dicha Provincia de Quito, avissase a este declarante si se podían comunicar las dichas dos conversiones. El dicho Padre Provincial entregó la carta a los dichos dos religiosos e informandose de un Portugues que se quedo en la provincia de Quito, hallaron ser verdad lo que referian los Indios con los que les sucedio en el camino por el río arriba, porque este río de Tarma se comunica con el de Quito alla en los finis y computando los tiempos, hallaron que la salida del Pará estava mucho mas cerca por la provincia de Tarma que por la provincia de Quito y en esta conformidad se determinaron a venir a esta provincia y esto lo sabe porque los religiosos se lo dijeron..." en "Declaración jurídica del padre fray Gonzalo Tenorio", Lima, diciembre 14 de 1645, "Proceso de las virtudes y santa muerte del padre fray Mathias de Illescas, sacerdote", ASFL, Registro 17, número 14. En 1646, fray Alonso Cavallero, que en esas fechas prestaba servicio entre los indios

callisecas de las misiones de Huánuco, intentó llevar a cabo un viaje similar. Llegó hasta el curso medio del río Ucayali y navegó aguas abajo en la esperanza de encontrar las misiones de los franciscanos de Quito, pero su empeño fracasó. De haber logrado su propósito, las misiones franciscanas del Perú hubieran avanzado de manera considerable y a su vez las pretensiones del Perú moderno de obtener una parte aún mayor de la montaña hubieran salido favorecidas. Pedro González Agüeros, "Colección general de las expediciones practicadas por los religiosos misioneros de la Orden de San Francisco del Colegio de Ocopa, año de 1786", BAHM, MSS 12-55, (hoja sin numerar).

⁵¹ La desaparición de estos misioneros sigue siendo un misterio, pese a los esfuerzos de sus compañeros de misiones por averiguar la suerte que corrieron. Durante muchos años, los frailes creyeron que los viajeros habían llegado a una tierra densamente poblada, donde fueron bien recibidos; pero el gobernante no los dejó salir ante el temor de que pudieran atraer a otros españoles. Esta era la opinión de Gonzalo Tenorio, quien personalmente investigó a las montañas cercanas a Tarma y habló con numerosos indios del interior. Afirma que obtuvo esta información de un cacique cristiano del Cerro de la Sal. Véase "Declaración jurídica" antes citada. Datos semejantes ofrece también Juan de Durana, quien hizo personalmente un reconocimiento de una extensión de más de 120 leguas, en el interior de la selva, en busca de los desaparecidos, acompañado de varios campas cristianos de las misiones. Durana también había oído decir que los frailes vivían, pero que los indios que los habían retenido hicieron correr la voz de que estaban muertos, a fin de que cesara la búsqueda. Véase "Carta de Juan Fernández Durana al don Juan de Espinosa, corregidor de Tarma", 14 de octubre de 1643, reproducida en "América Austral", BNM, MSS, 2950, folio 111. Sin embargo, cuando en la segunda mitad del siglo XVII los frailes entraron en contacto con los Cunibos, se enteraron de que sus tres compañeros habían estado en ese lugar del medio Ucayali y que habían sido asesinados, muy probablemente por los chipibos, a fin de apoderarse de las herramientas que llevaban. Hay informes de muchos frailes en los que se menciona el malhadado destino de Illescas. Quizás el más satisfactorio sera la "Declaración que hizo fray Antonio Vital de la entrada que hizo a los indios Conibos y Campas", Cajamarca, 17 de setiembre de 1691, "Oriente Peruano", folio 328b.

⁵² Con la salida de Illescas, a Huancabamba se quedó sin ningún fraile que se encargada de ella. Antes de que llegara la persona que los sustituiría, el visitador de la arquidiócesis de Lima, todavía resentido por la manera en que los frailes habían recibido esta doctrina sin la concurrencia del cabildo catedral, que se encontraba en el pueblo vecino de Paucartambo, cuando se fue Illescas, declaró inmediatamente vacante la doctrina y nombró doctrinero a un sacerdote diocesano. Las peticiones de los frailes de nada

valieron; el virrey se negó a intervenir. Así pues, la ruta relativamente fácil al Cerro quedó cerrada para los frailes. Más adelante, Biedma no tuvo más opción que la de tratar de abrir un camino a través de la ceja, a costa de una *gran* sacrificio.

⁵³ "Descripción del Perú", Museo Británico (BM), MSS. Adicional 1759, folio 175. Ricardo Palma, quien atribuía el manuscrito a Tadeo Haenke, lo editó y publicó en 1901. El trabajo de Palma provocó tal discusión que preferimos utilizar el manuscrito original en lugar del ejemplar editado. Para más detalles de la polémica, sobre el trabajo de Palma, véase Rubén Vargas Ugarte, *Manuscritos peruanos en las bibliotecas del extranjero* (Biblioteca Peruana). I. Lima, 1935, 24.

⁵⁴ Biedma se dio cuenta de la importancia de atraer pobladores a la montaña, como medio de estabilizar la zona. En su Memorial, y cartas que figuran en este volumen, aboga por conseguir un encomendero, u otra forma de poblador seglar. Al parecer, sus sugerencias fueron ignoradas. La frontera de Jauja-Tarma no poseía una riqueza minera que pudiera atraer a los colonizadores, ni tampoco era un sector amenazado por invasores extranjeros, por eso no se logró llamar la atención de las autoridades de la Corona.

Esta situación persistían aún en el siglo siguiente, a pesar del relativo éxito de las misiones a partir de 1709. Fray Joseph Gil Muñoz, en una carta al rev en 1745 examina la irresponsabilidad fiscal de las autoridades reales de Lima. En 1738 el procurador de las misiones propuso a la audiencia que se fundara una ciudad española en el Pajonal y que se construyera un fuerte en la confluencia de los ríos Perené y Ene. Cuarenta familias se habían ofrecido voluntariamente a fundar la ciudad, lo que representaba un costo de 12,000 pesos, más otros 16,000 para la construcción del fuerte. La audiencia aprobó ambos proyectos, pero no les asignó fondos. Gil Muñoz informa también de que desde 1733 cuando llegó a las misiones hasta 1744, el atraso de los pagos reales a las misiones ascendía a un total de 108,000 pesos. Por real decreto, las misiones tenían que recibir 6,000 pesos al año. Pero en la práctica no percibían más que 1,000 cuando menos. En aquellas fechas (después de la rebelión de Juan Santos) ya habían desembolsado muchas veces esas cantidades, pero 27 misiones se encontraban en ruinas. Fray Joseph Gil Muñoz a su majestad, Guatemala, 16 de setiembre de 1745 en Archivo General de Guatemala, B83.6; leg. 1.118 (Fr. Lino Gómez Canedo encontró este documento).

⁵⁵ El virrey declara en forma expresa el carácter oficial de estas expediciones de aventura. "Carta del virrey del Perú, Conde de Alba, a s.m.", Lima, 2 de agosto de 1658, ACI. Lima 60.

⁵⁶ Cuando Bohorquez vio claramente que no podía mantener su posición contra la milicia, abandonó a sus hombres, y junto con Villanueva optó por escabullirse en la selva. Posteriormente los dos hombres aparecieron en la provincia de Jauja, pero fueron reconocidos y capturados, y

seguidamente enviados a Lima para recibir su castigo.

⁵⁷ En 1644 había aún cuatro frailes que prestaban servicio a los indios cerca del Cerro, pero todos partieron en ese mismo año o poco después. Manuel de Biedma, "Memorial al señor virrey sobre las misiones de los Indios Andes", "Oriente Peruano", folio 353. Estos frailes eran: Gonzalo Tenorio, José Tamayo, Luis Camargo y José Quevedo.

⁵⁸ La mayoría de los datos de las actividades de Bohorquez en la montaña proceden del testimonio del capitán Bustamante. "Testimonio del capitán don Alonso Sánchez Bustamante", Los Reyes, 14 de setiembre de 1691, "Oriente Peruano", folios 160-162b. Pedro Bohorquez era el mismo que luego creó tantos problemas a los misioneros jesuitas cerca de Tucumán, cuando se hizo pasar por el inca de los indios calchaquies. Véase Julián M. Rubio, *Exploración y Conquista del Río de la Plata*; Barcelona, 1942, pp. 752-767. Por su participación en esta última rebelión, a Bohorquez se le dio garrote vil en la cárcel virreinal de Lima, a las 10.00 p.m. del 3 de enero de 1667. Se eligió esta hora desacostumbrada para evitar cualquier demostración en el momento de su ejecución. Véase Josephe de Mugaburu, *Diario de Lima*, (Lima, 1936), II, 84. A juicio de algunos autores, había dos Bohorquez distintos, el que actuó en el Perú, Francisco, y el de Tucumán, Pedro. Pero ambos eran el mismo. Manuel de Mendiburu, *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*, III Lima, 1932, 78, f., escribió una breve biografía de Francisco y Pedro Bohorquez. El propio autor afirma que Francisco estuvo exiliado en Valdivia, después de su fechorías en el Cerro de la Sal, lo que era cierto, pero huyó en 1658, trasladándose directamente a las cercanías de Tucumán con los indios calchaquies. Así lo manifiesta expresamente el virrey. Véase "Carta del virrey del Perú, Conde de Alba, a s.m." Lima, 2 de agosto de 1658, AGI, Lima 60.

Para un estudio moderno, véase Robert Ryal Miller, "The Fake Inca of Tucuman: don Pedro Bohorquez". *The Americas*, XXXII, 1975, 196-210.

⁵⁹ Posiblemente Bohorquez fue sentenciado en 1648, o un poco más tarde, pues el Conde de Alba escribió al rey en 1658 diciendo que cuando aquel se escapó ese mismo año de Valdivia todavía no había cumplido su condena de 10 años de exilio.

⁶⁰ "Memorial del Capitán D. Andrés Salgado de Araujo al rey", Madrid 1663, "Oriente Peruano" folios 333-336.

⁶¹ "Real Cédula al virrey del Perú, conde de Santisteban", Buen Retiro, 4 de julio de 1664. El rey envió una copia del memorial del capitán con la solicitud de que se resolviera el caso; "Oriente Peruano", folio 337. El virrey así lo hizo, sencillamente anotando al margen del memorial que no se debía tomar acción alguna. Al lado de los informes del capitán acerca de la gran riqueza en oro y plata del Cerro de la Sal, la misma mano anota: "Es sospechosa esta información". Realmente, una verdad a medias.

⁶² Julián H. Steward, "The Panoan tribes of Eastern Peru", Julian H. Steward, ed., *Handbook of South American Indians*, III, 511 and 559. González Agüeros, *Colección General*, BAHM, MSS 12-55, folio 86 (sin numerar), dice que en 1670 fray Francisco Mejía, Alonso de la Madrid, Antonio Azevedo, y otros cuatro frailes fueron asesinados en esta región.

⁶³ Manuel de Biedma, hijo de don Juan de Biedma, natural de España, y doña Florencia de Gallardo, natural de Cañete, Perú, nació en Lima. El 17 de julio de 1658, el joven Biedma pidió ingresar en la orden franciscana. En aquellas fechas manifestó que su padre ya había fallecido y que su madre era propietaria de casa y otros bienes, que le permitían sostenerse a la manera en que estaba acostumbrada. "Información del hábito de Manuel de Biedma", ASFL, Registro 20, número 83. Es cierto que ese mismo año vistió el hábito franciscano, pero el expediente fue deliberadamente destruido por alguien que, al parecer, derramó un tintero sobre los documentos. La tinta destruyó la mayoría de las páginas adjuntas y las dejó reducidas a una masa carbonizada. No obstante, una minuciosa investigación reveló que alguien había anotado los siguiente: "está hecho este borrón porque no juraron [ilegible]". La importancia de esta observación no ha sido bien aclarada. El tamaño del borrón hace pensar que la persona que lo hizo sentía una animosidad personal, y sospechamos que posiblemente fue motivada por los honores dedicados a Biedma. En aquel entonces Biedma se encontraba en la cúspide de su fama; la lucha por la imposición de la alternativa, que venía desde 1624, estaba llegando a su momento culminante. Uno de los argumentos aducidos por la fracción española en favor de la alternativa era que los frailes criollos estaban demasiado debilitados física y moralmente para hacerse cargo de las misiones. El propio Biedma era la mejor refutación de la pretensión de la facción española. Para el borrón, véase "Bezerro del hábito" ASFL, I, folio 125.

⁶⁴ Este joven campá fue muy fiel a Biedma, hasta que los dos fueron asesinados en 1687. Por las muchas referencias a ese joven campá, en las cartas de Biedma, parece cierto que él y el donado Pedro Laureano, era el mismo. Pedro Laureano habló no solamente campá, sino también, piro, mochobo, conibo y español. Biedma escribió de él en 1683: "... ha salido fiel y permanente hasta hoy, predicando a los suyos la verdad de nuestra fe". Biedma, "Memorial", folio 351 b.

⁶⁵ La mayor parte de la información disponible actualmente sobre los trabajos de los franciscanos en la selva de Tarma y Jauja procede de un documento de fray Manuel de Biedma, "Memorial al señor virrey sobre las misiones de los indios Andes", preparado casi con toda seguridad en 1683. Este extenso manuscrito fue redactado a solicitud del virrey, y contiene un resumen de las actividades de las misiones franciscanas desde alrededor de 1640 hasta el fin de 1682. El capitán Juan de Valladares, quien residía en Lima, dice que le unía una vieja amistad con Biedma y que, cuando

el marqués de la Palata pidió a Biedma que se trasladara a Lima, para preparar un informe sobre las misiones, se alojó en su casa, donde en 1683 escribió este documento. El capitán se quedó con el original y una copia para presentarla al virrey. Más adelante, en 1691, Valladares permitió a fray Domingo Alvarez de Toledo que hiciera una segunda copia del original puesto que era procurador de las misiones. Véase "Testimonio del Capitán Valladares", Los Reyes, 17 de junio de 1692, "Oriente Peruano", folios 346-347. La copia actual no está escrita por mano de Biedma, pero parece ser la que se destinó al virrey duque de la Palata, porque a un lado, cerca del margen, está escrito el título con una letra que parece la de Biedma. El documento completo se halla en "Oriente Peruano", folios 349-391. Viene de aumentar el valor del recuento no solo el hecho de que fue redactado por un hombre que en gran part fue un testigo presencial, sino también porque Biedma no confió exclusivamente en la memoria al componerlo. En efecto, llevaba un diario en el que anotaba los acontecimientos del día. Amich y Tena se basaron casi exclusivamente en este informe para sus relaciones de las misiones del Perú central, en el período de 1665 a 1682. En adelante, el documento se mencionará como Biedma, "Memorial".

⁶⁶ Biedma, "Memorial", folio 352b.

⁶⁷ Biedma fue enviado a Comas porque el fraile residente de ese lugar, Alonso Zurbano de la Rea, había informado que, en numerosas ocasiones, los indios de la montaña habían comparecido a la iglesia para presenciar las ceremonias y pedir sacerdotes. Zurbano prometió hacer todo lo posible para ayudar a los misioneros enviados a prestar asistencia a estos indios, promesa que cumplió hasta donde le fue posible. Biedma, "Memorial" folio 354b.

⁶⁸ Este generoso gesto de los dominicos se menciona varias veces en los documentos. "Carta del bachiller don Antonio de Velasco, vicario juez eclesiástico de la provincia de Tarma, al M.R.P. fray Feliz de Como, comisario general del Perú", Tarma, 28 de febrero de 1687, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 221.

⁶⁹ Cuando una expedición española llegó a Quimiri en 1691 pudo todavía trazar el plano a nivel del suelo de esta misión. Encontraron aún en su lugar los ladrillos del altar, y en los campos de las cercanías quedaban restos de los huertos y árboles frutales plantados por Robles, "Testimonio del Capitán Bartholomé de Veraún y Acuña", Los Reyes, 22 de octubre de 1691, "Oriente Peruano", folios 11eb-114. Veraún era un capitán de frontera que había participado en varias expediciones con los misioneros.

⁷⁰ El capitán Bustamante, que vivía en Tarma cuando se fundó esta misión visitaba con frecuencia a los frailes y era buen amigo de Robles. Consideraba que los jóvenes eran muy fervientes pero que "los ancianos mostraron poco fervor". Dice también que "vio salir en procesión a toda la más gente de las dichas familias, grandes y pequeños, cantando la doc-

trina cristiana alrededor de la plaza". Al final de 1675 había más de 200 personas en esta misión. "Testimonio del capitán Alonso Sánchez Bustamante", Los Reyes, 14 de setiembre de 1691, "Oriente Peruano", folios 162b-164b.

⁷¹ Biedma "Memorial", folios 354b-357.

⁷² Ibid, folios 357b-358b.

⁷³ Fray Francisco Izquierdo nació en Adújar, cerca de Sevilla. Había entrado en la Orden franciscana en Lima, en julio de 1664, ASFL, "Bezerro del hábito" I, folio 143. Normalmente hubiera sido ordenado al cabo de cinco años de estudios, o sea en 1669, de manera que fue asignado a las misiones, siendo todavía muy joven. No se dispone de datos vitales sobre sus compañeros, quienes probablemente procedían de España.

⁷⁴ Biedma, "Memorial", folio 365.

⁷⁵ Biedma "Memorial", folio 358b.

⁷⁶ Francisco Gutiérrez nació en Lima, hijo de padres españoles, y entró en la Orden franciscana en aquella ciudad el 19 de abril de 1663. ASFL, "Bezerro del hábito", I, folio 141. Con la ayuda de Biedma tradujo al campá la "Doctrina Christiana", un "confesionario" y una serie de himnos de Fray Jerónimo de Oré. Biedma, "Memorial", folio 371.

⁷⁷ Pinto había sido soldado y estuvo implicado en la rebelión de Laicacota, encabezada por los hermanos Salcedo, que comenzó en 1661. Véase "Testimonio del capitán Alonso Sánchez Bustamante", Los Reyes, 14 setiembre de 1691, "Oriente Peruano", folios 164b-165. Los hermanos Salcedo fueron ejecutados por orden del Conde Lemos y sus cadáveres enterrados en la iglesia de San Francisco en el Cusco. Véase Guillermo Lohmann Villena, *El Conde de Lemos, virrey del Perú*, Madrid, 1946, pp. 151, ff..

⁷⁸ Biedma, "Memorial", folio 370b.

⁷⁹ La construcción de este camino costó la vida de 28 indios de la misión. Poco cabe dudar de que si bien este camino tenía gran importancia para el bienestar de la misión, se construyó de una manera imprudente y las penalidades que causó este trabajo a los indios contribuyó a que los indígenas se volvieran contra los misioneros. Biedma señala que 70 indios de la selva que simplemente viajaban a Andamarca, en una ocasión se enfermaron, falleciendo siete de ellos a consecuencia de la altitud y el frío. Biedma, "Memorial", folio 371b.

⁸⁰ "...acostándose buenos, sanos, gordos, sin achaque ni dolor alguno, a la media noche tan repentinamente les asaltaba la muerte..." Biedma, "Memorial folio 373.

⁸¹ Biedma explica que pedía a los indígenas que comenzaran a cultivar estos campos especiales, antes de que ni siquiera pensara en fundar la misión, no solo como un medio de ensayar la constancia de su deseo de una misión, sino también" para que los que venían a vivir en el pueblo

tuviesen de dónde sustentarse como propio sin mendigarlo. "Memorial", folio 373. Una vez preparado así el lugar, tarea que a veces tomaba dos o tres años, el misionero salía y reunía en el pueblo a los que deseaban entrar en la misión. Los franciscanos no recurrían a la fuerza para reunir a los indios, y la decisión era totalmente voluntaria, si bien los misioneros prometían a los que entraban que les proporcionarían herramientas para facilitar y hacer más fructíferas sus faenas en el campo. Era un motivo que no siempre sirvió de poderoso atractivo y, para evitar que los indios volvieran a sus antiguos hogares, las viviendas fueron quemadas en cuanto salieron sus habitantes "para que no tengan tanta facilidad de volverse". "Carta del padre fray Manuel de Biedma al M.R.P. fray Feliz de Como", Andamarca, 25 de marzo de 1686, AGOM. *Misiones Peruviae*, XI/39, folio 140b.

⁸² Con fines recreativos, Biedma se iba de caza y de pesca, y como todos los pescadores, tenía unas cuantas historias fantasiosas que contar, si bien vale decir que trajo los grandes peces. Citando sus propias palabras "llevándonos a pescar, que es un rato de divertimento gustoso, si bien allí es muy breve, y dura poco el recreo, porque como es tan abundante y rico de muchísimos géneros de peces el río, luego se llega a las puertas de sus orillas apenas se siente el consuelo que lo puede, ofrece libertad de lo que tiene sin escasez, porque son muy crecidas sus dádivas; aun no tardamos media hora quando volvimos a casa tan cargados que sumergía la balsa. Un pescado solo que traíamos, tenía dos varas y cuarto de largo (lo que medimos con el bordón y palmas) y tres cuartas de ancho... a ratos nos divertía la escopeta en el monte a que gustosos iban los infieles admirando ver caer tan de improviso en el suelo el ave sin vida". "Memorial", folios 380b.

⁸³ Amich, op. cit., p. 60, f.

⁸⁴ Biedma, "Memorial", folio 384; "Carta del padre fray Manuel de Biedma al M. R. P. fray Feliz de Cómo", Andamarca, 25 de marzo de 1686, AGOM, *Misiones Peruviae*, XI/39, folio 139b. En esta carta Biedma menciona también la influencia de las bebidas alcohólicas sobre el indio como una de las causas de la frecuente ruina de las misiones. Todo el trabajo realizado por el misionero durante muchos años "lo deshacía la borrachera de una noche".

⁸⁵ Biedma señala que era raro que un campá tuviera tres mujeres, si bien algunos tenían dos, puesto que era muy difícil que un solo hombre pudiera mantenerlas, aun en la selva. El hecho que Mangoré tuviera tres hace pensar que debió ser un individuo de posibilidades excepcionales y muy trabajador, y por lo tanto, un hombre de mucho prestigio entre su gente. Precisamente por ello era muy sensible a cualquier crítica.

⁸⁶ Biedma, "Memorial", folio 385.

⁸⁷ Biedma consideraba que la muerte de Izquierdo se debió en parte a unos planes impropios. A su juicio, los misioneros no debieron fundar

misiones en lugares tan adentrados en la selva sin la protección de algunos soldados o guardias, o por lo menos no debieron sentirse temerosos de emplear un arma. "Carta del padre fray Manuel de Biedma al M.R.P. fray Félix de Como", Andamarca, 25 de marzo de 1686, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 139.

⁸⁸ Biedma, "Memorial", folio 386.

⁸⁹ Carrión era sumamente joven cuando le mataron. Había recibido el hábito franciscano en Lima, su ciudad natal, el 28 de junio de 1662, a la temprana edad de 15 años y tres meses. Era hijo de Alonso Carrión, de Medina Sidonia, y de María Salvatierra de Lima. ASFL, "Bezerro del hábito" I, folio 137. En los archivos de la provincia de Lima de esa época hay tantos Antonios Cepeda, que es imposible saber cuál fue el asesinado por Mangoré.

⁹⁰ No era la primera vez que las mujeres indígenas demostraban su gran lealtad a los misioneros, pues con anterioridad la mujer de Zampati había tratado de disuadir a su marido de que matara a Jiménez. Y posteriormente se observó en varias ocasiones esta misma característica femenina. No cabe duda de que las doctrinas del cristianismo atraían más firmemente a las mujeres de la selva que a los hombres; tal vez fuera porque aquellas tenían que abandonar menos malas costumbres que los hombres. Lamentablemente los frailes de aquella época no disponían de auxiliares religiosos femeninos que hubieran podido influir aún más directamente sobre las mujeres.

⁹¹ Biedma, "Memorial", folio 387.

⁹² Entre estos 30 españoles figuraba el capitán Bustamante, cuyas palabras han sido citadas con tanta frecuencia. Llegó no con el rango de oficial, sino como un simple soldado voluntario. Bustamante se sentía muy orgulloso del valor y vigorosidad de las indias, pero abrigada la firme sospecha de que Tomás había participado en la conspiración de Mangoré, y no logró cumplir, por cobardía, la misión que le había sido asignada de matar a los misioneros en Quimiri. "Testimonio del Capitán Alonso Sánchez Bustamante", Los Reyes, 14 de setiembre de 1691, folios 165-167b.

⁹³ "Oriente Peruano", "... por no volver a perder la libertad que habían recobrado". Biedma, "Memorial", folio 387.

⁹⁴ Ibid., folio 388b.

⁹⁵ Esta afirmación no era cierta. Los asentamientos estaban a cargo de los dominicos de Tarma. Habían cedido, por lo menos temporalmente, sus derechos a Robles. Tena, "Misiones", p. 168.

⁹⁶ Tenemos conocimiento de dos relatos por testigos presenciales, uno el capitán Bustamante y otro el Bachiller Velasco. Esencialmente ambos concuerdan, pero Velasco decía que Villanueva esperaba saldar sus deudas con los beneficios de una mina de oro que había descubierto cerca del Cerro; en cambio Bustamante manifestaba que esos beneficios procederían del cacao,

producto mas bien escaso en esta frontera. Se prefirió la versión de Bustamant porque en aquellas fechas vivía en Tarma y estaba familiarizado con todas las partes interesadas. "Carta del bachiller don Antonio de Velasco, vicario juez eclesiástico de la provincia de Tarma, al M.R.P. fray Félix de Como, comisario general del Perú", Tarma, 28 de febrero de 1687, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 221b, y "Testimonio del capitán Alonso Sánchez Bustamante", Los Reyes, 14 de septiembre de 1691, "Oriente Peruano", folios 167-168.

⁹⁷ Se ignora cuándo salió Robles, pero parece que fue alrededor de 1676. En marzo de 1675, Santa Rosa de Quimiri figuraba todavía en las listas oficiales de la provincia de Lima como una de sus residencias. "Expressa Numeratio Religiosorum qui vulgo Criolli nominantur in Provincia Limana", marzo de 1675, AGOM, Instrumenta Limae, XI/12, folio 34b. Pero sin duda alguna, en junio de 1676 Quimiri había pasado en manos del pastor de Huancabamba. "Petición del bachiller Ignacio Gutiérrez, cura del Cerro de la Sal, al conde de Castellar, virrey del Perú, sobre su salario, año de 1676", "Oriente Peruano", folios 341-343. El virrey ordenó que se hiciera efectivo el pago de este sueldo en junio de 1676. "Decreto del conde de Castellar sobre el salario", Lima, 22 de junio de 1676, *Ibid.*, folio 344.

⁹⁸ Biedma se había enterado por los esclavos campas de que su gente se extendía desde el Callisecas, al norte, hasta cerca del Cusco, al sur. Hoy esta información se acepta como exacta, siempre que los machiguengas, a quienes los campas califican de hermanos degenerados, se clasifican entre estos últimos. Véase "Memorial", folio 351.

⁹⁹ En el informe de Biedma al duque de la Palata, de 1683, abundan las referencias a esta tierra mítica. Al principio la identificó con el territorio de los campas. Luego ("Memorial", folio 383b) creyó que la tierra de Enim era idéntica a la que había recibido a fray Illescas y sus dos compañeros. Biedma calculó que la población de Enim llegaba a los 15,000 habitantes, muchos de los cuales ya habían sido convertidos por Illescas. Véase "Memorial", folios 349, 352, 353b, 382, 383b y 389.

¹⁰⁰ Tena, op. cit., p. 167.

¹⁰¹ El misionero se trasladó primero de Huamanga a Huanta, y de allí por Tambo, al río Pampas, donde se embarcó y navegó durante ocho días. Al ver que esta ruta era interminable, Biedma volvió a trazar su camino y trató por segunda vez de atravesar Viscatán. Esta ruta también fracasó y probó una vez más cruzar Chiquiac, entonces conocido por el nombre de Cochengara, pero tampoco logró su propósito y comprendió que su única esperanza era regresar a Comas ("Memorial", folio 388), Raimondi, op. cit., II, 212, quien también recorrió de manera considerable esta misma zona, comenta con estas palabras los viajes de Biedma: "Asombra el valor de este impertérrito P. Biedma penetrar... puede juzgar los trabajos, privaciones y peligros de todas clases que ofrecen". Es curioso que Raimondi creyera

que Biedma, con todas esas intentonas, pretendía volver a la misión de Santa Cruz, la que nunca había estado realmente unida a él, si bien en unas páginas anteriores (*op. cit.*, II, 215) habla del interés de Biedma en los numerosos pobladores de Apo Paro o Ucayali y sus tentativas por llegar allí.

¹⁰² El sueldo real era de 152 pesos anuales. "Carta del padre fray Manuel de Biedma al M.R.P. fray Feliz de Como", Comas, noviembre 23 de 1685. AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 138.

¹⁰³ Biedma, "Memorial" folio 389. Fuente es el autor de la obra titulada *De lo bueno, lo mejor, gobierno espiritual político*. (2 vols., Lima, Joseph de Contreras Alvarado, 1693). Dos volúmenes de citas.

¹⁰⁴ Tena, *op. cit.*, p. 177.

¹⁰⁵ Durante el primer período de su obra entre los campos de Jauja, Biedma sólo había bautizado a 183 indígenas adultos. Al regresar se encontró que únicamente vivían 40 de ellos, la mayoría de los cuales seguían siendo fieles a la religión. A juicio de Biedma, este resultado justificaba su política de no bautizar a los indios hasta después de un prolongado período de instrucción y otro de prueba de un año o más. "Memorial", folio 388.

¹⁰⁶ Esta misión, que constaba de unas 130 personas, estaba situada a una distancia de tres días de viaje desde Andamarca. En sus cercanías se encontraba un lugar llamado Misquipuguio, donde Biedma empezó la cría de ganado para las misiones. En 1686 este hato excedía de 100 cabezas de bovinos y una docena de mulas. "Carta del padre fray Manuel de Biedma al padre procurador", Andamarca, año de 1686, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 141. El capitán Rojas indica el lugar de los pastos. "Testimonio del capitán Francisco Rojas y Guzmán", Lima, 12 de noviembre de 1691, "Oriente Peruano", folio 205.

¹⁰⁷ En 1686 había cerca de 100 indios en esta misión. "Carta del padre fray Manuel de Biedma al M.R.P. fray Feliz de Como". Sonomoro, camino de Perené, 13 de abril de 1687, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 159b. Chavini se llamaba también Sabini.

¹⁰⁸ Bernardino Izaguirre, *Historia de las misiones franciscanas en el oriente del Perú* (14 vols., Lima, 1922-1929), I, 248. La obra monumental de Izaguirre no es en realidad una historia sino más bien una colección de documentos, a menudo publicados sin ningún comentario o explicación. La labor de ordenar y resumir este voluminoso material (y de lo que pasó inadvertido a Izaguirre) está todavía por hacer, y sin la cual el lector no podrá formarse una idea clara de lo que hicieron los frailes, y especialmente por qué lo hicieron.

¹⁰⁹ "Relación e informe por el padre predicador fray Manuel de Biedma, presidente de la Conversión de Nuestra Señora de los Angeles de Campas y cura de la doctrina de Comas, sobre el feliz descubrimiento y entrada que se hizo el año de 1685 en dicha conversión", en *Colección de documentos que apoyan el alegato de Bolivia en el juicio arbitral con la república*

del Perú, II (Buenos Aires, 1906), 319 f. En adelante se citará el documento como "Informe - Biedma".

¹¹⁰ Además de numerosos trabajadores indígenas figuraba en el grupo el corregidor, Biedma, el capitán Francisco de la Fuente con dos esclavos negros, su empleado Juan Alvarez, dos sobrinos de Biedma, el donado Pedro Laureano, fray Juan de Vargas Machuca y fray Juan de Navarrete.

¹¹¹ Testimonio de Juan Alvarez, "San Gerónimo de Tunán, 8 de febrero de 1687, "Oriente Peruano", folios 32-33.

¹¹² No se ha hallado una explicación de este repentino interés de los cunibos en los misioneros, pues no era la primera vez que los franciscanos entraban en contacto con los indios, con la intención de convertirlos al cristianismo. Fray Rodrigo Basabil, quien trabajó activamente en las misiones entre los panoanos desde 1664, dice que una de estas serias tentativas se hizo en 1659 y más adelante se procedió a otra. En ninguna de estas ocasiones mostraron interés los cunibos. "Testimonio del padre fray Rodrigo Basabil", San Gerónimo de Tunán, 6 de febrero de 1687, "Oriente Peruano", folio 23. Ricaurte Ortega sugiere que esta buena acogida recibida por los misioneros en 1685 obedece posiblemente a que el temor de las correrías de los portugueses hizo comprender a estos indígenas la necesidad de cierta protección (Véase Ricaurte Ortega, *op. cit.* 231). Y es muy posible que así hubiera ocurrido, pues ya en 1681 Biedma había prometido a los indios "de adentro" que los protegerías contra los españoles "de abajo" ("Memorial", folio 382b), pero escrita a mano, al margen, se encuentra la anotación "portugueses", frente al término "españoles".

¹¹³ "Carta de padre fray Antonio Vital al M.R.P. fray Feliz de Como", pueblo de San Miguel, 10 de octubre de 1686, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 185.

¹¹⁴ Naturalmente, los miembros de la expedición prepararon informes sobre el viaje, y la información que figura en el texto procede de ellos. "Testimonio del Hermano Juan de Navarrete", San Gerónimo de Tumán. 8 de febrero de 1687 "Oriente Peruano", folios 32-33. Pedro Laureano, aunque sabía escribir, lo hacía con cierta dificultad, y su informe está incorporado en "Informe-Biedma", pp. 319-328.

¹¹⁵ "Carta del padre fray Feliz de Como a s.m. Lima", febrero 15, 1686, *Colección de documentos que apoyan el alegato de Bolivia en el juicio arbitral con la república del Perú*, II (Buenos Aires, 1906), 317-319.

¹¹⁶ "... si estos consiguen la gloria de derramar su sangre por la extensión y exaltación de nuestra fe, se pierden infinidad de almas que pudieran merecer alabar eternamente a su Criador... ", "Carta del padre fray Manuel de Biedma al M.R.P. fray Feliz de Como", Comas, diciembre 23 de 1685, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 137. Estos planes se mencionan también en la "Carta del padre fray Manuel de Biedma al M.R.P.

fray Feliz Como", Andamarca, 25 de marzo de 1686, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folios 140-141. Al margen de la carta anterior, Como escribió unas notas para que sirvieran de guía a su secretario en la contestación: "El punto de la posesión del Cerro de la Sal *ha sido siempre mi dictamen*, que era medio más oportuno para la conquista espiritual y temporal de tantos gentiles que dependen del. Si no hubiera sucedido la deposición del conde, mi señor, es sin duda que su excelencia lo hubiera executado..." El conde que se menciona es el de Castellar, quien había sido depuesto del cargo de virrey del Perú, en 1678. Más adelante quedó eximido de todas las imputaciones, pero ya no volvió a ocupar el cargo. El simple hecho de que Como manifieste que si Castellar no hubiera sido depuesto, el Cerro habría sido tomado, demuestra claramente, a nuestro entender, que Como no consideraba que el duque de la Palata se inclinó a favor de ese proyecto. De ahí que, probablemente, Izaguirre se equivoca al afirmar que el extenso informe de los franciscanos en 1678 sobre la importancia del Cerro, en cualquier plan para dominar y poblar el valle de Tarma, tenía por objeto redimir la memoria de Robles, lo que poco se necesitaba, y en cambio daba la impresión de que este informe tenía la finalidad mucho más importante de disipar las dudas del virrey, el conde de la Palata. Véase Bernardino Izaguirre, "Las misiones del Cerro de la Sal", *Revista del Archivo Nacional del Perú*, II, 1921, 391-410.

¹¹⁷ "Patente del M.R.P. fray Feliz de Como a todos los frailes de la provincia de los Doce Apóstoles", Lima, 19 de diciembre de 1685. AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folios 165-166.

¹¹⁸ Entre otras cosas este dinero se destinaría a la obtención de "herramientas, hachas, cuchillos, cascabeles, chaquiras, etc." "Certificación del pago de 3,000 pesos a favor de los frailes misioneros, hecho por Cristóbal Ramírez Izquierdo", Lima 22 de marzo de 1686, "Oriente Peruano", folio 49.

¹¹⁹ Las autoridades reales no deseaban desembolsar ninguna cantidad y sugirieron que se redujera la magnitud de la expedición. Finalmente añadieron 1,000 pesos más, aunque de mala gana. Tal vez más adelante esta circunstancia disminuyó el entusiasmo de las propias autoridades por defender los derechos de su jurisdicción frente a las usurpaciones de los hombres de Quito. De esta manera, naturalmente, el gobierno de Lima podía hacer ciertas economías y permitir que Quito se hiciera cargo del coste de las misiones del Ucayali, pero esta actitud casi costó al Perú moderno toda la zona de la montaña. Véase "Certificación del pago de 1,000 pesos a favor de los frailes misioneros", Lima, 10 de agosto de 1686, "Oriente Peruano", folio 54.

¹²⁰ "Carta del padre fray Manuel de Biedma al padre procurador de las conversiones", Andamarca, año de 1686, AGOM, Misiones Peruviae, XI/39, folio 141.

¹²¹ Según las listas oficiales, la expedición constaba de 24 personas.

En realidad había por lo menos algunas más: 14 soldados, con su capitán, seis franciscanos, dos donados, tres capitanes de frontera voluntarios, dos esclavos negros, el intérprete indio, Alonso, de las misiones de Panataguas. Originalmente el jefe militar del grupo fue el capitán Francisco de Rojas Guzmán, pero se enfermó en Concepción, precisamente en el momento en que los soldados se disponían a salir hacia la frontera, y se nombró al capitán Juan de Huerta para que lo sustituyera. Pero Rojas se restableció a tiempo para unirse a la expedición antes de embarcar en San Luis, como voluntario sin remuneración. Su experiencia en cuestiones de la frontera era considerable, y sus escritos son muy provechosos para el historiador. Casi todos los miembros de la expedición llevaron una relación de algún momento, que luego se presentó al gobernador, pero Rojas, utilizando su minucioso diario como fuente, escribió la descripción mejor y más extensa. Véase "Testimonio del capitán Francisco Rojas Guzmán", Lima, 12 de noviembre de 1691, "Oriente Peruano", folio 203-261. En el presente trabajo se ha utilizado, en gran parte, la relación de Rojas.

¹²² El nombramiento de fray Francisco de Huerta, como jefe de esta importante expedición, constituye un enigma. Es cierto que los superiores franciscanos habían quedado descontentos con la utilización imprudente de indios de la montaña por Biedma para construir su camino. Pero de todos modos, Huerta no poseía experiencia misionera en el sector de Jauja-Tarma, pues sólo había trabajado unos años en los panatahuas. La decisión de Huerta de no permitir siquiera que lo acompañara Biedma, hace pensar que refleja las características actitudes irracionales de la lucha de la alternativa, que en Lima estaba llegando a la cúspide. El 5 de enero de 1686, fray Feliz de Como estableció, por presión, el sistema de la alternativa. (Véase, Joseph de Mugaburu; *Diario de Lima*; Lima, 1936, II, 248. También Antonine Tibesar, "The Alternative" *The Americas*, enero de 1955, XI, 229-283. Huerta era un peninsular, Biedma un criollo, y los capitanes militares también eran criollos, y pidieron por escrito que Biedma se uniera a la expedición. Y así fue. Durante la expedición Huerta demostró su terquedad, sin prestar atención alguna a los consejos de los capitanes más expertos. Cuando los acontecimientos de la aldea de los cunibos obligó a que alguien regresara a Lima, inmediatamente, para informar a las autoridades, los capitanes votaron en favor de que fuera Huerta. Entonces se votó que Biedma lo sustituyera en la aldea. Los informes de Huerta a Como se encuentran en AGOM, "Misiones Peruviae", XI/39, folios 1-9; 150-152; 179.

¹²³ Biedma no siempre fue acogido. En una aldea Mochobo le rechazaron sus regalos e incluso los naturales del lugar advirtieron a los cunibos que estuvieran alerta contra los españoles "quienes un día ofrecen regalos y al día siguiente privan de la libertad". Esta asombrosa conciencia de la libertad personal sorprendió a Biedma. Y sin embargo, desde los tiempos

de Colón los indígenas fueron los primeros americanos que murieron en defensa de su libertad personal. En el Perú central los franciscanos se enfrentaban con la actitud de: "*¡bautismo sí, la mita, no!*" Al parecer, nadie ha investigado los orígenes de esta actitud entre las tribus aisladas de la montaña. Indudablemente, uno de los factores de su persistencia, si no su origen, debe haber sido los fugitivos del Perú español, habitantes oscuros de las selvas que preferían la muerte antes que acatar las normas españolas en cualquier forma.

Por fortuna, después de salir de la aldea Mochobo, Biedma se encontró con un cacique amigable, Quebruno, jefe de un asentamiento mixto de campas y cunibos. El cacique deseaba que los frailes se quedaran con él. Le entregaron herramientas y le prometieron fundar una misión si cultivaba los campos y construía una aldea. Así lo hizo, y su asentamiento se convirtió en la misión de San José.

¹²⁴ Entre los que dieron una buena acogida al grupo de Lima figuraba un indio de Quito llamado Lorenzo "casi vuelto gentil". Testimonio del capitán don Bartolomé Veraún. Tarma, 30 de junio de 1691 en "Oriente Peruano", folio 128. Lorenzo se encontraba muy lejos de su lugar de origen, pero al parecer nadie le preguntó a este respecto. La llegada de los jesuitas a los cunibos descrita por los indios de San Miguel, los catequistas omaguas, y posteriormente por fray Vital, informado por el propio Richter, es de una curiosa coincidencia. Los cunibos estaban acostumbrados a trasladarse todos los años a Laguna para permutar por sal cautivos y otro botín reunido en sus correrías en otras tribus. Ocurrió que un viaje había tenido lugar a fines de 1685, y mientras estaban en Laguna los cunibos hablaron de la llegada del grupo franciscano de Lima a principios de año. Esta noticia movió a los jesuitas a emprender la marcha en un momento posiblemente prematuro.

¹²⁵ Manuel Rodríguez, *El Marañón y Amazonas*; Madrid, 1684, afirma que el padre Lorenzo Lucero, en 1681 superior de Gran Cocama, creía que muchos miles de indios refugiados de la conquista de Pizarro habitaban a lo largo de los ríos de la montaña. No residían en un reino unido de Enim o Paytiti, como creía Biedma, sino "en unas rancherías continuadas". En realidad, Lucero había viajado aguas arriba del gran río (¿Ucayali?) durante 30 días y calculó la población indígena en 100,000 habitantes. "Ahora (1681) apliqué su conato el colegio... de Quito para enviar operarios... a las naciones descubiertas, descendientes de las Cuscos" (p. 443). El plan de Lucero tuvo que esperar, puesto que en 1681 sólo había cuatro jesuitas en Gran Cocama; no podía prescindirse de nadie. El panorama cambió en 1685 cuando Samuel Fritz, S.J. y Enrique (Heinrich) Richter llegaron al lugar. Según parece, sin consultar con el superior de los jesuitas de Quito (representación del P. Joan Martínez Rubio, rector del colegio de la Compañía de Quito y de las misiones del Marañón; al virrey del Perú, año de 1686 (?), "Oriente Peruano", folio 4v), se tomó la decisión en Laguna de

enviar a Richter, el escolástico Herrera y los dos omaguas con los mercaderes cunibos que regresaban. Richter no poseía experiencia ni estaba capacitado para la obra misionera de esa zona.

¹²⁶ Declaración del capitán Francisco Rojas y Guzmán. "Oriente Peruano", folio 224.

¹²⁷ Carta del capitán Francisco de la Fuente al corregidor de Jauja, don Francisco Delso. San Miguel de los cunibos, 18 de setiembre de 1686. *AGOM*, Mis. Per. XI/39, folios 154 y 155. Las relaciones de los demás miembros de la expedición encontradas en "Oriente Peruano" confirman la información de Fuente.

¹²⁸ Certificación del capitán Francisco de la Fuente con los testigos del capitán Bartolomé Veraún y capitán Francisco Rojas y Guzmán, 4 de setiembre de 1686. "Oriente Peruano", folio 25.

¹²⁹ Rojas, relación, "Oriente Peruano", folio 231. También, relación de fray Francisco de Huerta. "Oriente Peruano", folio 314. Los dos muchachos cunibos sólo llegaron a Concepción en la provincia de Jauja, donde murió uno de ellos y el otro regresó más tarde para reunirse con sus gentes.

¹³⁰ Todas las razones alegadas fueron escritas minuciosamente y firmadas en debida forma para que el registro quedara bien claro. Testimonio de las razones por las que los frailes y capitanes salieron de San Miguel de los Cunibos. San Miguel, 20 de octubre de 1686. "Oriente Peruano", folios 26-27. Los signatarios fueron: Fray Manuel de Biedma, Fray Antonio Vital, fray Pedro Alvarez, fray Juan de Navarrete, y los capitanes Juan de Huerta Salzedo, Juan Joseph de los Ríos, Gerónimo Linares, Francisco de la Fuente, Francisco de Rojas y Guzmán, Joseph de Herrera, Pedro Castilla y Pedro Belasco.

¹³¹ Declaración Rojas, "Oriente Peruano", folio 235.

¹³² El área que cultivaba Quebruno era asombrosamente considerable. Se extendía por el río Ucayali (fértiles llanos?). Los campos de cultivo tenían una extensión de dos cuadras de anchura por 12 de longitud. En la orilla opuesta del río habían otros campos similares. *Ibid.*, folio 242. Antes de salir de San José, el capitán Rojas entregó a fr. Vital un pequeño vocabulario y gramática que él mismo había preparado. *Ibid.*, folio 243.

¹³³ *Ibid.*

¹³⁴ *Ibid.*, folio 253. Lorenzo, el indio de Quito, aseguraba que sabía cultivar trigo.

¹³⁵ Después de los acostumbrados años de demora, debido a la necesidad de consultar a España, la decisión final fue contraria a los franciscanos.

No se sabe bien en qué se basó esta decisión en 1687. El 15 de marzo de 1687, fray Francisco de Arizmendi, procurador de las conversiones de San Francisco, pidió al virrey de Lima que adjudicara San Miguel de los Cunibos, a los franciscanos y que los jesuitas se limitaran al Gran Cocama en Maynas. Petición de fray Francisco de Arizmendi. Lima, 15 de marzo

de 1687 en "Oriente Peruano", folio 36. El fiscal de la audiencia respondió el 14 de abril, del mismo año, diciendo que la cuestión no podía decidirse porque en aquellas fechas los jesuitas no habían presentado todavía su mapa. Véase parecer del fiscal, Lima, 14 de abril de 1687 en *Ibid.*, folio 37. Sin embargo, el 30 de abril del propio año (transcurridas sólo dos semanas y dos días) el real acuerdo dispuso no conceder San Miguel a los franciscanos, decisión que fue confirmada en una reunión del real acuerdo de 24 de mayo de 1687. Testimonio auténtico de la provisión del real acuerdo de justicia en que se señalan los términos y jurisdicciones de... las dos religiones de San Francisco de Lima y la Compañía de Jesús de Quito, en *Colección de documentos que apoyan el alegato de Bolivia en el juicio arbitral con la república del Perú*, II, 360. En el mes de mayo no había indicación alguna de que se hubiera recibido el mapa de los jesuitas. Al parecer, por esta fecha el mapa de los franciscanos ya había sido proporcionado, su autor probablemente fue el capitán Francisco Rojas Guzmán, quien manifestó que había preparado uno, y todos los demás estuvieron de acuerdo. Testimonio del capitán Francisco Rojas y Guzmán. Lima, 1 de marzo de 1687, en "Oriente Peruano", folio 34. Utilizamos dicho mapa hace muchos años. Se conservaba en la mapoteca del ministerio de asuntos extranjeros de Lima, Serie E., número 9. El mapa contiene algunas interesantes notas manuscritas: "el Río Xení donde mataron al padre de la Compañía", "Campas... donde mataron a nuestros Hermanos" (¿Izquierdo y sus compañeros de Quito?). Este mapa muestra también las misiones agustinianas cercanas a Huanta. Recientemente se solicitó examinar este mapa, pero sólo se obtuvo una copia mal hecha y sin las anotaciones.

El decreto de Lima de 1687 fue confirmado por el Consejo de Indias el 2 de abril de 1691. Al mismo tiempo la audiencia de Lima fue reprochada por haber adjudicado 3,000 pesos a los franciscanos (sin autorización), para equipar sus expediciones a los cunibos. Véase *Alegato de Bolivia* II., 361 y 362. Esta reprimenda ayuda a comprender el motivo de la decisión del consejo: dinero en lugar de mapas. En efecto, si los jesuitas de Quito podían financiar la misión de los cunibos, que lo hicieran; los franciscanos de Lima que no poseían rentas, debían quedarse donde estaban.

Con el transcurso del tiempo los jesuitas ofrecieron mapas, el de Samuel Fritz de 1689 y 1691. George Woodson considera que estos mapas están plagados de errores manifiestos y exageraciones. Véase su *Journal of the travels and labours of father Samuel Fritz in the river of the Amazonas between 1688 and 1723* (Hakluyt Society, Serie II., volumen II), [Londres, 1922], página 148.

Algunas de las cartas del padre Richter referentes a la cuestión de los cunibos, fueron publicadas por Don Rubén Vargas Ugarte, S.J., *Manuscritos peruanos en las bibliotecas de América*; Buenos Aires, 1945, página 316 f. Parece ser que Richter era un misionero que confiaba en los métodos de mano dura para dominar a los indios. En 1695 los piros le dieron muerte.

La expedición punitiva de Quito con 19 soldados españoles y 77 auxiliares indios en 1698 quedó totalmente destruida. Así terminó la campaña para unir las misiones jesuitas de Maynas, con las misiones bolivianas. En 1736 los franciscanos de Lima renovarían sus esfuerzos. Woodson, *op. cit.* II. 104f.

¹³⁶ El plan de Como figura en "Puntos que se han de pedir al real gobierno para que con todos fundamentos se haga la entrada a los indios infieles Andes" AGOM, Mss. Peruv. XI/39, folios 225-228. El plan era demasiado idealista para que se plasmara en realidad. Evidentemente fue sometido a la decisión final del Consejo de Indias, el cual, a su vez, la remitió a fray Juan de Chumillas, comisario general de las Indias, para que expresara su opinión. Chumillas era natural de lo que hoy es el Ecuador. El 15 de noviembre de 1690 Chumillas escribía al consejo que "bien puede el padre fray Félix lograr su zelo aplicándose como súbdito a cualquiera de las conversiones..." *Alegato de Bolivia*, I. 380. Cuando el consejo le hizo nueva presión, Chumillas, el 10 de diciembre de 1691 contestó que Como debía ser enviado de regreso a España. El consejo estuvo de acuerdo. El sucesor de Como ya se encontraba en el Perú. AGI, Lima 305. Indudablemente la orden de regreso de Como nunca llegó, pues en 1704 todavía actuaba en Lima.

El plan de Como demostró que, por lo menos, él comprendía la enorme tarea que los franciscanos habían emprendido. El éxito de la empresa presuponía una gran inversión en dinero, hombres y suministros.

¹³⁷ Algunos de los suministros para Biedma fueron los siguientes: "...catorce pesos de quesos, seis costales de biscocho, una media de chufio, una media de quinua, una media de alberjas, dos arrobas de azúcar, cuatro libras de yerba, una botija de vino, una batijuela de aguardiente, media botija de miel, catorce costales, quascas nuevas, fanega y media de maíz, reja para decir misa, un cañuto de aceite de María..." Fray Joseph de Rivera a Como, Comas, 18 de marzo de 1687. AGOM, Miss. Peruv. XI/39, folios 181-182.

¹³⁸ Biedma escribía a fr. Como en los siguientes términos: "Por amor de Dios... me socorra con unos cañutos de aceite de María que con continuas parches en el estómago vivo y un poco de ron... pues no pude coger la pluma para escribir a vuestra reverendísima..." *Ibid.*, folio 159.

¹³⁹ Biedma construyó un puente de 61 varas sobre el río Mazamarique en 12 días, motivado por el deseo de relevar a fray Antonio Vital, quien se había quedado en San José en el río Ucayali, en octubre de 1686. Manuel de Biedma a Feliz de Como, 22 de abril de 1687. AGOM, Miss. Peruv. XI/39, folios 162-163.

¹⁴⁰ Este intento de emboscada enervó a algunos de los compañeros de Biedma. Cuatro de sus seis soldados quisieron abandonarlo (y no se sabe a ciencia cierta si se quedaron). Incluso Juan Benítez, el negro liberto, que había acompañado a Biedma en todas sus entradas anteriores, se fue (Biedma

sintió su ausencia, especialmente porque era un experto en cultivar y curar tabaco). Biedma había pedido a sus viejos amigos los capitanes Fuente y Veraún, que le acompañaran, pero no pudieron hacerlo. Ambos eran hombres que conocían muy bien la frontera, y su experiencia hizo una gran falta.

¹⁴¹ La expedición estuvo formada, en parte, por fray Manuel de Biedma, fray Juan de Vargas Machuca, fray Joseph de Soto, fray Pedro Alvarez, Pedro Laureano, donado, Marcos, un negro libre de la tercera orden, Matías Basilio, mestizo, un cunibo y un niño campa de cinco o seis años. El conito era el que sobrevivió de los dos que acompañaron a fray Huerta en 1686, y había pasado el invierno en la provincia de Jauja. No se mencionan soldados como parte de la expedición, pero Biedma, por cuenta propia había contratado seis como guardias.

A juzgar por esta lista, parece que Biedma consideró como cosa de rutina este viaje de reabastecimiento. Después del acontecimiento, sus compañeros manifestaron que habían percibido numerosas señales de desasosiego entre los indígenas. En este caso, el cambio de actitud de los indígenas no debió de originarse quizá con Biedma sino con la actividad de Richter. Cuando fray Antonio Vital (cuya *relación* se publica en el presente volumen) llegó a Laguna más adelante, en 1687, observó la presencia de indios del alto Ucayali (Richter denomina a algunos de ellos "piros rebeldes", quienes habían sido transportados a esta alejada misión, y de la que les sería muy difícil regresar a sus respectivas tribus. Conviene advertir que los piros tomaron la iniciativa de la emboscada en que pereció Biedma.

¹⁴² En julio comenzaba la época de recoger sal en el Cerro, y los ríos estaban muy transitados, razón por la cual la noticia de la masacre se iba a propagar rápidamente. No se sabe de que hubiera supervivientes, por eso no existe ninguna narración de testigos presenciales. Se dice que Biedma murió cuando trataba de proteger al niño cunibo de los golpes de macana.

¹⁴³ Como pidió este traslado el 23 de marzo de 1689, Liñán y Cisneros adjudicó no sólo Huancabamba sino también sus *anejos* Quimiri, y el Cerro de la Sal. El salario anual era de 578 pesos y un real. En Huancabamba habitaban unas 18 ó 20 familias de amages, gente de montaña, y más de 100 en Quimiri y el Cerro. El documento referente a este traslado figura en "Oriente Peruano", folios 65-86b.

¹⁴⁴ Fray Basilio Pons era natural de Castellón de la Plana, cerca de Valencia. Se ofreció voluntario para trasladarse a México y entrar en el colegio de misiones de Querétaro, que en aquellas fechas estaba creando Margil. Mientras esperaba en Cádiz para embarcarse hacia México, fr. Antonio Llinás lo seleccionó, junto con fr. Francisco Castellanos, para que encabezaran un grupo de 63 frailes que se dirigirían al Perú, para formar parte de la alternativa y las misiones. (Ambos temas fueron discutidos repetidas veces en el Consejo de Indias en el decenio de 1680. En aquella época sólo había 60 frailes españoles, en comparación con 291 criollos en la provincia de Lima. El consejo quería enviar 100 españoles pero no lo consiguió.

Minutas del Consejo de Indias, 10 de julio de 1684. AGI, Lima 12). Llinás nombró a Pons secretario general de las misiones, título muy raro (Véase Manuel Pazos, *De Padre Antonio Llinás*, [Vich, 1936] pp. 76 y 89).

Pons y sus compañeros, después de haberse librado, por poco, de la captura por los piratas ingleses en Paita, entraron en Lima el 22 de mayo de 1686. (La actividad de Pons para las misiones se describe en *Breve recopilación de la vida y muerte de... p. fr. Basilio Pons... por fr. Francisco Beltrán*. Fray Luis Arroyo cita esta biografía. *Comisarios generales del Perú*; Madrid, 1950, p. 268, nota 292. Arroyo dice que la biografía consta de 332 páginas. En realidad consiste en 23 folios y es el primer documento de un volumen titulado "Documentos de Ocopa" que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Lima (BNL).

¹⁴⁵ Memorial de los padres franciscanos sobre el Cerro de la Sal. Lima, 27 de noviembre de 1690. AGOM, Miss. Peruv., XI/39, folios 227-235.

¹⁴⁶ El 1 de marzo de 1689 Pons había fundado el primer colegio de misiones en el Perú, en Huaraz, San Sebastián de Huaraz. El 3 de febrero del mismo año había sido designado sucesor de Como, en el cargo de comisario general del Perú; tomó posesión el 22 de marzo de 1690. Este nombramiento ofreció la oportunidad a Pons de fomentar la fundación de colegios de misiones. Al parecer, inició rápidamente las gestiones en ese sentido. El 10 de enero de 1692 informaba que ya había iniciado instituciones de esta clase en las provincias de Lima, Quito, Santa Fe de Bogotá y Charcas (Cusco). Véase ASFL, Sesiones Definitoriales, I, folio 58b. (Pons presidió esta reunión y su informe fue incorporado en las actas oficiales). Hacia fines de 1692, se había fundado otro en el Paraguay. (Patente del... fray Basilio Pons exortatoria para que los religiosos se alienten a ir al colegio seminario de Nuestra Señora de los Angeles de Paraguay, en *Patentes de los Padres Comisarios Generales del Perú*, Lima, bóveda Nº 5-12, folio 178f). Nunca hemos visto esta importante fuente citada por algún autor. A fines de 1692, Pons se encontraba en Tucumán, de regreso a su país. El 10 de enero de 1693 eligió el convento de San Francisco del Monte, en aquel tiempo en las afueras de Santiago de Chile, para que fuera el colegio de misiones de esa zona. Roberto Lagos, *Historia de las misiones del colegio de Chillán*, I, 93f, se muestra sorprendido de que al cabo de cinco años el convento del Monte dejara de ser un colegio de misiones. La respuesta se halla en una real cédula de 24 de julio de 1696, ordenando al virrey del Perú que destruyera todos los seminarios fundados por los franciscanos; el decreto manifestaba que estos seminarios se habían iniciado sin la real autorización. (Véase Juan Joseph Matraya y Ricci, *El Moralista Filaethico Americano*, I, [Lima, 1819] 278 f.). El autor posee copias de la real cédula aprobando, de manera expresa, la fundación del seminario de Huaraz, Cusco y Pomasqui en Quito. Según parece, fue un caso burocrático en que la mano derecha ignoraba lo que estaba haciendo la izquierda. El decreto de 1696 entró en vigor y la iniciativa de Pons quedó anulada.

¹⁴⁷ Patente de unión con esta santa provincia y la congregación de apostólicos conservadores que se instituyó en Lima por... Basilio Pons, Lima, 3 de diciembre de 1693; en "patentes de los padres comisarios generales del Perú", ministerio de relaciones exteriores, Lima, bóveda N° 5-12, folios 292-295. Una fuente de fondos estable para las misiones era de suma importancia, pues los franciscanos constituían la única orden carente de riquezas. Sin una seguridad monetaria era simplemente imposible planear la obra misionera.

¹⁴⁸ Tena, *Misiones*, pp. 155-159.

¹⁴⁹ Testimonio del general don Fernando de Espinosa y Pastrana. Los Reyes, 14 de diciembre de 1691 en "Oriente Peruano", folios 263-265. Este general había sido corregidor de Tarma en 1688 y 1689. Expresó la opinión de que "el mestizo teniente de comisión aniquila a los pobres indios". De los testimonios del "Oriente Peruano" se deduce que los corregidores de Tarma y Jauja estaban acostumbrados a delegar autoridad sobre la región de frontera propiamente dicha, en un teniente de esta clase, generalmente un mestizo con escasa supervisión.

¹⁵⁰ Testimonio de Pablo Guamán Yauri. Los Reyes, 14 de diciembre de 1691, en "Oriente Peruano", folios 265-266. Pablo era un indio fugitivo que se había escapado de un *obraje* de Paucartambo a la montaña. Allí había vivido en dos aldeas fundadas por otros fugitivos; una de ellas tenía unos 140 habitantes, y la otra unos 60. Ocasionalmente iba a Huancabamba a recibir los sacramentos. Fue capturado en una incursión a la sierra para obtener carne. El testimonio de Pablo fue confirmado por Juan Roque Ticllavilca, natural de Paucartambo. Se había ido a la montaña en busca de su padre que se había fugado de un obraje. Había allí numerosas aldeas fundadas por fugitivos. Como el padre de Juan Roque había muerto, se escapó a Lima, donde trabajaba en la tienda de Joseph de la Cruz en la calle de la Merced. *Ibid.*, folios 266-267.

¹⁵¹ Testimonio del capitán don Alonso Sánchez de Bustamante. Los Reyes, 14 de setiembre de 1691. "Oriente Peruano", folios 159-178. Este soldado había servido durante muchos años en la frontera, y participado en varias entradas. Conocía bien a una serie de tenientes de comisión, y los métodos que empleaba.

¹⁵² Testimonio del maestre de campo don Joseph de Rozas. Los Reyes, 14 de diciembre de 1691. "Oriente Peruano", folios 262-263. Era tío de los corregidores de Tarma y Jauja. Por largo tiempo se negó a servir de testigo. Finalmente accedió, pero con cierta resistencia. Admitió, bajo juramento, que en la frontera se hacía poca justicia, y que una jurisdicción por separado beneficiaría a los indígenas.

¹⁵³ Los frailes eligieron a don Juan Ramírez, como capitán de la milicia reclutada, para proteger a los misioneros. Tena, op. cit., pp. 156-158. Ramírez iba a tener 14 hombres a sus órdenes.

¹⁵⁴ Carta del difinitorio de San Francisco al virrey. Lima, 4 de febrero de 1692. "Oriente Peruano", folio 340.

¹⁵⁵ No hemos podido localizar ningún documento referente a la muerte de estos frailes. Sus nombres figuran en Pedro González Agüeros, *Colección General*, y, en "Memoria de los muchos religiosos sacerdotes, legos, donados, terceros que han muerto por la fee", en Documentos de Ocopa, folios 205-209.

¹⁵⁶ ASFL, Sesiones definitoriales I., folios 116-117.

¹⁵⁷ Real cédula sobre misiones. Madrid, 12 de marzo de 1718, en *Juicio de límites entre el Perú y Bolivia: prueba peruana presentada... por Victor H. Maúrtua* (Barcelona, 1906) XII, 269.

¹⁵⁸ Carta del p. Enrique Richter, S.J., al p. Francisco Viva, S.J., en Rubén Vargas Ugarte, *Manuscritos peruanos en las bibliotecas de América*; Buenos Aires, 1945, p. 348.

¹⁵⁹ Carta del p. fray Juan de Baños, procurador general de las misiones a s.m. Lima, 12 de octubre de 1698. A.G.I., Lima, 336.

¹⁶⁰ Tabulae capitulares de la Provincia de los Doce Apóstoles de Lima, años de 1686-1725. ASFL, Registro 3, parte 5.

RELACION DE FRAY MANUEL BIEDMA AL VIRREY MARQUES DE LA PALATA

Excelentísimo señor:

Miércoles pasado ocho de abril de este presente año de 1682 se sirvió vuestra excelencia demandarme hiciese relación del estado de las conversiones en que los religiosos de esta Provincia de los Doce Apóstoles de Lima, como hijos verdaderos del seráfico Francisco mi Padre, herederos legítimos de aquel seráfico espíritu: *non sibi soli vivere, sed et aliis proficere** (San Buenaventura, in *Vita S. Francisci*), se ocupan solicitando traer a la luz del santo evangelio la innumerable multitud de infieles, gente bárbara, que ciñen los inaccesibles montes y cerros de las montañas de este reino, que de verdad, señor, son por sus costumbres y modos de vivir poco menos que brutos; y aun algunos parecen pasar más allá de lo irracional en lo indómito de su fiereza y en la voracidad de su crueldad; pues viven solo de matar y su mayor regalo y todo su sustento es carne humana y cebarse en la sangre de sus prójimos y aun de sus mismos parientes, y si en lo humano pudiera esto acabar y resfriar el espíritu más fervoroso, es tan abrasada la caridad de los hijos del serafín ardiente, que ofrecen animosos cuanto liberales su sangre, que como de inocentes corderos labre y ablande de aquellos diamantinos pechos la dureza (S. Roberto, al c. 17 de la *Sabiduría*); o para que lo estéril de aquellos zarzales bárbaros, sea al menos rosales que en almas convertidas, copiosos riegos, de tan sagrados rubíes, den fragantes rosas para el jardín de la gloria.

Empeño era este, señor, aun para la mejor pluma arduo y la mía le confesara imposible, a no animarle el precepto de vuestra excelencia, que si debidamente obliga y rinde a mí

* "No vivir solo para sí, sino ser de provecho para los demás".

(confieso ingenuamente) con más que amoroso afecto me fuerza, empeña y facilita, asegurándose mi pequeñez y cortedad en la grandeza de vuestra excelencia, que si pudiera temer el estilo por menos atento y cortesano (pues no puede dejar de habérsele pegado mucho de lo silvestre en diez y siete años de ejercicio entre aquellos bárbaros), me alienta lo noblemente grande de vuestra excelencia, que solo quiere el alma y fin de la historia, que es la verdad concisa, como dice San Agustín y yo prometo con sencillez evangélica en todo: pues esta aprecian más los católicos oídos y estiman los nobles pechos, porque mueve, enciende y enfervoriza a que soliciten todos con santo celo y ayuden con encendida caridad a recoger la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Hacer mención, señor, de las entradas todas que han hecho los religiosos franciscanos a los gentiles bárbaros, aun para reducirlo a puntos solo fuera necesario un volumen grande; pues desde los primeros principios de estos reinos ha sido la principal atención y cuidado de mi religión seráfica deterrar las tinieblas de la gentilidad con la luz del Santo Evangelio; a que pródiga ha acudido siempre y a todas horas y desde la hora de prima con jornaleros vigilantes (S. Mateo, c. 10), que arrancando solícitos de la viña del Señor las malas hierbas que el común y antiguo enemigo había sembrado en los corazonces de tanto bárbaro idólatra, juntamente plantasen una nueva viña, una nueva iglesia, que siempre se ha ido prosperando con suma felicidad a costa de inmenso sudor y trabajo y aun de mucha sangre: pues casi no hay puerta ni entrada a los Andes y montañas que no esté fertilizada y regada con el rubí franciscano, que no como la de Abel clama venganza o pide justicia (Hebreos, 12, 24), sí solicita piadosa e insta ferviente (como la de Cristo Redentor) perdón, luz y gracia a la sequedad del gentilismo, como se reconocerá leyendo la crónica franciscana del Perú compuesta por el reverendo padre fray Diego de Córdova y Salinas; y se hallará esta verdad en las crónicas particulares de cada provincia: en el erudito Solórzano, tomo segundo, *De iure indiarum*; en el padre José Arriaga, c. 20; en el señor obispo Gonzaga, cuarta parte; en la historia que hizo nuestro capítulo general celebrado en Toledo, año de 1633 desde el folio 72 hasta el 80; en el memorial que imprimió en Madrid el Reverendo

padre fray José Maldonado, y en otros muchos que tratan las conquistas de estos reinos.

Las conversiones que hoy tiene esta provincia de Lima son tres (fuera de las que tiene la del Cuzco y la de Quito), donde los hijos de esta provincia, con abrasado celo, cuales rayos encendidos en la fragua del amor divino continuamente hacen entradas a los infieles bárbaros, sin perder de lo ganado; antes para conservarlo mejor y darle cada día nuevos aumentos y crecer con infatigable cansancio (-Efesios, 1, 14). Recogen de diversos distritos y asperísimos parajes nuevas flores de almas, cuales abejas solícitas de la inglesia, para hacer más sabrosa y abundante la dulzura de su panal, descubren nuevas naciones, colmadas mieses con que enriquecen las trojes del cielo.

La primera y más antigua y la que sin resfriarse el calor de su abrasado fuego permanece haciendo nuevos descubrimientos, en que desahogan los ardores caritativos de su pecho, es la conversión de Panataguas, que distan de la ciudad de León de Huánuco sus primeros pueblos, veinte leguas. Empezóse el año de 1631, gobernando estos reinos el excelentísimo señor conde de Chinchón, a cuyo favor y amparo se deben no solo los principios de aquella obra, que fueron muy felices y colmados, sino también todas sus medras y creces; pues el encendido celo de aquel cristianísimo príncipe los fomentó y socorrió con largas limosnas, tomando en sí el cargo de síndico de aquella santa conversión, cuyas iglesias adornó lúcidamente con hermosas imágenes, enriqueció de ornamentos, palios, guiones, campanas; allanó la aspereza, venciendo la fragosidad de los montes con caminos, que hasta hoy trillan mulas que facilitan la conducción de los socorros, con que alentados los ministros pueden pasar adelante continuando el fervor de su espíritu en nuevas conquistas.

Las naciones que por aquella parte se han reducido son los panataguas, los carapachos, los panatos, los tiganenses, los quequiscanas, los payansos, los guataguagas y todas de diversas lenguas y asperísimos caminos. Hoy se está trabajando con la dura y proterva nación de los callisecas, que se han alzado muchas veces y han muerto cinco religiosos, y cada día lo intentan por estar en el camino y embarcación del río grande, que es puerta para todas las naciones. Hoy tiene ocho

pueblos con sus iglesias, donde todos los días se ofrece al eterno Padre la hostia mundísima de un Unigénito Hijo por la salud de los bienhechores y por el remedio de aquellas almas, que todos los días dos veces, mañana y tarde, acuden con puntualidad singular y fervorosa devoción a rezar la doctrina cristiana, y muchos en todas las fiestas principales con ardientes afectos de amor y provechosos efectos de virtud, que se conoce reciben el manjar verdadero del alma, que es la sagrada comunión, y acuden sin faltar ninguno con los religiosos a las disciplinas de lunes, miércoles y viernes, que tenemos de constituciones y muchos desean con vivas ansias el tiempo de la santa cuaresma y adviento para repetir las disciplinas todas las noches y las comuniones cada domingo y las fiestas principales.

Las almas que se han logrado y han merecido bañarse en el jardín sagrado del divino sacramento del bautismo pasan de quince mil, según una minuta que hice siendo indigno prelado de aquella santa conversión, donde alcancé aquellos apostólicos y primitivos ministros, hijos de esta provincia (de los Doce Apóstoles), que descalzos y desnudos, a costa de mucha paciencia y espera con indecibles trabajos, sudor y mucha sangre, habían sembrado, plantado y cultivado, ingeniando fuese con muy profundas raíces la virtud, religión y devoción que yo experimenté y vi en aquellos indios que antes fueron posesión del demonio. La gente que hoy tiene en ser no puedo asegurarlo, porque ha diez años que por buscar la nación en que hoy trabajo, salí de allá donde las continuas pestes minoran cada día el gentío. Trata de esta conversión la Crónica de esta provincia compuesta por el reverendo padre fray Diego de Córdova y Salinas desde el capítulo 25 hasta el 30.

La segunda conversión que tiene en ser esta provincia es la de Cajamarquilla, pues aunque se empezó la última, más, el celo del excelentísimo Conde de Castellar, con el encendido espíritu con que la fomentó y socorrió, la adelantó y puso en estado que hoy es lo más florido que tiene la provincia, donde el ardiente celo de los ministros hijos de esta provincia trabaja con mucho logro y provecho de las almas reduciéndolas a pueblos y fundando iglesias, donde acuden con encendidos afectos por el pasto espiritual de la doctrina cristiana todos los días. No puedo dar más individualidad noticia

porque no lo he visto; los ministros a quienes la tiene encargada la religión lo harán cuando se les pida.

La que sin méritos por feliz suerte me ocupo y me tiene encomendada la religión y la que ha reservado con especial providencia del cielo al patrocinio de vuestra excelencia, en que desahogue el celo de su abrasada caridad, es la tercera de Nuestra Señora de los Angeles de la nación campá, que dista cuarenta leguas de la provincia de Jauja. Sus primeros habitantes que hemos reducido a un pueblo cuyo título es Santa Cruz del Espíritu Santo (de Sonomoro); esta nación es muy dilatada y su idioma corre en lo general (aunque en algunos vocablos varían) más de cuatrocientas leguas por una y otra parte. Confina por la parte del norte con los comonomas, callisecas y cunibos, de quienes reciben gravísimas molestias, cautivan sus hijos, matan o degüellan los viejos y viejas que no les pueden servir de esclavos, por beberles su sangre revuelta en la chicha que hallan y las cabezas las llevan para muestra de su valor, porque estas y los corazones es el signo en sus casas: pues cuantas más cabezas y corazones tiene colgadas alguno, tanto es más valiente. Por la parte del sur tiene por confines a los Andes de Huanta y Huamanga, que también hablan el mismo idioma y corre más adelante hacia el Cuzco. Yo no he visto aquellas bocas, mas un religioso que fue mi primer compañero en esta conversión, por ser de la provincia del Cuzco, le mandaron lograrse su espíritu en las conversiones que tiene su provincia y haciendo entrada por Carabaya, me escribió confinaba con nosotros, porque halló en los indios de adentro noticias ciertas de nuestra fundación. A quien también alentó el fervor del excelentísimo señor conde del Castellar, socorriéndole liberal y caritativamente con cinco mil pesos y dio para guarda de los ministros capitán y soldados que fuesen escolta para que los ministros pudiesen obrar con más seguridad.

Desde el año de 1665 que asistí misionario en la nación de callisecas tuve noticias del mucho gentío que era la nación de los campas y experimenté lo dócil y apacible de sus naturales, por algunos cautivos que tenían los callisecas, que devotamente inclinados a aprender a rezar, eran los primeros en la iglesia, especialmente una india de dicha nación que catequicé y mereció el santo bautismo con seguras señales de pre-

destinada, la cual me decía que los de su nación tenían noticias de los padres y que los deseaban mucho, que fuese a enseñarles, que me recibirían con especial amor, como lo he experimentado.

Desde entonces adquirí algunos vocablos de su idioma por llevar principios, si mereciera la dicha de misionario cuando llegara el tiempo destinado por la divina providencia para descubrir tan copiosa mies y dilatada nación y para este fin y para que fuese Colón de su nación, crié desde entonces un muchacho bien pequeño que pude haber de los cautivos que tenían los callisecas, que ha salido fiel y permanente hasta hoy, predicando a los suyos la verdad de nuestra santa fe, como pudiera un ministro muy fervoroso.

También se hubo entonces otro cautivo adulto que con las especiales e individuales noticias que daba de su nación, avivaba los espíritus, siendo espuela al más tibio; a mí por lo menos lo fue y desde entonces me abrasaba en fervorosos deseos de descubrirlos, sacando al dicho indio a panataguas. En el pueblo de San Buenaventura de Tulumayo, asistiendo el día del Corpus a la procesión solemne, hizo reparo en una hermosa custodia que llevaba el sacerdote en sus manos, quien advirtiéndolo el alboroto que tenían los demás indios con el recién venido por lo que informaba y decía, acababa la procesión, le hizo llamar inquiriendo la causa del desasosiego que tenía, dijo el indio que en su tierra, más abajo de su rendían vasallaje muchas y diversas naciones con los... y de ellas, el cual traía en la cabeza y se coronaba con una y de ellas, el cual traía en la cabeza y se coronaba con una diadema de rayos de oro, a manera de la que el padre traía en sus manos. Llamaban al gran señor: unos Gabeinca, que quiere decir el poderoso inca; otros le llaman Pachecama, que dice el dueño y señor de la tierra; otros le llaman el rey Enim, atribuyéndole el dominio de las aguas, de donde toma su denominación el gran río Ene, cuyas aguas pasan rindiendo la obediencia y besando por ambas orillas las faldas de dos tan famosos comountuosos pueblos, que a la verdad no son sino ciudades, que está una frontera de otra, a manera de fuertes castillos para que no pase cosa por el río sin el examen de sus ministros. El un pueblo se llama Picha, que está a la banda izquierda del río; y a la mano derecha el otro; Masa-



Ambito geográfico de las expediciones de fray Manuel Biedma en la montaña central del Perú. Mapa de Alan Craig.



Sello de la Provincia de los Doce Apóstoles del Perú.



Representación de misioneros franciscanos expedicionando por los ríos amazónicos en improvisadas balsas. Estampa conservada en la biblioteca del convento de Ocopa.

Navegando el río Sepahua para pasar al Ucayali. Dibujo de la Biblioteca de Ocopa.



robeni o la ciudad donde habita el rey, que está pasadas dichas dos poblaciones, es tan grande que en un día entero no se puede andar y algunos dicen en tres. Vióla un religioso llamado fray Gaspar de Vera, predicador, religioso de toda verdad, gran ministro del santo Evangelio y de virtud conocida, que manifestó Dios con algunos prodigios en su muerte; el que yo vi fue que la cera con que se alumbró toda la noche su cadáver, que fueron cuatro cirios y cuatro velas de a libra y la que sirvió al entierro, que fueron ocho de cada género dicho, que puso un devoto, no mermó un adarme siquiera, de que soy testigo con otros muchos que lo admiraron. Este siervo de Dios vio por sus ojos desde la falda de la cordillera la dicha ciudad que decía era una nueva Sevilla, cuyos edificios y torres daban claras muestras probando con evidencia la soberanía y grandeza de la majestad de su dueño; no pudo por entonces arrojarle adentro, porque no convenía ni tenía orden para ello.

Sírvese el dicho rey con vajillas de oro, los platos hechos en forma de mates, el palacio donde vive le adornan hermosas colgaduras de plumas que siendo de diversas aves de varios y hermosísimos colores sobre paños de algodón entretejidas curiosamente, forman exquisitas y singulares labores y bordados, que sirven de materia a la admiración y de deleite a la vista. Los materiales le ofrecen a manera de tributo las naciones que le reconocen señor; porque unos pagan tributos en plumas y pajaritos muertos que le ofrecen en unas petaquitas curiosamente labradas de juncos y carrizos, que las he visto varias veces; otros en oro, por ser tierra de él y tenerle en abundancia, otros lo dan en flechas y de esta suerte tiene distribuida y determinada la materia del tributo según la diversidad y poder de las naciones y vasallos.

Las provincias que le tributan, de que tengo ciertas y casi palpables noticias, son los omaguas, camaguas, cunibos, campas, camparites, tomeri, sagoreni, pisiatari y los bravos araquirianos y apererianos y la gran nación de los trabas, que confinan con los españoles que hacen entradas por la tierra de arriba; y otras muchas naciones y parcialidades que no pongo por no tener la certeza de que estas obras, de quienes he experimentado y visto la gente y naturales que me han venido a ver en diversas ocasiones. Cuando fui prelado, aunque indigno de la conversión de panataguas, hice entrada

dos veces solicitando descubrir esta nación y aunque caminaba hacia el sur, que es a donde caen respecto de panataguas, nunca pude dar con ellos, porque la aspereza por aquella parte es mucha y la serranía dobladísima, y acordándome que aquel indio había dicho que distaba su nación del Cerro de la Sal doce días, que él solía de ordinario salir todos los años por sal, determiné buscarlos por esta parte y tuvo buena ocasión mi deseo, porque entonces salían seis ministros, hijos de esta provincia, a entrar a dicho cerro.

El año de 1671 concedió la obediencia a seis ministros que hiciesen entrada al Cerro de la Sal por la parte de Huanabamba, donde (aunque de paso) logró la fervorosa predicación de los religiosos copioso fruto de muchas almas, que con el santo bautismo enviaron al cielo, especialmente de angelitos y cerca de 800 almas que a instancias de su fervor se redujeron a pueblo, así de la nación de los amajes, como de los pacaries. Pasaron a ver el famoso Cerro de la Sal, que le hace maravilla del mundo o prodigio de la providencia soberana la sal que produce, sustento de toda la multitud de gente que habita aquel nuevo mundo.

Es el Cerro de la Sal un cerro, no de los mayores, a manera de loma que cría y produce a manera de mina un género de sal colorada en piedra, que a veces sale tan maciza y pura que realmente parece piedra, sin mezcla de tierra alguna; es muy sabrosa y sala mucha, y es la que más estiman los indios de adentro, porque aunque en algunas partes ha producido Dios algunas cochas o arroyos cuyas aguas son muy saladas y cocidas a puro fuego las congelan en panes de sal, quieren más la de piedra y la del Cerro de la Sal dicho, por más picante y sana. Viven en las faldas de este cerro y a los alrededores muchos bárbaros, totalmente bárbaros en su estilo, crueles y traidores. En su trato, pues, cuanto son de cariñosos en el principio, descubren después de alevosos y taimados haciendo burla de los ministros, si no los matan como lo hicieron con el padre fray Cristóbal Larios y fray Jerónimo Jiménez, ambos de esta provincia y a algunos españoles que por la parte de Tarma habían entrado años atrás. Por donde también entraron los reverendos padres fray Gonzalo Tenorio, fray José Quevedo, fray José Tamayo, fray Luis Camargo y otros religiosos hijos todos de esta santa provincia y cono-

ciendo la protervidad de los indios y su malicia, los dejaron. Dista este cerro de los amages por Huancabamba cinco días de agrísimos caminos, cuya aspereza es insoportable e invencible. Por Tarma de los primeros Andes que están en Quimiri dista tres días, porque es travesía y de más tolerables caminos.

Pasa por su faldas un río, que aunque no es segura su navegación a los principios, a poco trecho se junta con el de Chanchamayo, Uchubamba y otros hasta dar en el grande Ene, donde yo le he navegado muy crecido; por este río se conduce toda la sal en balsas de ocho y diez varas de largo, cargadas de proa a popa, diez y veinte balsas continuamente, y vez hubo que vimos sesenta balsas juntas, y siendo así que el uso y gasto de la sal en toda la tierra es tan parco y con tanta cuenta que cosa ninguna salan solo en la comida, cuando quieren comer revuelven en el plato o mate una piedra de sal que más parece ceremonia que dar gusto o sazón, y luego la secan al fuego y vuelven a guardar; pues si gastándola de esta suerte se carga tanta sal ¿qué gente la consumirá?

El río va por aquella parte tan horroroso que al más olvidado le traía a la memoria aquel prodigio singular del fervoroso celo del padre predicador fray Matías de Illescas de esta provincia, que acompañado de dos religiosos de la provincia de Quito, a quienes ni lo rápido de aquellas corrientes pudo detener las avenidas de su espíritu; ni la frialdad de aquellas aguas pudo extinguir o resfriar los incendios de su abrasada caridad, pues llevados del fervor de salvar la multitud de almas, se arrojaron los tres en una balsa río abajo y hasta hoy no se ha podido sacar en limpio la verdad de lo que se hicieron. Algunas noticias he tenido de que están vivos trabajando y haciendo mucho fruto en una populosa ciudad, en donde ni entrada ni salida se permite de... alguno, pena de la vida.

Por ser la fragosidad tanta y el arrojarse por el río temeridad inútil por buscar mejor puerta nos comportamos los ministros. Mis compañeros escogieron la entrada de Tarma por Quimiri, donde el año de 1673 fundaron un pueblo dedicado a la gloriosa Santa Rosa, en donde recogieron poco más de doscientas almas, que con desvelado cuidado aprendían la doctrina cristiana, y los muchachos especialmente fue tanto el amor que cobraron a los religiosos, que por estarse con ellos

faltaban a sus padres naturales y se negaban a los entretenimientos pueriles por gozar el pasto de la divina doctrina de los labios de los sacerdotes.

A mí me tocó entrar por la parte de Comas, doctrina de mi religión en el corregimiento de Jauja, última hacia los Andes, por donde hasta entonces ningún ministro había penetrado; su aspereza ni sus naturales merecieron antes oír la divina doctrina de nuestra santa ley; pues aunque o con soberanos y especiales impulsos o con los rayos de la razón solicitaron con verdaderas ansias y fervorosos deseos tener ministros que les guiasen a puerto seguro de su salvación, a que salieron en algunas ocasiones hasta Jauja, siempre se opuso la aspereza inaccesible que ha tenido esta entrada, que si por doquiera reconoce mucha como muralla con que parece quiso dividir la naturaleza aquel mundo de este; o como baluartes fuertes e incontrastables con que el enemigo común asegura el dominio o posesión de tantas almas, por esta parte se esmeró la fragosidad como fortaleciendo el portillo del corazón de aquella tierra que por aquí se le coje de medio a medio, y en el gentío todo lo que hacía terrible e incontrastable esta entrada era la frialdad de tres cordilleras, punas agrísimas, después deja... se han de pasar, y la última que está en la entrada y boca de la montaña especialmente le hacían inaccesible los muchos pantanos y ciénagas y como todo se comunicaba a pie (que mulas era imposible, ni imaginarlo), cargando los ornamentos a las espaldas, el agua y ciénagas a la rodilla siempre, y algunas veces a la cintura, de la mañana a la noche en aquel hielo que abrasaba: *Deus scit quod non mentior* (2 Cor. 11, 31)*. Es verdad llegábamos a veces al trance de espirar y aun fuera lisonja la muerte para alivio de tanto padecer. Pudiendo decir con San Pablo: *Quoniam supra modum gravati sumus supra virtutem, ita ut tederet nos etiam vivere* (2 Cor. 1,8)**.

El padre predicador fray Alonso Zurbano de la Rea, cura que era entonces de la doctrina de Santiago de Comas (en quien se reconocen las propiedades de hijo verdadero de mi

* "Dios sabe que no miento".

** "Pues nos vimos abrumados sobre toda ponderación más de lo que sufrían nuestras fuerzas, hasta tal punto que aun de la vida desesperamos".

Seráfico Padre en la pobreza, penitencia y lo más en el fuego de amor divino y celo de la salvación de las almas) conociendo las muchas almas que se pudieran lograr con el santo bautismo si hubiera ministros por aquella parte, donde experimentaba que salían muchos infieles todos los veranos a su doctrina, solicitaba muchos años había con ansias del alma religiosos ofreciendo asistirles con cuanto le rindiera la doctrina, sin que faltase en lo posible alivio, sustento y todo lo necesario. Como hasta que le envió la obediencia y nombró por prelado de la conversión de panataguas lo continuó siempre con caridad tan singular y celo tan fervoroso, que puso muchas veces a conocido riesgo la vida, guardándosela Dios milagrosamente en muchas ocasiones, especialmente en tres, que se despeñó desde los altos peñascos de aquella áspera sierra y frigidísima puna, donde personalmente andaba lo que le permitía el tiempo, abriendo caminos, solicitando veredas por donde socorrer a los ministros y aliviar, que cargasen los infieles. Ha sido forzoso esta memoria para desembarazar lo restante de la historia y por dar a cada uno lo que es suyo: *redite ergo quae sunt Caesaris, Caesari* (Mat. 22, 22)*. Para que se sepa que todo cuanto se obró en esta santa conversión se debe al celo de su espíritu, pues en todo concurrió con caridad ardiente. En la presente ocasión de nuestra entrada nos avió con cuanto pudo la solicitud de su amor, así en el sustento como en lo necesario de herramientas, hachas, machetes, cuchillos, agujas, abalorios y lo demás con que se acaricia a los indios, que todo lo previno su cuidado, y nos acompañó con la gente que pudo de su doctrina hasta lo último de aquellas tierras y boca de la montaña.

Jueves día de la Ascensión del Señor, once de mayo del año de mil seiscientos y setenta y tres (1673) fue nuestro más feliz día, porque salimos para aquella tierra, donde no había llegado planta de ministro, con un religioso lego llamado fray Juan de Ojeda y dos hermanos donados, que descalzos y desnudos, a pie con nuestras cruces en las manos escalamos aquellas murallas, penetramos aquella aspereza (que por más que se diga no es muy fácil como ello es explicarlo). En ocho días que tardamos hasta los primeros infieles, ni conocimos

* "Pagad, pues, al César lo que es del César".

cosa seca en nuestros cuerpos ni hallamos un palmo de tierra que estuviese enjuta para alivio del cansancio y restaurar el trabajo del día, que desde que salía el sol hasta que se ponía nos duraba el caminar sin más refección que un pedazo de queso y un poco de maíz tostado; y el monte tan espesamente cerrado que menos que como culebras arrastrándose por el suelo, no era posible penetrar algunos pedazos, otros descolgándonos con sogas vencíamos los altos peñascos y murallas. Finalmente Dios venció, que a su divino amor no hay imposible, que de los más garranchos y espesas espinas (de que abundan los montes) sabe hacer tiernas flores y de las más duras guijas mullidos colchones.

Miércoles, pues, siguiente a diez ya cerca de la noche nos recompensó el Señor en gozo todo lo que habíamos padecido los días antecedentes, porque dimos vista al blanco de nuestras ansias: hallamos el imán de nuestras penas, topamos digo bien de repente con treinta indios infieles, que sabiendo nuestra venida habían salido con su curaca Tonté que hoy se llama D. Diego de los Angeles, abriendo camino por lo espeso de la montaña y tenían ya más de seis leguas abiertas a manera de calle tan ancha y desembarazada que pudiera muy bien tirar una carroza, cercada por una y otra banda de palmas entretejidas que formaban curiosas celosías que divertían el cansancio y entretenían la vista, hermosos arcos que a trechos había prevenido su cuidado, entretejidos de diversas flores y ramas haciendo con la variedad singular su hermosura, el camino tan limpio que se mostraba bien estar barrido a mano, pues ni aun una hoja de árbol había en él. Antes que encontrásemos los indios infieles dimos en una ramada grande formada de palmas donde tenían muchas camisetas nuevas, que es el vestuario que usan curiosamente pintadas, a manera de ajedrezado, muchos plumajes vistosos, arcos y flechas y un gran repostero de fruta, piñas, plátanos, papayas, yucas y otras frutas silvestres y aunque conocí que era agasajo para nuestro alivio, no permití que indio alguno de los serranos que iban con nosotros llegase a nada; porque no había allí infiel que nos lo diese o dijese era para nuestro refrigerio; porque he entendido siempre que a los bárbaros enseña más que la palabra, la obra y el ejemplo. Y así estimando mucho nuestro comedimiento que les dije no usábamos los cristianos

coger nada, sin que nos lo diesen, porque no se perdiese su afectuosa prevención enviaron luego por ello, con que nos festejaron y regalaron toda aquella noche. Claras señales y muestras todas del amor con que nos deseaban y de las ansias con que hasta hoy solicitan su remedio.

Jueves siguiente 18 caminamos lo que duró el sol, hasta las primeras estancias o rancherías del curaca que nos guiaba por hermosísimas pampas y llanadas de Montaña Real tan alta que apostando con las nubes la arboleda daba con su variedad especiales motivos de alabar al Criador soberano, que en aquella espesura puso también delicias de primavera. Al llegar cerca de las casas el curaca Tonté se adelantó y deteniendo toda la gente quiso entrarse y por delante (que es uso entre ellos que vaya el principal por delante y entre el primero en cualquier parte que llega) entendí luego el estilo y prevení el fin, porque oí los atambores, pífanos, flautas y danzas con que todos, mujeres y hombres, formaban varias tropas, diversamente vestidas a su usanza, para solemnizar el recibimiento y rendir obsequiosa obediencia, en señal de lealtad y firme amor que prometían; no quise dar paso adelante hasta sacar del ornamento una hechura de un santo Cristo muy devoto que llevaba y a quien solo fuese la gloria de aquel festejo: *Soli Deo honor et gloria; non nobis, Domine, sed nobis tuo da gloriam* (Tim. 1.17*; Salmo 113, 9); no a mí, sí al Criador omnipotente debían rendir las veneraciones que prevenían: *Vide ne feceris, Deum adora* (Apot. 22, 9)**. Levantele en una asta grande como Dueño del triunfo entonando el *Te Deum laudamus*, que prosiguieron acompañados de las chirimías los cantores de la doctrina de Santiago de Comas que iban y otros cristianos que en dos alas formaban una procesión tan tierna como devota, pues el Redentor de las almas desde lo alto de aquella cruz que llevaba en mis manos, mejor que la serpiente de metal que alzó Moisés, ofrecía vida verdadera a los que se valiesen de su muerte y se aprovecharan de su divina sangre; o cual cándida paloma con la oliva de

* "Sólo a Dios se le debe dar el honor y la gloria"; no a nosotros, Señor, sino a tu nombre da gloria".

** "Mira, no lo hagas, adora a Dios".

misericordias, que mostraba en sus llagas, aseguraba habían acabado ya los rigores de la Divina justicia, que en tantos siglos tenía ahogadas en la ceguedad de su ignorancia aquel gentilismo; o cual divino iris pronosticaba perpetua paz firmándolo con su sangre; o como verdadero Dueño tomaba posesión de su heredad, que compró a precio de su vida de aquellas almas que tantos tiempos atrás les tenía tiranizadas el demonio: *Nunc princeps huius mundi ejicitur foras et ego si exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum* (Juan, 12, 31)*. En esta forma tan devota y con ternura más que singular (que a la verdad no sé cómo movía paso) rodeados y cercados de infieles cuyo alborozo significaban a gritos clamoreando a los cielos, vestidos unos de algodón labrado, otros pintado, otros de plumas, unos con pífanos, otros con atambores, y las indias por su parte con otras diversidades, y todos a una manifestaban el gozo de sus almas con los signos de sus instrumentos y clamores de sus cantos. Llegamos al medio de una hermosa plaza que tenían con el verso *Te ergo quaesumus***, que es estilo en mi religión decirlo de rodillas, porque le pedimos a Dios favorezca a sus siervos redimidos con su preciosa sangre. Si el compañero no me levanta, yo no lo podía hacer ni atinaba a desasirme de los pies de mi Señor que fijé allí mismo; donde se estuvo hasta el día siguiente que se colocó una hermosa cruz. A imitación llegaron los demás compañeros a besar los pies de mi Señor y siguieron los demás indios cristianos, luego los indios infieles con su curaca, que pudieran ser ejemplo a muchos cristianos, pues con las dos rodillas en tierra y muchas lágrimas en los ojos fueron todos hasta el más mínimo muchacho besando los pies al santo crucifijo.

Acabada esta tiernísima ceremonia dije en voz alta: "en nombre de Dios todopoderoso y de la santa iglesia romana y de nuestro católico rey y monarca Carlos Segundo (que Dios guarde) y de mi religión seráfica tomo posesión de esta tierra", y arrancando algunas hierbas, con las demás ceremonias acostumbradas, correspondieron las chirimías a la solemnidad dan-

* "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo cuando fuere levantado de la tierra, a todos arrastraré hacia mí".

** "Te rogamos".

do lugar a recogernos a una casa grande con su ramada o corredor toda de palmas que nos tenía prevenida el curaca, donde descansamos hasta el día siguiente que acudimos a colocar la santa cruz que de una palma entera labraron muy hermosa y puesta con toda devoción explicándoles lo que significaba y sus misterios, dimos lugar a los bailes y festejos, con que todo el viernes solemnizaron su gozo, hasta que el sábado siguiente les advertí era necesario madera para armar una capilla, y como el domingo inmediato era Pascua del Espíritu Santo, aunque fuese en una ramadeja, propuse celebrar el altísimo sacrificio, consuelo y alimento de nuestras almas. Aun no lo hubieron bien entendido los infieles, cuando con devota porfía todos se repartieron, unos por palmas, otros por maderas, otros a abrir agujeros; dándose tan buena maña su devoción, que a la tarde tenían acabada una hermosa capilla, fuerte y curiosa, que parecía obra de muchos meses, que estrenamos con las albas de la Virgen Santísima nuestra Señora; y el domingo, Pascua del Espíritu Santo, 21 de mayo, se cantó con la devoción y solemnidad posible, la misa del Espíritu Santo, que fue la primera que se dijo en aquella tierra; y después de haberles ponderado los bienes de nuestra santa ley y los riesgos de su ceguedad bárbara, el curaca Tonté pidió licencia que quería él solemnizar su capilla y tomando a su cargo el festejo, se vistió de plumería, siguiéndole todos con pífanos y vistosos penachos de plumas de varios colores en las cabezas; entraron a la iglesia danzando, y después de gran rato que acabaron se vinieron a nosotros a hacernos la salva, que se tuvo a cosa singular y muestra de mucho amor; porque los curacas nunca danzan si no es a un gran señor, y así el dicho Tonté luego que nos hizo algunas mudanzas, que significó era solo por alegrarnos, le entregó a un hijo suyo los instrumentos del festejo, que prosiguió y mantuvo todo el día.

Toda esta semana siguiente nos entretuvieron las embajadas de las naciones y curacas circunvecinos, que en muestras de regocijo que recibían de la aventura de nuestra llegada, despacharon luego sus embajadores que rendidos dieron la obediencia a nuestro católico rey y monarca Carlos Segundo (que Dios guarde y a quien postradas rindan la obediencia cuantas naciones pueblan aquellos montes) en su ce-

sáreo nombre la recibí y agasajándoles con el cariño posible, los despaché cargados de algunos dijes, de herramientas, cuchillos, agujas, trompas y otras, que aunque niñerías es lo que más estiman y aprecian, avisándoles a todos excusasen la prevención que hacían cada uno con la mayor parte de su gente de venir a vernos, prometiéndoles que en breve los iría a ver personalmente y les daría a conocer al verdadero Dios y santa ley que enseñaba. Los primeros que llegaron y remitieron sus embajadores fueron los pangoas, menearos, anapatis y pilcosunis, que caen y tienen su habitaciones hacia la parte del sur; de la parte del norte enviaron los satipos, los capiris y los tomirisatis. De abajo, esto es, hacia el nacimiento del sol, enviaron solo los cobaros y pisiataris; porque los de más adentro no solo mostraron gran sentimiento de nuestra llegada, que se enojaron y quitaron el habla a nuestro curaca, sino que fueron especiales instrumentos con que intentaba el demonio estorbar el remedio de tantas almas, pues no contentos con haber repetido tres veces sus embajadores con grandes amenazas y crueles bramonas, amenazando de muerte a los que nos tenían, si no nos echaban o mataban; enviaron por último cuarenta tan bravos como fieros bárbaros, de crecidos cuerpos, fornidos miembros, dobladas y anchas espaldas, que... y achatadas las caras, coléricos y enojados hacían horrorosa vista que pudieran llenar de miedo a quien no tuviese entregada en manos de Dios su vida. Desde la cinco de la tarde hasta las seis de la mañana se llevaron toda la noche en peso, porfiando a grandes voces que nos habían de matar (que el estilo de hablar de ellos y dar sus embajadas es a manera de conclusiones). El amor de nuestro curaca Tonté nos defendió con tan grande tesón, que por la mañana no podía echar la voz de ronco, ponderándoles el fin de nuestros deseos: el remedio de sus almas, lo infalible de su condenación que supo ponderar muy bien en su propio idioma, lo que yo valiéndome de algunos vocablos de la lengua general y algunos de la suya había procurado darles a entender; que comprendió tan bien que desde entonces hasta hoy con fervor raro siempre que hay gente extraña les propone la verdad de nuestra ley, procurando reducirlos a que formen pueblo, donde los padres los enseñen y den a conocer el verdadero Dios. Hubiera pasado a muy pesado disgusto y más porfiada riña si la majestad de

Dios (que se envía a sus ministros como corderos en medio de lobos, promete animarlos estar con ellos y acudirlos siempre) no hubiera mudado tanta fiereza en mansedumbre de corderos; pues después de habérselo suplicado con instantes lágrimas en el santo sacrificio los llamé (que aún no me habían visto la cara) y proponiéndoles cuatro palabras, que el Señor dictó y encendió en sus corazones con tan visible mudanza, que arrojándose instantáneamente a mis pies, con lágrimas me pidieron que no me fuese y les perdonase, que para otro año vendrían por mí para que en su tierra sembrase tan divina doctrina; festejélos con los acostumbrados agasajos de dijes que repartimos para muestras de afecto y ganar voluntades; tan encendidas las llevaron éstos y tanto supieron decir que luego inmediatamente vinieron los cuyentimaris, los sanguirenis, zagorenis, quintimiris y los del gran río Eni; todos éstos son hacia la parte del oriente.

Quién significara el placer, o qué lengua habrá que sepa estimar el gozo que llenaba nuestras almas, experimentando la multitud de bárbaros que no pudiendo tener con la espera el gozo de merecer ministros y el deseo de experimentarlos, venían a tropas con más fervor y gozo que pudieran otros afectivos convites; fue necesario salirles al atajo, abreviando el irles a ver a su tierra, para que ya en el nuevo pueblo con la gente que se iba juntando, y por la poca comida que había iban asomando algunos achaques, ordinaria cruz que nos sigue, que parece que el plantar el santo evangelio es convocar a las pestes, que si son feliz otoño en colmada cosecha de almas, que con el santo bautismo enviamos al cielo, son también el erizado invierno que deshace todo nuestro trabajo, desvaratando los pueblos, ahuyentando los indios, que con la vida que dan a sus antiguas estancias y quebradas, de donde la solicitud de los ministros con indecible fatiga los saca para reducirlos a pueblo. Fui primero (porque lo merecía la solicitud y repetidas ansias con que nos venían a ver) a los pangoas, pasé a ver a los menearos y caminando hacia los anapatis, en el camino me dio con tan repentino achaque de ir por un río que se camina dos días, atravesándole por una y otra parte con el agua a la cinta y a los pechos; secándose la ropa en el cuerpo, de suerte que me hubieron de volver cargado en cuanto que estuve a la muerte; mas salió bien pagado el achaque, porque

cincuenta y tres almas movidas de las pláticas que les hacía, a que todas las noches se juntaban donde quiera que había gente, se vinieron conmigo a nuestro nuevo pueblo sin quererme dejar aunque más les prometía socorrerles con ministros que les enseñasen en sus mismas tierras, a que había despachado ya al compañero con algunos indios fieles de aquella nación que solicitó el curaca Tonté al Cerro de la Sal, donde habían quedado algunos religiosos sin poder pasar de allí por la aspereza de aquella parte y por no desamparar el sitio hasta ver si conseguíamos mejor entrada.

Llegó mi compañero al Cerro de la Sal y certificó a los religiosos de la abundante pesca que llenaba las redes de nuestra dicha; no como vecinos, como dueños propios acudieron a lograr la suerte de nuestra ventura, sacando a las playas de la gloria bien cargadas las redes; y pues ya pasaban de quinientas almas las que habíamos visto en el nuevo pueblo de Santa Cruz del Espíritu Santo, sin las que a los alrededores había ansiosos por ministros que los enseñasen, que en las veces que yo y los demás religiosos pudimos visitarlos reconocimos pasaban de dos a tres mil almas los que hay en diversos sitios, de seis a ocho días, porque cuando vinieron del Cerro de la Sal los religiosos hallaron, por aquella parte, que pasaban de seiscientos los que vieron y de quienes recibieron tanto agasajo, que fueron motivo y causa para que empezasen las funciones por aquella parte, para unirnos con los religiosos que asistían en Quimiri, entrada de Tarma, y todos nos diésemos las manos.

Viento en popa caminaba la nave del santo evangelio, pues no sólo los vecinos más cercanos, sino aun los muy distantes habían rendido la obediencia y los más dejado las conveniencias de sus habitaciones (que con la libertad, abundancia de caza y pesca podían brindar al ocio más descansado) por vivir en el nuevo pueblo, donde se les enseñase la divina doctrina, que aprendían con tan infatigable cansancio que no era molesto al gozo de enseñarles, pues de la mañana a la noche sin apartarse de nosotros se estaban con indecible tesón repitiendo la doctrina cristiana, que a los tres meses los más sabían ya las cuatro principales oraciones y los niños el catecismo y lo principal de la doctrina cristiana, el ayudar a misa y algunos himnos que cantamos al alzar de la hostia en la misa, co-

mo el *Pange lingua, Sacris Solemnis* y otros que en la lengua general del inga compuso el ilustrísimo señor Oré en su *Doctrina Cristiana*; era tan fervoroso el deseo de aprender todo cuanto nos oían, juzgando que todo era doctrina cristiana y necesario saber para ser bautizados, que en oyéndonos entonar el Credo o el Gloria (ordinario divertimento de los religiosos y más en lo delicioso de aquellos campos cuya amenidad convida) era lo mismo que si se tocara una campana a rezar, porque a carrera suelta, grandes y pequeños, avisándose unos a otros decían: *Achuqueri Dios, achuqueri Dios*, que quiere decir: *a rezar, o alabar a Dios*; y de esta suerte llegaban corriendo donde los padres estaban cantando y acompañando devotamente, repitiendo lo que oían, a muchos se les quedó de memoria el Credo y Gloria en latín.

Con la llegada de los compañeros se duplicaron crecidamente los gozos y se fervorizaron más las ansias de los indios, alegando cada parcialidad ser más ferviente su deseo, más leal su amor, más a propósito sus sitios para habitación de los padres. Suspendióse la determinación hasta que llegase el siervo de Dios fray Francisco Izquierdo (bien merece este estilo quien mereció dar testimonio de la verdad, que predicaba con la sangre de sus venas) que con la vida le sacó a flechas la ingratitud de aquellos bárbaros, a quienes con ansias del alma deseaba comunicarles la eterna. Bien había menester de mi San Buenaventura la pluma para escribir de este perfecto religioso la vida, que fue ejemplo de religión, dechado de virtudes, corriendo por todas con singular perfección. Siguió al Divino Cordero en pos de su divina fragancia hasta dar la vida por la exaltación de la santa fe, a quien regaló y preparó el Altísimo Señor para su dichosa muerte con el dulce cáliz del padecer en pluma de San Gregorio: *asegura Dios la corona cuando concede la pena: Iam vos locus delectat celsitudinis sed prius via exerceat laboris* (S. Gregorio, Homil. 27 in Evangelia)*. Sucedióle en la ocasión que voy refiriendo que fue de lo más raro, terrible y singular que aconteció a ministros del santo evangelio. Viniendo, pues, del Cerro de la Sal este mártir del Señor con tres religiosos, no perdía ápice de tiempo su abrasado celo procurando ganar para Dios las almas de aque-

* "Os deleita con un lugar de gloria, pero primero os exige un camino de trabajo".

llos bárbaros que le traían en las balsas recompensándoles el beneficio: enseñarles la verdad que ignoraban guiándolos para el cielo, a que se enderezaban sus pláticas, de día en las balsas instruyéndoles en los ministerios de nuestra santa fe y de noche en tierra en cualquier posada que llegaba. Hospedóse una vez en casa de un infiel que estaba a la muerte y su copiosa familia en los cariños y agasajos parece motivaron a su abrasada caridad a que juzgase sería culpa grave, si pasaba adelante sin echar aquella alma al cielo o dejarle muy bien instruida y aleccionada en nuestra santa fe; despidió a los compañeros para que me ayudasen en la mucha mies que ya tenía prometiendo sería breve con nosotros; quedóse solo entre aquellos bárbaros logrando el celo de su espíritu, más como éste era tan grande y tan abrasado en el fuego de amor divino, mejor que Alejandro (Magno) lloraba no tener mil mundos de almas que conquistar para Dios; y así luego que consiguió catequizar aquel alma, sabiendo que los de Quiringa eran muchísima gente, que para explicar los indios el gentío que hay, lo significaban con puñados de arena. Deseoso de traer a la verdad era luz y sacar de la sombra de sus tinieblas aquel gentilismo bárbaro, salió solo con su bordón y breviario, como hijo verdadero de mi Seráfico Padre, o como apóstol del Señor sin alforjas ni más prevención que la Providencia Divina, seguro asilo de sus esperanzas. Tiró por aquellos montes siguiendo incógnitas veredas, estuvo un mes entero perdido por lo inculto de aquella montaña, donde si algunas veces topaba algunos bárbaros, eran tan crueles que el amor de enseñarles y la luz que pretendía comunicarles en su santa doctrina le pagaban con arrojarlo a los montes, a que fuese cebo de los brutos y fieras; varias veces me dijo encontró hartos tigres, culebras, víboras y otros animales de que abunda la montaña, que o no lo veían, o lo más cierto no permitía Dios le ofendiesen, pues pasaban sin hacerle lesión ninguna, y vez hubo que durmió sobre un hormiguero (porque donde le cogía la noche era el mullido colchón de su descanso), de un género de hormigas tan bravas y carniceras que cuando topan de carne en un momento lo dejan en el hueso o espina, sin que se escape de su presta cuanto violenta fiereza ni el tigre más bravo ni la más arriscada culebra, porque los millones de ellas que andan juntas en un imprevisto hacen su oficio; sintiendo el pe-

so del nuevo huésped que dormía sobre sus casas, salieron a tropas y en un instante deshicieron el grueso sayal de una túnica que era todo su vestuario y llegando a las carnes, sintiéndolas puras, veneraron su santidad, dejándolas intactas. A la mañana cuando se halló desnudo, la túnica hecha tiras (que la merecí tener y guardar mucho tiempo hasta que la humedad de la tierra la consumi6), y advirti6 que habí6 sido hormiguero el sitio de su descanso, con las rodillas en tierra dio rendidas gracias alabando al Criador omnipotente, y despidiéndose de sus comedidos huéspedes prosiguió su peregrinaci6n.

¡Oh soberano y omnipotente Dios! bendita sea tu providencia, venerados tus inescrutables juicios, loada tu misericordia; qui6n sino Tú pudo defender la vida de este cordero humilde, metido entre tanto carnívero lobo, que si unos sin quitarle la vida lo echaron a las fieras, lo dejaban en lo desierto de aquella aspereza inculta, otros a palos y empujones lo repelían de sus casas, aun cuando el cielo se desataba en diluvios de agua (que en todo tiempo aunque sea verano no hay día seguro, pues aun cuando más despejado promete seguridad se desmandan a veces algunas nubes que parece se constituye de nuevo el invierno), quizá entendieran podrí6n las materiales aguas apagar el abrasado fuego que fomentaba aquel religioso pecho. O serí6n bastante a consumir el poco calor natural que vivificaba aquel cuerpo. Yo conozc6 un indio de los que echaba de sus casas a dicho padre y se atrevió éste a ponerle las manos sacándole a empujones y aun dicen que a palos lo echó al monte estando lloviendo furiosamente, crueldad de bárbaro, pero hasta hoy está pagando su impiedad infiel, porque ha quedado baldado sin hora de salud, y lo más sensible y lastimoso que está protervo y duro sin quererse convertir.

Qui6n sino la Soberana Providencia conservó aquella vida tan sobrada de penas, tan cargada de cansancio, tan lastimada de llagas, sin sustento un mes entero, pues me confesó (porque le insté como prelado) que solo una mazorca de maíz se atrevió su necesidad a coger de una chacra que topó, la cual le sustentó un mes, el tiempo que le duró comiendo en reverencia de las cinco llagas cada día cinco granos crudos, que ni eslabón tenía para que siquiera fuese de noche consuelo el fuego y alivio para enjugar la ropa que de atravesar ríos, y muchos no pudiéndoles vadear los pasaba a nado, secándosele en el

cuerpo el hábito. Quién sino la divina omnipotencia pudo dar valor a que no desmayase la vida y feneciese el aliento. Con la consideración solo de verse perdido por aquellos montes donde lo horroroso de la noche, los silbidos de las fieras, los bramidos de tanto animal horrible la hacen tan espantosa que al más seguro en su casa lo llenan de pavor y miedo; habiéndose, pues, acercado hacia nosotros topó un indio de los que nos conocían, que fue el que lo sacó al pueblo de Santa Cruz, donde ya no teníamos esperanzas de verle, porque habían salido vanas cuantas diligencias se habían hecho. El tal indio lo acarició y agasajó cuanto pudo ofreciéndole para refrigerio de su necesidad una pierna de puerco de monte, un pedazo de mono asado, pescado y lo demás que tenía, y fue tan rara la observancia de su abstinencia, que por ser sábado que los ayunó siempre, al traspaso no quiso cosa ninguna, solo admitió le guardasen un bagre y una yuca con que se sustentó tres días, hasta que llegó a nosotros hecho un lienzo de desdichas, un pincel de lástimas, que sería entonces ver un Lázaro difunto, según llegó de pálido, flaco y tan macilento que propiamente hacía un muerto vivo, cubierto a remiendos de sayal sus carnes, descalzo, de pie y pierna, vivo retrato de un San Juan hecho pedazos, o de un Job desnudo, que si lo imitó en lo paciente y sufrido, le igualó también en lo llagado; pues es cierto en el Señor, delante de quien hablo y a quien tengo por testigo que de pies a cabeza era todo una llaga, pues no hicieron menos en la túnica las hormigas que en su cuerpo los garranchos y espesas espinas del monte; suspendo el pintarlo, porque no me es fácil decirlo.

Dionos cuidado su alivio, mas el siervo de Dios deseoso de padecer y tener qué ofrecer a su divina Majestad en los dolores de sus llagas, no admitió medicina alguna de muchas que traía el amor de los indios, de hierbas, cortezas y raíces de árboles, abundante botica que les previno próspera la naturaleza en la variedad de aquella arboleda, seguro de que Dios solo era su cura y medicina verdadera: así lo vimos y experimentamos, pues sin aflojar de sus ejercicios espirituales, ni admitir dispensa en lo áspero de su penitencia, ni pausa en lo riguroso de sus disciplinas acudía infatigablemente catequizando y enseñando, instruyendo los enfermos, bautizando a los moribundos, fervorizando a los sanos; cuando era su semana

Pu. Andamarca asiste e
Padre. y en estos 2 Pu. ay.
1 900



Pintura alusiva a las fundaciones franciscanas de Andamarca y Santa Cruz de Sonomoro. Fragmentos del cuadro de las conversiones de Ocopa, año de 1736. Pinacoteca del convento de Ocopa, valle del Mantaro, departamento de Junín.





Colección de pinturas franciscanas relativas a la evangelización de los campas, cunibos y Piros. Biblioteca del convento de Ocopa.





Retrato del virrey don Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Palata, príncipe de Massa, a quien dirigiera su Relación fray Manuel Biedma. Dibujo de Evaristo San Cristóbal, Lima.



PIROS



Frontispicio grabado de la primera edición (Lima, 1651).

* Reproducción del frontispicio existente en la New York Public Library.

Portada de la edición de la Crónica de fray Diego de Córdova y Salinas, impresa en Lima en 1651.

(porque el acudir a dichos ejercicios le toca al semanero según se le signe su hebdómada, que es estilo asentado ha de correr por todos los sacerdotes) acudiendo, pues, a todo, sanó y convalació sin que a los ocho días le quedase rastro de señal o lla-ga, antes sí se hallaba con mucha robustez y con más vivos de-seos de emplearse en la salvación de las almas.

Como es inmediato con séquito el gozar al padecer (que a la corona al descanso, a la majestad fue siempre mérito o escalón inmediato el cáliz, dijo San Gregorio: *Per calicen enim pertingitur ad maiestatem* (San Gregorio, Homilia 27)* em-ppezó nuestra dicha a lograr feliz el fruto de la madura mies de tantas almas, como ya el Señor había recogido a nuestra nue-va iglesia que en colmada cosecha por el santo bautismo envia-mos a las trojes del cielo. Quiso el Señor para manifestar era muy suya la sementera que en la primera espiga empezase la segunda y el santo bautismo con un prodigio. Fue el caso que estando todos los religiosos en el continuo ejercicio de apren-der la lengua con algunos indios, que siempre se eligen los más capaces, advirtieron en el alboroto que hacían indios e indias en lo retirado de las casas que estaban de nosotros una cua-dra larga y avisándonos que era por una criatura muerta, que ya habían arrojado al monte, lastimado del caso el siervo de Dios fray Francisco Izquierdo, encendido en amor de Dios y deseo de lograr un alma, soltando la pluma, saltó del banco diciendo: *vayan, tráinganla que quizá no estará muerta*, y pres-tándole alas su fervor fue el primero que llegó donde la cria-tura yacía arrojada: yo le seguí con los demás compañeros fray Juan de Ojeda, fray José de la Concepción y hermano Diego de Paz, prevenido con el agua por lo que aconteciese, vile que lo cogió en brazos y suspirando al cielo parece ofreció a Dios aquel cuerpo pidiéndole el alma para volvérsela mejorada; vimos to-dos (que ya llegábamos cerca) que abrió los ojos, que resplan-decían real y verdaderamente como de estrellas y meneando los labios parece pedía el agua del santo bautismo, aunque daban prisa los compañeros, pedí fuese con más reposo, porque la pri-sa no ocasionase algún yerro y para darle más gloria a caso tan admirable ordené fuese con la solemnidad posible el bautismo, para que consiguiendo debidas veneraciones de aquel gentilis-

* "Por el cáliz o sufrimiento se llega a la corona".

mo (que suspenso y admirado del caso estaban todos atónitos) conmutase ese gozo el pasmo, llenos de devoción fervorosa todos, grandes y chicos, aun los que no estaban presentes, que debió de volar por las chacras el aviso, pues en un momento los vi juntos a todos y en la iglesia de rodillas decían a una: "*bautízame, bautízame, a mí a mí*" Solo Dios pudo dar modo y palabras para sosegarlos y darles a entender que era necesario saber primero la doctrina cristiana; que muchos hallándose capaces me argüían diciendo: "*ya yo sé, bautízame a mí*"; fueme forzoso explicarles haber más oraciones y misterios que saber (porque el todo de coger buena cosecha los ministros está en instruirles muy bien y quédese en más y más el santo bautismo), no se hubieran sosegado si no hubiera concedido el bautismo a un adulto que me significaban estaba muy malo: y él con las ansias e instancias que lo pedía, no solo significaba su ferviente deseo, sino que decía no aguardaba más para ir a ver a Dios, que sentía se le arrancaba el alma; y aún no indicaba muestras el pulso; como a las tres o a las cuatro serían de la tarde, vísperas de la Natividad de Nuestra Señora, y a la oración ya había entregado a su Criador su dichosa alma, en premio sería de la caridad fervorosa y amor singular con que dicho indio nos asistía; pues desde que entramos a su tierra no faltó día sin mostrar con algún presente su caritativo afecto, que solicitaba en los ríos pescando o cazando en los montes, y de lo que ofrecía la suerte, mitad por mitad, nos dio siempre; y vez hubo que solo cogió un bagre y de él nos dio la mitad, significando el dolor de sus desgracia. Pues con cuanto peces tienen los ríos y animales las montañas, le parecía a uno explicara su afecto. Esto debió de conseguirle entrar primero en la gloria de todos los de su nación y llevar la delantera a la criatura, que primero se bautizó, que vivió 5 meses para que aquel tiempo fuese con los bárbaros que venían (a quienes los nuestros referían el caso) testimonio del prodigio.

Permitió el Señor picase una pestecilla tan viva que a los tres meses, que fue lo que duró hasta la Concepción de la Virgen, y siete de la entrada, teníamos ya 10 almas que en eternos gozos alababan a Dios en la gloria. No puedo dejar de apuntar lo singular con que algunos merecieron la dicha del santo bautismo. Pide este lugar el de un muchacho de 10 a 12 años, tan inclinado a la doctrina, que era de los primeros de ella y tan

devoto de Nuestra Señora en aquella infidelidad, que enamorado de los elogios que oía a los padres acudía sin faltar noche a rezarle el rosario con los religiosos; y le vi muchas veces acompañarnos también en las disciplinas con otros muchachos (que son los que más se nos pegan, en cuyos corazones, como más tiernos, se imprime mejor la doctrina del santo evangelio), que aun siendo infieles, dejando el cariño de sus madres, seguían en todos los ejercicios a los religiosos y dormían en el convento; que si era el descanso de sus almas, querían fuese también el reposo de sus cuerpos. Había salido a cazar un día con otros infieles el dicho muchacho, ordinario ejercicio de aquellos bárbaros, en que aleccionando lo diestro vuelven cargados de intereses con que mantienen sus familias de los despojos del campo; abundante plaza que les provee el sustento cotidiano. Asaltóle de repente (que los más achaques en ellos son repentinos y violentos) un achaque raro que lo arrebató y a manera de endemoniado, llevado de una violenta furia, arrastrándose en aquel campo, se hacían pedazos no solo entre las espinas, palos y troncos, pero aun con sus propias manos, uñas y dientes hacía carnicería de su cuerpo, arrancándose con rabiosos bocados la carne. Lastimábanse los compañeros, más los gritos y terribles aullidos que daba, los aterraba y amedrentaba; y hubieran huido cobardes (usando de su antiguo estilo, que dejan y desamparan al enfermo de cualquier achaque que sea, y echando a huir, le dejan perecer doquiera que le coja el achaque) si no temieran darnos disgusto; pues ya estaban prevenidos e instruidos para cualquier acaso que pudiese acontecer en los montes. Trajéronlo amarrado de pies y manos en unas andas, o barbacoa, que hicieron con un pedazo de palo en la boca que venía más aferrado de los dientes que de las ligaduras que le pusieron. Desatámosle luego compasivos y lastimados de verle, y fue soltar una furia que nos aterró a todos y experimentamos todo lo escrito, que a no haber tanta gente ni lo pudiéramos rendir ni volver a las ligaduras. Dispuestos a bautizarle como a catecúmeno tan fervoroso; mas por si estaba energúmeno, empezamos con los santos exorcismos, especialmente nos valimos de los que trae el señor Montenegro en su *Párroco* (que con ellos y con los que trae el Breviario para tempestades se han experimentado efectos prodigiosos entre aquellos bárbaros); al empezar, pues, las primeras

palabras, volvió el muchacho el rostro y mirando tierna y devotamente al sacerdote, dijo: "*Pabba, Pabbate nazanganiqui non intero cristiano, puga pana cristiano,*" que quiere decir: *padre, Padre de mi corazón, quiero ser cristiano, hazme cristiano.* Cosa rara, porque estaban los religiosos que fueron los que ya se refirieron en el caso antecedente, con grandísimo desconsuelo por el consentimiento actual, aunque no dudaban era suficiente la voluntad habitual de catecúmeno tan fervoroso y devoto, y no constaba ni había recelo de voluntad contraria. Sacónos muchas lágrimas el gozo, que lo desmedido significaron los clamores con que ofrecimos todos loores a nuestro omnipotente Señor, y, volviéndonos a él, dijimos todos: *eso queremos, eso deseamos.* Y bautizándole se realzó más el prodigio, pues quedó tan sano y fuerte como si no hubiera tenido mal ninguno, y a la mañana, pudo acudir a los ejercicios todos que los demás sanos, y no nos dejó hasta que la muerte lo apartó de nosotros, que fue pasado un año, sin resfriarse en tanto tiempo su devoción, antes sí fue el primero que introdujo, menospreciando la infidelidad, baldonando a los demás muchachos infieles (que hasta ahora se corren los más, chicos y grandes, de serlo). Providencia soberana y prodigios del Señor y por eso anhelan tanto el bautismo y viendo que no lo consiguen, piden que siquiera se les ponga de cristianos el nombre, que no se concede por muchos inconvenientes. Decía, contento de su suerte, a los que nos habían merecido su dicha: "anda que sois infiel, sois como mula; no entréis a la iglesia, que sois hijo del demonio. Yo soy hijo de Dios, por eso oigo misa." Y otros baldones que aunque de muchacho han ido importante el aprecio y estimación al santo bautismo.

En algún modo se asemeja a éste lo que sucedió a una india adulta. Aconteció algunos meses después, delante del padre predicador fray Francisco Gutiérrez, fray Antonio de Lara, fray Antonio de Araujo y fray José de la Concepción, religiosos legos. Avisáronnos a la una de la noche que a toda prisa se moría una india infiel; corrimos prevenidos de un jarro de agua (que para estos repentinos casos se tiene en lugar señalado, donde el semanero la halle a mano); éralo yo entonces, y con el jarro en las manos, aunque el que nos avisó decía era ya difunta y había expirado la india; fui con la prisa que pedía el caso, siguiéndome los demás compañeros. Quebrónos el co-

razón verla, a quien repetidos paroxismos la tenían sin sentido, sin habla y sin pulso, la que a las 7 de la noche buena y sana estaba con la demás gente aprendiendo la doctrina, porque aunque a la oración se acaba la que hace el semanero con toda la gente, se quedan después los más devotos de aprender (y raro se conoce tibio) de que hacemos clases por las familias según hay de ministros; y todos, cada uno con sus clases, en una ramada grande, o si es misterio de la iglesia con más proligidad y repetido tesón se les enseñan las oraciones. Esta era muy devota y deseosa de aprender, no faltaba de la doctrina y del ejercicio dicho. No obstante nos tenía tiernos y lastimados hallarla tan muerta que apenas daba muy escasas muestras de vida. Pedí a los compañeros la encomendasen a Dios, mas viendo que ya pasaba de media hora sin dar esperanzas de volver algo en sí, me determiné bautizarla: al levantar el brazo con el jarro de agua en la mano: ¡Oh prodigios raros de Dios! Levantó el rostro y volviendo a mí, dijo: "*Pabba non intero cristiana*", que quiere decir: padre, yo quiero ser cristiana. Quién no se desaría en gozo y admiraciones de ver que las primeras palabras eran responder al corazón, consolar la tristeza y quitar toda duda; tardéme en instruirla explicándole de nuevo los misterios de nuestra santa fe y volviendo otra vez la cara, dijo: "acaba, Padre, qué esperas, bautízame ya que me muero"; bauticéla y voló su alma a ver a Dios en la gloria, donde en eternos gozos le alabará para siempre.

Al dicho religioso fray Francisco Gutiérrez llamó en otra ocasión otra india, a quien el achaque prolongado que padecía había dado tiempo a instruirla y catequizarla muy bien; a que se acude todos los días con cuidadosa vigilancia por los repentinos que tienen. Pidióle con devotas instancias le concediese el bautismo, que conocía se moría. Pensábalo el religioso, porque ni muestras ni novedad ninguna hallaba en el pulso y achaque. Consolábala, explicándole los misterios, y que conservase aquellos fervorosos deseos (por bautizarla al morir que es lo que usamos, porque tenga menos tiempo el enemigo de perturbarlos). Instaba la india con lágrimas diciendo que se moría ya sin duda, que le bautizase, que ella sabía había de morir luego. El padre fray Esteban de las Heras, sacerdote, que estaba presente y los demás compañeros religiosos legos ya dichos, movidos de aquella fervorosa instancia dijeron: bautíce-

se, que puede ser que se muera; no pasó más tiempo, al empezar el sacerdote las palabras de la forma, extendió los pies la india y cruzando las manos, clavó los ojos en el cielo; y acabándole de echar el agua, dijo: ¡Jesús!, tan junto en una boqueada, que se conoció bien entregó en ella a Jesús el alma, que estará repitiendo eternas alabanzas en agradecimiento.

Volvía de visitar los enfermos el dicho sacerdote y una criatura de cuatro años, que apenas sabía pronunciar, soltando a su madre (en cuyo regazo y brazos echada, significaba a gritos desmedidos un gravísimo dolor de cabeza, que había media hora que le aquejaba) y abalanzándose al padre, agarrándole del hábito y cuerda, llorando a voces, le decía: "*noquieman, noquieman*": que dice: *tengo sed*. Y esto se lo repetía su chillido, sin cesar, ni desasirse del padre. Era recién llegado a la conversión y no sabía la lengua el sacerdote; vino a mí que le explicase lo que decía aquel angelito, que aferrado del hábito no le quería dejar, repitiendo lo dicho: *tengo sed*. Ofrecímosle de todo género de bebidas que pudimos: agua fría y caliente, chicha que siempre tienen los indios de yuca, de maíz y de frutas. De todo no hacía más que probar y arrojarlo, volviendo a su tema: "*noquieman*", *sed tengo*. Afligíase la compasión viendo que nada satisfacía aquella ansia, ni tomaba la necesidad remedio en lo mismo que pedía. Entregóselo a la madre y fue menester violencia para desasirlo del hábito, aún cuando le llevaba la madre volvía la cara a nosotros, repitiendo a gritos su tema; entendimos era corporal la necesidad y así nos penetramos de aquellas voces el alma hasta que a las dos de la mañana (que a las cinco de la tarde le dio el achaque) nos llamaron de prisa. Salté luego con el agua prevenido, y cuando entendí fuese otro (que había muchos enfermos), hallé la dicha criatura expirando. Bauticéle, poniéndole por nombre Ventura, pues fue tan grande la suya, que se juntó en aquella hora en el coro de alabanzas con los astros matutinos. Luego que expiró conocimos era la sed que tenía espiritual, no corporal; por eso no recibía del refrigerio que compasivos le administrábamos; porque era material la bebida, y su sed era del alma; que espiritual agua quería, no es discurso acaso, que si fuera sed verdadera o necesidad del cuerpo, o tema también se la pidiera a su madre o a la demás gente que llegaba a verlo, a quien solo decía a gritos: ¡ay, ay!, y solo a los padres

decía: tengo sed. Luego era porque su sed solo los ministros se la podían satisfacer con el agua del santo bautismo que pedía su alma deseosa de ver a su Criador, a quien está alabando y alabará para siempre.

También parece no fue acaso el hecho de otra criatura de pecho; sería de 7 a 8 meses, la cual en los brazos de su madre se entretenía recibiendo en dulce alimento la leche. Despedíanse ya todos los indios que acaban de rezar; mas esta criatura despreciando el material sustento que le administraba su madre, parece pedía la celestial ambrosía de la divina doctrina (que leche la llamó San Pablo: *lac vobis potum dedi* (1 Cor. 3,2)*. Puso los ojos en el sacerdote semanero, a quien con la vista y repetidos gorjeos de risa, quizá decía su alma: *mel et lac sub lingua eius* (Cor. 4,11).** Mejor que el de mi madre es el néctar de tus palabras. Dulce recreo es tu doctrina, y así dejando el regazo de su madre, haciendo fuerza con los bracitos y llorando porque lo soltase, así que ganó el suelo trocando las lágrimas en risas, se fue reptando a donde estaban los padres, que habría 6 u 8 varas, y de cuatro que eran los ministros escogió de todos (porque le guiaba el espíritu) al religioso que era semanero y aferrado del hábito y cuerda se entretenía con gozo tan singular que divertía a todos, y admirado el padre semanero y penetrando el alma del caso, dijo a los compañeros: "este angelito quiere irse al cielo. Aquel desasirse de su madre, este venirse a mí, esta risa, estos gorjeos: el agua del santo bautismo piden." Cómo puede ser, dijeron todos, si está buena y sana y tan alegre. Fue necesaria alguna fuerza para desasirla del hábito y brazos del padre sacerdote y que la llevase su madre, sin poder acallarla con sus caricias ni enjugarle las lágrimas, en que significaba el sentimiento de que la apartasen de aquellos brazos, de quien esperaba el alma su remedio. Mas, a poco tiempo, lo consiguió y se experimentó la verdad del discurso que hizo el padre semanero. Pues llamaron luego tan de prisa, que el estar tan prevenida siempre el agua, fue causa consiguiese el alma de aquel angel ver a Dios en la gloria, donde le gozará para siempre.

Merezca también reparo el agradecimiento de dos angeli-

* "Por comida os di leche".

** "Miel y leche bajo su lengua".

tos que mostraron al morir. El uno de seis a siete años de edad, murió en la doctrina de Santiago de Comas, donde estaba con todos los religiosos ministros de la santa conversión, que se habían retirado por orden de los prelados, como se dirá después. Poco antes de expirar dicho párvulo llamó a todos los religiosos por sus nombres para despedirse, besando las manos de cada religioso con tanta ternura y cariño, que motivó copiosas lágrimas en todos. Esmeróse más con el religioso que le había bautizado un año antes, haría poco más o menos; a quien llamó el último y cogiéndole las manos le decía mil amorosas ternuras, besándolas muchas veces y refregándose toda la cara con ellas, las pasó al pecho y al corazón, donde las apretaba con tal ahínco que parecía se las quería llevar consigo, o meterlas dentro de su corazón; decía tierno y agradecido: "padre de mi corazón, Dios te lo pague, Dios te lo pague, padre de mi alma, que me hiciste cristiano", y, alzando los ojos claros y resplandecientes, repitiendo el dulcísimo nombre de Jesús, los clavó en el cielo, a donde envió el alma, acompañada con su amantísimo dueño Jesús.

El otro fue semejante. De la misma edad sería poco más o menos; murió en Hualahoyo, hacienda en el valle de Jauja del capitán Francisco de la Fuente y de doña Catalina del Castillo, su esposa, cuyo fervoroso celo ha mantenido y fomentado esta santa conversión; abriendo a su costa los caminos, sustentando con limosnas y mucha caridad los religiosos. En la ocasión estaba en dicha casa curándose el religioso de quien mereció ser cristiano dicho angelito, algún tiempo antes, y estando ya para expirar hizo lo mismo que el otro; haciendo llamar al religioso y a aquellos caballeros a quienes estimando con agradecimiento devotos la caridad con que le habían asistido, besó las manos a todos y llegando a las del religioso con tiernísimo afecto y amorosas palabras hizo y dijo lo que se ha referido del antecedente; si bien se halló más en este, que reparando en las lágrimas de todos, dijo: "ya no lloréis, de qué os puedo servir acá, dejadme ir al cielo a ver a Dios, a quien siempre pediré por vosotros, que pague la caridad con que me han asistido. Perdónenme que les he dado mucho que hacer con mi enfermedad." Palabras formales, que en lengua de la sierra dijo, y añadió: "váyanse, váyanse: tú señora, dijo a la mujer, que has sido mi madre, ayúdame a morir, dame ese santo Cris-

to". Y cogiéndole en sus manos supo decir tantos requiebros a su Señor que a todos nos tenía tiernos, confusos y admirados (aún en un hombre capaz son de notar estas cosas) y sin necesitar de quién le dijese palabra (que fuera interrumpirle) con el *Alabado* en los labios entregó a su Redentor el alma.

Disposiciones de eterna sabiduría, no efectos del caso, suelen ser los que ordena y permite Dios por la salvación de las almas. Por salvar al Nabucodonosor y a muchos de Egipto permitió Dios (dice el Abulense) la cautividad de su pueblo, que diese luz y enseñase la verdadera ley a tanto idólatra ciego. Ni fue accidental salir Cristo al camino, haciéndose encontradizo con los discípulos que caminaban a Emaús, sino disposición de su amor, develos de su cuidado. Al camino de Gaza llevó Dios a San Felipe, no acaso, sino para bautizar al eunuco de la reina Candacis. En busca de mejor camino íbamos en una ocasión el padre predicador fray Alonso Robles, presidente de las conversiones (que aunque asistía en el nuevo pueblo de Santa Rosa de Quimiri, vino a esta conversión a disponer la unión de las dos puertas y dar forma de sus fundaciones por aliviar la aspereza de esta entrada), que ha sido nuestro batallón.

Caminábamos, dicho padre, yo y el hermano Andrés Pinto, con cuarenta indios infieles que iban guiando y abriendo camino de oriente a poniente (que así es la salida de la conversión para acá fuera); llegamos a unos pajonales, de donde se daba vista y ofrecían descansada su vida a la sierra. Empezó una voz entre aquellos bárbaros diciendo que había culebras y sierpes por aquellos pajonales, y nosotros que podíamos instarles animándolos con el buen camino que por allí se prometía, nos hallamos también movidos de no sé qué impulsos superiores a condescender con ellos: aun siendo tan conocidamente opuestos a nuestra ruta sus pasos; porque guiaron retrógrado de poniente a oriente, dejando a las espaldas la sierra, que era nuestro norte; caminamos todo aquel día lo que duró el sol, sin camino, ni vereda, por arroyos y quebradas hasta llegar a ponerse el sol a unas chacras viejas de algunos indios de los que nos acompañaban, que habían dejado días había por irse a vivir a nuestro pueblo de Santa Cruz, a aprender

la ley evangélica. Como los indios hallaron bastimento, en breve dispusieron de yuca, maíz, frijoles y plátanos, su cena para alivio del trabajo de todo el día. Acaso nos pareció preguntar si había gente por allí, y no fue sino altísima providencia; pues sabiendo que a una legua de allí vivían algunos infieles, dejando la mayor parte de los indios allí, pasamos con los más fieles, sin tomar bocado, acordándonos de lo que enseñó Cristo: *anima est plus quam esca* (Luc. 12, 23)*. Lo primero que encontramos en las casas donde llegamos al caer la noche fue un indio enfermo, aunque parecía no estar tan agravado del achaque, pues se levantó por darnos mejor lugar de una ramada en que estaba y se entró a una casa más calurosa. El padre presidente fray Alonso Robles, con la abrasada caridad que tenía de la salvación de las almas, excitaba lo débil de la naturaleza, discursando (siempre que caminaba) que le llamaban a bautizar un enfermo que se moría: y con este discurso animaba el aliento, desterraba el cansancio caminando siempre por delante, y, sin que le embarazase cuesta ni aspereza, llegaba el primero a cualquier parte. En esta ocasión halló el empleo de su discurso y el logro de sus deseos: cuando yo llegué ya tenía instruido al enfermo en el conocimiento del verdadero Dios y necesidad del bautismo, a que respondía el indio con grandísima ternura, afecto y devoción que quería ser cristiano y deseaba ver a Dios, que por estar enfermo no había ido al pueblo a que le enseñásemos, que lo había deseado mucho. Mandóseme catequizarlo e instruirlo bien en todos los misterios necesarios para bautizarlo: y todo lo abrazó con firmeza y voluntad especial, y el propio instaba, por instantes, le volviese a repetir y enseñar tan alta y divina doctrina. Verdaderamente estaba aquel indio y guardaba la ley natural (que en otros muchos de esta nación lo he reconocido) y así le premió Dios y le concedió el santo bautismo aun a costa de prodigios. Tardamos en enseñarlo y fervorizarlo hasta la media noche, que lo bautizó dicho padre presidente, sin permitir otro alivio alguno, porque éste bastaba. Pudiendo decir con Cristo: *ego cibum habeo manducare quem vos nescitis* (Juan, 4, 32) y también *meus cibus est ut faciam voluntatem eius, qui misit*

* “La vida es más que los alimentos”.

me, ut perficiam opus eius (Juan, 4, 34)* Descansamos a ratos velando y ayudando a nuestro enfermo hasta las cinco de la mañana, que empezó a dar muestras quería ya entregar el alma a su Criador y dueño. Ayudámosle con cuidado, encomendósele el alma, y viendo que se movía, le cantamos el Credo y al *Incarnatus*, voló al cielo aquella dichosa alma. ¡Oh amor inmenso de Dios! y lo que hace por salvar un alma; los prodigios que le cuesta, sus caminos y secretos: *Quis enim investigavit magnalia eius* (Eccls. 18, 3).** Veneradas sean las divinas misericordias. Aquel día ganamos diez almas más de la familia del dichoso difunto, que aficionados de la divina doctrina y movidos de Dios se fueron con nosotros, luego que enterramos aquel cuerpo (que sería a las ocho del día) encomendándole a una hermosa cruz que colocamos; nos volvimos por el mismo camino retrógrado otra vez de oriente a poniente; y, desanduvimos el día antecedente en dos días y medio hasta los mismos pajonales y no hicimos poco, porque al volver caminábamos nosotros y al ir nos llevó Dios por salvar aquella dichosa alma, que le estará alabando para siempre en el cielo.

Muchos son los prodigios que obra Dios en confirmación de su santa ley y doctrina que predicán sus ministros, especialmente entre bárbaros, donde se experimenta lo que dijo San Agustín: *signa infidelibus*. No puedo referirlos todos ni aun siquiera apuntarlos; porque me falta el libro que está en la conversión, donde se han notado y escrito y por no arriesgar la memoria falte a la verdad de algunas circunstancias; sería mejor dejarlos de escribir, que no que carezcan de la pureza que se debe. Otros casos, aunque raros y singulares que me han sucedido a mí solo no pongo por carecer de testigos con quienes comprobar su verdad. Otros dejo de escribir porque están vivos los ministros con quienes sucedieron algunos prodigios; y aunque el árbol de su virtud sea seguro, bien profundo en las raíces de su humildad, se ofendiera su modestia, temiendo pudiera jugar mal fundado discurso que tenía parte el ministro, en lo que obra solo Dios: *qui fecit mirabilia solus*,*** por las al-

* "Yo tengo un manjar que vosotros desconocéis"; "mi manjar es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra".

** "Quién puede escudriñar sus grandezas".

*** "Que sólo él hace maravillas".

mas que interesa. Estos que he referido no tienen ese riesgo y es lo que más ha podido la memoria sin tropezar en duda, aun en sus más mínimas circunstancias. Todos se proponen con los religiosos que se hallan presente, pues estaban vivos los más para seguro de la verdad que refiero.

Volviendo al hilo de la historia, digo que corrían ya siete meses de la entrada primera que hicimos a esta conversión, cuando quiso el Señor (por intercesión de su purísima Madre, cuya imagen sacamos en procesión el día de su Concepción Inmaculada) cesase la peste, que si nos dio en logro setenta almas para los eternos descansos, tenía a los más del pueblo enfermos y amedrentados a los vecinos: y muchos que demás lejos venían a fundar y vivir en nuestro pueblo, se volvían del camino huyendo a las chacras que tenían en el monte, dejándonos tan solos que solo un indio quedó para asistirnos: mas en breve los volvió Dios, sosegó la tormenta limpiándose la peste con los exorcismos que trae el Breviario, con que hemos experimentado efectos raros; y los enfermos reconociendo la virtud del agua bendita y la saludable eficacia de los santos evangelios (con que sanaron muchos que estaban de riesgo) instaban con fervorosa devoción se les repitiese de continuo, por conseguir la cumplida salud y fortaleza que en breve alcanzaron.

Como asomaba ya el invierno con sus continuas aguas, que a manera de diluvio se desataban las nubes por este tiempo, se determinó que el padre predicador fray Francisco Izquierdo fuese a Quimiri, donde asistía el padre predicador fray Alonso Robles, presidente de la conversión, para disponer la fundación que se había de hacer entre Quimiri y Santa Cruz del Espíritu Santo (de Sonomoro), de la mucha gente que dicho religioso había visto por aquella parte cuando vino del Cerro de la Sal; porque unidos nos pudiésemos dar las manos en la salvación de tantas almas y fuese una la conversión socorrida de dos puertas, por donde se pudiese amparar. Nosotros nos quedamos con el padre predicador fray Francisco Gutiérrez (que luego llegó), entendiendo en aprender la lengua de aquellos bárbaros, que quiso el Señor se le diese tal alcance que a los cinco meses se predicaba y después acá se ha ido perfeccionando con su divino favor, de tal suerte que se ha reducido a reglas que forma arte completo y claro, por donde cualquiera con facilidad podrá aprenderla. También se ha he-

cho catecismo, doctrina cristiana, oraciones, cánticos e himnos, que en la lengua que del inca compuso el ilustrísimo señor Oré. Y esto se hizo no solo con consulta de nuestros religiosos que lo sabían, sino también con la de un sacerdote que asistía en los Andes, desde donde muy niño la aprendió, a que fue personalmente un religioso de quien se pudo fiar por lo capaz que estaba en dicho idioma y lo que se requería para negocio tan arduo y tan esencial de las almas. También se ha hecho Manual para administrar todos los sacramentos por preguntas y respuestas en dicho idioma. Otro tratado también se ha hecho por modo de pláticas, explicando todos los misterios, exhortando a las buenas costumbres, a amar la virtud y aborrecer los vicios, confesionario y otras muchas cosas, según las costumbres e inclinaciones de aquellos naturales, que a la verdad si no fuera obra de Dios, aun en muchos años no se pudiera ajustar lo que en tan brevísimo tiempo con perfección se ha compuescto y traducido.

Llegó a apuntar el verano del año 1674 y a todos la dicha de trabajar más en la mies del Señor. No sé si lo deseaban más los ministros que los indios; porque si los religiosos le aguardaban para salir a recoger solícitos y vigilantes la esparcida grey que herrada por aquellos montes se perdía, los indios no menos deseosos de su remedio anhelaban al tiempo para venir a buscarnos unos, otros para repetir con sus embajadores nuevas instancias para que fuésemos a sus tierras. Los del pueblo también deseaban el verano para buscar alivio a lo trabajoso del camino, que les era intolerablemente gravoso haber de continuar el que había, cargando a sus hombros, que si se viera y experimentara su fragilidad y aspereza, era bastante esto para conocer cuán de Dios ha sido esta obra y cuán fervorosas fueron las ansias que puso Dios en los corazones de aquellos bárbaros a solicitar el bien de sus almas; pues cargados trepaban de la mañana a la noche aquellas asperísimas tierras, donde solo colgándose con sogas podía vencerse en algunas partes el paso. Rompían aquellas quebradas y huaicos espesísimos, atravesaban badeando muchos ríos, y en algunos que embarazaban lo crecido de sus corrientes, derribaban gruesos árboles, capaces de alcanzar a la otra banda. Trabajo que muchas veces excede a fuerzas y sufrimiento natural, pues suele acontecer no poder acomodar bien un palo o árbol en todo

un día; porque unos al caer se hacen pedazos y se pierde el trabajo de cortarlos, otros se los lleva el agua luego que caen; otros que se logran es menester ponerlos a fuerza de brazos donde sirvan de puentes; y esto metidos en aquellos ríos tan fríos por la cercanía de la puna que hielan; y como es el natural de ellos friolento mucho (que deben de ser de la compleción de los negros), pues en su tierra siendo muy cálida son ellos tan fríos que su vivir y dormir es alrededor de la candela; esta les faltaba también y era el mayor de sus trabajos; las más noches en los caminos, porque o ya por los aguaceros (que ni en verano hay día seguro de aguas por aquellas sierras) no se hallaba palo seco que encender, o ya cuando se llegaba a los altos no había leña, por más que la solicitase la diligencia por ser puna rigidísima. Aquí sí era el padecer y el tiritar de aquellos pobres, pues solo una camiseta era todo su abrigo, que es un vestuario a manera de túnica, o camisa de algodón con que cubrían sus carnes, y si esta llegaba mojada, que lo era las más veces, ¿cuáles estarían aquellos desdichados en medio de una puna tan rígida, mojados sin ropa que mudar ni otro abrigo más que el mismo hielo?, que eso les suplía por lanas. (*Qui dat nivem sicut lanam*, Sal. 147, 16)*. Entre pantanos helados, durmiendo en ciénagas de nieve, no es pintura, no, ni son voces de ponderación éstas, sino la verdad sencilla, la verdad pura en el Señor; y confieso que no hay voces, términos ni palabras que puedan explicarlo como ello es la realidad, y lo que se ha padecido por aquellos caminos. Es cierto, los vi muchas veces, lloran como criaturas clamando y suspirando al cielo con lastimeras voces, diciendo: "piedad, Señor, misericordia, Señor; basta, basta, Señor," cuando les cogía alguna nevada de las rigurosas que allí caen.

Cuántas veces me sucedió al darles unos cigarros de tabaco, para que su calor los entretuviese y aliviase algo, hallarlos parálticamente imposibilitado el uso de las manos, cuyos dedos encorvados más parecían de hierro o sin vida que de carne animada, pues no pudiéndose valer de ellos usaban de las muñecas por dedos para coger el cigarro. En una ocasión que iba con treinticinco andes, (andinos), fue tan cruel la nevada que permitiéndonos ganar la oquedad de unos peñascos que

* "El que dá como lana la nieve".

formaban, a modo de cueva, no nos dejó salir del retraimiento en veinticuatro horas que duró su tesón, donde lo pasamos toda la noche y día arrimados sin podernos recostar ni sentar, que su corta capacidad apenas daba lugar para estar en pie muy apeñuscados, y no fue poca dicha hallar siquiera esta tan corta acogida, que otras muchas veces se pasaba toda la noche sentados, arrimados a los árboles, sufriendo en las espaldas cuanta agua caía del cielo. Otras veces nos ofreció la ventura, topar una cuevecita en que no sé si cupieran bien cuatro o seis, y nos acomodamos cuarenta con el padre presidente fray Alonso de Robles y el hermano Andrés Pinto; el cómo, se deja a la consideración que juzgo no eran más crueles (sino solo en el tiempo) las cárceles de los japones. A tanto padecer se añadía el del sustento, que éste era de hornear solo maíz tostado, y muchas veces que les llegó a faltar, roían palos y raíces de árboles. Una vez nos cogió en medio del páramo, en los altos de la puna, donde el piadoso celo del padre presidente fray Alonso Zurbano había hecho una casa para reparo en tanto frío, y para más abrigo le puso una puerta del pellejo de un toro que allí mató: a este paraje llegamos con cuarenta o cincuenta indios bárbaros tan necesitados que entre todos no había un puño de maíz, ni cosa que fuese sustento; tan desmayados y debilitados que hubimos de rehacernos con el pellejo de la puerta, de que hicimos repartición entre todos y en remojo cociéndolo nos sirvió de alimento con cuantos huesos pudo hallar la necesidad, sin que se escapasen (ni las astas) que tostados y molidos nos mantuvieron la vida tres días que allí estuvimos, hasta que nos socorrieron de la frontera de Andamarca; ¡qué año!, no era posible dar paso adelante, porque la flaqueza y necesidad no lo permitía.

Dejo de decir mucho de lo que se ha padecido y se padece en aquellos desiertos, porque por lo inusitado y por no haber conocimiento de aquellos parajes puede peligrar el crédito, que hay verdades que se deben callar, porque se arriesga su pureza si no hay alguna experiencia de lo que se dice. Basta lo dicho para conocer lo mucho que padecieron y trabajaron aquellos bárbaros, el amor tan grande que nos tuvieron, los deseos y ansias con que enfervorizados sus corazones, pues venciendo dificultades opuestas a su naturaleza, salían hasta la frontera (de Andamarca), que es pueblo acá en la sierra, anexo de la

doctrina de Santiago de Comas, a llevar a los ministros que habían de entrar, sacar a los que enfermaban, (que la montaña por ser tan cálido y húmedo es muy enfermo); cargar el mantenimiento, que aunque se excusaba lo posible, era preciso llevar hachas, machetes, cuchillos y demás cosas, que para ellos mismos son necesarios; mas aunque conocíamos y nos admiraba su fineza, términos siempre que al cabo les había de abrumar el peso, viendo que siempre que salían enfermaban los más y morían muchos. Tengo observado y apuntado que de las salidas que han hecho a la sierra, han muerto fuera de su tierra 78 y en una ocasión que salieron setenta indios infieles a Andamarca, no escapó ninguno sin enfermar de una peste peligrosa en que murieron siete, y los demás huyendo se volvieron enfermos a sus tierras.

No sé si hallará en historias tal amor de bárbaros en tanto padecer, tanto sufrir en tan repetidos trabajos. Confieso y digo de verdad (y aun entonces lo dije) que era el menor milagro de Dios en que manifestaba era muy suya esta conversión y que tenía predestinadas aquellas almas, el que no nos hiciesen pedazos a flechazos, que pudiera juzgarlo por desahogo la naturaleza bárbara de aquellos infieles, tan afligida y lastimosamente llena de trabajos; la que sin ministros gozaba segura libertad en el ocio de su descanso, sin embarazo la voluntad, libre el albedrío, sin conocer necesidad, porque los más tienen muchos regalos a su modo de cacería y pesca y frutas del monte todo el año de que llenan sus casas; donde pacíficamente quietos los festeja y sirve la lealtad de sus mujeres; los divierte y entretiene el amor y cariño de sus hijos; arréstanlo, pues, todo por el bien de sus almas, con tantos trabajos y necesidades, pereciendo de hambre en aquellos caminos, fríos y yertos, sin alivio en aquellos páramos, sin el halago de las mujeres, sin el cariño de los hijos; no sé cómo no nos han muerto mil veces. No sé cómo nos reciben y admiten. Posponer su libertad, dejar sus casas, privarse de su descanso y conveniencias, aun experimentando casi siempre muerte y enfermedades. Salir fuera de sus tierras a temples opuestos a su naturaleza; raro amor por solo aliviar a los ministros; cargarse de nuevos y mayores trabajos, abriendo espesuras, rompiendo quebradas; pues no quedó ninguna de todas las que hace y forma la ceja de la puna que caen a la montaña por donde no buscase su fervoroso cui-

dado nuevo camino. Verdaderamente era Dios el que los movía, pues apenas acababan de buscar camino, por una parte donde las asperezas e imposibles que hallaban que pudieran ser resfrío al mayor fervor y desengaño a la mayor ansia, parece eran espuelas a buscarle por otra parte, a que salían luego, solicitándolo con instancia, sin admitir contra mi ruego que pudiese impedir los nuevos alientos y bríos con que picados, decían: "hemos de abrir camino por donde sirvamos a nuestro padre presidente, hasta que nos vengan a buscar a nuestras tierras con tanto trabajo; aliviémosles nosotros con el sustento en que se crían abriendo camino por donde se pueda traer con sus medicinas para los enfermos, con que excusando el que se vayan a curar afuera, aseguramos en su asistencia nuestro amparo y el remedio de nuestras almas". Esto decían, con tales fervores, que sin poder estorbarles vencían dificultades, atropellaban inconvenientes. Trabajando en esto todo aquel verano dicho y primer año que estuvimos con ellos incansablemente con fervor, amor y gozo singular. Bien se conocía obraba el poder de Dios en sus corazones; pues sucedió muchas veces afligirse mucho los religiosos, que iban con ellos, viéndoles padecer tan sin alivio, que hasta el cielo aumentaba sus penas con diluvios de agua; lastimados, los ministros clamaban tiernamente a Dios con lágrimas y suspiros, decían: "compadeceos, Señor, de estos pobres; no se pierdan las almas que es precio de vuestra sangre. Son tierno, son ignorantes, no saben de trabajos, ignoran la gloria del padecer. Suspended las aguas. Alivíeles vuestra piedad, no sea que afligidos se desesperen. ¡Oh, misericordias divinas y secretos de Dios!". Testigo es que cuando esto pedía nuestra compasión, volvían algunos de los indios que iban delante y se volvían a nosotros danzando y cantando a su usanza; muestras de la alegría y gozo con que el Altísimo llenaba sus corazones y respondía al ahogo de nuestra aflicción, que juzgaba iban los indios reventando de angustias.

Complicáronse las acciones en la concurrencia de cosas tan distintas que hubo a que atender en dicho verano, a no ayudar con su divino favor y asistencia; él que la promete segura siempre a sus ministros: *et ego ero semper vobiscum* (Mat. 28, 20)*, pues a un tiempo se acudía acompañando a los que

* "Yo siempre estaré con vosotros".

iban a los caminos; tan repetidamente que dieciocho veces en aquel primer año conté y apunté, pasé aquellos altos y punas; ¿cuántas veces la pasarían los demás religiosos, y cuántas los indios que iban con unos y otros? Juntábase el haber de visitar a los curacas y parcialidades que repetían con sus embajadores las ansias que tenían y algunos de los curacas habían venido personalmente a vernos; siete veces se dio vuelta por los circunvecinos de dos y tres días de distancia visitándolos, predicando y enseñando la verdad de nuestra santa ley. Ocurría también asistir a los rezos y chacras de comida (que no es lo menos de que deben cuidar los ministros), así las particulares de los indios del pueblo, como los de la comunidad que se hacían para los que venían de nuevo a vivir en el pueblo tuviesen de dónde sustentarse como propio, sin mendigarlo. Estilo que se debe observar en todas las reducciones para que no les acobarde ni estorbe a juntarse y reducirse a pueblos la incomodidad de las chácaras.

Al mismo tiempo, sin poderlo excusar un instante, antes sí pedía mucho cuidado y más ministros la asistencia a los que quedaban en el pueblo, con el pasto espiritual de la divina doctrina a todos: con atención y amor a los niños que teníamos ya en escuela; con cariño a los que venían de sus tierras a visitarnos; con caridad y vigilancia a los enfermos, instruyendo, catequizando y bautizando; porque ya corría otra peste originada, o de la gente que se había juntado y vivían de asiento en nuestro pueblo, que pasaban de 300 almas, sin los que iban y venían, de que habíamos visto más de 900 y sin los que vivían a los alrededores de nuestro pueblo, o la causó la entrada del verano, que en mudando el tiempo suelen acontecer pestes malignas; esta fue tan cruel que en breves días nos asoló el pueblo; pues de tres en tres se enterraban los más días, y morían tan de prisa y tan repentinamente que acostándose buenos, sanos, gordos, sin achaque ni dolor alguno, a la media noche les asaltaba la muerte, avisándoles saliesen a recibir al esposo en el santo bautismo, para gozar eternos descansos: *media autem nocte clamor factus est, ecce sponsus venit, exite obviam ei* (Mat. 25, 6),** y se hubieran perdido muchas almas (que podemos creer que pues al salir de esta vida se desposa-

** "A media noche se oyó un clamor: he aquí el esposo, salid a su encuentro.

ron en el santo bautismo con el Esposo divino), entraron con él a gustar las bodas eternas: *intraverunt cum eo ad nuptias*.***

Necesitaba el pueblo en la ocasión de muchos ministros para acudir a todo, mas suplió por muchos: *sufficit unus pro mille*,* el celo vigilante del padre predicador fray Francisco Gutiérrez (a cuyo cargo estaba el pueblo cuando yo asistía con los indios en los caminos), pues aunque dicho padre estaba bien agravado de achaques, con fríos y calenturas y las piernas hinchadas, cuidadoso como Ministro de Dios, o como siervo verdadero, asistía no solo a la segunda y tercera vigilia, sino que ocupaba toda la noche visitando de casa en casa el pueblo, explicando los divinos misterios, enseñando a unos, preparando a otros, de suerte que cuando habían de ir turbados a buscar al padre al convento o iglesia para que fuese a bautizar, le hallaban entre ellos mismos prevenido del agua, con que excusando el que peligrasen las almas mientras le buscaban, concedía con liberal fervor el santo bautismo, antídoto y remedio de las almas. Ayudóle mucho la caridad ardiente del hermano fray José de la Concepción, religioso lego; tres, cuatro, cinco solían bautizar en una noche. No he podido ajustar cuánto descansaban dichos religiosos, en el tiempo que duró esta peste. Pues todo el día tenían el mismo ejercicio, sin divertir el atento cuidado, temiendo no se les perdiese algún alma; porque habían averiguado muy bien que un indio viejo, ministro del demonio, o el mismo demonio que habría tomado aquella forma y hay tradición que en forma humana, o en la de algún bruto o pájaro, se les aparecía en las juntas y borracheras en su gentilidad, y así los indios todos decían era el demonio, porque ni conocían al tal indio ni lo habían visto jamás, siendo así que por distantes que estén, se comunican y conocen muy bien unos a otros, y porque por donde quiera que salían del pueblo los indios luego lo encontraban, y los ministros nunca pudieron dar con él, por más que lo procuró su solicitud. Andaba, pues, por los alrededores del pueblo subvertiendo a la gente, procurando tragarse algún alma: *tamquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret* (1 Pedro, 5,8),** sembrando la cizaña

*** "Entraron con él al banquete".

* "Es suficiente uno por mil".

** "Le rodeó como león rugiente, buscando a quien devorar".

de su perversa y diabólica doctrina; decía a todos los que encontraba que los religiosos traían las enfermedades, que vivía con ellos la muerte, que habían de morir sin remedio cuantos allí estuviesen y viviesen con los padres, que se volviesen a sus antiguas habitaciones (que era todo su ahínco por hacer el tiro a su salvo); mas los ministros de Dios advertidos de San Pedro: *fratres sobrii estote et vigilate* (ibidem),*** velaban a todas horas, con tal cuidado que apenas faltaba enfermo, cuando luego le echaban de menos, salían a buscarlo por los montes, de donde con lágrimas, suspiros y amonestaciones le persuadían y reducían, volviendo al pueblo la oveja perdida como el Pastor Divino. No es lugar comparativo de ponderación, sí de similitud a lo que ha sucedido; ocasión hubo en que los ministros trajeron en unas andas cargado a sus hombros un indio infiel que se había quebrado una pierna tres leguas del pueblo en lo espeso del monte. Abriendo camino los mismos ministros (porque los indios ya se ha dicho lo que huyen de los enfermos), pasando ríos con las andas a los hombros y algunas veces en la cabeza, según lo pedía la hondura de los ríos; tardaron tres días hasta llegar al pueblo tan necesitados como el enfermo de ocupar otras andas por haber faltado el sustento aquellos días; porque la caridad abrasaba y prisa de ir a socorrer a aquel podre no dio lugar a prevenirlo, juzgando estar a cuatro o cinco horas de vuelta.

Allegábase y concurría también haber de ir a los enfermos que llamaban desde sus habitaciones y estancias pidiendo el santo bautismo, y siendo éste nuestro anhelo (enviar almas al cielo) se está dicho con la puntualidad que se acudiría, aunque hubiera más asperezas para llegar a sus sitios. Religioso hubo que en una ocasión estando afuera curándose de dolores (ocasionados de aquellas ciénagas húmedas y fríos de la puna por donde se pasa) que le tenían imposibilitado de trabajar, y por estar entonces solo y ser tiempo de invierno, se retiró a la frontera a tomar unos jarrillos y como no alcanzaron le hicieron añadir sudores y papelillos, y a los diez o doce días que los había acabado, le llegó aviso que estaba la gente de la montaña muy enferma y algunos infieles muriéndose, que pedían el santo bautismo; de noche le dieron la nueva, y por la mañana ya

*** "Hermanos: estad sobrios y vigilad".

estaba caminando, sin que le embarazasen las aguas (que era en el rigor de ellas), ni le atemorizasen la puna con sus ciénagas, pantanos y fríos: antes gustoso de su suerte decía con fervor a los que compasivos contradecían su ida: ¿cuándo yo tan dichoso que pierda la vida por lograr un alma que consiga la gloria y escape de la eternidad de las penas? ¡Oh!, cómo podía decir mejor este lo que el otro rey a Abraham: *da mihi animas caetera tolle tibi* (Gén. 14, 21);* pues no intereses sino la misma vida despreciaba poniéndola a tan conocido riesgo. ¡Oh!, cómo tenía en su corazón lo que la Santa Rosa, con ansias del alma decía: "¡Oh quién pudiera a costa de la vida lograr la salvación de un alma!" Cinco logró entonces el dicho religioso: tres de párvulos y dos de adultos; así obran los pobres religiosos, ésta la caridad que ejercitan que no puede ser mayor; dijo Cristo: *maiozem charitatem nemo habet ut animam ponat quis pro amicis suis* (in Oficio apostolorum),** y no perdió la vida, antes se admiraron todos de la salud y robustez con que salió. Así obra Dios, así asiste a sus ministros: *ego ero semper vobiscum*.* Luego, no es imposible pudiera nuestra débil naturaleza atener con tanta ocurrencia de cosas en solo un verano, dando cumplida salida a todo con el divino favor, que sin él en menos se ahogara.

Pidió también particular asistencia y cuidado la fundación de nuestro pueblo que costó muchos pasos hallar mejor sitio; porque donde vivíamos, fuera de haberlo hecho espantoso lo continuo de las pestes y por esto instaba brevedad en mudarlo, pues atemorizados los indios, ya no querían vivir allí y se nos iban muchos: era el sitio por su naturaleza malísimo, porque era en una hoyada a manera de caldera, ceñido de dos cerros en la forma de media luna que impedían la entrada al viento, con que careciendo el pueblo del frescor y pureza de los aires, parecía horno encendido con su continuo calor; y muy enfermo, por la humedad grande también, porque como era hoyada, al llover la rebalsaba el agua, haciéndolo todo una ciénaga. Mudámosle a una loma de pajonal hermosa, capaz y seca por su altura y terruño, limpia de sabandijas ponzoñosas y pareció

* "Dame las personas y cógete la riqueza".

** "Nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por sus amigos".

* "Yo siempre estaré con vosotros".

más saludable; porque le bañaban todos los vientos; así los del norte (que son en aquella tierra los más sanos) como los de la sierra, que con su frescura templaban el calor de la montaña. Corre por sus faldas el río de Magasamari, que no es del mal porte el agua, buena y fresca, que cría algún pescado (aunque poco); camino hacia el norte hasta juntarse con el río que llaman Perené y a éste lo constituyen crecido los ríos de Tarma y Quimiri, los del Cerro de la Sal y otros que bajan por aquella parte corriendo al oriente hasta encontrarse con el grande Eni, a quien reconocen superior todos, ofreciéndole en tributo las aguas de sus corrientes; hizose una capaz, fuerte y hermosa iglesia, vivienda de los padres, casas de los indios y chacras de comidas, acudiendo a todo nuestro Curaca Tonté con solos los indios de su parcialidad, sin permitir que los recién venidos ayudasen, porque no les resfriase el trabajo.

No se olvidaron de cumplir su palabra los que habitaban a las orillas del gran río Eni. Los cuyentimarís y quientimiris, los que cuando entramos a esta conversión querían que nos matasen o nos echasen, los que mudó el Señor (como ya se dijo) que de rodillas pidieron que no nos fuésemos, que volverían por nosotros a otro verano para que enseñásemos a los de su tierra.

Llegaron, pues, éstos a nuestro pueblo en la ocurrencia de tanta ocupación como se ha dicho y como no me hallasen (por estar en la puna en lo del camino), ansiosos de verme y de llevar ministros a su tierra, pasaron dos con otros del pueblo a avisarme. Sentí no tener compañero, porque los que estaban en el pueblo tenían bien que hacer con los enfermos y demás que atendían; apretaban con instancias los indios diciendo que no se habían de ir sin llevarnos; determiné salir a Jauja a buscar algún religioso que remediase la necesidad de acompañarme; convinieron los dos indios disponiendo que el uno bajaría a avisar a los demás y el otro pasó conmigo diciendo que no me había de dejar hasta llevarme a su tierra. Todas estas circunstancias importan para dar crédito a lo que después supe, que diré a su tiempo; quiso mi dicha encontrarse en la doctrina de Comas, que está a una jornada de Jauja, al hermano fray Antonio de Araujo, religioso lego y ministro de mucha caridad y celo de salvación de las almas, que gustoso me acompañó. Llegamos a nuestro pueblo de Santa Cruz

del Espíritu Santo y le hallamos más limpio de la peste que ya se iba acabando, más los indios llenos de deseos de vernos y llevarnos, pues pudieron aguardar (hasta que llegué) más de mes y medio, aun cuando estaba más viva la peste, pues es lo mayor que se puede decir, pues es lo más que ellos pudieron hacer. Había venido con la gente el curaca de los quientimaris y quientimiris, llamado Mabiayendi, con alguna de su gente y dieciocho o veinte indios que decían eran de abajo; después supe que eran de aquellos dos famosos pueblos Picha y Masadobeni, vasallos del rey Enin. Con un curaca que ocultaba el serlo, díjomelo con mucho encarecimiento y secreto nuestro Tonté y él en su estilo y modo (aunque más se disfrazaba) se daba a conocer. Este vivía con mucha gente que ocupan en hacer mucha ropa de algodón, mantas, camisetas y paños, con que comercian trocándolo por herramientas, y tenía su asistencia en la cordillera grande, en la parte que mira hacia nosotros y le llaman Vehitiaricu, que quiere decir Atalaya, el que mira, el que descubre. Esta cordillera atraviesa por medio de la montaña de sur a norte; es muy alta y en partes tiene nieve; no es prolongada de cerros como la de la sierra, porque en subiendo a lo alto se baja luego (sin más lomas ni cuestras) a hermosísimas llanadas, pampas, sabanas, muchos pajonales, todo llano hasta la mar del norte (y arenales dicen que hay también muchos), sin haber más cerro, de suerte que en esta cordillera dan fin y se rematan todos los cerros y serranías de esta América. Es especial recreo de la vista (hele tenido grande las veces que lo he pasado por muchas partes de montaña y Andes que he entrado) ver desde la cima de esta cordillera salir el sol: porque como no hay cerro ni altura que embarace el oriente, se deja ver primero (en aquella longitud que causa a la vista parecerle se junta el cielo y la tierra) por entre las ramas de los árboles, como por entre celosías verdes, donde dan primero sus dorados rayos y pasando sus reflejos por los requicios de las verdes hojas las dejan en opinión de brillantes esmeraldas que forman dorado y lúcido sitio al planeta, cuando para tomar posesión de este hemisferio va saliendo como de entre pimpollos, hermoso, y, tan junto parece con la arboleda, que puede juzgar alguno es fruto de aquellos árboles o flor de aquellos cogollos.

El día de Nuestra Señora de los Angeles, dos de agosto,

patrona de esta santa conversión, después de haber dicho misa y hecho las diligencias por ganar el plenísimo jubileo e indulgencia de la Porciúncula, salimos para la tierra de adentro con mi compañero fray Antonio de Araujo, todos los indios que habían venido y algunos del pueblo que nos acompañaron, caminamos los dos días primeros entre oriente y norte hasta los Cobaros; de aquí se coje casi al oriente derechos, dejando a mano izquierda a los chiquirenis y sagorenis, que están a la entrada y encuentro de nuestro río de Magasamari con Perené. Pasamos los sanguirenis, que son pocos y a los tres días llegamos a los quientimiris. Aquí tenía su casa el curaca Mabayendi, recogió su gente y aquella noche les hice una plática en su idioma, explicándoles y probando haber Dios omnipotente y Criador universal de todo, el premio que tiene para los buenos y el castigo que les aguarda a los malos, lo infalible de su condenación sin el santo bautismo y lo terrible y eternamente perdurable de aquellas penas. Y se sirvió el Altísimo Señor de dar tales voces, términos a mi lengua y de tal manera encendió aquellos corazones, que a cada palabra correspondían todos con desmedidos ayes, con suspiros a gritos, con sollozos y lágrimas muchas, y todo fue un lamento en indios e indias que me obligaron a abreviar, porque era mucha la ternura. Retiréme con mi compañero a la margen de un arroyo, donde estando rindiendo a Dios las debidas gracias, llegó el curaca (que solícito nos buscaba) hecho un mar de lágrimas con otros indios y rogándonos le oyésemos; se sentó junto de nosotros diciendo (en su idioma): "Padre ¿por qué me tengo de condenar?; si no tengo padres que me enseñen, ¿qué me he de hacer?; si no sé dónde hay padres, ¿de dónde los he de traer? Fui por ti para que enseñes mi gente; no te quieres quedar, ¿qué me tengo de hacer?; ¿por qué me he de condenar?; dime dónde hay padres, los iré a buscar". Estas individuales palabras dijo, solo dejo de escribir las razones que alegó, que no puede pronunciarlas el labio sin hacerse pedazos el corazón y deshacerse en lágrimas los ojos, de oír lo que el profeta Jeremías llora en sus trenos: *parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis* (Lam. 4, 4).* ¡Oh! quién pudiera (dije entonces al compañero) repetir con clamores del alma estas mismas palabras en las

* "Los pequeñuelos pidieron pan y no hubo quién se lo repartiera".

plazas y universidades, pues fuera bien lucido empleo y colmado logro a las mejores letras la salvación de un alma, que se pierden y condenan muchas por falta de obreros: *messis quidem multa, operarii autem pauci* (Luc. 10, 2).** Yo no podía dejar la mies que el Señor me había entregado, además de estar entonces fundando otros dos pueblos, fuera del de Magasamari: el uno entre Satipo y Perené, donde se querían juntar la gente que habita por aquella parte; el otro en Cachegori, entre los Pangoas y Menearos, por haber por aquella parte harta gente; pues en una ocasión vinieron juntos a nuestro pueblo ciento y más almas, en otra traje yo cincuenta, y en otra que fue cuando fuimos a escoger el sitio contamos en el dicho paraje 75 almas, donde con los pangoas y menearos fuera un buen pueblo, pero que había repartido ya a unos y a otros herramientas, hachas y machetes para hacer los rozos de las fundaciones dichas. Estas causas les propuse tenía para no quedarme con dicho curaca Mabiayendi y los suyos; ofreciéronse a que también ellos se juntarían a pueblo y harían iglesia si les prometía ministro que les enseñase; diles herramientas suficientes y quedaron en desahogo de sus ansias ejecutando su promesa, empezando luego los rozos para la fundación.

Pasamos el día siguiente caminando al oriente hasta el gran río Eni, tan rico de aguas que puede sustentar una nao, especialmente desde la cordillera para abajo, donde habiéndose ya unido con el Perené, que en competencia de la mayoría en más de una cuadra caminando juntos aún no se mezclan ni hermanan sus aguas. Se encuentra también con otro gran río que llaman Taraba, cuyas crecidas ondas manteniendo la palestra con Eni y Perené, que ya van en uno, dejan en opinión la superioridad. Este gran río Eni es el de Nuestra Señora de Cocharcas o Chinchero, que entrándose a la montaña va recogiendo en sí y abrigando cuantos desde Abancay hasta el Cerro de la Sal, nacido de la cordillera de la Sierra; hele navegando desde sus cabezadas tres veces por los Andes de la doctrina de Tambo, del Corregimiento de Huanta; he entrado a él navegando por el de Jauja que llaman los naturales Mantaro, que entra por los Andes de Biscatán del mismo Corregimiento. Por dichas partes lleva muchas corrientes, rápido y peligroso en sus

** "Las mies es mucha, pero los obreros son pocos".

bajíos. Algunos dicen que ya viene dicho río unido con el de Apurímac, mas yo tengo por más cierto que el otro que llaman los naturales Taraba es el de Apurímac, que va siempre arrimado a la cordillera grande dicha, por la otra parte que mira hacia el mar del norte (aunque algunas veces seguiría hacia el oriente) hasta encontrarse con Perené, que juntos revuelven por la falda de la cordillera grande, buscándole el portillo por donde desembocan señoreándose de aquel otro mundo caminan siempre al oriente.

Habiendo colocado nuestra cruz, que es lo primero que hacen los ministros donde quiera que llegan, nos embarcamos en dicho río Eni con mis compañeros y los indios de abajo, el curaca ya dicho, que tenía nombre de Atalaya, y dos indios de los nuestros, porque los demás se quedaron en el puerto y en los quientimiris. Camínase en balsas hasta la cordillera, que desde allí es todo el trajín en canoas. Llegamos como a las tres de la tarde a los quientimaris, que están a mano derecha del río de frente, de donde desemboca el Perené; agasajónos mucho la gente, solemnizándonos con mucho y buen pescado que ofrecieron a todos; acabada la refección necesaria y al querernos hacer a la vela un indio de los nuestros, que nos había acompañado desde nuestro pueblo de Santa Cruz, lanzando cuanto había comido, daba muestras de morir; turbónos el repentino accidente. Instaban los indios de abajo subiésemos en las balsas donde esperaban y viendo la detención, volvieron a salir a tierra a instarnos pasásemos con ellos, que no podían detenerse, porque el mucho tiempo que habían tardado y la noticia que había corrido de la peste que hubo en nuestro pueblo darían por infalible su muerte los suyos y les estarían ya llorando sus mujeres e hijos; porfiaron con ruegos, cariños y razones más de una hora, alegando que por solo llevarnos habían salido de su tierra, hecho ausencia de sus casas más de tres meses con trabajos y necesidades, arriesgando la vida en la peste del pueblo, pasando a tierras no conocidas y de tanto frío como la puna y sierra, solo por traernos a su tierra, que siquiera pasásemos a la casa y pueblo de dicho curaca Atalaya, que estaba cerca, señalando el sitio en la misma cordillera grande, en cuyas faldas casi estábamos. No es fácil de decir la pena y conturbación que tuvimos, porque esta exploración [la de] pasar la cordillera y ver las tierras de la otra parte ha

sido siempre el tema de nuestras ansias, por las muchas noticias del innumerable gentío que habita por aquella parte; dejar, pues, aquel pobre que nos había acompañado con amor desde nuestro pueblo, desampararlo cuando tan enfermo se mostraba, no era caridad. Verdad es que titubeó la elección; *positus in medio quo me vertam nescio*.^{*} Los ruegos, las ansias y razones de los indios para llevarnos y nuestra voluntad inclinada a ir, mas la enfermedad de nuestro indio era demora que nos detenía con obligación de asistirle, pues era oveja de nuestro rebaño, de nuestro pueblo de Santa Cruz y estaba dicho indio infiel, [pues] aún no tenía el santo bautismo y si muriera se perdiera por nuestra cuenta y que nos dijera el Señor: *sanguinem autem eius de manu tua requiram* (Eze. 3,18),^{**} terrible sentencia. Sacrificamos nuestra voluntad a Dios y pues tanto es para Dios un alma como muchas, que en el mismo costo le está una que todas, determinamos quedarnos y que se hiciese su divina voluntad y no perder uno de los que nos había entregado. Enseñanza es del Divino Maestro: *non ut faciam voluntatem meam sed voluntatem eius qui missit me, haec est autem voluntas eius qui missit me Patris: ut omne quod dedit mihi non perdam ex eo* (Juan, 6, 39).^{***}

Fuéronse los indios bien tristes en sus balsas río abajo, y nosotros hicimos luego una hermosa cruz que colocamos con toda devoción, poniéndole por nombre aquel sitio Santa Clara. Y como vieron los de aquel paraje que ya tenían más tiempo de gozar de nuestra doctrina, por hacer participantes también de su dicha a sus vecinos, les enviaron aviso aquella noche y por la mañana llegaron treintitrés almas, que no debían de vivir muy lejos, y todos sin recelo ni miedo, antes con mucho amor, se venían a nosotros admirando nuestro traje, estilo cariñoso y agasajo que experimentan y reconocen por las dádivas de dijes, de agujas, abalorios, cuchillos y lo demás, que ya se ha dicho repartimos siempre en señal y muestra del afecto. También hizo el Señor en estos especial moción; porque motivado de haberme preguntado uno de los que parecían de más

* "Puesto en el medio, no sé a dónde dirigirme".

** "Ciertamente reclamaré su sangre de tu mano".

*** "No para hacer mi voluntad, sino la del que me envió: y esta es la voluntad del que me envió: que de todo lo que me dió no pierda nada".

capacidad que qué hacía estando yo rezando en el breviario y que qué significaba o qué era una estampa de Jesús, María y José que tenía por registro en el breviario, tuve ocasión de explicarle los divinos misterios, a que se juntaron luego todos. Sucedió lo que con los otros de suspiros y lágrimas y cuando acabé, me dijeron: que me quedase allí a enseñarles, que en su vida no habían oído cosas semejantes y tan buenas, que me quedase e hirían luego a cortar madera para hacer iglesia, y aunque les ponderé mis ocupaciones, instaban no obstante y porfiaron por gran rato que les dijese que me quedaría, para ir luego a empezar el rozo para hacer iglesia antes de irse a sus chacras: *parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis; messis quidem multa, operarii autem pauci*.*

Este día pasamos en balsas a ver el río de Perené, que entra en Eni como se ha dicho a mano izquierda mirando al norte a donde corren sus aguas; topamos alguna gente en una hermosa isla verdaderamente deliciosa de arboleda, capaz, alta y segura para una fundación o presidio, que con solo apoderarse de este paraje se rindiera toda la tierra, porque es la puerta y llave de todo el gentío que hay a la otra banda de la cordillera, porque por este boquerón de la cordillera y ríos es todo el trajín y comercio, así de sal del cerro dicho a los principios como de la sal cocida de cochas que llevan de otras partes, y todas las herramientas y cosas que les pueden entrar de acá, fuera por cuantas bocas y entradas hay desde Apurímac hasta el Cerro de la Sal dicho, que son muchas y todas con sus arroyos y ríos van a dar a Eni y han de pasar por dicha isla. Llegamos a la punta por donde desemboca Perené y colocando una hermosa cruz, por ser día del glorioso mártir San Lorenzo, le llamamos el río de San Lorenzo. Todo este día nos entretuvo gustosamente divertidos lo hermoso de aquella tierra, que tiene mucha similitud a los valles en los ríos grandes, playas y arenales, en las orillas mucha caña brava y pájaro bobo muy crecido, muchas aves de las de por acá, palomas torcaces, tordos, corregidores, garzas, paujiles, pavas de diversos géneros, patos reales y patos caseros, que señores del monte gozan de su libertad; halcones y águilas reales y otros muchísimos pájaros

* “Los pequeñuelos pidieron pan y no hubo quién se lo repartiera; la mies es mucha, pero los obreros son pocos”.

de la montaña de varios y hermosos colores, el monte limpio de arbolitos, matas o ramazones, solo le visten gruesos y crecidos árboles, muchos cedros, nogales, robles y sauces y éstos no los he visto en otra parte de montaña. Palmas hermosísimas y diversos géneros, que las más dan sabrosos y distintos frutos, con que sirven al apetito de aquellos naturales, y acompañan a la mucha diversidad de frutas que ofrecen los demás árboles, de las que por acá tienen paltas, pacaes, piñas, papayas, caña dulce y mucho plátano. Pueblan la tierra casi inmensa diversidad de animales, unos nocivos, otros propicios a la naturaleza humana, muchas fieras, tigres, leones y algunas sierpes; este año maté una en esta otra parte de nuestra montaña que era fiero animal, aunque pequeño; de los demás que les sirven al sustento hay muchos, antas, saginos, puercos de monte, venados, cervicabras, muchos monos de diversos y varios géneros, marimondas muy grandes, un rastro suyo medimos en aquellas playas de arena que tenía más de tercia larga, que nos admiró dudando si era de algún gigante, por la similitud que tiene con la planta humana; la tierra es muy seca y arenisca, donde se criaran bien viñas y todos los géneros que se dan en los valles. Limpia y despejada de nubes que le dejan gozar con asiento los tiempos; solo tres meses llueve en el invierno; los cerros, como reconociendo su fin y remate, son bajos y pequeños, dando lugar a que la bañen los nortes, y desde medio día corren muchas brisas. Participa como tan vecina de la última cordillera de los temples y yelajes de la otra parte, pues (de donde quiera que se descubra, aún desde la sierra) se ve que de aquella cordillera para acá está el cielo oscuro y lleno de nubes todo el año; más de allí para dentro es claro y blanco, mezclado con un encarnado o rosado que constituyen un color exquisito y muy hermoso.

Es tierra muy fértil y sana, muy propicia a la naturaleza, solo allí he visto viejos de canas en toda la montaña. Los naturales que cría acreditan la fertilidad de su patria, porque son aunque corpulentos bien hechos, robustos y fornidos (a modo de los chilenos), graves en el aspecto, pero afables en su trato con algo de política y punto. Pues sucedió, cuando íbamos a esta tierra, que en un río grande que se había de pasar en balsas, aquel indio cacique o curaca oculto que dije que tenía nombre de Atalaya, mandó a otro indio traer la balsa y repa-

sándola y asegurándola muy bien con muchos comedimientos me rogó subiese en ella y él echó mano del remo sin permitir que otro ninguno subiese y luego que me puso en la otra banda, saltó conmigo en tierra, soltando remo y balsa, que debía de ser menos valer de su persona el volverla, y fue necesario viniese a nado un indio para llevarla.

Tocónos a recoger el sol, con su despedida pasamos otra vez a Eni para llegar al de nuestra hospedería de Santa Clara, donde hallamos nueva gente que había venido a vernos del monte adentro; no sé dónde vivían, solo sé que cuando entrábamos por el monte a cazar, hallábamos muchos caminos que se cruzaban muy trillados y el tiempo que allí estuvimos (aunque poco) todos los días venía gente de nuevo, que acariciábamos con los agasajos acostumbrados y ellos correspondían con pescado fresco y bueno, alguna fruta, como piñas y plátanos, con que significaban su agradecido afecto. Aquella noche les enseñamos a todos a cantar el *Alabado*, que aprender mejor lo que es cantado, porque son muy inclinados al canto y amigos de música. El día siguiente nos festejaron llevándonos a pescar, que es un rato de divertimento gustoso, si bien allí es muy breve y dura poco el recreo, porque como es tan abundante y rico de muchísimos géneros de peces el río, luego se llega a las puertas de sus orillas, apenas siente el anzuelo que le pide, ofrece libertad, de lo que tiene sin escasez; porque son muy crecidas sus dádivas. Aún no tardamos media hora cuando volvimos a casa tan cargados que sumergía la balsa un pescado solo que trajimos: tenía dos varas y cuarta de largo (que lo medimos con el bordón y palmos), tres cuartas de ancho o através y media vara de alto o de grueso. Lo restante del día lo ocupamos enseñando a aquellas miserables almas y a ratos nos divertía la escopeta en el monte a que gustosos iban los infieles, admirando ver caer tan de improviso en el suelo el ave sin vida y ponderando cuán de repente se revolcaba en su sangre el animal en la tierra. Tratamos de irnos porque nuestro indio enfermo ya estaba bueno, como lo estuvo desde el día siguiente, a que se fueron los indios de abajo; y aún siempre lo estuvo según él confesó dos años y medio después de ésto; digamos ahora la causa antes que nos vamos, porque después no habrá tan buena ocasión de referirlo. Este indio sería de 20 a 22 años, de lindo natural y tanto amor nos tuvo que se salió a la sierra

con nosotros (aun siendo infiel) ni quiso volver a su tierra, ni apartarse de los religiosos hasta que se lo llevó Dios, que fue el año pasado de 1681. Bautizámosle con otro adulto en la Concepción de Jauja con mucha solemnidad; salió tan buen cristiano que se aplicó a aprender a leer por saber bien la doctrina cristiana, de que no ignoró oración ninguna, y el *Perfecto cristiano* lo sabía casi todo de memoria, porque no le caía de la faltriquera adonde quiera que iba. Inclínose a ser sacristán y ayudaba una misa rezada o cantada con todas sus ceremonias, como pudiera un corista experto y cuidadoso; era su centro la sacristía y la iglesia, donde dos veces al día, por la mañana y a la noche, se recogía a oración mental; los días de comuniones, que las frecuentaba todos los domingos y las fiestas principales, se quedaba en la iglesia en más prolongada oración, instándole que me dijese qué hacía en todo aquel tiempo; me respondía: "considero a mi Dios, a mi Señor y a mi Padre que se ha entrado en mi pecho, que ayer era esclavo e hijo del demonio y ahora está todo Dios en mi corazón, llenándolo y llenando mi alma y arrojándome a sus pies le pido por aquellos pobres mis compañeros que ayer me vi con ellos, que use de su misericordia, no se condenen tantas almas". Esto mismo me repitió varias veces que le examiné. Este, pues, y estando en este estado de virtud le dijo al padre predicador fray Alonso Zurbano de la Rea (y a mi en distintas ocasiones) que había abajo de la cordillera rey a quien nuestra gente llamaban Gabeinca, que él era de abajo del pueblo Masarobeni, uno de los dos ya dichos que están pasada la cordillera; que siendo mozalbete se salió y se había venido a los anapatis y luego a los quintimaris y de ahí a Santa Cruz a vivir con los padres y que nos fue acompañando (cuando hicimos el viaje que estoy refiriendo), porque no supo la intención de los indios que habían venido por nosotros hasta que llegamos a los quintimaris, donde oyó y supo de cierto que habían traído orden del rey Enim o inga para que con toda sagacidad, instancias y ruegos procurasen que llegase yo a la casa y pueblo de aquel curaca que es Atalaya, que avisaba de todo y que desde allí me llevasen cargado donde digo, aunque no quisiese, donde tenía prevenida harta gente para que me llevasen; decía que le parecía que habían de llevar. En cuándo, Dios lo sabe mejor y pues no lo permitió, no debía de convenir; aun no sería tiempo;

decía que de aquellos veinte o dieciocho que decían que eran de abajo, los seis eran de la misma ciudad del rey, que venían para que desde que me embarcase le fuesen avisando de dos en dos (y así fue que cuando nos embarcamos salieron dos por delante en una balsita y no los vi más, y preguntando en la hospedería de Santa Clara, me dijeron habían pasado allí cerca a dormir) y que los demás unos eran del curaca Atalaya, otros de Masarobeni y de Pichasati.

Esto dijo dicho indio de allí a dos años y medio, cuando ya no se le podía dar remedio. Dios se lo dará cuando convenga y fuere tiempo. Conocí que miradas las circunstancias desde que vinieron los indios dichos de abajo a llevarme confirman esto mismo y declaran la intención que entonces no se conoció. Lo primero, aquel aguardar mes y medio en el pueblo tan apestado, cuando huyen ellos tanto de los enfermos, que dejan los padres a sus hijos y los hijos a sus padres. Ni fue amor, pues aun el de nuestro curaca Tonté, tan experimentado, se retiró a su chacra en la ocasión de dicha peste; también aquel ahínco de pasar dos de ellos a buscarme hasta la puna, siendo de tan abajo, que el uno era de la misma ciudad del rey, el otro del curaca Atalaya; aquel no dejarme el uno pasar hasta la sierra y doctrina de Comas; no querer volverse sin mí, aun instándole muchas veces, porque se me ofrecieron detenciones; aquel ocultarse el Curaca; aquel señorío y modo de aquellos indios, que a la verdad hacían diferencia a los demás, como lo hacen en las ciudades los caballeros a los plebeyos y los cortesanos a los villanos. Finalmente de que tienen rey y muy poderoso y que está muy cerca de este paraje y cordillera; parece cierto, pues se ha averiguado con particular cuidado y modo especial que Dios me ha concedido para con esos indios, y sobre todo lo que vio aquel religioso por sus ojos a los principios ya dicho. Este verano que pasó de 1681 salieron también por mí y me instaron a que fuese, mas hallándome solo dejé de ir, porque fuera antes perder que ganar, pues de ir y no volver (que era lo más cierto), solo se siguiera el que no pudieran entrar más ministros, por no saber de mí ni adónde habían de ir y se perdía todo. Hoy está la puerta abierta para entrar con modo y disposición cuando fuere la voluntad de Dios. Asegúranme los indios no haber más que diez o doce días; que el pueblo o ciudad no puede la vista alcanzar a ver el fin. Diéron-

me noticia de la gran nación de los omaguas, que se sigue inmediata a dicho rey, populísima y grande, que hacen frontera a los españoles; y éstos se han apoderado y fundado una ciudad que dicen es muy grande, y por haberme mandado vuestra excelencia pusiese en este escrito con expresión esta noticia y el juicio que hago en ella; el ejecutar es mi obediencia.

Digo, señor, que esta noticia de que hay españoles situados abajo la he tenido repetidas veces. Una vez trajeron los indios de abajo un niño muy blanco, sarco y rubio que parecía inglesito; esta vez que vio español estando conmigo fue a un manchego, corpulento, de poblada barba, bigote ancho y grande (como era la usanza antigua y como de ordinario son los portugueses), así que lo vio el dicho niño, dijo ¿por dónde vino este (juzgaba salido de abajo), no vino de adentro?; como éste, como éste, decía con mucho ahínco, hay muchos en mi tierra y sus casas son grandes y con viviendas en los altos (que señalaba con las manos), lo mismo decían los indios dichos que salieron el año pasado y todos los que vienen de la tierra de adentro lo afirman y muchos dijese que de allá traen, que los naturales llaman Castela por decir Castilla, lo aseguran porque son cosas de torno (que los indios no tienen), cuentas de hueso curiosamente labradas, lentejuelas de perlas a modo de ruedecitas torneadas; las herramientas no pasan por la necesidad que de ellas tienen, y, el que alcanza una, nunca la suelta. También hace a la noticia que los quientimiris y los quientimaris vinieron algunas veces a pedirnos amparo y seguro de alguna carta o papel, para que los españoles que venían río arriba y con negros (según les habían dicho los indios de más abajo) los mirasen como a hijos nuestros. Estas son las noticias que hemos tenido de que hay españoles adentro.

El juicio que hago, señor, es decir que siendo esto como dicen que hay españoles abajo, me parece serán los portugueses; fúndome en que cuando se entró a tomar posesión por parte de la corona de Castilla del gran río Marañón, en que volvieron los portugueses segunda vez entonces a navegarlo, se reconoció un río que careadas bien las noticias aseguran ser éste de Eni en que estamos, y abajo le llaman Yetaú, tan caudaloso como rico de oro, cuya abundancia probaban bien las planchitas de dicho oro que traían pendientes y colgadas la mucha gente que habita sus márgenes, como refiere el r.p. fray Diego

de Córdoba y Salinas en el libro 1, cap. 34, fol. 206 de su *Crónica franciscana del Perú*. Habiendo visto tanto oro (que es el cebo de las conquistas), y estando ellos tan cerca, en el cabo de esta tierra en el Brasil y Paraná, sin embarazo de cordilleras, antes sí mucha facilidad de embarcaciones, pues ofrece la montaña madera, jarcias, lomas y cuanto se necesita para armar una nao; es de entender pueden ser portugueses dicha gente. Y si tomó Castilla posesión del Marañón, digan tomémosla nosotros de este otro río, que con sus riquezas nos brinda y aunque tomase Castilla la posesión de todos los ríos, parece no embarazara a quien se desembarazó de la obediencia y más cuando Castilla no habita amparando aquellos parajes, ni se sabe que por alguna parte están stuados nuestros españoles la tierra adentro. Hace también que aseguran los indios hay padres religiosos de mi Padre San Francisco con dichos españoles, y cuando yo les explico algún misterio de nuestra santa ley dicen luego: "esto mismo es lo que dicen que enseñan los padres ahí adentro"; lo mismo dicen cuando les proponía los mandamientos de la ley de Dios, explicándoselos en su idioma. Siempre dicen: "esto mismo enseñan los padres de adentro, que así nos lo dicen los indios de abajo", de suerte que me persuadí a decir desde entonces: o fray Matías de Illescas está vivo, o alguno de los compañeros (son los que se alojaron por el río de la Sal, como queda dicho), o son religiosos del Brasil, y entonces aún no teníamos las noticias que hoy, y que ya he referido de los españoles que dicen; este es juicio solo, digo lo que siento y refiero lo que sé obligación precisa de mi lealtad y efectos de mi obediencia al precepto de vuestra excelencia, por lo que pueda importar al servicio de su majestad.

Quedó la historia en que como nuestro indio, que se fingió enfermo, estaba ya a nuestro parecer bueno y como no podíamos pasar adentro, por no tener con quién, atendiendo a las fundaciones que teníamos con los nuestros y lo demás que se ha dicho que pedía asistencia, nos despedimos de nuestros huéspedes de Santa Clara de los quientimaris. El día de la gloriosa Santa Clara, donde de agosto, llegamos a los quientimiris, y el curaca Mabioyendi dicho repitiendo sus ansias instaba por religiosos; prometimos volvería el compañero lo más breve que se pudiese y mientras podían prevenir las maderas para la iglesia y las chacras de comida para la gente. Dionos diez indios

que nos acompañasen hasta nuestro pueblo de Santa Cruz del Espíritu Santo; no hubo cosa que notar (aunque encontramos algunos indios en el camino, y muchos caminos bien usados por lo trillado) que fuese de importancia, más que el día antes que llegamos a dicho pueblo, supimos que había un enfermo, pero que estaba apartada del camino la casa. No fue poca dicha venciesen los ruegos a un infiel que venía por allí para que siquiera desde lejos nos mostrase la casa (porque adonde hay enfermos no hay que llegar por cuanto tiene el mundo), hallamos a una miserable india enferma en una casa pequeña, tan sola que ni un muchacho tenía que le alcanzase el agua o la comida; catequicéla y bien instruida (cuanto se pudo en la ocasión) la bautizamos y encomendándola a su patrón san Jacinto (cuyo nombre le pusimos por ser su día) proseguimos nuestro camino, dando gracias a Dios que dio tan buen fin al viaje haciéndolo feliz, pues ganamos un alma que es para Dios un reino. Supe que murió el mismo día que la bautizamos, por un indio que envié luego desde el pueblo para que le asistiera.

Despachamos a los indios que nos acompañaron, remitimos al curaca Mabioyendi doce hachas y doce machetes para hacer las rozas de la fundación que prometió, señalándoles para que volviesen por ministros el fin del mes siguiente, en que habríamos ya acudido a los fervores de los demás indios vecinos y habrían llegado religiosos que en breve esperábamos; porque había venido a esta ciudad el hermano fray Fernando de Ojeda, a dar quinta a los superiores y solicitar obreros para la copiosa mies del Señor, que al abrigo de los ministros se juntaba y ansiosas por gozar puras las aguas de nuestra santa ley que dan vida eterna, despreciaban los cenegales de su ciega gentilidad en los ritos y usos de su infiel barbarismo, que los encaminaba a la eternidad de penas; bramaba el enemigo viéndose tan de vencida y despojado de las almas en que tenía tan antigua y segura posesión. No es decible el sentimiento, ya se supone: *Cum fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt ea quae possidet; si autem fortior eo superveniens vicerit eum, universa arma ejus auferet et spolia distribuet* (Luc. 11, 21-22)*

* "Si el hombre valiente, bien armado, defiende el atrio de su casa, seguro queda cuanto posee; mas cuando uno más fuerte que él sobreviene y le vence, le quita toda su armadura en que confiaba y reparte sus despojos".

Digo que bramaba, porque le hemos oído, así religiosos como indios, y son testigos todos los de la frontera de Andamarca, que por aterrarnos cuando nos acompañan hasta la entrada y ceja de la montaña, han oído grandes y espantosas voces como si gritara algún hombre y terribles aullidos, como si fueran de algún animal horrible en aquella puna que ninguna fiera habita, ni aun casi pájaros la acompañan. Y entre los infieles es ya asentado que cuando muere alguno, grita con silvidos que penetran y laman ellos zacinti, despertando aun al de más pesado sueño con lo agudo y horrible de sus gritos. Desde que entramos a esta tierra tocó alarma con los clarines de su dolor en roncadas voces en que inducíamos la palestra que hasta hoy mantiene.

Al tercero o cuarto día de recién llegado a aquella tierra reparé una mañana que estaban todos los indios sentados en hilera, las caras al nacimiento del sol, como con atento cuidado de quien aguardaba, túvelo yo de ver el fin; y advertí que así que asomaron los primeros rayos del sol, todos con especiales ceremonias le saludaron y con veneraciones a su modo le rindieron adoración. Corregíles el engaño, advertirles lo que era enseñándoles la verdad que: *solí Deo honor et gloria*,* estimáronlo mucho y hasta hoy no les he visto quebrantar; reven-tando de cólera el enemigo dio aquella noche tan estupendos bramidos y gritos, que despertó a todos los indios, así infiel como cristianos, que habían entrado con nosotros. Estuvimos quietos juzgando ser entre los indios los gritos, mas para mayor confusión del enemigo: *infirmus elegit Deus ut confundat fortia* (1 Cor. 1, 25),** movió Dios a un infiel que sacando de la iglesia la pileta del agua bendita y revestido de fe, como pudiera un católico, se entró al monte donde salían las voces y aspegeándolo todo con agua bendita, diciendo: "Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar; Jesús, María y José", lo avientó corrido, que no se atrevió más con aquel género de desmesuradas voces, sino solo el zacinti cuando mueren. Por la mañana nos refirieron todo el casi y osadía del indio, y preguntándoselo a él mismo, dijo: es verdad, yo le eché agua bendita para que se fuese, porque como cuando hacéis de noche

* "Sólo a Dios se ha de dar el honor y la gloria".

** "Dios eligió a los débiles para confundir al fuerte".

la procesión (era la doctrina con los muchachos cantando el "Alabado" alrededor del pueblo) que vais echando agua bendita en las casas y decís que es para avientar al demonio, por eso cuando gritó le eché agua bendita y se fue luego.

De creer es haría cuanto le fuese permitido, pues no pierde poco en perder la posesión de tantas almas; por una sola que interesara se conjurara todo el infierno para llevarla; donde perdía tantas ¿qué haría? Mas, qué no hará por estorbarlo siempre. Pasando en una ocasión un río tres indios en una balsa, en que llevaban un religioso lego de mucha virtud (también se halló un español por testigo de este caso), oyeron unas voces (en lengua de los indios) como detrás de las balsas, volvieron la cara asustados y no hallando el dueño que las articulaba, preguntó el religioso qué decían aquellas palabras: dijeron los indios afirmativamente: es el demonio y dice que no vayamos contigo, que nos hemos de morir todos. Iban en busca de otras almas y no se lo pretendía embarazar sus pasos, sino que intentaba rabioso despeñarlos en lo rápido de aquellas mareas, pues certifican los referidos que al volver del susto, se hallaron arrebatados de la corriente y a no ser tan presta la viveza del indio que iba delante de la balsa, que saltó a un peñón que les ofreció la dicha y les previno Dios, hubieran perecido todos.

Si esto (y mucho más que no se puede referir todo) hace al descubierto manifestando su sentimiento, publicando su odio, ¿qué no hará en lo oculto?, ¿qué de sugerencias, qué de engaños no pondrá en los corazones de aquellos bárbaros? Ya valiéndose de acasos, ya de sus ministros los hechiceros, ya de la misma naturaleza sentida de perder su antigua libertad a los vicios y gentílicas costumbres, hecho el resto a su poder (porque se lo permitía Dios) moviendo a los indios que habitan por aquella parte del Cerro de la Sal, para que matasen a los padres que habían entrado por Quimiri. Con que adivinó también esta otra entrada de Santa Cruz del Espíritu Santo (de Sonomoro), que hasta ahora lo llora por origen de sus desdichas. Referiré por hacer a esta historia el suceso de las muertes, según he sabido y puedo decir sin rebozo. Soy el que más puede saber en la materia, así por haberme adelantado tanto el Señor en la lengua de aquellos naturales como por haber andado más que ningún ministro y haber investigado la materia, con todo cuidado, a que he ido cuatro veces hacia aquella

parte, sin intentar pasar a ser cronista de la Conversión de Quimiri, porque ignoro lo admirable que tendría de singulares casos, ni he sabido el número de la gente que bautizaron.

En este mismo verano de 1674, los religiosos obreros del Altísimo Señor que entraron por Tarma y fundaron el pueblo de Santa Rosa de Quimiri, no pudiéndose contener su abrasado celo en lo dilatado de aquellos parajes, de donde recogieron como flores las almas de que compusieron el ramillete de dicho pueblo, siendo aún estrechos límites para el mucho fuego, que como en erario seguro depositó Dios en sus pechos, buscando nuevas ensanchas para desahogar su espíritu, determinó el padre predicador fray Alonso Robles, presidente de la conversión, que el padre predicador fray Francisco Izquierdo con el hermano Andrés Pinto fuesen a fundar a Pichana, por ser el conmedio entre Quimiri y Santa Cruz del Espíritu Santo y nos pudiésemos ayudar y unir las dos puertas en una conversión, ordenando que en dicho sitio se formase un pueblo de la mucha gente que dicho padre presidente había visto el año antecedente, que estuvo en todos aquellos parajes, donde sus naturales simulando el odio que tenían a los religiosos fingían cariño y afectaban deseos de tener padres que los enseñasen, y no eran sino ansias de beberles la sangre, [pues] habían quedado sedientos de sangre franciscana desde que derramó su crueldad la de los padres fray Cristóbal Larios y fray Jerónimo Jiménez.

Con esta simulación, pues, habían salido los indios hasta Quimiri para llevar a los religiosos dichos fray Francisco Izquierdo y el hermano Andrés Pinto, quienes encendidos en el amor de Dios y del prójimo, debajo del seguro de tantos cariños y paliados deseos se entregaron como corderos humildes a aquellos lobos crueles, en piel de oveja encubiertos, "sub ovina pelle". Gozosos llegaron al río y se les podía dar parabienes con el deseado día de hacerse a la vela para ir a la tierra de adentro, embarcándose en el río de Quimiri, donde juntos el río de Tarma y Chanchamayo, el de la doctrina de Comas y otros constituyen todos el río de Perené, dejándose navegar en balsas desde Quimiri para irse a juntar con el río de la Sal. Prevenido, pues, ya todo, las balsas dispuestas, todos en la playa y la gente que los había de llevar, aguardando a la lengua con los remos en las manos, se estuvieron dichos pa-

dres por un gran rato (contaba dicho padre presidente fray Alonso Robles que los acompañó al río y no se apartó de ellos hasta que los perdió de vista) de rodillas, vertiendo copiosas lágrimas de gozo, besando aquella tierra, abrasando aquellas márgenes. Se despidieron para siempre de aquellas playas, parece (decía dicho padre presidente) tenían segura la feliz suerte que les esperaba y que iban a regar con su sangre la sequedad de aquel gentilismo. Pues, después de haber hecho con grandes prevenciones todas las diligencias debidas, como verdaderos religiosos, las rodillas en tierra devotamente postrados, con humildes súplicas pidieron perdón a todos del mal ejemplo que hubiese ocasionado su poco espíritu. Qué humilde es la verdad: en el árbol de perfección el fruto es la humildad, que la flor de su hermosura de la raíz le ha de nacer: *et flos de radice eius ascendet (Isa. 11,1)*.* Rogaron al padre les diese su bendición y les concediese la absolución e indulgencia plenísima que tenemos los religiosos para el último artículo, y la que tienen los ministros del santo Evangelio. Diéronse tiernísimamente los últimos abrazos, diciendo el padre predicador fray Francisco Izquierdo: "estos serán los últimos, padre presidente, adiós, que ya no nos veremos más": *amplius non videbitis faciem meam*;** terrible sentencia para dos hermanos tan unidos. Tierno el padre presidente y la gente toda sollozando suspiros, se podía decir: *magnus autem fletus factus est omnium dolentes, maxime in verbo quo dixerat quoniam amplius faciem eius non essent visuri (Act. Apost. 20, 38)**** A los dos días, o tres, llegaron a los vecinos del sitio de Pichana y corriendo la voz que habían desembarcado padres, se juntaron todos los demás serranos y curiosos de tan preciosa margarita, que afectaban ser lo que más deseaban y podían estimar: tener padres, alegrando cada parcialidad en su abono por llevárselos a sus sitios. Convinieron en un medio, que fue elegir un sitio, en medio de unos y otros, y éste se llamaba Pichana, donde participasen y fuese de todos el tesoro de aquella joya, y no se llevase ninguno la gloria de poseerla, ni fuese mejorado en posesión por el hospedaje.

* "Y de la raíz saldrá la flor".

** "No veréis más mi rostro".

***"Y hubo un gran llanto de todos, doliéndose sobre todo por la palabra que había dicho, que ya no habían de contemplar más su rostro".

El que parecía querer sobresalir a todos, en los cariños y agasajos y exceder en la asistencia a los padres, fue un indio llamado Mangoré, que entre los suyos era curaca, o hacía cabeza de parcialidad. Este indio era cristiano bautizado, juzgo que en Vitoc, que es a un lado de Tarma, por donde hay otras bocas o entradas a la montaña, como son Mayo, Uchubamba y otras, que todas van a dar a dichas partes, por donde así los indios serranos como españoles y mestizos que trajinan por aquellos parajes suélese bautizar con poco temor de Dios, sin conciencia, sin saber lo que se hacen, ni lo que se necesita para el santo bautismo, que es materia lastimosa y digna de todo remedio, por el daño que causa así a los ministros que los imposibilitan, como a las almas de los infieles, pues se quedan peores e irremediables; porque entiende el infiel que con solo bautizarse le basta para salvarse, y, así no solo no busca más pero aun siente que le enseñen lo que debe hacer; a muchos ni aun les queda el nombre que les pusieron en el santo bautismo; uno de esos era el tal Mangoré y tenía tres mujeres, cosa que en esta nación en su gentilidad se tiene por demasía pasar a tener dos, y estos son raros y muy notados de ellos mismos; ¿qué sería ver tres en un cristiano?

No se pudo ocultar esto del cuidado y abrasado celo del padre predicador fray Francisco Izquierdo, pues era tan público que pudo llegar hasta Santa Cruz del Espíritu Santo la noticia, estando aún cinco días de distancia la tierra más adentro, y más que ya vivía dicho Mangoré con sus familias donde los religiosos asistían, y era preciso viese el padre con sus ojos lo que decían todos. No hay necesidad de decir los caminos, los medios que dicho padre eligió para remediar aquella alma, amonestándole a solas con cariños, con lágrimas, con ruegos, que ello se deja entender de quien conoció la mucha capacidad del padre Izquierdo. No había menester, ni aun tanto Mangoré, para reventar el volcán de su pecho; pues ya sus tibiezas y descuidos en la asistencia indicaban lo dañado de su voluntad. Haciendo las diligencias por averiguar bien el suceso hallé algunos indios que hoy viven en Satipo, junto de nuestro pueblo que se vinieron de hacia aquella parte de Pichana, donde vivían cuando mataron a dichos religiosos. Dicen, pues, estos indios que Siquincho, cacique del Cerro de la Sal, a quien respetaban y temían todos por el interés de la sal, había envia-

do orden a Mangoré dicho Siquincho, pidiéndole con muchas instancias matase a los padres, de que recibiría especial placer y gozo. Con esto el dicho Mangoré, deseando ejecutar los intentos de su depravada voluntad, se hacía todo a las furias. El cariño de los religiosos era ya para su corazón veneno, las tiernas amonestaciones eran llamas, que acababa en cólera. Un día, pues, repararon los dichos indios que lo refieren (especialmente uno llamado Sambate, que estaba presente y dice lo notó todo), dicen que salió dicho Mongaré de la casa de los padres hecho una fiera, brotando (como se debe decir) fuego por los ojos, descubría el volcán de su pecho vivo Etna abrasado en incendios de su ira y escupiendo furias a un lado y a otro (esta es cierta y ordinaria muestra cuando están muy enojados), sacudiendo la larga melena de su cabeza a una y otra parte daba a entender cuán desmedida era su rabia. Todo aquel día no comió bocado (bien tenía que digerir en su enojo), ocupó en convocar a los suyos; solicitó los que pudo contaminar la ponzoña de su venganza, animándoles a que estuviesen prevenidos para la hora que tramaba su ingratitud sacrilega, ejecutar la crueldad de su odio.

Criaban los religiosos un niño de 12 años poco más o menos, hijo de la misma nación, que por asistir y estar con los religiosos, había dejado a sus padres naturales a imitación de san Antonio y san Luis Japones, niños que en víctima sagrada ofrecieron sus vidas al martirio por acompañar a los santos religiosos, que fueron sus espirituales padres; así, este angelito despreciando la libertad gentilica que le brindaba con ocio y descanso entre sus mismos padres, dando de mano a las conveniencias y regalos de su patria y el natural amor de su parentela, ofreció gustoso y liberal su sangre en holocausto en compañía de dichos religiosos, y fueron felices en merecer ver también lograda su enseñanza y llevar por presente a las bodas celestiales el alma de aquel angel como fruto de sus trabajos.

¿Si advirtieron los religiosos el dichoso fin que se les prevenía o no? Está en opiniones. Algunos dicen que tuvieron bastantes indicios para alcanzarlo, o que avisaron algunos afectos (que aun entre infieles no faltan donde quiera hay de todo) y que los vieron estarse todo el día en la iglesia a dichos religiosos suspirando en tiernos coloquios; sería bien se deja entender de aquellos corazones abrasados, las gracias, los loores

y alabanzas que ofrecerían a Dios, viendo ya tan de cerca el término de sus ansias, la felicidad de su suerte, pues merecían dar la vida por la exaltación de la fe, morir por nuestra santa ley, firmando con su sangre la verdad y pureza que predicaban. Con soliloquios tiernos excitarían el fervor de sus almas, con amorosas lágrimas se darían recíprocamente los últimos abrazos. Otros dicen que estaban descuidados y no previnieron el suceso; no hay descuido en quien no tiene seguridad. Aunque no advirtiesen el caso, siempre estaban prevenidos, pues vivían entre bárbaros, donde no hay hora segura y siempre se vive en zozobra, en riesgos, en peligros; porque ni firmeza, ni lealtad, ni amistad hay en aquellas fieras racionales, que suelen, aun los que se muestran más amorosos hijos y más leales amigos, convertirse en venenosas sierpes.

Llegó la noche tan deseada de aquel sacrílego y depravado Mangoré, recorrió los suyos y animados de su bárbara impiedad, armaron arcos, eligieron flechas, previnieron macanas (que hacen de fuerte chonta) y como si fueran a rendir una muralla, o a ganar alguna ciudad fuerte, así salieron de armados. O como fariseos al prendimiento, pues por linternas llevaron estos hachones de paja encendida; de esta suerte, pues, furiosos y prevenidos embistieron a la indefensa humildad de los religiosos, aquellos sacrílegos lobos. Entró por delante Mangoré, bien estirada la cuerda de su arco en que había puesto una tan cruel como fuerte flecha, en que fiaba la seguridad del tiro su robusto brazo; acompañábale otro indio con un mechón que le alumbraba (de mejor luz necesitaba quien iba tan ciego), seguíanle los demás en la misma forma, Sintieron los religiosos el ruido y al irse a hincar de rodillas, abrazados con sus cruces (estilo religioso dormir abrazado con una cruz) diciendo mil tiernos requiebros, repitiendo el dulce nombre de Jesús (que lo pronuncian y saben muy bien los indios), soltó Mangoré con tanta furia para el padre Izquierdo de su arco la primera flecha, tan veloz, derecha y fuerte que partiéndole de medio a medio el corazón, dio con el cuerpo adonde estaba Pinto y allí acabó las últimas sílabas del Jesús que estaba pronunciando. Arrójase Pinto a los pechos del padre, o a restañar con sus labios la sangre, o a beber como polluelo pelicano del paterno pecho rasgado los raudales que corría. También acudió desolado abrazándose con sus espiri-

tuales padres el niño ya dicho, ansioso de acompañar también en la muerte a los que había asistido en la vida. Tan espesa fue la lluvia de las flechas que disparó la sacrilega furia de los bárbaros, que [en] un imprevisto perecieron todos tres un erizo solo, según estaban de cosidos y unidos con las flechas. Acudieron con las macanas y palos y con cuanto pudo hallar su odio, haciendo pedazos los huesos, por desahogo de su furia y para hacer más pública su furia y más notorio el hecho sacaron los cuerpos de los siervos de Dios como por triunfo de su victoria amarrados con fuertes sogas (que produce en bejucos la montaña) arrastrándolos por aquellos montes, hasta que los arrojaron al río. Volvieron relamiéndose en sus furias y como era fuego su cólera, pegaron con él y con los mechones, que llevaban en las manos, en la iglesia y casa de los padres, donde el violento elemento en breve resolvió en pabesas los ornamentos, cruces, imágenes, cálices y cuanto topó su voraz llama.

En quieto sosiego se hallará la más furiosa rabia; en gozos, desahogos, la más colérica ira si consiguiera aniquilar el objeto de sus enojos, la ocasión de sus pesares. Más, la sequedad bárbara de estos infieles, ni sosiego, ni quietud, ni término hallaba su crueldad, quizá porque no era la causa de su odio la vida solo de aquellos siervos de Dios, sino su doctrina, lo que enseñaban y predicaban. Y como este mismo se hallaba en todos los ministros para arrancar de raíz la causa y dar cumplido término a la maldad de su odio, determinó su ciega obstinación quitar la vida a todos los religiosos: *abyssus abyssum invocat* (Sal. 41, 8).^{*} Acompañado, de cuantos pudo convocar su enojo, salió el dicho Mangoré tan prevenido de flechas como armado de furias, tiró para Quimiri a matar primero a los religiosos que allí estaban, y, cogidas las puertas, dar sobre seguro en nosotros, que vivíamos bien descuidados adentro. Al tercer día que hubieron caminado, dieron de repente con dos religiosos, el padre fray Francisco Carrión y el hermano fray Antonio de Cepeda, que iban a acompañar al padre Izquierdo en la nueva viña que estaría plantando, deseosos de derramar su sangre por la exaltación de la fe, a costa sus vidas (no hay ministro del santo Evangelio que viva sin estas ansias), y lograr un al-

* "El abismo llama al abismo".

ma, aunque fuera a costa de sus vidas, que ya habían ofrecido a Dios, entregándose a su divina Providencia desde que se embarcaron. Al mediodía, cuando el sol da de lleno en las hondas haciendo reverberar más sus rayos para que sea más sentido el calor de su fuego, se hacen a tierra los indios (cuando navegan los ríos) y asegurando bien las balsas seestean en el monte, mientras aplaca el sol sus ardores. En la playa, pues, del río de Quimiri y a la sombra de su arboleda estaban dichos religiosos fray Francisco Carrión y fray Antonio, cuando llegó Mangoré, y, al ver los padres gente de adentro sin poder retener el gozo (como ni yo puedo detenerme en referirlo, porque ha cortado el dolor los alientos a mi pluma), por abreviar el hablarlos con los brazos abiertos iban a dar a Mangoré y los demás la bienvenida. Halló Mangoré la suya y por no perder ocasión (que ni aun esperas permitió su odio) hizo la señal a los suyos, y, al llegar a tiro seguro de flecha (que a este término solo aguardan por no perder el lance), soltaron de sus arcos las flechas con que atravesaron aquellos serafines pechos, haciendo pedazos sus corazones. Arrastraron también estos cuerpos y para que se uniesen a los otros de sus hermanos, los arrojaron al río mismo, y que siguiesen aún en la muerte a los que iban buscando en la vida.

Aun con tanta sangre, ni se satisfacía Mangoré, ni se ablandara su dureza, ni daba término a su odio. De elefante sería su pecho, pues cobrava nuevas furias en la misma sangre que vertía sacaba más furiosos rencores su rabia: *Serpentes genimina viperarum, quomodo fugietis a gehennae, ideo ecce ego mitto ad vos prophetas et ex illis occidetis* (Mat. 23, 33).^{*} Llegó en fin con sus deprabados y sacrílegos intentos a Quimiri, hizo participante de todo el caso a un cuñado suyo; pidióle concurriese él y los del pueblo para matar a los padres, advirtiéndoles que si no convenía con ello venía bien prevenido de suficiente gente (que había quedado en emboscada), para matarlos a ellos y a los padres, que no había de haber cosa en el pueblo que escapase de su furia. Mangoré era fornido de cuerpo, grande y de terrible aspecto, el cuñado (que se llamaba Tomás y era fiscal del pueblo) era pequeño, aunque metido

* "Serpientes, engendros de víboras, ¿cómo esperáis escapar de la condenación de la gehena? Por eso, mirad, yo os envío profetas y vosotros los matáis.

en carnes y de más corazón que indicaba el cuerpo; no oyó bien la propuesta porque quería bien a los religiosos (estaban aquellos indios enseñados, este es el punto principal en las conversaciones, criar, enseñar antes de bautizar). Apechugó con Mangoré, prendióse de sus cabellos donde como si fuera dije se quedó colgado; acudieron los compañeros de Mangoré y todos no pudieron despegarle el tocado; daba gritos Tomás a la gente: la hermana carnal de Mangoré, mujer de Tomás, en un imprevisto trajo toda la gente del pueblo, que haciendo de los sacrílegos matadores con palos, macanas y piedras, los hicieron en un momento pedazos; hasta la misma hermana vengaba la muerte de los padres, desahogando su sentimiento con una gran piedra que descargaba repetidamente en la cabeza de su hermano. Estaban los religiosos rezando vísperas y al salir de la iglesia después de acabada, advirtieron el alboroto, acudieron cuidadosos por si era algún moribundo que necesitaba el santo bautismo; llegaron a tiempo que sacaban arrastrando los cuerpos de aquellos miserables hechos pedazos, casi sin facción ni figura de hombres, que los llevaban a echar al río: *eadem quippe mensura qua mensi fueritis remetietur vobis* (Luc. 6, 38).^{*} Supieron todo el caso y que estaban en emboscada mucha gente oculta. Viendo, pues, que allí no servían, ni podían hacer lo que ya estaba hecho, fueron a disponer lo que pudiera importar. Pasó luego el aviso a Chanchamayo, de donde aquella noche misma entró toda la gente de Chanchamayo a socorrer a Quimiri.

Despachó un religioso el padre presidente, escribiendo lo que permitía la brevedad que pedía el caso, para que nos diesen aviso por el valle de Jauja y que nos retirásemos afuera, mientras se sosegaba la tierra y se averiguaba si habría (llegado) a nuestro pueblo el contagio de aquella peste. El dolor y confusión que tuvimos, ya de la muerte de nuestros dichosos hermanos, (y lo más de la perdición eterna de aquellos miserables), ya de ver destruida la acción de Dios, ya de dejar sin pastor el rebaño en manos del hambriento lobo, ya de oír los balidos de tanto cordero tierno, de tanto niño inocente, ya el temor de que esparcida por los montes se perdería aquella grey recogida a fatigas y sudores de nuestro cuidado, ya de ver las

* "Con la medida que empleáreis para con los demás, con esa misma se os medirá".

lágrimas y sentimientos que hicieron aquellos miserables. Conociendo nos salimos todos sin alcanzar la causa; no es decible, pondérole el celo, mientras que yo lo lloro. Concurrieron todos a la iglesia cuando nos despedimos, alegando con tantas razones la justicia que tenían al santo bautismo, que hubimos de concederlo a 35 que nos pareció tener causas bastantes: unos por niños, otros por viejos y por enfermos otros, porque bautizar a todos los que quieren es yerro conocido, y es cierto se pierden y no solo son peores, sino que pervierten a los demás; buena prueba Mangoré y otros muchos que hemos experimentado y casi todos, en consiguiendo el bautismo, se descuidan, entibian y totalmente entienden que basta para salvarse; y suele dar más pesadumbre y costar más desvelos uno de los bautizados, si no está bien enseñado, que ciento de los infieles.

Retirámonos a la doctrina de Comas, donde estábamos casi un año hasta que informados los prelados de la distinción de las dos puertas y que estos indios de Santa Cruz del Espíritu Santo, ni les tocaba el alzamiento, ni fueron por entonces sabedores de ello, dieron licencia que volviésemos a trabajar con más fuerza de ministros en la viña del Señor. Pero aunque nos recibieron y salieron por nosotros a la puna con muestras de amor; no fue con aquellas ansias y fervores que el primer año. No se pudo volver a recoger la esparcida grey, que hallándose sin pastor que los abrigase, se habían vuelto a sus bebederos, a sus gentílicas costumbres, en lo retirado e inculto de sus estancias, de donde no querían salir, o por no volver a perder la libertad que habían recobrado con más ensanchas en un año sin ministros, o espantados de las pestes o temerosos de los caminos: ¡oh dolor!, la que fue viña elegida de Dios como faltaron hortelanos al cultivo se llenó de espinas y malezas de su gentilidad: *plantavit vineam electam et fecit labruscas* (Isai. 5, 3).*

Viendo los religiosos que la entrada era invencible, que los indios temerosos no se reducían; que los que habían quedado en el pueblo eran pocos, que apenas llegaron a cien almas; los vecinos por las pestes y demás trabajos amedrentados; la tierra toda alterada y sobresaltada, desde la muerte de los padres, y esto atajaba los pasos a correr la tierra, que eran

* "Plantó una viña escogida y produjo agraces".

las ansias y deseos de los religiosos, y de estar allí solo se cargaban de achaques de que estaban los más (si no todos) bien agravados y solo resultaba imposibilitarse para servir a la religión en otros ministerios. Se salieron los religiosos, dando parte de todo a los prelados, que bastaban dos ministros por entonces para asistir a los del pueblo.

No fue en vano la entrada, ni tiempo perdido ocho meses que se estuvo entonces, porque se bautizaron muchos y algunos con singulares muestras de que fueron granos escogidos para los trojes del cielo. Son algunos de los que se refirieron, que por no divertir la atención en los casos admirables los escribí consecutivos, como pedía la ocasión; lo que sí no he dicho ha sido el número de los que se han bautizado y los que muerto con el santo bautismo, dejándolo para esta ocasión, pues lo que queda escrito, que setenta almas bautizamos fue en la primera peste que duró hasta diciembre; las que hasta hoy se han bautizado por esta entrada de Santa Cruz del Espíritu Santo, sin las que se bautizaron por Quimiri, son por todos vivos y muertos los que se han bautizado ciento y ochentitrés; de estos los cuarenta están vivos y los ciento y cuarenta y tres espero en la piedad del Señor que le gozan en su gloria.

Conociendo que el total y principal impedimento de esta conversión era la entrada y puerta que imposibilitaba la salud, y no era para segunda vez andable, sino echarse a morir el que entrase una vez adentro; procuré darle mejor puerta o entrada. Con este fin fui tres veces por los Andes de Tambo, que están junto a Huamanga, y me embarqué en el río que por allá llaman Marañón, y es el río Eni de Cocharcas ya dicho, y a los ocho días de embarcación me volví, porque está muy adentro nuestra gente, pues me contaban 25 dormidas (que así cuentan los indios sus dormidas) hasta llegar a Santa Clara de los quientimaris, que se están junto a la cordillera grande de adentro, como he dicho. Entré también por los Andes de Huanta y Viscatán; también por Chochangará, por Chiquia y por Sanabamba; diré lo que es este paraje y lo que me sucedió, por si se puede dar remedio a aquellas almas que desde entonces las he tenido en mi alma, deseando tener modo de dar parte a quien se condoliese de ellas.

Sanabamba es un pueblo donde conté 80 y tantas almas,

que están a los principios de la montaña por el río de Jauja; dijeron los indios que era aquel pueblo anexo a la doctrina de Paucarbamba del obispado de Huamanga; es una rochera de facinerosos de acá fuera; el que hace alguna maldad, para vivir seguro, allí se retira. Si se fueron juntando muchos pudieran dar cuidado a los vecinos. No tienen camino, sino solo para de a pie y para carneros de la tierra, porque no los visite cura ninguno y así no hay quien sepa ni aun confesarse, sino solo los que trajinan con frutas y coca para la sierra; ocho días estuve con ellos doctrinándoles y enseñándoles lo que pude más esencial para su remedio por licencia *in scriptis* que tuve del señor don Cristóbal de Castilla y Zamora, arzobispo de los Charcas y entonces obispo de Huamanga. Confesé todos los del pueblo, que los más aun los que trajinaban, había muchos que no se habían confesado en muchos años; indio hubo que era viejo, tendría al parecer sesenta años, y no sabía qué era confesar, porque no lo había hecho en su vida y para hacerlo capaz, lo saqué afuera y lo tuve casi un año enseñándole de la doctrina cristiana, lo que pudo aprender su rudeza; algunos que estaban en estado de condenación. Conocí la necesidad que tienen esas quebradas y retiros (cuevas donde acorrala el demonio las almas para tragárselas) de sacerdotes, que se consagrasen a ser cazadores de almas y le quitaran al lobo infernal tantas almas como tiene presas y ha en sus uñas. ¡Oh cuándo será! *Et post haec mittam eis multos venatores et venabuntureos de omni monte et de omni colle, et de cavernis petrarum* (Jerm. 16, 16).^{*} ¡Oh si hubiera un precepto que asolase esos pueblecitos, cabernas de maldades, acogidas del demonio! Luego responden que de allí pagan sus tributos (hechan la capa los caciques, por lo que a ellos les puede importar tener también dónde acogerse) como si faltaran tierras adonde sembrar para enterar lo que dicen. Y cuando no hubiera de donde sacar para sus obligaciones no permitiera el católico celo de nuestro rey y señor, si tal supiera que porque tengan de donde sacar el tributo, tributen ellos al demonio sus almas mejor fuera que lo pagaran en un obraje, donde se aseguren las almas aunque trabajasen los cuerpos. No es sino

* "Yo enviaré muchos cazadores, y los cazarán sobre todo monte y encima de todo collado, y en las hendiduras de las rocas".

vivir como brutos dando a la naturaleza cuantas ensanchas pide el insaciable apetito en la maldad, estarse idolatrando libremente al demonio sin conocer Dios, rey ni padre.

Siete años van corriendo desde la última salida y retirada de los religiosos hasta este de ochenta y dos: y desde entonces hasta el año pasado de ochenta, en que me nombró la obediencia por presidente de esta conversión, no se había entrado. Aunque instaban los infieles y cristianos que había en nuestro pueblo de Santa Cruz del Espíritu Santo, pues todos los años salían hasta Andamarca dos y tres veces, cada verano, a pedir con lágrimas y clamor por ministros (poderoso es Dios para mudar corazones) y vez hubo que salieron grandes y pequeños a llorar que les diesen padres; en otra ocasión que salieron repitiendo su acostumbrada petición dijeron, estando presentes los padres predicadores fray Sebastián Muñoz de Toledo y fray Alonso Zurbano de la Rea, ambos lenguaraces en el idioma del inga, en que hablaba el intérprete: decid a los padres (decían, que para qué nos dieron a conocer a Dios, para dejarnos en poder del demonio; si no nos lo hubieran enseñado, no padeceríamos el dolor que sentimos); no hemos de pagar sus hijos lo que hicieron los otros malos, que se compadezcan de nosotros, pues dicen somos sus hijos. Digo en el Señor, *in verbo sacerdotis*,* que esto mismo dijeron; pero con más ternura y más razones que pudo oír el corazón, sin reventar el dolor a gritos su sentimiento. Estaba yo entonces sin compañero ninguno, que los dos religiosos dichos eran curas de la sierra; y parecía a los prelados era más conveniente se procurase abrir primero la puerta y camino con gente de acá fuera y se excusase el trabajo a los infieles, que por más fervores que mostrasen se habían de volver a entibiar sus ardores si repetían los trabajos de aquellos caminos.

El verano pasado del año de ochenta quiso la majestad de Dios, a cuyo poder no hay imposibles, facilitar el mayor que ha tenido esta conversión, que era abrir camino que fuese puerta y entrada a esta conversión que se tenía por tan imposible que se decía siempre que imaginarla solo era vano disparate; desesperada temeridad intentarlo. No ha sido sino muy fácil el conseguirlo, porque quiso Dios vencer y ha de

* "Por la palabra de sacerdote".

triunfar con las almas que son suyas, aunque más rebiente el infierno, que todo él se conjura por embarazar a esta entrada, mucho le duele; mas Dios la ama y así le ha abierto puerta sin gastos, socorros ni limosnas, ni más ayuda que Dios y el Capitán Francisco de la Fuente, que cogió tan a pechos esta empresa como si fuera el caudal de un príncipe muy poderoso; pues pagar jornales, sustento, herramientas y cuanto ha sido necesario, lo ha dado con liberal caridad su mucho celo. Los indios de la frontera de Andamarca, aunque se les ha pagado su trabajo, merecía premios el mucho amor y puntualidad con que acuden, a cuanto se ofrece en la conversión. El verano del año pasado de ochenta y uno acabé de pasar con el camino de las esperanzas y serranías y se llegó con mulas a las pampas de la montaña, una jornada antes de los primeros infieles, quienes se han mostrado tan contentos y finos, que venían a querer trabajar en los caminos, y viendo que no se lo permitía, desahogaban afectos en regalos para la gente, acudiendo con el sustento que traían ellos desde sus chacras, porque tuviese picantes en su liberal cuidado el fervor de los serranos en su trabajo.

Entré a ver a los infieles en sus casas en dichos veranos, porque me instaron mucho y fui con la gente que estaba trabajando en el camino y entre los que iban eran algunos mestizos; hizo el cacique don Diego Tonté de los Angeles un solemne convite a toda la gente a su modo y usanza con grandes muestras de amor y regocijo de ver otra vez padres en su tierra y me dijo el dicho don Diego, delante de los dichos: si vinieras con harta gente como estos españoles (a los mestizos también llaman españoles) yo te enseñara gente, allá dentro hay mucha, mucha gente; no os lo enseño porque luego me dejais; y ellos me quieren matar y por amor a los padres ando yo huyendo de mi gente, que me han venido a matar muchas veces; venid y veréis para prueba de lo que digo. Y nos llevó a cinco partes distintas donde se andaba mudando cada verano y hallamos las casas en algunos sitios quemadas, que decía lo habían hecho sus contrarios. Y en todos los parajes fuertes, cercas de empalizadas con que resistía el ímpetu y asaltos de sus enemigos y se llegó a ver tan acosado, que se retiró a las primeras pampas cerca de la sierra, donde el temperamento frío fuese más segura for-

taleza, porque los indios de adentro tiemblan y aun en lo fresco tiritan. Ya diré las noticias que me dieron unos indios que vinieron de muy adentro, y aun eran de distinto idioma, pero había intérprete para entendernos; son los que dieron también noticia y seña, al parecer ciertas, es que hay españoles y del innumerable gentío que hay pasada la cordillera. Llegaron en este tiempo estando yo adentro, que fue el verano pasado y prometieron volver a salir este verano en que estamos y que traerían más individuales noticias y aun muestras del gentío de adentro y del gran rey Enim o poderoso inga, y que avisarían a la gente de adentro de las conveniencias y cercanía que tenían por esta parte en que excusarían graves incomodidades que padecían por otras partes por donde se sale a la sierra a buscar herramientas, que es lo que más necesitan para su sustento, coom yo vi las veces que entré por Tambo y Viscatán, adonde suelen salir todos los años, Andes muy adentro; algunos dicen que tardan en llegar de sus tierras tres y cuatro lunas (así cuentan los meses) y todos cuantos salen de la otra parte de la última cordillera dicen lo mismo que estos que vinieron a Santa Cruz y dan las mismas noticias.

Acuérdome que comunicando en una ocasión con el licenciado José Angulo, cura de la doctrina de San Miguel de Ipabamba, Andes por la doctrina de Tambo y diciéndole delante del padre fray Esteban de las Heras y del hermano fray Francisco de Ojeda las noticias que teníamos del gentío que está a la otra parte de la cordillera y del inga o rey Enim, afirmó que también tenía él las mismas noticias y que era tan cierto lo del rey como lo era estar allí que nos hallábamos presentes, y que a él le había enviado a llamar tres y cuatro veces queriéndole obligar con presentes de pájaros muy particulares en hermosura y color, con especerías y ricos sahumeros (que hay muchos), con mantas y camisetas labradas que le había enviado; y para que lo oyésemos de los indios hizo llamar algunos que eran recién llegados de la tierra adentro, y decían y no acababan y ponderando el gentío cogían puñados de tierra, diciendo: "así hay de gente que viven juntos en el pueblo muy grande". Hablaban y decían lo mismo, y con las mismas circunstancias que estotros que vinieron a Santa Cruz del Espíritu Santo a vernos.

Esto es lo que ha sido esta conversión; aunque rasgos de sus principios, son líneas que demuestran en evidencia lo que pudiera ser patrocinada de un mecenas, que la adelantara propicio y la defendiera celoso, para que no se perdiera por desvalida; pues si repara el cuidado, hallará que la gloria de esta obra y el logro todo le tuvo en la primavera de su ser en año y ocho meses, que la abrigó el fervor. La cazoletá más fragante, si le falta el fuego que la calienta, seca sus ámbares, y, el pomo más rico de olores, si se destapa, se desvanece. Aunque se dejó esta obra por los que parecieron imposibles, y le faltó el fuego de los ministros, no ha perdido totalmente el vigor de su virtud, pues claman las almas, solicitan los indios la puerta de paso con caminos más tratables, seguridad en la lengua sin necesidad de intérprete (que no es lo menos), experiencia de los indios, conocimiento de los parajes, evidencias del gentío, disposiciones que cuando el cielo quiera juntarlos para este tiempo, facilita y asegura el logro de una buena entrada o exploración en que se reconozca la tierra y se vea todo, se recojan los esparcidos y se salven muchas almas, pues no hay paso sin logro de algunas; no como la contradicción émula suele oponer; que ¿qué reinos, qué ciudades conquistan?, no pesan el valor de un alma, que para Dios es más que reinos y ciudades. Cómo lo ponderó nuestro Salomón y católico monarca Felipe II cuando dijo: "que por solo la conversión de un alma de las que habían hallado, daría todos los tesoros de las Indias y cuando no bastaría, daría todo lo que España le rendía de bonísima gana". Llegó a estimar más un alma que las coronas; porque conoció excede su aprecio a todas las riquezas del mundo. Aún más, es un alma dijo el Crisóstomo: *Si in menias, divitias pauperibus eroges, plus tamen efficeris si unam converteris animam* (S. Juan Crisóstomo, Oper. 2, in Homil. 30)*. Más hicieras si convirtieras un alma que si distribuyeras en pobres inmensas riquezas; si esto es en comparación de una ¿qué será en tantas? ¿Y si estas son las ya bautizadas? Mayor realce. Pues cada una vale por mil, en sentir del Abulense: *deterius valde est qui unus de iam credentibus pereat a fide, quam quod mille de non*

* "Más se gana convirtiendo un alma que si repartieras inmensas riquezas a los pobres".

*credentibus non convertantur***.

Diré, pues, en sentir de este gran doctor que habiendo en cien almas (que hay hoy en Santa Cruz del Espíritu Santo) cuarenta bautizados son más que si fueran cuarenta mil. Y cese la calumnia de que no se ha bautizado, cuando son ciento y ochenta y tres los que han merecido el santo bautismo, y repare que Santiago solo doce bautizó en España y oiga a San Pablo, que nombrando y no más que bautizó en los de Corinto dice: *non enim missit me Christus baptizare, sed evangelizare* (1 Cor. 1.17)***. No es nuestro oficio bautizar, sino predicar y enseñar. Llore sí el celo, la perdición eterna de tantas almas y diga con el seráfico doctor san Buenaventura: ¡Oh Señor! ¿quién me dará que ya que estoy vestido de este saco imite a vuestro fiel criado Mardoqueo, cuando llorando cada día a las puertas del palacio, buscaba ocasión para hablar al rey y redimir a su pueblo? Si este (decía el santo doctor) por solo la muerte temporal de los judíos se ponía cilicios, se vestía de saco y mostraba tanta tristeza, ¿cómo yo, desventurado de mí, pondré fin a mis lágrimas, cuando veo el estrago miserable de tantas almas de infieles que se condenan para siempre? Mas ya pueden seguramente retirarse los dolores, enjugarse las lágrimas hasta hoy debidamente vertidas y avivarse la esperanza del más abrasado celo; pues no a las puertas, al corazón sí, de tan piadoso príncipe llegan hoy estas noticias, las voces y lamentos de aquellas almas, pues tengo por cierto que para el amparo solicito el católico celo, el conocimiento de esta conversión; que nunca dejó Cristo (príncipe soberano) de remediar dolencia de que se notició; aun sin preguntar el achaque, con haber merecido el toque de sus vestiduras quedó aquella mujer del Evangelio sin la fatiga de su aflicción (Mat. 9, 10).

Hasta aquí excelentísimo señor pudo el precepto que me puso vuestra excelencia alentar mi cortedad y sacar del olvido en que yacían, como muertas, estas breves noticias del fruto de esta conversión: no sin cuidado mío escondidas, porque o las contemplara flores del jardín de Dios y las recelaba marchitas al aire, o las miraba esfuerzos de la luz

** "Es más importante mantener en la fé a un creyente, aunque no se conviertan mil".

*** "Cristo no me envió a bautizar, sino a evangelizar".

divina contra el imperio de las tinieblas y las tenía combatidas en declarada contradicción de los ministros de ellas. Pero ahora (no sé con qué consuelo interior, que no acertaré a explicar) las pongo en manos de vuestra excelencia, asegurándome de un peligro, la obediencia; y, del otro, la protección, que aseguro tendrá una obra tan de Dios en una benignidad celosa que ha solicitado noticias, claro es para aplicar el amparo. Es cierto, señor, que aun en las montañas me persuadían los ecos del gran crédito de vuestra excelencia a que saliese confiado en su cristiandad y grandeza, a solicitar de esta obra el remedio. Las almas de ese barbarismo, a millares, mudamente me instaban, el corazón me hablaba y Dios en fin me fue llevando a este corte a que viese lo que aún no entendía bien; oía aun entre los chontales de esos valles que llamaban a vuestra excelencia el piadoso. Informéme de más cerca, y hallé que no por una, ni otra acción, sino por todas juntas y lo que más es, por su grandeza, por su heroica inclinación se había merecido vuestra excelencia con más verdad que en boca de la lisonja el emperador Graciano este renombre: *Te inquam Gratiane hoc nomen non tam singulis factis; quam perpetua grata agendi venignitate meruisti**. Llegué a los pies de vuestra excelencia, confieso que temeroso, pero hallé que la circunspección de tan gran príncipe aún no bien ideada en mi respecto, la templó benigno vuestra excelencia en la suavidad de sus palabras, que visto a lo humano, me pareció el original de aquel lienzo en que trabajó el pincel político de Claudiano: *Celsa potestatis species non voce feroci, non alto simulata gradus, non improba gestu***. Visto a la luz de la verdad, tengo por cierto que Dios ha comenzado a labrar en el piadoso corazón de vuestra excelencia la libertad de tantas almas esclavas del demonio; póngolas todas a los pies de vuestra excelencia en su alta idea, pidiéndole el bautismo y repitiendo aquellas tiernas voces (que en este se ha referido) y le suplico rendidamente consulte con su cristianísimo celo si a tan lastimeros clamores le sobra aliento para retardar-

* "Tu, Graciano, has merecido el renombre no tanto por tus heroicos hechos, sino por gran benignidad".

** "Por gracia de vuestra altísima bondad, no por la ferocidad, no por la simulación ni por raros gestos".

les remedios. Mejor se lo responderá vuestra excelencia a Dios que a mí, claro es; pero yo bien sé que aún con ser tan dilatada la capacidad de vuestra excelencia (bien informado de esta necesidad) les ha de sobrar poco espacio a sus dos principales deseos: del provecho de las almas y del servicio de su majestad. En su eficacia fío el fomento y defensa de esta empresa. No extraña vuestra excelencia la voz defensa, que es obrar de Dios y para oscurecerla alistadas están las tinieblas. No será esta la primera a que en claro día de breve nubecilla se levantó temerosa tempestad. Yo a lo menos no lo extrañaré, que ya sé que es condición de Dios poner a semejantes empresas la seguridad en los peligros. Es artifice a lo divino que el oro de las buenas obras le dispone los primores a golpes; a los de la envidia judaica el mismo en carne fue yunque cuando obró nuestra redención, y el mismo endureció al Faraón: *indurabo cor Faraonis* (Exod. 3, 23)*. Porque en su contradicción fuese más gloriosa la libertad del Hebreo, estilo es este suyo no lo estorbe vuestra excelencia. Si sucediere, que yo he visto ensañarse tanto aun en los más santos prelados la contradicción a estas conversiones, que después el desengaño en el fruto de sus ministros les puso en muy sentidos arrepentimientos, y, finalmente bien sé yo que si vuestra excelencia se pone a conversar un rato a solas con sus experiencias, hallará que las más heroicas obras en servicio de Dios y del rey las ha examinado primero la calumnia y aun lastimado muchas veces indignamente la envidia.

Vuestra excelencia perdone la falta de estilo en mi relación, que ha muchos años que solo converso con fieras. Supla la benignidad de vuestra excelencia lo que en materias de respeto me rozare el rústico, que vengo poco práctico en lo cortesano. Solo protesto *coram Deo*, **verdad sincera** en lo que escribo y pido humildemente a vuestra excelencia me ayude a sacar tantas almas del poder del demonio; pues es este el **mayor servicio** que se puede hacer a Dios: el principal cuidado (como vuestra excelencia sabe muy bien) de nuestro rey y señor, así lo espero de la grandeza, cristiandad y piadoso celo de vuestra excelencia.

P. Fray Manuel BIEDMA

* "Endureceré el corazón del Faraón".

ANEXOS

CARTAS HOLOGRAFICAS DEL PADRE FRAY MANUEL DE BIEDMA AL MUY REVERENDO PADRE FRAY FELIZ DE COMO, COMISARIO GENERAL DEL PERU

*Conservadas en el Archivum Generale Ordinis Minorum
(Roma), Missiones Peruviae, XI/39*

CARTA PRIMERA

“Reverendísimo Padre Nuestro [Félix de Como]:

De este San Buenaventura, primer pueblo de esta Conversión de Nuestra Señora de los Angeles, escribí a vuestra reverendísima respondiendo a una que recibí sin fecha en Quito, en que me manda vuestra reverendísima le informe del estado de esta conversión. Y como me hallaba *in via*, entonces, con la entrada que hice a descubrir el gentío y embarcación del río que llaman Marañón o de las Amazonas, prometí a vuestra reverendísima (pidiendo primero su santa bendición) que siendo Dios servido de volverme, informaría de todo a vuestra reverendísima. Hoy lo hago enviando a vuestra reverendísima este papel e informe de lo que se ha descubierto en esta entrada y al hermano Juan Nabarrete de la tercera orden por testigo de vista de todo. Vuestra reverendísima se glorie en el Señor y dé gracias al Altísimo que, para su tiempo, guardó la felicidad de este gran descubrimiento en que hay bien en que desahogue el ardiente zelo de vuestra reverendísima, seguro de que conseguirá colmado logro el amparo en la infinitad de almas que ofrece. Dejo de informar a vuestra reverendísima lo que ha sido esta conversión en 12 años que, a que la empecé (aunque los más se han pasado sin trabajar en ella por las oposiciones y contradicciones de la emulación) porque ha sido un continuo padecer espiritual y corporalmente. Mas con la felicidad de este descubrimiento es todo gloria y ha sido menos lo que se ha padecido,

para lo que se ha servido el Señor de concedernos: sea bendito y alabado para siempre.

Lo que se necesita por ahora precisamente son seis o ocho ministros para empezar a fundar iglesias en las naciones que se han reconocido, que después se pedirán los muchos que piden la mies: ornamentos, ornato de iglesias, campanas, herramientas, y demás necesario como cosa que se funda y empieza de nuevo. Aviso al procurador de las conversiones para que al amparo de vuestra reverendísima lo solicite con su excelencia. Lo que suplico a vuestra reverendísima es que los ministros estén acá para después de Pascua de Resurrección para que no se falte a lo prometido con aquellos tan puntuales bárbaros; y que por allá se disponga la forma que ha de haber en el sustento de los ministros y esta conversión, porque de la doctrina de Comas no he tenido en este año mas que haber quedado libre para poder trabajar [folio 135^r folio 135^v] este año y conseguir lo que se ha descubierto: alabado sea el Altísimo Señor por todo.

Al procurador de las conversiones escribo algunos puntos que habla mi experiencia, necesarios a la prevención para que los comunique con vuestra reverendísima, por no embazarle en esto, que solo quisiera ocuparme en dar las gracias al Altísimo Señor, en loar y alabar el feliz y dichoso tiempo de vuestra reverendísima, elegido y escogido, para tan gran descubrimiento y en dar parabienes a esta santa conversión que tal amparo y celo ha merecido y tiene seguro en las piadosas entrañas de vuestra reverendísima. El conocimiento de ellas me anima a ponerme a los pies de vuestra reverendísima y suplicarle ponga los ojos, para el gobierno de esta conversión, en talento que la adelante y no la pierda, como temo de mi ruindad y aun lo pudiera asegurar mi insuficiencia: por amor de Dios y por quien es vuestra reverendísima conceda a mis cansados huesos un rincón de esta santa conversión donde, con el idioma general de estos Andes, ayude a mis hermanos y sirva a la religión. Y así pongo en manos de vuestra reverendísima la presidencia de esta conversión y la doctrina de Comas para que, como dueño y prelado, disponga lo que fuere servido; ya hay mies en qué trabajar, y lo que no es buscar almas embaraza y atrae a la ruindad y poquedad de mi espíritu.

Guarde Dios a vuestra reverendísima en su santa gracia y en las felicidades que se merece, que así se lo suplico y suplicaré siempre como más amante hijo y rendido súbdito de vuestra reverendísima. De este San Buenaventura y noviembre 10 de 1685.

Súbdito de vuestra reverendísima que sus pies besa.

Fr. Manuel de Biedma" [rúbrica]

CARTA SEGUNDA

"Reverendísimo padre nuestro [Félic de Como]:

El conocimiento que tengo de vuestra reverendísima es el elegido de Dios para amparo de su obra y conversión de las almas, que para gloria de vuestra reverendísima ha descubierto por esta conversión en este dichoso y felicísimo tiempo de su gobierno su divina majestad, que sea bendito por eternidades, alienta a mi cortedad para que proponga a vuestra reverendísima lo que alcanza la experiencia de veinte años de misionero en conversiones con desvelo y cuidado, para que en los principios se repare con fundamentos sólidos la estabilidad de una conversión tan grande como la que el Señor ofrece por esta puerta, pues habiendo conseguido la embarcación del río grande hasta donde llegan las mulas cargadas, y descubierto por una y otra banda del río tanto gentío, que hasta la mar del norte no tienen fin sus dilatadas naciones, pide cuidado y que se desvele la capacidad más zelosa en la forma que repare los acasos que suele levantar el enemigo en la audacia de los bárbaros y en las mudanzas que tienen y experimentamos en la veleidad de sus naturales, ya movidos de su ferocidad, ya encendidos por la embriaguez (a que son muy dados) o ya obstigados del enemigo, viéndose sin sus antiguos ritos y gentílicas costumbres, y si no hay españoles a quien temer emplean a su salvo su ferocidad en los

ministros, que si consiguen estos la gloria de derramar su sangre por la extensión y exaltación de nuestra santa fe, se pierden infinidad de almas que pudieran merecer alabar eternamente a su criador. Para esto era necesario que su excelencia nombrase un capitán que, con diez o doce hombres, hiciese escolta a los ministros. También se ofrece decir a vuestra reverendísima que los primeros Andes de esta conversión viven todas esparcidas y aunque los ministros a mucho trabajo, las juntan a poblado [folio 137^r folio 137^v] cuando les parece se vuelven a esparcir a sus antiguas moradas, y no es muy fácil ocuparnos en la conversión de los de adentro sin convertir y desembarazar el paso; ni menos podrá ser segura la estabilidad río abajo, sin tener situación segura en la embarcación del río. Para el recurso de esto, solo lo podrá la maña y el temor, o que se diesen por encomienda a persona que los redujese y tuviese en servir los caminos para los socorros.

El Cerro de la Sal, padre nuestro reverendísimo, es un sitio que dista de Chamchamayo o Quimiri (conversión que fue y se entra por Tarama) tres o cuatro días. A dicho sitio acuden a sacar sal, que llevan por el río en muy grandes bolsas, mucha gente de la tierra adentro, y de que se sustentan también esta nación de los Campas que, aunque vive esparcida y dilatada, es copiosa de almas. Si su majestad tomara posesión de dicho sitio, que yo le he hallado medio, o forma para que, sin gasto de su majestad, antes con intereses y aumento en la hacienda real y allí tuviese una docena de hombres, se pudiera por allí ganar mucho más almas y fuera un freno total a toda la tierra y medio para que todos se redujesen y estimaran y guardaran las vidas de los ministros, si hubiera orden de que no cargasen sal sino viniesen con letras de los ministros de adentro y esto, sino quisiera su majestad, pudiera encargarlo a algún particular que tuviera a dicha la merced. Y la gente de aquellos parajes debía ser conquistada y encomendada, pues sobre la opinión de Arístoteles, que asienta puede qualquier príncipe reducir por fuerza a poblado semejante gente que vive esparcida solo por que gozen de la vida sociable y racional en que Dios los crió, se allega también el que por esa parte han muerto nueve de nuestra seraphica religión y son estorbo y embarazo a que

pase la luz del santo Evangelio a los de adentro que la piden y desean. Suspendo mucho que se ofrece; por no embarazar a vuestra reverendísima y porque no lo permite la brevedad de una carta que quisiera emplearla solo en súplicas a vuestra reverendísima nos envíe obreros que la mies está madura, y sean espíritus probados, pues han de ser luz y sal de tanto gentilismo. Seis o ocho son precisos por agora, padre nuestro, que estén acá en todo el mes de mayo porque dimos palabra a los bárbaros [folio 137^v folio 138^r] de la tierra adentro, de volver para el mes de julio, y ellos son eficaces y tienen punto en no faltar al tiempo que se señala. Si hay algún religioso, que desde luego se ocupe en solicitar de la caridad de los fieles el sustento para los religiosos y socorro para la entrada, insta el tiempo a que ya se procurase por estas provincias. De la doctrina de Comas he avisado a vuestra reverendísima cuan corta es en sus obvencones, pues de un año que a que asiste en ella por mi compañero el padre predicador fray Bernabé de Fuentes, me da por cuenta que ha tenido de toda entrada de efectivo y contingente ciento y cincuenta y dos pesos que para su sustento dijo no alcan-saba. Así lo siento, y que no tiene en la doctrina más provecho la conversión que el dominio o nombramiento de cura para que los indios entren con los ministros y socorros a la conversión, sin que los embarace el cura, si fuera señor o dueño, por sus conveniencias. He experimentado, padre nuestro, que la propuesta que hice a vuestra reverendísima en la persona del padre predicador fray Bernabé para presidente de la conversión, fue como mía paraciéndome ser muy interno su celo, helo reconocido muy a lo exterior y humano sin fundamento. Vuestra reverendísima obre lo que fuere servido, que a mí solo toca suplicarle como a mi padre y señor me consuele concediéndome el ser su pobre misionero y que al *exercicio* de esta doctrina de Comas sea religioso de celo que se conduela de sus hermanos.

Un religioso, fray Fulano de Segovia, que he tenido noticia está en Guamanga, me escribió ha días, que de buena gana se emplearía en esta conversión si los superiores se lo concediesen. Si es servido vuestra reverendísima le podía enviar su bendición y licencia y perdone vuestra reverendísima las impertinencias de mi incapacidad, que solo quisiera agra-

dar a Dios y alcanzar de su divina Majestad conserve y prospere a vuestra reverendísima en felicidades y aciertos de su divino agrado y nos le guarde para amparo de su obra. Comas y diciembre 23 de 85.

Besa los pies de vuestra reverendísima su más rendido y humilde súbdito.

Fray Manuel de Biedma" [rúbrica]

CARTA TERCERA

"Reverendísimo padre nuestro [Fray Félix de Como]:

La de vuestra reverendísima de seis de marzo en que me manda vuestra reverendísima entienda desde luego en la fundación de Perené y que con provisión real se solicite recoger a pueblo los que viven esparcidos, gozando las fueras de fronterizos, sin pagar tributos, y lo demás que me ordena vuestra reverendísima para las prevenciones necesarias, recibí ayer con el rendimiento y veneración que professo. Y ponderando mi atención el ardiente celo de vuestra reverendísima (alabado sea eternamente el Señor) que lo conste (?) el talento tan superior, que ni le embarazan distancias ni necesita del conocimiento experimental de la tierra y asistencia de los parajes, para disponer y prevenir lo más preciso y fundamento total para que se establezca una conversión perpetua, me fui luego a la iglesia y a los pies de mi Señor, dándole las gracias con no pocas lágrimas de consuelo, le supliqué que (aunque indigno y ruin) por la salud de vuestra reverendísima, y hoy ofrecí la misa por vuestra reverendísima, y todos los días hago lo que puedo con especial memoria y amor rendido de haber merecido ver tal tiempo, después de trece años de innumerables trabajos y indecibles contradicciones: dichosos trabajos, feliz perseverancia. que tal amparo, patrón y *messenas* ha merecido. Glorificado y eternamente glorificado sea el altísimo que te-

nía elegido y preparado a vuestra reverendísima para gloria de esta conversión y dicha de tantas almas. Siempre he entendido que lo principal es radicar los fundamentos para gozar segura la estabilidad, y, especialmente entre bárbaros, es necesario fundar con forma que facilite el recurso y avisos a lo que pueda suceder, que así se pone freno a su audacia. Bien se experimentó a sus principios en Panataguas y no tuvo logro el atrevimiento de los bárbaros porque la cercanía de las fundaciones acudía con brevedad al reparo. Y en Callisecas no se pudo remediar que mataron cinco religiosos y veinte tantos hombres por haber fundado tan adentro que distaban más de quince o veinte días de Panataguas, de donde no era fácil el recurso, y los que quisieron solicitarlo, murieron en el [folio 139^r folio 139^v] camino de hambre porque en tanta distancia no había recurso ni fundación. Casi lo mismo sucedió en la nación de los Satipos porque había otra tanta distancia, sin poder prevenir fundaciones. Y se tiene por experiencia que, en reconocimiento el bárbaro mal seguras las espaldas de los ministros, toma bríos su ferocidad para hallar su perdición en su atrevimiento. Así sucedió también por Quimiri en tiempo del conde de Castellar que tan florida llevaban con su ardiente celo los principios de aquella conversión y por haberse entrado a fundar la tierra adentro, sin reparo ni defensa alguna, ni una boca de fuego para espantar, se atrevieron a conseguir los indios su eterna perdición, matando a los ministros, en ocasión que yo y otro compañero religioso andábamos más de ocho o diez días la tierra más adentro, quizá por nuestras escopetas que llevábamos para cazar, pudimos reconocer desde entonces el puerto que hoy se ha explorado. Y si algunas veces he visto embarazar las flechas, ha acudido el Señor a que resista con modo lo que no merecen mis culpas, y si prevengo los lances, ha sido para acudir con reparo, no para huir las ocasiones del derramar toda mi sangre, pues he vivido entre ellos expuesto siempre a lo que el Señor se quisiere servir de mí, pero he estado siempre que es mejor buscar la gloria de Dios que la propia, cuando se puede viviendo con cautela, sin fiarse del mejor. A esto he mirado ocupándome en abrir caminos y facilitar esta puerta para la conducción de socorros y fasciones (?) y seguridad de los

ministros, pues experimentando que todos los Andes de estos principios es gente traidora e inconstante y que, cuanto me cansaba en reducirlos a poblado, los deshacía la borrachera de una noche o el dominio por mano de sus hechiseros en sus pláticas esparciéndolos a las quebradas y montes, quedándome muchas veces tan solo, que apenas había con quien recurrir acá fuera, me pareció sería siempre... lo que no fuese abrir la puerta para que, con ministros y gente, llevarlos a los sitios necesarios para poder entender en la conversión del gentilismo de adentro. Sin este reparo, como vuestra reverendísima lo proviene, mal se continuará lo de adentro, y no será fácil la reducción de tantas naciones sin el fundamento de estos principios y fundaciones precisas. Las que reconozco ser necesarias hasta la embarcación son tres: propondré las razones y parajes para que si a vuestra reverendísima le parece, lo disponga. [folio 139^v folio 140^r].

El primer sitio y pueblo debe ser el que hoy tenemos de San Buenaventura o por allí cerca. Dista de este pueblo y frontera de Andamarca de indios serranos, *anejo* de la doctrina de Comas, tres o cuatro días, el temple acomodado, que no es muy caliente para que estos serranos conduzcan hasta allí los socorros y ministros, donde se conservarán y guardarán las cosas necesarias, para que a su tiempo se remitan adentro, porque los serranos de aquí tiemblan de bajar abajo por el sumo calor; y aunque en estos principios hasta que apriendan los de adentro, es preciso que acudan estos serranos hasta la embarcación que se consigue a muchos ruegos y pago, hablo en la suposición que vuestra reverendísima pase en adelante.

El segundo sitio es en la mitad del camino de San Buenaventura a la embarcación, que dista de San Buenaventura dos días, o dos y medio, donde es forzoso pasar un río, no pequeño, en balsas y si en este sitio no hay pueblo, o aunque sea tambo con alguna gente, no tendrán paso los socorros y avíos necesarios. El tercero y precisísimo es en la embarcación hoy en Ene hasta donde está abierto el camino de mulas, porque es mejor embarcación que la de Perené y está de esta cuatro a cinco leguas más abajo en el encuentro de estos dos grandes ríos Perené y Ene. Aquí ha

de ser, como vuestra reverendísima dice, el recurso de toda la tierra de adentro y hasta donde vendrán los de adentro, con sus embarcaciones, por los socorros y ministros. Y este vuestra reverendísima, que a este sitio vienen todas las aguas y entradas que hay a la montaña desde Cocharcas, más arriba de Guamanga, hasta Tarama y el Cerro de la Sal; y toda la sal que conducen pasa por dicho encuentro de dos ríos. Solo resta el efecto de dichas fundaciones, que ofrecen no pocas dificultades, mas todas las ha de vencer el amparo de vuestra reverendísima y su ardiente celo. El medio que yo hallo más fácil para recoger, no solo las almas que tenemos reconocidas por dichos lugares sino muchas más y que asegurará la conversión, conservando los ministros y nuestra santa ley, era que se cogiese el Cerro de la Sal por parte del rey, o que se diese a algún particular por conquista o por encomienda (pues tantas veces han muerto a nuestros religiosos por aquellas partes) y situándose con gente española, no se diese, ni permitiese sacar sal a los infieles, sino llevasen papel de nosotros los ministros de por acá y los demás de aquellos parajes que se situasen en pueblos cerca adonde el ministro que tuviesen los españoles les pudiera acudir con el pasto esperitual; parece que de esta suerte o habrían de perecer o juntarse adonde les señalasen que conveniente; y vivieran siempre rendidos. [folio 140^r folio 140^v]

Lo otro es necesario: ministros de espíritu y robustez que se dediquen a ir con algunos hombres y sacándolos de las quebradas y montes, y quemarles las casas para que no tengan tanta facilidad de volverse; y porque sé que esto de fundaciones no se puede conseguir tan breve como se desea, que por lo menos ha menester dos o tres años para prevenir chacras y comidas, hacer casas y iglesia, y que el costear soldados tanto tiempo será mucho gasto, además del obrar y poca permanencia que comunmente suele tener esto de soldados, traté yo con su excelencia, en otra ocasión, que sería de más permanencia que se procurase situar en estos principios con algunos españoles, que quisiesen fundar algunas haciendas o de azúcar, o de cacao, o tabaco, que en teniendo raíces se aseguraban y desde sus haciendas, sin vivir con ministros e infieles, fueran terror de estos y resguardo de los otros.

También se ofrece decir a vuestra reverendísima, que es una gente tan brutal los primos Andes que no es fácil que en muchos años *apriendan* a arrear mulas y conducir los socorros necesarios hasta que los hijos crezcan con dicha enseñanza, y no es gente que se amañará a barreta y comba que piden los caminos en los derrumbados y barrancas que cada año renuevan las muchas aguas. Por lo cual es preciso que vuestra reverendísima pida se renueve una provisión que dio el excelentísimo señor conde de Castellar para que acudiesen todos los indios de estas fronteras a abrir y aderezar los caminos; y para que esto tuviera mejor forma con más gente, fuera bueno sacar una provisión de reducción de los indios de Comas y de Andamarca con algunos aprietos y fuera servicio grande al rey, porque los dichos indios no pagan mita de Guancabelica ni más que el tributo, y muchos viven en el valle de *Xauxa* gozando estos fueros; y se podía mandar que los que no quisiesen asistir en esta frontera, pagasen la mita dicha como los del valle. Y a estos de Andamarca, por lo mucho que han trabajado y se alentasen para lo que tienen que trabajar, se les saque el que gocen los fueros de fronterizos o se les reserve el tributo algún premio que los ferverice y establezca su asistencia y trabajo. Hoy salgo con todos los de este pueblo, que son hasta 24, a aderezar y abrir el camino lo que se ha derrumbado y cerrado, para no tener tanto al verano que hay mucho que hacer; para la paga de sus jornales me avisara vuestra reverendísima a quién tengo que recurrir. Guarde Dios a vuestra reverendísima. Andamarca, y marzo 25 de 1686.

Besa los pies de vuestra reverendísima su hijo y súbdito.

Fray Manuel de Biedma" [rúbrica]

(*Nota marginal*). Para después de Pascua sera bueno dar otra embestida a aderezar el camino. Vuestra reverendísima podía mandar al padre vicario de Comas acuda con los indios de aquel pueblo para que, al tiempo de la entrada, estemos desembarazados.

CARTA CUARTA

“Reverendísimo Padre Nuestro [Félix de Como]:

Desde Comas, escreví a vuestra reverendísima que aguardaba al padre vicario para, entregándole la *cassa* pasar a este Andamarca a prevenir lo que importa por acá para nuestra entrada y conversión, porque el tiempo nos va dando alcance con el verano y porque tengo prevenida la gente de este pueblo para empezar a aderezar los caminos a que daré principio, siendo Dios servido, el domingo, o lunes que viene, día de la Encarnación, después de misa. Por si no me alcanzare el chasqui por lo retirado de este pueblo, doy parte a vuestra reverendísima que desde que vine de Comas, he estado haciendo cecinas y *charques* que han menester tiempo de secarse y, aunque no he acabado por atender a ir a aderezar lo que se pudiere del camino, he muerto ya nueve vacas, pero será menester prevenir más de 20. Estas saldrán del ható que he fundado para la conversión, que ahora hay cerca de cien cabezas y trecientas ovejas poco más o menos. También tiene la conversión hasta doce mulas y machos que el pobrecillo del Señor sin limosnero, limosna, ni socorro real alguno, ha podido [juntar] fuera de muchas alhajas de iglesia, gasto de caminos, sustento de religiosos y gente. Alabado sea el que tan magníficamente ha proveído sin rentas ni enfados a nadie. Divertíme, padre nuestro reverendísimo, de lo que iba a decir, porque esto me tiene fuera de mí, que no acabo de ponderar y conocer las providencias del Altísimo en esta su obra: estaba dando cuenta a vuestra reverendísima, como a mi Señor y prelado y como a procurador de esta obra, de lo que es necesario prevenir para la entrada que ya tenemos a la puerta. Lo primero es el aderezo de los caminos, que este año ha sido terrible de aguas y los ha maltratado muchísimo. Hállome muy *falido* por todas partes, la salud muy quebrantada; haré lo que pudiere en el Señor, que será dicha acabar en su santo servicio, pues tengo experiencia que, en no asistiendo personalmente yo a la gente, no hacen cosa de provecho y es gastar en vano. También para la paga de los jornales y gasto de su sustento, no sé de dónde ha de salir, y si aguardamos al verano hay mucho que hacer y se pierda tiempo y nos atrazaremos a no poder hacer entrada

este año. [141^r 141^v.] De herramientas me hallo muy falto, mande vuestra reverendísima se compren dos combas buenas, que son a modo de martillos o mazas de hierro, con que se abren caminos y parten peñas, dos o cuatro barretas, no muy grandes, media docena de azadones, hasta cincuenta lampas y hozes, hachas y machetes, y que esto se envíe lo más breve que se pudiere, para que vamos ganando tierra y tiempo. Y vuestra reverendísima mandará al padre vicario de Comas acudir con la gente de aquel pueblo que tiene obligación, por provisión real, para abrir y aderezar estos caminos. También en atención de lo que vuestra reverendísima me tiene mandado, he prevenido nuevos barbechos para que se siembre a la sementera que viene, porque se ha de prevenir la tierra de un año para otro.

En este pueblo de Andamarca es necesario, padre reverendísimo, poner un religioso de celo, virtud y talento para las disposiciones de los socorros y prevenciones de todo, porque de aquí y aquí ha de ser el recurso hasta que tome forma lo de adentro. Y el tal religioso debía ser conversor para que entendiese solo en las cosas de conversión sin hacer audiencia por las contingencias de adentro y despacho en los recursos, propongo a vuestra reverendísima como a prelado y procurador de tanto celo; este pueblo dista del de Comas dos o tres días de muy malos caminos.

También es necesario prevenir quesos, que es el total sustento y mantenimiento en la montaña y por acá se hallan pocos y malos. Si a vuestra reverendísima le parece, se podía avisar a los padres guardianes que, de las cofradías de sus iglesias, recogiesen algunos con tiempo y que se pongan al humo a secar, porque frescas se pudran luego en la montaña.

En volviendo del camino, según lo que se hiciere, daré parte a vuestra reverendísima, y si hubiere alguna novedad de adentro adonde he despachado por saber lo que hay, y por socorrer a los que están allá. Guarde Dios a vuestra reverendísima largos siglos como necesita la obra de Dios. Andamarca 18 [?] de 86 años.

Besa los pies de vuestra reverendísima su rendido súbdito y amante hijo.

Fray Manuel de Biedma" [rúbrica]

CARTA QUINTA

"Reverendísimo padre nuestro [Félix de Como]:

Habiendo tenido noticia que Vuestra reverendísima estaba en la provincia de Jauja, me puse en camino para besar los pies de vuestra reverendísima y darle parte del estado de esta conversión, especialmente de una conjuración que tenía tramada estos bárbaros para matarnos, y milagrosamente ha descubierto el Señor, cuyo poder solo nos ha librado de las traiciones e ingratitud de estas fieras casi irracionales, pues aun los cristianos, y los más beneficiados, suelen ser los peores. En la ocasión lo han manifestado los del pueblo de San José de Sabini, los más cristianos, bien acariciados y agasajados y su cacique, ahijado del maestro de campo don Francisco Delso, y lo hizo gobernador, y hoy es de los peores que totalmente se ha alzado con su gente, que son más de cien almas, y predica, o dice a los suyos, que el corregidor le dijo que no enviaba a los padres a estas tierras, que los padres se venían huyendo, o sin su licencia. Esto resultó de una salida que hizo dicho indio a ver a dicho corregidor, su padrino, el año pasado, y porque desde la entrada de dicho maestro de campo, don Francisco Delso, han entendido todos estos bárbaros que es el dueño de esta conversión y el superior de los ministros, esto vatan a más cada día que ni hay cristiano que venga a misa (como solían acudir de dicho pueblo los domingos a San Buenaventura que está en distancia de cuatro leguas) ni hay infiel que nos quiera ver. He hecho las pesquisas y averiguaciones y pruebas posibles, para afirmarme en lo que escribo, y hallo siempre más y más para entenderlo así y ratificarme más, hasta hallarles casa de armas y casa de pelea fuerte, a modo de los de adentro, con quienes se comunican, y se han ligado con los de Ene y Perené, y casas de retiro, donde para pelear retiran a las mujeres y hijos, cosas que jamás se han visto por acá y hoy causa novedad y manifiesta su alteración y cuidado con que viven [folio 159^r 159^v]. También los de San Buenaventura, de la parcialidad de don Diego de los Angeles, se han huido y retirado totalmente, de suerte que solo don Diego con dos hijos casados y otros dos indios casados han quedado por finos y amantes de los padres: todo lo demás de la tierra está en contra y deseando beber la sangre a los ministros de Dios.

Esto se pudiera dar por encomiendas, que con una docena de hombres yo los recogiera a todos, que sé las guaridas adonde se han acogido. A dar esta noticia a vuestra reverendísima y comunicarle otras más interiores, aunque no de menor importancia y sentimiento, iba cuando llegué a Andamarca a 16 de marzo y el hermano fr. Pedro Albares y Espinosa me dio la de vuestra reverendísima con las órdenes y obediencia para la fundación de la embarcación, y aunque para ello (bien conocerá vuestra reverendísima) ofrece muchas dificultades la naturaleza y mi fragilidad, o debilidad ya de fuerzas lleno de achaques, tal que le certifico a vuestra reverendísima agravan de ordinario tan repentina y apretadamente que me ponen en los postreros alientos de la vida, como me vi en la ocasión que me dieron el orden y obediencia de vuestra reverendísima en Andamarca, pues no pude coger la pluma para escribir a vuestra reverendísima. Solo atendí a obedecer ciego con rendimiento y brevedad, y así a veinte de dicho mes de marzo salí de Andamarca para la montaña. Trabajoso me vi en el camino, tanto que los compañeros instaban por volverme a Andamarca, más ha sido mi esperanza de la santa obediencia que me guiaba; conocieron todos al tercer día del camino, no se frustraba mi esperanza que pude llegar a San Buenaventura y proseguir el viaje, aunque las aguas han sido tantas, que el río de Magasamariqui nos detuvo doce días y nos vimos obligados a hacerle puente, que ha quedado muy lindo y fuerte aunque tiene de largo sesenta y una varas. Es necesario este puente para asegurar el paso a la embarcación en todo tiempo, mientras se funda o pasa la fundación de San Buenaventura a esta otra banda del río, con que se escusarán dos puentes que son de gran trabajo, como ya lo tengo dispuesto y principiado, porque ya están hechas chacras de comidas que es lo primero, y luego pasará la gente. Estoy con esperanzas que se recogerá y agregará algunas gente de estos Andes por ser el sitio cómodo para ellos. [folios 159^v 160^r.]

El socorro que llevamos, reverendísimo padre, es casi nada, que no sé si nos alcanzará a llegar a Perené, porque todo lo que trajo el hermano fr. Pedro Albares, es lo que reza esa memoria. Los que van en nuestra compañía, para asistir en Perené, son quince con nosotros como va en la memoria; el tiempo es todavía de muchas aguas en que se camina poco

y se pierde mucho porque se pudre lo más, y los que nos acompañan, en faltándoles el sustento han de dejarnos en el mayor aprieto, que ni es gente de aguante, ni de espera. Esto siento en Dios, y así aviso con claridad a vuestra reverendísima para que se remedie con tiempo así de gente de presunción y firmeza como de mantenimiento. Si vuestra reverendísima escribiera al capitán Francisco de la Fuente y al capitán Bartolomé de Veraún que nos vinieran a asistir con un par de amigos en Dios, se efectuará y asegurará la fundación en el Socorro. Es necesario que vuestra reverendísima escriba con todo aprieto al padre vicario fray José de Ribera nos remita con brevedad alguna cosa, aunque sea maíz y quesos.

En los puntos que vuestra reverendísima me avisa no tengo más por dar gracias al altísimo Señor que tanto se lo ha comunicado a vuestra reverendísima, y suplicar a su Divina Majestad no estorben mis culpas se logren los encendidos deseos de vuestra reverendísima de dar luz a tantas almas que *in tenebris et in umbra mortis sedent*.

Lo del Cerro de la Sal es santísimo y necesarísimo que se coja para la seguridad de todos los ministros y para que se recoja a pueblos toda esta nación esparramada, con solo no permitirles cargar sal si no llevan papel de los padres que hubiere por acá dentro.

Lo de los arcabuces con cuerda, bueno; es mejor escopetas por acá, aunque algunas pistolas es muy bueno y de menos peso y volumen. Si se lograra traer los dos pedreros, que dice vuestra reverendísima, fuera cosa grande que atemorizará toda la tierra. No obstante vuestra reverendísima nos remita una o dos docenas de piedras buenas y finas de escopeta para las escopetas que hay acá, y ocho o diez libras de pólvora fina de granada, y algunas balas enrramadas. También se me ha ofrecido que fueran bueno unos quetes, que llaman penachos de trueno, que pudieran venir cuatro, o seis docenas en una petaquita bien acondicionados, [folio 160^r folio 160^v] que para la ocasión de una emboscada descompusieran mucho. Los burros, es cierto, son mejores y de más comodidad para estas tierras que las mulas y no echan a perder los caminos.

La estameña para hábitos y túnicas es tanto mejor que el sayal, como será conservar la salud o perderla, porque el sayal con el sumo calor recuece las espaldas y aún las desuella, que

a veces balda al caminar. Como también es necesario calcetas o medias, que será mejor de hilera y no de lana, que cría granos y balda a los ministros, porque descalzos no es posible ni se debe permitir. También se me ofrece que mandase vuestra reverendísima traer de Quito paño blanco para fresaditos de los religiosos, porque una *fresada* ordinaria pesa mucho y embaraza más y, en mojóndose, no hay quien la cargue; y si es de bayeta ordinaria es poco abrigo una y dura poco, y de paño de Quito es un medio bueno. También se ofrece avisar a vuestra reverendísima que el herrero se fue, y si se hallara algún oficial, que fuera soltero, y un oficial carpintero de ribera, para hacer embarcaciones, son muy necesarios. Lo que vuestra reverendísima me dice, que habló a Juan Albares para que viniese con nosotros y que le encomendaba al padre vicario fr. José de Ribera el cuidado de su hacienda, es muy debido, y que vuestra reverendísima vuelva a recomendarle al padre vicario el cuidado que debe, por el amor con que nos va asistiendo el dicho Juan Albares.

En lo de Pedro Lauriano, digo a vuestra reverendísima que ha tiempos no me asiste con aquella asistencia personal que solía, y que el hábito le dio contra mi voluntad, porque lo aparte de mí, pero fue tan o (?) *gado* de cosas que me ha dicho se las diera algún día él mismo a vuestra reverendísima. En la ocasión ya nos había dejado y aun salido sin licencia en ocasión que yo estaba muy malo, mas el Señor le atajó en Andamarca con unas calenturas; y su Divina Magestad y la carta de vuestra reverendísima le han movido, que nos va acompañando con mucho amor y es muy para todo. Dios nos le conserve, aunque en lo del hábito responde que irá a los pies de vuestra reverendísima a declarar los motivos que tiene. Esto es cuanto se ofrece. Dios guarde a vuestra reverendísima felices años para amparo de las almas de este Sonomoro y camino de Perené y abril 13 de 87.

Besa los pies de vuestra reverendísima.

Fray Manuel de Biedma" [rúbrica]

[*Nota marginal*].

Por amor de Dios, padre nuestro reverendísimo, me socorra con unos cañutos de azeite de María que con continuos parches en el estomago vivo y un poco de *zen*.

CARTA SEXTA

"Reverendísimo padre nuestro [Félic de Como]:

No me excusa la que escribimos todos los religiosos a vuestra reverendísima para hacerlo yo en particular, proponiendo a vuestra reverendísima algunas cosas que se ofrecen para el mejor reparo de esta obra y logro en el santo celo de vuestra reverendísima, y que la situación de la embarcación tenga el próspero suceso y permanencia que vuestra reverendísima y todos deseamos, que si por ahora no se ha podido conseguir el fundarla por los ríos y aguas, espero en Dios estar allá a fines de mayo o principios de junio, porque desde mediado mayo se alzan siempre las aguas en esta tierra. También tendremos ganado mucho con el despacho que hoy hice de unos indios infieles, pero fieles amigos, a quienes he conservado siempre en el camino vecinos a la embarcación; a los cuales pues, habiendo venido a mi llamado, les hice hoy una plática o razonamiento del celo de vuestra reverendísima y amor que les tenía (que hace en estos un no sé qué de admiración y operación en mentándoles el Apu, o Pabate, que es el prelado, señor y superior de todos) por cuya causa nos mandaba ir a fundar a Perené para ampararlos y defenderlos de los Conibos y españoles de abajo [Maynas?] que habían de venir a acabar con toda la nación de Campas por haber muerto al padre allá bajo, y que traían intento de situarse en nuestra embarcación para de allí hacer sus correrías por el río Ene y por el de Perené [folio 162^r folio 162^v] hasta resumirlos todos, o cautivarlos. Que fuesen luego a ganar el sitio y, donde mejor y más a propósito les pareciese, como baquianos, hiciesen un rozo y sembrasen de maíz y frijol, y que hiciesen una capilla con su altar y cruz para muestra de ser nuestro sitio, y que avisasen a todos los que pudiesen que en sus sitios hagan lo mismo, y que estén advertidos para si vinieren de abajo padres españoles en avisarnos luego, y en decirles que son de los padres de San Francisco, y especialmente que procurasen pase esta voz a los Piros, nación cuantiosa y de buena gente, y que nos vengan a ver y a avisarnos de todo.

Les enviaremos padres y españoles que les defiendan, tanto se enfervorizaron con esto que luego al punto salieron con determinación de rozar en Perené y avisar a todos los que pu-

diesen. Lo que se me ofrece para la estabilidad y permanencia es que vuestra reverendísima aplique todo su celo en que se entre por el Cerro de la Sal, y se coja aquel sitio y no se permita sacar sal sino es a los que de acá adentro llevaren papel; y se debe advertir a los que dieren los papeles pongan los nombres y quantos indios van, porque a un papel no se alleguen otros de los foragidos, que de esta suerte, en breve tiempo, se reducirán a poblado todos.

También para escusar gastos de soldados y contingencias de desampararnos (que hoy se querían ir cuatro de seis que nos asisten) se me ofrece que vuestra reverendísima mandase traer doce familias de los indios de Panataguas, que ya son soldados, lindos tiradores de escopeta, y que fuesen de los balseros y canoeros; son seguros y finos, grandes rastreadores de caminos, y en ellos tengan los religiosos cargueros y soldados. Con solo cuatro o seis que se quedaban con los religiosos en Callisecas, con ser la nación que es, temblaban y los respetaban [folio 162^v fol. 163^r]. Pondere vuestra reverendísima, con su santo celo y talento, este punto que hoy es el más esencial, porque ni tenemos soldados, ni cuando los aiga son de permanencia; ni lo más no tenemos indios seguros, que son los que rastrean, siguen un camino y descubren aun lo más ignoto y oculto, y también en no teniendo balseros propios no se hace lo que se quisiera, ni se descubren las naciones que los barqueros no quieren.

También se ofrece proponer a vuestra reverendísima que nos ponga un religioso en Andamarca a quien recurramos con los avisos y todo lo que se ofreciere, y para que nos acuda con el sustento y con la gente a sus tiempos para el aderezo de los caminos; porque el recurso a Comas es dilatadísimo y el cura puede estar en la ocasión que se recurra en el valle, o ocupado en confesiones por las estancias, y no es compatible el oficio de cura con el ministerio y ocupación de las conversiones, como tengo experimentado, y en ello tengo mucho que vocalmente pudiera decir a vuestra reverendísima, que sé importará si me oyera.

Ya he despachado a juntar la gente de los cristianos y infieles que se nos han retirado, y nosotros iremos también a recogerlos mientras llega el verano. De todo notificaré a vuestra reverendísima como fuere sucediendo.

Vuestra reverendísima nos socorra con el sustento que fuera servido, que somos sus hijos sin más padre ni alivio que tener a vuestra reverendísima por nuestro amparo. Los arcabuces, piedras de escopeta, pólvora, quetes y demás que supliqué a vuestra reverendísima en la pasada nos remita cuanto antes, con herramientas para la entrada; que esté acá en todo mayo. Un poco de yerba del Paraguay, y tabaco en humo, que ya se nos ha ido un negro que estaba aquí que lo hacía y padecemos necesidad [folio 163^r folio 163^v] vuestra reverendísima me perdone, pues ha querido ser padre, amparo, protector y procurador de esta conversión. En la propuesta de los indios panataguas digo que si hubiera dificultad en quien los traiga con el abrigo que se requiere por los punas, yo me ofrezco al trabajo, si fuere gusto de vuestra reverendísima, o de solicitar quién lo haga con la caridad y amor que se debe.

Nuestro Señor prospere y guarde a vuestra reverendísima como necesita esta feliz conversión. San Buenaventura y abril 22 de 87.

Besa los pies de vuestra reverendísima
Su más rendido y amante súbdito,

Fr. MANUEL DE BIEDMA" [rúbrica]

La conquista franciscana del alto Ucayali

INDICE GENERAL

Dedicatoria	5
Nota editorial	7
INTRODUCCION: La conquista del Perú y su frontera oriental, por fray Antonino Tibesar O.F.M.	11
Nota y citas bibliográficas de la Introducción	55
RELACION DE FRAY MANUEL BIEDMA AL VIRREY MARQUES DE LA PALATA	91
ANEXOS. Cartas hológrafas de fray Manuel Biedma al comisa- rio general del Perú fray Feliz de Como	169
Carta primera	169
Carta segunda	171
Carta tercera	174
Carta cuarta	179
Carta quinta	181
Carta sexta	185

**Este libro de fray Manuel Biedma O.F.M.
LA CONQUISTA FRANCISCANA DEL
ALTO UCAYALI se terminó de imprimir
el día 22 de mayo de 1981.**

Biblioprenta S.A. Los Opalos 150, Balconcillo. Lima - Perú

